



se

Centinela

AUTORA BEST-SELLER DE USA TODAY Y NEW YORK TIMES

Jennifer L. Armentrout

Lectulandia

Precioso día para una guerra.

A medida que el mundo de los mortales se desliza en el más absoluto caos cortesía de los dioses, Alexandria Andros debe recuperarse de una estrepitosa derrota que la ha dejado fuera de juego, dudando de su capacidad para poner fin a todo de una vez por todas.

Por si no tuviera suficientes obstáculos entre ella y su felices para siempre con el «digno de un desmayo», Aiden St. Delphi, deberán confiar en un enemigo mortal mientras se adentran en el inframundo dispuestos a liberar a uno de los dioses más peligrosos de todos los tiempos.

En un impresionante clímax cargado de acción, Álex deberá enfrentarse a una terrible elección: La destrucción de todo y todos los que conoce... o su propia destrucción.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Centinela

Saga Covenant - 5

ePub r1.0

Titivillus 20.09.16

Título original: *Sentinel*
Jennifer L. Armentrout, 2013
Traducción: Verónica Blázquez
Diseño de la cubierta: Kate Kaynak

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Algunos dicen “cuando la vida te da limones, haz limonada”. Pero cuando la vida te da un dios descarriado que persigue tu culo, te preparas para la guerra y esperas que te toque el paraíso».

Álex (Alexandria) Andros

Capítulo 1

La extraña sensación volvió a mí, primero a los pies y finalmente a las manos. Un cosquilleo extraño, como si tuviera alfileres y agujas clavándose en mi piel, causándome espasmos en los dedos. Todavía notaba la dulzura del néctar en mi garganta y me dolía tanto el cuerpo que parecía que hubiera hecho un triatlón y hubiera muerto al llegar a la meta.

O simplemente, como si un dios me hubiera pateado el trasero con ganas y otro me lo hubiera curado.

O...

Situándome de lado, me acurruqué al notar un fuerte calor y me pareció oír mi nombre, pero sonaba como si estuviera al otro lado del mundo.

Mis movimientos eran como los de una tortuga de tres patas, por lo que me llevó un rato parpadear hasta abrir los ojos apenas un poco. Cuando se acostumbraron a la tenue iluminación, reconocí las paredes llenas de flores y los elementos decorativos de titanio que había en los dormitorios del Covenant de Dakota del Sur, la misma habitación en la que Aiden y yo habíamos estado tras recibir las noticias que Dominic nos había traído acerca de los supervivientes de la isla Deity. Las cosas... las cosas eran diferentes en aquel momento; parecía que hubiera pasado una eternidad.

Una terrible pesadez se adueñó de mi pecho, como si de una piedra pesada se tratase, llegando a aplastar mi columna. Dominic estaba muerto, al igual que el decano del Covenant y sus Guardias. Había sido obra de Ares, quien se había hecho pasar por el instructor Romvi; habíamos tenido al enemigo entre nosotros todo el tiempo. Mi odio hacia ese hombre siempre había sido grande, mucho antes de descubrir quién era en realidad, ¿pero ahora? Cada fibra de mi ser lo detestaba, sin embargo, mi odio por Romvi/Ares/Cabrón no era importante. Habían muerto muchas personas, y Ares sabía dónde me escondía. ¿Qué le impedía regresar a por una segunda vuelta? ¿Quién iba a detenerlo para que no matara a más personas?

Escuché mi nombre de nuevo, esta vez más alto y más cerca. Me centré en el sonido, obligándome a abrir los ojos. ¿Cuándo los había vuelto a cerrar? Era como un gatito recién nacido o algo así. Los daimons de todo el país dejarían de temerme. Dioses, estaba muy débil.

—Álex.

Mi corazón dio un vuelco y se aceleró. Conocía esa voz. Mi corazón y mi alma conocían esa voz.

—Álex, abre los ojos. Vamos, nena, abre los ojos.

Quería hacerlo; por él haría cualquier cosa. ¿Pelear contra una horda de daimons mestizos? Hecho. ¿Pelearme con varias furias? ¿Romper una docena de reglas por un beso prohibido? Hecho. ¿Abrir los ojos? Aquello parecía demasiado.

Una mano caliente recorrió mi mejilla; el tacto era muy diferente al de mi madre, pero igual de potente y desgarradoramente tierno. Mi respiración se entrecortó.

Su pulgar trazó la curva a lo largo de mi mejilla de una manera tan amorosamente familiar que quise llorar. De hecho, debería llorar, pues él no entendería lo que había pasado cuando Ares y yo estuvimos encerrados en aquella habitación. Ahora que lo pensaba, debería haber llorado nada más ver a mi madre. Noté las lágrimas, pero estas no cayeron.

—Está bien —dijo con voz ronca por el cansancio y la emoción—. Apolo dijo que podría costar un poco. Esperaré el tiempo que sea necesario; esperare toda la eternidad si tengo que hacerlo.

Estas palabras ensancharon mi corazón, esparciendo escalofríos por todo mi cuerpo. No quería hacerlo esperar un segundo más, y mucho menos para siempre. Quería —no, necesitaba—, verlo, para decirle que me encontraba bien, porque estaba bien, ¿verdad? Vale, tal vez no entraba en la categoría de «bien», pero quería aliviar el tono áspero que la tensión provocaba en su voz. Quería hacerlo sentir mejor porque no había podido hacerlo con mi madre.

Una parte de mí se sentía vacía.

Muerta.

Era eso. Me sentía muerta por dentro.

La frustración recorrió mi sangre como si de ácido se tratara. Mis dedos se aferraron en las suaves sábanas mientras cogía aire con fuerza. Él se levantó, acercándose a mí con la respiración entrecortada, a la espera de mi siguiente movimiento.

Mi corazón se desplomó.

Dioses, todo lo que tenía que hacer era abrir los ojos, no caminar sobre la cuerda floja.

Esa frustración se transformó rápidamente en ira, una profunda ira de las que sabían amargas. Mi ritmo cardíaco se aceleró y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba allí; el vínculo. Había dejado de sentirlo en el Olimpo, pero había vuelto. No lo había sentido al principio porque solo me había enfocado en el dolor de mis músculos y huesos, pero el vínculo que nos conectaba a mí y al Primero zumbaba como si de un millón de avispa amarillas se tratase, aumentando hasta que pude verlo en mi mente; un vínculo color ámbar enredado con uno azul.

—¿Seth?

Su respuesta no llegó en forma de pensamientos o sentimientos, sino como un torrente de energía tan pura que fue como si un rayo me hubiera dado de lleno, derramando en mí una carga de energía que activó cada una de mis células. Cada sonido en la habitación se magnificó; mi propia respiración, más estable ahora, y la profunda y lenta respiración del hombre sentado a mi lado. Las puertas se abrieron y cerraron en el pasillo, luego escuché voces, bajas pero perceptibles. Mi piel estaba reaccionando; varios símbolos la recorrían en respuesta a toda aquella energía.

No lo entendía, pero sabía que Seth me había dado parte de su poder, como había hecho en el Catskills cuando peleé contra las furias. Me había dicho en varias ocasiones que no tenía idea de lo que había sucedido, atribuyéndoselo a la adrenalina, pero Seth había... había dicho muchas mentiras hasta ahora.

Sin embargo, me estaba ayudando en aquel momento. No tenía sentido, pues era más fácil combatir conmigo estando en así, pero tampoco iba a quejarme.

Abrí los ojos de golpe.

Y lo vi.

Aiden estaba a un lado de la cama, frente a mí. Con su mano aún sobre mi mejilla, y su pulgar recorriendo mi piel, podía sentir las marcas del Apollyon deslizándose hacia su toque. Tenía los ojos cerrados, pero sabía que estaba despierto. Círculos grises coloreaban sus ojos y su cara. Llevaba el pelo hecho un desastre, con las ondas castañas cayéndole sobre la frente hasta rozar las cejas.

Un horrible hematoma color púrpura rodeaba su ojo izquierdo; me pregunté si podría abrirlo. Otra marca violenta, de unos colores rojos marcados, cubría la línea de su mandíbula. Respiraba entrecortado y todo su cuerpo estaba en tensión.

Sin previo aviso, las imágenes de la primera vez que lo vi volvieron a mí.

El Covenant del norte ya no existía, pero me sentía como si estuviera ahí, de pie, en la sala de entrenamiento usada por los principiantes. Practicaba con Caleb. Había hecho algo increíblemente estúpido, algo común en mí, y nos reíamos. En aquel momento, no creí que nos estuviera observando. Era un Puro y nunca mostraban interés por nosotros, los mestizos, así que simplemente asumí que pasaba por allí. Aún sabiendo aquello, me sentí cautivada por su presencia. Para mí, él era el hombre más atractivo que había visto en mi vida: un rostro que podía ser duro y hermoso a la vez. Y esos ojos, entre gris y plateado, cual mercurio líquido, quedaron grabados en mi mente de forma permanente en aquel mismo instante. Esa curiosidad y fascinación aumentó cuando apareció en Atlanta hacía ya tres años, salvándome de varios daimons.

Nuestro amor nunca había sido fácil.

Como pura sangre, era intocable para mí, aun siendo el Apollyon, e incluso ahora, lo arriesgaba todo para estar conmigo. Era mi fuerza cuando necesitaba que la fuera, mi amigo cuando necesitaba alguien con quien hablar, mi igual en un mundo donde, por una ley, siempre sería menos que él. Sin ninguna duda, era el amor de mi vida.

Y él esperaría toda la eternidad por mí, del mismo modo que lo haría yo por él.

Por desgracia ese «para siempre» podía ser muy corto, susurró una voz en mi interior, y tuve que darle la razón. Aunque me las arreglara para pasar todos los obstáculos entre Seth y yo, y transfiriera su poder a mí, no tenía duda alguna de que, aun siendo la Asesina de Dioses, tendría dificultades al enfrentarme a Ares. Y si, por algún milagro, sobrevivía a la pelea era muy probable que el resto de dioses me mataran.

Así que, ¿para qué molestarse?

Aiden y yo podríamos huir juntos, vivir tanto como pudiéramos y ser felices. Lo haría si se lo pidiera, sé que lo haría. Podríamos escondernos hasta que no pudiéramos ocultarnos más, pero al menos estaríamos juntos y, por un tiempo, no habría más dolor y muerte con la que tratar.

Gran parte de mí, sobre todo aquel oscuro y tétrico lugar que había dejado la lucha con Ares en mi interior, adoraba ese plan. Huir. Nada parecía más inteligente o simple.

Pero no podía; había mucho que hacer. Las personas confiaban en mí, y el mundo se sumiría en un caos absoluto si no le parábamos los pies a Ares.

Me aferré a ese hilo del deber y hablé:

—Hey.

Sus pestañas revolotearon al abrirse, revelando unos ojos plateados que siempre conseguían que mi corazón se acelerara.

Nuestras miradas se encontraron.

Aiden se enderezó, con el rostro pálido, haciendo que los moretones a lo largo de su mandíbula y su ojo izquierdo destacaran en contraste.

El miedo se extendió por mi cuerpo, algo poco común, ya que el terror no solía ser mi primera reacción a movimientos bruscos, sin embargo me agarré con fuerza a la cama. Ante el movimiento brusco, dejé de respirar, catalogando el nivel de dolor.

—¿Qué? —dije con voz ronca—. ¿Qué pasa?

Aiden me miró con los ojos muy abiertos. El color no había vuelto a su rostro. Estaba pálido como un daimon. Mientras la incredulidad se hacía añicos en su mirada, el dolor aparecía en ellos.

Extendió su mano, pero se detuvo antes de tocarme.

—Tus ojos...

—¿Qué? —Mi corazón latía tan rápido que estaba segura de que en cualquier momento saldría del pecho—. Los he abierto. Me has pedido que lo hiciera.

Aiden se estremeció.

—Álex...

Ahora sí empezaba a preocuparme. ¿Por qué reaccionaba de aquella manera? ¿Ares reorganizó mi cara tan mal que tenía los ojos en la barbilla o algo así?

Observó la puerta y luego se giró hacia mí; su rostro estaba impasible, pero aún así sus sentimientos eran visibles para mí. Podía leerlo todo en sus ojos. Estaban llenos de dolor y no entendía por qué.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Hum... ¿Cómo debo sentirme? Estoy confundida. Aiden, dímelo. ¿Qué está pasando?

Me observó durante tanto tiempo que empecé a sentirme un poco tímida. Tras varios segundos, ya me había hecho a la idea de que mis ojos se encontraban en mi barbilla, y todo aquello cobró sentido. El pánico empezó en la boca de mi estómago y se esparció por todo mi cuerpo como un virus.

Saltando de la cama, me puse de pie. Oleadas de dolor recorrieron mis huesos todavía sin sanar. Me eché a un lado, apoyándome contra la pared. En un instante Aiden se hallaba a mi lado.

—Álex, ¿estás...?

—Estoy bien. —Me tragué un gemido.

Aiden extendió la mano, pero se apartó antes de tocarme. Cada paso dolía como el Tártaro. El sudor recorría mi frente, mientras mis piernas se estremecían con el esfuerzo por llegar al baño.

—Tengo que verlo —dije con voz entrecortada.

—Tal vez deberías sentarte —sugirió, acercándose por detrás.

No podía. Sabía lo que Aiden pensaba. Me había conectado con Seth, por lo que esperaba que en cualquier momento dejara esta broma a un lado y fuera a por el cuello de Deacon, pero Seth estaba en silencio al otro extremo del vínculo.

Rodeándome, Aiden abrió la puerta del baño y todo se desmoronó en mi interior. La luz inundó el pequeño pero eficiente baño tras darle al interruptor de la pared. Mi reflejo se formó en el espejo.

Se me escapó un grito ahogado.

Aquella no podía ser yo.

De ninguna manera.

No lo era, y me negaba a creerlo, pero el maldito reflejo en el espejo seguía siendo el mismo. Había cambiado. Drásticamente. La presión en mi pecho volvió, duplicándose, mientras me agarraba del borde del lavabo.

Llevaba el pelo varios dedos por debajo de los hombros, con las puntas deshilachadas tras haber sido cortadas por la daga de Ares. Cogí una hebra, haciendo una mueca cuando descubrí que era un poco más corta que el resto. ¿El resto de mi pelo colgaba en la sala de guerra de Hades?

Tenía la piel pálida, como si hubiera estado enferma durante meses y no hubiera visto el sol, pero no solo era eso. Mierda, mis ojos eran de color ámbar, idénticos a los de Seth en claridad y brillo; eran como dos piedras preciosas de color topacio. Y eran brillantes, el tipo de brillante que podrías ver en la oscuridad. En aquel momento supe qué era lo que asustaba a Aiden. Genial, brillantes ojos de abeja, un maldito monstruo.

Era mi rostro lo que no podía superar.

Era tan superficial como cualquier otra chica de dieciocho años de edad, así que sí, aquello... era importante.

A ambos lados de mis pómulos y nariz, unas tenues líneas rosadas surcaban mi piel. Del mismo modo que mi frente, una red de leves marcas bañaba mi rostro. Solo un lado de mi mandíbula, donde Aiden me había tocado antes, había escapado de... bueno, la deformidad.

Confundida por lo que veía, levanté poco a poco mi brazo y pasé los dedos por mi mejilla, confirmando lo que sospechaba. Las líneas eran levemente rugosas, como si

fueran quemaduras. Apolo y su hijo me habían curado. El néctar aún hacía efecto en mi sistema, pero sabía que aquellas cicatrices eran una prueba de lo mal que había estado para necesitar la ayuda de los dioses.

Todo tenía su parte negativa.

Cuando se ganaba algo, otra cosa debía sacrificarse. No necesitaba que me lo dijeran. Sabía que estas cicatrices no se desvanecerían.

—Oh, Dios mío... —Me tambaleé.

—Álex, deberías sentarte. —Se me acercó otra vez.

—¡No! —dije bruscamente, poniendo una mano entre nosotros. Mis ojos se abrieron. Mi mano también estaba cubierta de cicatrices. Ni siquiera sabía lo que decía, sin embargo mi boca siguió moviéndose—: No lo hagas.

Aiden se alejó, pero no se fue. Apoyado en el umbral de la puerta, cruzó sus musculosos brazos sobre su pecho. Su mandíbula era una línea dura.

La presión se trasladó a mi garganta, hinchándose como un globo, y luego explotó en una tormenta de finales de verano.

—¿Qué estas esperando? ¿Que regrese la Álex malvada otra vez? —Me di la vuelta, perdiendo el equilibrio—. ¿Qué me pondré?

Aiden se lanzó hacia delante, atrapándome antes de que mi cabeza se rompiera al chocar contra la pared.

—Maldita sea, Álex, debes tener cuidado y sentarte.

Me liberé, dando un paso atrás para dejarme caer sobre el inodoro cerrado. Solté el aire contenido. Por todos los dioses, sentía como si mi coxis se hubiera partido. Aiden me miraba con esperanza y desconfianza en aquellos ojos que tanto me gustaban. Me sentí desolada.

Aiden dio un paso adelante, poniéndose en cuclillas, así nuestros ojos se hallaban al mismo nivel.

—¿No quieres asesinarme?

La ira emanaba de mí. Nada como escuchar al hombre al que una ama para sacar lo peor de una.

—No —susurré.

Hubo una inhalación brusca.

—¿No quieres lo que él quiere?

—No. —Mi mirada bajó hasta donde se encontraban sus manos, apoyadas sobre mis rodillas; tenía los nudillos magullados y la piel levantada, como si hubiera golpeado una... Y entonces lo recordé. Aiden y Marcus habían golpeado las puertas de titanio de la oficina del decano con los puños.

Me sentí morir al ver aquellas manos.

—Apenas noto nada. Quiero decir, el vínculo está ahí, por lo que está en alguna parte, pero no lo siento. Está en silencio.

Sus manos se relajaron. Me di cuenta de que parte de la tensión había desaparecido.

—Dioses, Álex, cuando he visto tus ojos, yo... brillaban como cuando te escapaste del sótano y...

Cuando casi lo había matado.

Si levantaba la vista estaríamos cara a cara, pero no me atrevía a hacerlo. Se acercó más.

—Lo siento. Debería...

—Tranquilo. —Estaba tan cansada. No físicamente. Curiosamente, era más como... espiritualmente cansada—. Lo entiendo. Tenías razones suficientes para pensar eso. No sé por qué mis ojos brillan; Seth está ahí, pero no está tratando de influenciarme.

—Aún. —Dejó un espacio entre nosotros.

—Y no está hablando —añadí, sin mencionar que me había transferido parte de su poder para que fuera capaz de levantarme.

Observé mis manos y las cicatrices que las estropeaban. No estaban así en el Olimpo, o al menos no lo había visto.

—No importa —dijo—, eres tú, y eso es todo lo que me importa. Todo lo que importa.

Quería creerle. Realmente quería, pero el horror en su rostro cuando vio mis ojos, me atormentaba. Sabía que Aiden los había odiado desde el momento en que aparecieron cuando desperté, y no podía culparlo. Aquellos ojos siempre le recordarían a Seth y todo lo que había dicho y hecho durante aquellos meses, especialmente cuando brillaban como bombillas amarillas.

—Álex. —Sus manos, mucho más grandes cubrieron las mías. Hubo un largo silencio—. ¿Cómo te sientes?

Me encogí de hombros, y luego hice una mueca.

—Bien.

Sus manos rodearon mis muñecas. De repente me encontraba al borde de las lágrimas y no sabía por qué. Todo lo que quería era acurrucarme en posición fetal en cualquier esquina del baño.

—Nunca había estado más asustado que cuando nos obligaste a Marcus y a mí a salir de la habitación.

—Yo también. —Tragué saliva. No sabía por qué, pero quité las manos y las escondí entre mis muslos—. ¿Cómo está Marcus?

—Sigue haciendo guardia, pero cuando se entere de que estás despierta será relevado. —Aiden se inclinó; su cálido aliento en mi mejilla. Cada célula de mi cuerpo insistía en que levantara la barbilla para satisfacer sus labios, pero no pude moverme.

Hubo otra pausa, y las palabras que pronunció a continuación fueron duras.

—Sé que te aseguraste de que Marcus y yo estuviéramos fuera de la habitación cuando Ares atacó. Fue muy valiente, como siempre has sido tú.

Apreté la tela del pantalón. Dioses, ¿eran los que había llevado durante la pelea?

Manchas de sangre seca oscura cubrían mis piernas como gotas de pintura. Me sentí mal al recordar qué era lo que había causado aquellas manchas.

Aiden respiró hondo.

—Pero, si vuelves a hacer algo así en otra ocasión, voy a estrangularte. Con amor, por supuesto.

Casi río al recordar que le había dicho lo mismo a él en el pasado, pero no llegó a salir el sonido.

—Me prometiste que enfrentaríamos esto juntos.

—Ares pudo haberte matado —dije, y era verdad. Ares pudo haberlos matado a él y a Marcus si se hubieran quedado en la habitación, y hubiera disfrutado haciéndolo.

—Te habría protegido —contrarrestó—. Habría hecho cualquier maldita cosa para salvarte de tener que pasar por lo que pasaste allí dentro. Cuando entré en la habitación y te vi... —Se interrumpió, maldiciendo entre dientes.

—Podrías haber muerto intentando protegerme. ¿No lo entiendes? Tuve que hacerlo. No hubiera podido vivir conmigo misma si tú o Marcus hubieseis muerto.

—¿Y tú crees que cualquiera de los dos podríamos vivir con nosotros mismos sabiendo lo que ese bastardo te hizo? —La ira emanaba de su voz, al mismo nivel que la frustración—. Mírame.

Era una pérdida de tiempo explicarle lo obvio, negué con la cabeza.

—¡Maldita sea, Álex, mírame!

Sorprendida, sacudí la cabeza y mis ojos se encontraron con los suyos. Tenían un tono gris metálico en los ojos, propios de la furia, y estaban muy abiertos. El dolor fluía a través de ellos; no quería verlos, prefería ser cobarde.

—Mi corazón se detuvo cuando esa maldita puerta se cerró detrás de mí. Podía escucharos pelear. Podía escucharlo burlándose de ti; escuché cómo rompía cada uno de tus huesos. Y no había nada que pudiera hacer al respecto. —Puso sus manos al lado de sus piernas. La tensión recorrió sus brazos—. Nunca debiste enfrentarte a algo así sola.

—Pero hubieras muerto.

—Y porque te quiero, estaría dispuesto a morir para salvarte de aquello. No te atrevas a tomar esa decisión por mí otra vez.

Abrí la boca, pero no hubo palabras. Pasaban tantas cosas en mi cabeza y mi pecho. Lo que acababa de decir partía mi corazón en dos y luego lo juntaba de nuevo. Pero ¿qué me quedaría si él hubiera muerto? Estaría viviendo con el corazón roto, y ni siquiera podía soportar la idea de su muerte sin desesperarme. Si tuviera que hacerlo otra vez, tomaría la misma decisión porque lo amaba. Entonces, ¿cómo se atrevía a esperar que no hiciera algo al respecto?

Sabía que tenía que decirle esas palabras, pero... no era capaz de pronunciarlas. Me estremecí, entumecida y congelada.

Aiden iba a abrazarme, pero se detuvo, cerrando las manos en puños.

—Tienes mi corazón y también mi fuerza. No te equivoques, estoy dispuesto a

morir por ti, pero tienes que confiar en que no quiero dejarte fácilmente. Ares no me habría matado sin más, pues habría luchado para mantenerme vivo y estar contigo.

Estaba escuchándole, creía todo lo que me decía, pero todo lo que yo era capaz de ver eran los Guardias que ni siquiera pudieron tocar a Ares. Dominic fue partido en dos con apenas un toque de su mano. El decano arrojado por la ventana con un solo movimiento. Todo el deseo y la necesidad del mundo no habrían salvado sus vidas.

Dejó escapar un jadeo entrecortado cuando el silencio llenó el cuarto de baño.

—Di algo, Álex.

—Yo... lo entiendo.

Se quedó mirándome, atónito.

El entumecimiento se había apoderado de mis músculos.

—Quiero darme una ducha. Tengo que quitarme esta ropa.

Aiden parpadeó, y luego bajó su mirada. El color había vuelto a su rostro atraído por la ira, hasta darse cuenta de que aún llevaba la ropa manchada de sangre de la pelea.

—Álex...

—Por favor —susurré.

Se mantuvo quieto durante unos segundos y luego asintió. Se acercó a mí y depositó un beso en mi frente. Mi corazón latía desenfrenado hasta que me di cuenta de que sus labios tocaban mis cicatrices e hice una mueca.

Aiden se retiró inmediatamente. La preocupación grabada en su golpeado rostro.

—Ellos... ¿te hice daño?

—No. Sí. Quiero decir, es tierno. —La verdad era que no me había dolido en lo absoluto. No como el resto de mi cuerpo dolía. Al principio, se había sentido realmente agradable—. Solo necesito una ducha.

Vaciló, y por un momento pensé que no iba a salir, pero luego volvió a asentir.

—Voy a buscar algo para que te pongas cuando hayas terminado.

—Gracias —dije, mientras la puerta se cerraba detrás de él.

Me puse de pie lentamente, sintiéndome como si tuviera noventa años cuando mis articulaciones y músculos se estiraron. Quitarme la ropa sucia me llevó una cantidad indecente de tiempo. Y cuando me di la vuelta, el agua y vapor inundaban la bañera. Di un paso dentro. El agua caliente me roció de los pies a la cabeza, pinchando mi piel.

El agua corría por mi pelo y mi cuerpo, llenando la bañera de rojo, rodeando el desagüe como un remolino grotesco de color frambuesa. Me lavé el pelo dos veces, de forma mecánica, intentando dejar la mente en blanco para no tener que ver el color del agua de nuevo.

Solo entonces, una vez el goteo de agua se detuvo, miré hacia abajo. Desde los dedos de mis pies hasta la clavícula, donde antes había decenas de huesos rotos, estaba cubierta de pequeños cortes rosados y abultados. Dioses... nunca había visto nada como aquello antes; parecía una muñeca hecha de retales.

Salí de la ducha con las piernas temblando. La espalda estaba mucho peor. El color era más oscuro a lo largo de mi columna vertebral, donde muchas de las vértebras se habían roto. ¿Aquellos huesos llegaron a rasgar la piel o habían estallado por las lesiones de los vasos sanguíneos? El dolor había sido tan intenso que no sería capaz de decir cuál de las dos había sido.

Apollyon o no, no podía creer que hubiera sobrevivido a algo como aquello, nada parecía real.

Sentí el pecho adormecerse por momentos. La imagen que había visto en mi cuerpo me había dejado en un estado desconcertante. Una extraña marca en la espalda, cerca de la cadera, llamó mi atención. De un color rosa pálido, no seguía el patrón típico del resto de las cicatrices.

Al quitar el vapor del espejo, me giré para tener una mejor visión de la marca y no pude más que abrir la boca sorprendida. Por todos los dioses... era la forma de una mano.

—¿Qué demonios?

—¿Álex? —La voz de Aiden se escuchó desde la habitación—. ¿Estás bien?

Con el corazón desbocado, cogí una toalla del estante y me envolví. Lo último que quería era que Aiden viera todo aquello. Abrí la puerta, forzando lo que esperaba que fuera una expresión tranquilizadora.

—Sí, estoy bien.

La expresión en su rostro me dejó claro que no me creía, pero no se detuvo en mi rostro y siguió bajando. No era la toalla lo que le había llamado la atención o el que estuviera desnuda debajo de ella. Sabía, muy a mi pesar, por qué me observaba con los labios apretados. Sabía que lo que lo mantenía quieto en su sitio no era mi desnudez.

Era el mosaico de cicatrices que ahora cubrían cada centímetro de mi piel; era la primera vez que las veía en todo su esplendor.

La vergüenza inundó mis mejillas, enrojeciéndolas. Antes tenía varias cicatrices —de mordidas de daimons y, por supuesto, la herida de la puñalada—, pero nada como aquello. Eran feas, muy feas. Y no había forma de esconderlas.

Su mirada volvió a encontrarse con la mía. No podía soportar ver el abatimiento en sus ojos plateados o tener otra conversación como la de antes.

Atravesando la habitación, cogí la ropa que me había dejado sobre la cama y dando saltitos volví de nuevo al baño.

—Estaré bien.

—Álex.

Cerré la puerta antes de escuchar nada que pudiera decir, seguramente alguna frase de apoyo al estilo Aiden, que en aquel momento sabía no sería real.

No estaba bien. Estaba segura de que aquel cuerpo ya no era hermoso, no era tan estúpida como para creerme algo así.

Las lágrimas pugnaban por saltar mientras me quitaba la toalla y la lanzaba contra

el suelo. Enfadarse por algo así era una estupidez, seguramente no entraba en el *top ten* de problemas a los que debía enfrentarme y, sin embargo, el ardor de las lágrimas quemaba como fuego.

Una vez vestida, observé la puerta. No había llegado a llorar, pero la sensación me había dejado entumecida, transformando los restos en las peores emociones: ira y dolor.

Así como miedo y ansiedad.

Capítulo 2

¿Quién hubiera imaginado que unos ojos brillantes podrían dejar toda una habitación llena de gente pasmada? Todo el mundo, incluido mi tío, me observaban detenidamente. O tal vez era mi cara lo que los mantenía fascinados de una forma algo retorcida. Desde la distancia, las cicatrices no eran tan perceptibles, pero una vez Aiden le había asegurado que no estaba en modo psicótica, se acercaron a mí.

Los abrazos fueron... incómodos.

Incluso el abrazo de Deacon lo fue. Aquello significaba que teníamos problemas y serios. No sabía si era porque estaban preocupados por mis lesiones o porque tenían miedo de que me volviera una psicópata con ellos y les rompiera el cuello cuando menos lo esperaban. Deseé que Lea estuviera allí; ella daría un paso adelante y diría lo que todo el mundo pensaba.

Pero Lea no iba a entrar dando zancadas en la habitación. Lea estaba muerta, y la aguda punzada que acompañaba a ese pensamiento no había disminuido ni una pizca.

Estábamos en la sala común, cerca del edificio principal del campus académico. Era casi idéntica a la que había visto el día que regresé a la isla Deity, excepto que esta estaba equipada con muebles bonitos y una televisión mucho más grande.

Las mejillas color caramelo de Olivia eran una pálida sombra de lo que habían sido en su día, mientras se apartaba de mí con el pelo rizado recogido en una cola de caballo.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Era mi respuesta estándar; intercambiada el «bien» y el «genial». Su mirada se encontró con la mía y rápidamente la apartó.

—Hemos estado muy preocupados. Me alegro de que... estés bien.

No sabía qué contestarle.

Laadan fue mucho más discreta, sin embargo siempre había dado una imagen de frescura, y en aquel momento parecía que hubiera dormido con los pantalones de lino que llevaba puestos, mientras varios mechones de su melena azabache se escapaban de su perfecto moño. Encontró mi mirada y, de alguna manera, se las arregló para mantener la simpatía en su expresión.

Aiden no se apartó de mí, manteniendo una leve distancia entre los dos. Estaba inusualmente tranquilo mientras todo el mundo se sentaba en una de las sillas o simplemente se mantenía apoyado en alguna de las paredes. Incapaz de quedarme quieta ante la necesidad de desentumecer las piernas, anduve de un lado a otro con Aiden siempre a un paso o dos de mí.

Hice la primera pregunta que me vino a la cabeza.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que Ares estuvo aquí?

—Casi tres días —respondió Marcus, con el dolor aún reflejado en sus gestos. La

mitad de su rostro era un matriz hinchado de azules y morados.

Desde el sofá, Diana, una de los Ministros Jefe de los Catskills y la potencial amigueta de mi tío, siguió mis movimientos con ojos cautelosos.

—Apolo se retiró inmediatamente después. Estuviste inconsciente al menos una hora y dormida desde entonces.

Eché un vistazo a Aiden. Mi estancia en el Olimpo me había parecido más larga, pero el tiempo transcurría de forma diferente allí. Minutos aquí eran horas, sino días, allí.

—¿Ha regresado Ares?

Aiden negó.

—No. Apolo puso seguridad extra para mantenerlo apartado.

—¿Por qué no lo hizo antes? —le pregunté.

—No sabía que era Ares hasta que fue demasiado tarde —contestó Aiden pacientemente—. Creo que asumí que la universidad estaba a salvo.

—Sí, y todos sabemos lo que suponen las suposiciones. —Pasé frente a la televisión de nuevo, vagamente consciente de que estaba en un canal de noticias—. Pensé que el talismán debía evitar que los dioses descubrieran dónde... —Agarré el collar y descubrí que ya no estaba.

—Ares debe de haberlo cogido —dijo Aiden tensando la mandíbula—. Lo único que se nos ocurre es que alguno de esos Guardias y Centinelas que encontramos en la carretera avisaran a Ares, Lucian o Seth y estos sumaron dos y dos.

—O alguien trabaja para él. —Nadie en aquella habitación quería creerlo—. Ares dijo que tiene muchos amigos.

Los ojos de Marcus me siguieron con cautela.

—Eso es algo que hemos tenido en cuenta, pero...

—Pero ¿cómo podríamos saber quién es?

No dijo nada; ¿qué podía decir? Cualquiera podía ser un traidor, pero lo creyera o no, teníamos problemas mayores en aquel momento.

Cogí aire, manteniendo la vista fija en un punto entre Deacon y Luke, que estaban sentados en el sofá.

—Hay muchas probabilidades de que Seth sepa dónde estoy.

Nadie en la habitación dijo nada. Ni siquiera los chicos situados en la parte de atrás de la habitación. Había una veintena de Guardias y Centinelas de la universidad en aquella sala. Reconocí a algunos del grupo al que Dominic dirigía y que habíamos conocido al llegar allí. Esperaba que hubiera más de donde fuera que habían salido.

—Dejando a un lado el que Ares le haya dicho dónde estoy, yo... dejé caer los escudos mientras luchaba contra Ares. —Un vergonzoso calor inundó mis mejillas mientras observaba un pequeño desgarro en la alfombra.

—Somos conscientes de que Seth sabría tu paradero —dijo Marcus en voz baja—. No soy un experto en todo eso de la conexión Apollyon, pero si sé que Seth era capaz de sentir lo que estabas experimentando antes de que Despertaras, así es como

fuimos capaces de encontrarte en Gatlinburg cuando...

Cuando...

Cuando fui a buscar a mi madre tras haberse convertido en un daimon. Pude sentir varios ojos fijos en mí, sobre todo un par plateados.

—Sí.

—¿Eso quiere decir que sentía exactamente lo que tú sentías cuando peleaste con Ares? —preguntó Aiden, y su voz era engañosamente baja. Aquello se conocía como la calma que precede a una tormenta apocalíptica.

—¿De verdad quieres que te responda?

—Sí.

Echándole un vistazo, deseé no haberlo hecho. Aiden parecía saber la respuesta y estaba dispuesto a matar a alguien; ese alguien era Seth. Me puse a andar de nuevo.

—Sí.

Aiden maldijo en voz alta. Su hermano se puso de pie y se acercó a él, hablándole demasiado bajo y rápido para que yo lo entendiera. Las manos de Aiden se cerraron en dos puños, llamando mi atención sobre sus nudillos reventados.

Quería acercarme a él, pero me sentía clavada en el suelo, cerca de donde Olivia se sentaba en un diván negro. Deseé que mis piernas se movieran hacia él, pero no pasó nada. La frustración y la incertidumbre se apoderaron de mí, anulando el entumecimiento y disparando mi ira.

Mi mirada se cruzó con la de Aiden y una sensación de amor inundó mi pecho. Anhelaba correr hacia él, pero un frío miedo se impuso junto a una necesidad imperiosa de huir de él.

—Álex —susurró Olivia.

La miré y vi que sus ojos se abrían por la ansiedad. En realidad, todo el mundo me miraba con la misma expresión. ¿Qué de...? Bajé la vista.

Oh, mis pies no estaban en el suelo.

Mi corazón se detuvo. Cerré los ojos y me obligué a bajar. El alivio se apoderó de mí cuando mis zapatos tocaron la alfombra.

—Lo siento —dije, poniendo distancia entre los presentes en la sala y yo—. No quería hacerlo. Sinceramente, no estoy segura de cómo lo he hecho.

—Está bien, no pasa nada —me tranquilizó Laadan, con una pequeña sonrisa.

Con los ojos muy abiertos, Deacon se mantuvo al lado de Aiden.

—Si tu cabeza empieza a girar...

—Cállate, Deacon —gruñó Aiden.

Este hizo una mueca, pero permaneció en silencio, y me sentí como un bicho raro.

Me acordé de lo que sentí cuando los escudos entre Seth y yo bajaron. La furia había corrido a través de la conexión. Seth estaba épicamente cabreado, pero no estaba segura de si era debido a lo que Ares había hecho o si se trataba de algo más que eso. La conexión me lo había dado todo: todo el dolor y la desesperanza que había sentido cuando Ares me derrotó. Y cuando quise morir en lugar de enfrentar un

segundo asalto, cuando el dolor de mi alma rompiéndose fue superior a mí, Seth había podido probar un poco del sabor amargo y podrido de dicha emoción.

¿Cómo podía haber estado de acuerdo con eso? ¿Los medios realmente justificaban el fin? Tras la experiencia con Ares tenía claro que Seth no había cambiado.

Otro pensamiento aleatorio se formó. La profecía de la abuela Piperi, el oráculo extraordinario, regresó como un frío dolor. Matarás a quienes amas.

Una parte de mí amaba a Seth, antes de la traición, por supuesto. Él era una parte de mí. Éramos el yin y el yang; Seth había estado allí para mí durante mucho tiempo. Nunca me olvidaría de eso, pero ya no estaba tan cegada como antes. Si no conseguía transferir el poder del Asesino de Dios de él a mí, lo mataría.

O moriría en el intento.

Pero esa profecía no significaba simplemente que mis seres queridos morirían por mi mano. Kain, un Guardia mestizo que había ayudado a Aiden a entrenarme, fue convertido por mi madre, en un intento de llegar a mí, y murió a manos de Seth. Caleb había sido asesinado por un daimon porque había estado tan atontada por Aiden que nos habíamos escapado para conseguir comida y bebidas, sabiendo que podía haber daimons en el campus. Mi madre se había convertido en un daimon, su verdadera muerte fue por mi culpa. Yo la había matado. Y aunque no podía decir que amara a Lea, la respetaba mucho, y su muerte se vinculaba también a mí.

Más gente que amaba moriría.

Me crucé de brazos, ignorando el dolor que sentí en mis huesos ante aquel movimiento.

—La universidad no es segura aquí conmigo.

Aiden se giró hacia mí, con los ojos entrecerrados, pero antes de que pudiera hablar, Marcus intervino:

—No hay lugar más seguro, Alexandria. Por lo menos aquí, tenemos Centinelas y...

—Los Centinelas y Guardias no sirven de nada si Ares encuentra una forma de entrar. Y aunque no lo consiga, sigue estando Seth.

—No podemos salir de aquí. —Luke se inclinó hacia delante, dejando caer sus brazos sobre sus rodillas—. No hasta que reunamos a los soldados y te recuperes por completo.

—¡Estoy bien! —Mi voz se quebró en la última palabra; un detector de mentiras humillante.

Luke levantó una ceja.

—Lo que sea —dije—. Tengo que irme de aquí.

—No. Te. Vas. A. Ir.

Todos en la sala se giraron hacia Aiden, incluyéndome a mí. Sus palabras quedaron flotando en el aire, y el desafío se filtraba por todos los poros de su piel.

—Tengo que hacerlo —le dije.

—No. —Se inclinó hacia delante y sus poderosos músculos se tensaron bajo la camiseta de color negro que llevaba puesta. La camiseta de un Centinela, y dioses, él era un Centinela de los pies a la cabeza en aquel momento—. Ya hemos tenido esta discusión. Todos conocemos los riesgos, Álex.

Reto aceptado.

—Pero eso fue antes de que Ares se volviera un dios de los que acojonan a cualquiera.

Sus ojos se volvieron de un tono plata furioso mientras me observaba.

—Nada ha cambiado.

—¡Todo ha cambiado!

—Los tecnicismos, tal vez, pero nada más.

Lo miré fijamente, estupefacta.

—Una cosa era cuando pensábamos que era Hefesto o Hermes, pero es Ares. Por si no lo recuerdas, es el maldito...

—Sé quién es —dijo Aiden entre dientes.

—Chicos —advirtió Marcus.

Ambos le echamos miradas amenazadoras.

Marcus las ignoró.

—Aiden tiene razón, Álex.

Por supuesto que se pondría del lado de Aiden.

—Todos sabemos dónde nos estamos metiendo. —Hizo un gesto hacia su cara magullada—. Confía en mí, todos lo sabemos, y como hemos dicho antes, estamos en esto juntos.

—¿Qué pasa con ellos? —Recordaba perfectamente el momento en el que todos se levantaron y anunciaron que cuidarían de mí. Uno de ellos estaba muerto en aquel preciso instante. Hice un gesto hacia el fondo de la sala—. ¿Qué pasa con todas las personas que están en la universidad, los estudiantes y los que vinieron aquí por la seguridad que ofrecía? ¿Están dispuestos a correr ese riesgo?

Un Centinela situado junto a la joven que había estado con Dominic el día que llegamos aquí, dio un paso adelante y dijo:

—¿Puedo hablar?

Aiden lo miró de tal forma que cualquier persona mayor hubiera huido de él.

Al parecer, este Centinela no estaba acostumbrado a correr. En cierta forma, ninguno de ellos lo estaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Diana.

—Valerian —respondió. Parecía estar en la treintena. Un mestizo, por supuesto.

—¿Como la raíz? —preguntó Deacon.

Luke rodó los ojos.

El hombre asintió.

—La mayoría de la gente me llama Val.

—¿Qué es lo que tienes que decir, Val? —Diana volvió a hablar.

—Aquí todo el mundo se ha visto afectado por lo que está sucediendo. No puedo nombrar a una persona que no haya perdido a un amigo o a un ser querido. Por no hablar de que perdimos a nuestro Decano y a nuestros amigos cuando Ares atacó. No puedo hablar por todos, pero encontrarás que la gran mayoría de los que residen aquí están dispuestos a hacer casi cualquier cosa que ponga fin a esto.

Entonces todos eran idiotas.

Negué mientras me daba la vuelta. Ninguno de los Centinelas o Guardias aquí podrían hacer frente a Seth, vamos, solo los dioses sabían qué más podría lanzar Ares contra nosotros.

Aiden me agarró del brazo en un apretón firme pero suave, como si, incluso bajo el influjo de su ira, fuera consciente de que mi cuerpo todavía estaba sanando.

—Deja de ser tan terca, Álex.

—Tú eres el que está siendo testarudo —le respondí, y traté de liberarme, pero Aiden se aferró aún más, con una advertencia brillando en sus ojos—. Estoy intentando protegerlos.

—Lo sé. —Su voz perdió una parte de su dureza—. Y esa es la única razón por la que no te pongo sobre el hombro y te encadeno en una habitación en alguna parte.

Mis ojos se estrecharon.

—Me gustaría verte intentarlo.

—¿Eso es un reto? —me preguntó.

Alguien en la parte posterior de la zona común se aclaró la garganta.

—Voy a suponer que estos dos tienen algún tipo de pasado en común.

Deacon se atragantó con su risa mientras se dejaba caer en el sofá.

—Eso sería decir poco.

La mirada de Aiden se deslizó a su hermano, suspirando ante lo que sus ojos veían.

—Guau. —Deacon le dio un codazo a Luke—. Sería raro si no fuera porque es sumamente entretenido. Es como ver a nuestros padres.

—Cállate, Deacon —dijimos tanto Aiden como yo al mismo tiempo.

—Ves. —Deacon sonrió—. Son como los guisantes y las zanahorias.

Luke se volvió hacia él lentamente.

—¿Acabas de citar a Forrest Gump?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez.

Y así como así, parte de la tensión que acumulábamos los dos se deshizo. Me soltó el brazo, pero me rodeó la cadera con fuerza.

—A veces me preocupas, Deacon —dijo con sus labios curvándose en un sonrisa.

—No soy yo de quien debes preocuparte. —Deacon hizo un gesto con la barbilla hacia mí—. La Pequeña Miss «Tengo que ser una mártir» de allí merece más tu atención.

Hice una mueca, pero todos en la sala, incluso la mayor parte de los Centinelas en

la parte de atrás, me devolvieron la mirada con expresiones determinadas. No los convencería de lo contrario. Sabía que no saldría de aquí sola, y realmente no quería hacerlo. Honestamente, la idea de enfrentarme a Ares o incluso a Seth, sola, me asustaba mucho.

Iba a necesitar un ejército, uno realmente grande. Con suerte, el Centinela que había hablado hasta tenía razón, y la gran mayoría de la gente de aquí querría luchar; íbamos a necesitarlo.

Dejando escapar un largo suspiro, miré a Aiden.

—Está bien.

—Está bien, ¿qué? —preguntó.

Así que iba a hacerme decirlo.

—Me quedaré aquí.

—¿Y?

Por todos los dioses...

—Y aceptaré la ayuda de todos y todo eso.

—Bien. —Se inclinó, besándome rápidamente en la mejilla—. Por fin ves la luz.

Me sonrojé y luego el color rojo remolacha aumentó cuando la mitad de los mestizos de la sala, tan poco acostumbrados a ver a un puro y un mestizo juntos, nos miraron con la boca abierta. A pesar de que habían sospechado que había algo entre nosotros, ver la prueba tuvo que ser impactante.

Al detenerse la conversación, algo de lo que decían en las noticias llegó a mí. Una guerra a gran escala se había desatado en Oriente medio. Pueblos enteros habían sido arrasados. Uno de los lados tenía acceso a armas nucleares y amenazaba con usarlas. La ONU pedía una intervención global a los EEUU mientras Reino Unido estaba enviando miles de tropas al extranjero. Tuve un mal presentimiento sobre todo aquello.

—Es Ares —dijo Solos, hablando por primera vez desde que había empezado aquel acuerdo de voluntades por partes.

Me volví hacia él y recordé que mis cicatrices no eran nada en comparación con la marca escalonada que cubría su hermoso rostro.

—¿Lo sabemos a ciencia cierta?

Marcus asintió.

—Su presencia en el reino de los mortales causa discordia, especialmente cuando no está enmascarando lo que es.

—Y vimos algo muy in-te-re-san-te ayer —añadió el Deacon.

—Sí —intervino Luke—. Uno de los comandantes del ejército atacante llevaba un brazalete muy de moda con un escudo griego en él. No tengo ni idea de lo que Ares espera ganar al iniciar una guerra.

Parecía obvio para mí.

—Él simplemente... adora la guerra. Se alimenta de ella como los dioses se alimentan de las creencias de los mortales. Y si hay una gran guerra que divide una

mayor parte del mundo, puede lanzarse luego sobre ellos y subyugar a la humanidad.

—Muy cierto —dijo Diana en voz baja—. El amor de Ares por la guerra y la discordia es bien conocido. Se hace más fuerte en tiempos de una gran contienda.

—Eso es exactamente lo que necesitamos. —Aiden se cruzó de brazos—. A Ares cada vez más fuerte.

Dando unos pocos pasos otra vez, me apoyé en una mesa de aire comprimido. Era difícil ver una y no pensar en Caleb.

—Ares quiere gobernar. Piensa que es hora de que los dioses reclamen el reino de los mortales como propio, y no me sorprendería si hubiera otros dioses que lo apoyaran. —Es decir Hermes, pero aparte de Marcus y Aiden, nadie sabía que Hermes había ayudado a Seth a ponerse en contacto conmigo.

Hubo una ronda de maldiciones por parte de las filas al fondo de la sala, algo que en otro momento me hubiera hecho gracia.

—Bueno, al menos sabemos lo que Ares quiere. Está buscando una guerra —dijo Aiden, dirigiéndose a la habitación como el líder que era y que yo obviamente no había aprendido a ser—. Y vamos a darle una.

Capítulo 3

Como grupo, decidimos tener una reunión dos días después para que cualquier persona en la escuela que quisiera, pudiera unirse a lo que Deacon había llamado «Ejército Asombroso». Diana y Marcus, quienes aparentemente habían tomado, conjuntamente, el control del día a día del Covenant tras la muerte del decano, escogieron el coliseo del Consejo como la ubicación de la reunión. Los doce miembros del consejo de la universidad, además de un puñado de otros de otras localidades, estaban en el campus, y Diana juró que no tendrían ningún problema si usábamos lo que se consideraba uno de los edificios más sagrados en el campus.

Me costaba creerlo.

Sin embargo, antes de aquello, tocaba enterrar debidamente a los que habían muerto y no pensar en alistamientos.

Una vez la reunión hubo terminado, hui de la zona común y me dirigí afuera, necesitada de aire fresco. Sentía el oxígeno en mis pulmones sucios y asquerosos, y el cerebro lleno de agujeros. Cuando la ira se desvaneció solo quedó un dolor sordo señal de que la curación seguía su camino, y un extraño entumecimiento.

La noche había empezado a caer y, aunque era mediados de mayo, el aire frío aún era latente. Agradecí la camiseta de manga larga que Aiden me había dado.

Al pasar frente al edificio principal, levanté la mirada y cogí aire al vislumbrar la planta superior. La ventana que daba al patio había sido tapiada. Observé la losa a mis pies; estaba agrietada.

Temblando, me dirigí a la verja de hierro forjado que separaba el patio de los senderos. Eran como los que había en la Isla Deity; flores y árboles de todo el mundo florecían aquí, a pesar del clima. El limpio aroma de las rosas y el olor dulce de peonías, mezclado con los olores más pesados de las uvas y los olivos.

Me detuve cerca de la entrada, observando una réplica de mármol de Zeus. Con su pelo rizado y la barba, se parecía más a un ermitaño que al dios todo poderoso que era.

¿No podía haber intervenido en algún momento, derrotar a Ares, y terminar con todo esto? Seguro que Zeus podía encontrar la forma de evitar a Seth y quitar de en medio a Lucian, sin embargo, eso seguía dejándole a Seth como problema y... a mí.

Algo más al fondo, una estatua de Apolo resplandecía, iluminada por una pequeña lámpara en su base. Tenía el rostro vuelto hacia el cielo.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

Tras deshacerse de su tapadera como León, no era capaz de permanecer en el reino de los mortales durante largos períodos de tiempo sin debilitarse. Me preguntaba si para Ares era igual y, de ser así, pasaba el rato en el Olimpo con los otros dioses o ¿tenía un escondrijo en alguna parte?

Apartándome de la estatua, volví al camino; no esperaba que el trozo de piedra fuese a responder ninguna de mis preguntas. Pasé junto a varios edificios más pequeños que parecían templos griegos en miniatura, bordeando el edificio del Consejo.

Los bustos de los doce Olímpicos habían sido tallados en los cuatro lados del edificio; se parecía mucho a un templo antiguo. Como siempre, una ola de miedo me invadió al pasar a su lado.

No tenía muy buenos recuerdos de los edificios del Consejo.

Tras pasar el edificio del Consejo, se veían los dormitorios, alzándose tras las instalaciones principales del recinto. La universidad era prácticamente una ciudad en sí, y obviando a los Guardias que patrullaban, aún no había visto ni un solo estudiante.

Me parecía acertado que mantuvieran a los estudiantes en sus habitaciones. Lo último que necesitábamos era un manojito de puros corriendo como locos, presos de la histeria.

Dioses, sonaba como una vieja.

Me sentía como una vieja.

Al llegar al final del camino, topé con un muro alto, rodeado de focos cada pocos metros que iluminaban la noche. Entre las sombras de aquellos seis metros de altura que rodeaban la universidad, podía observar varios Guardias y Centinelas vigilando las secciones que habían sufrido algún daño durante alguno de los ataques.

Me senté en un banco y estiré las piernas, ejercitando los músculos y el tejido en cicatrización, mientras observaba a los hombres. Desde donde estaba sentada, me di cuenta de que todos eran mestizos. Todos y cada uno de ellos lo era y yo no era capaz de dejar de pensar en mi padre.

Había perdido la esperanza de que estuviese aquí; Laadan lo habría encontrado. Todavía podía estar en el Covenant de Nueva York en los Catskills; podía estar en cualquier lugar o podía estar muerto, no lo sabía.

Frotándome la cara, me dije a mí misma que dejara de pensar en eso, pero la negatividad me ganaba por momentos. ¿O tal vez solo estaba siendo realista? ¿Cómo podía haber sobrevivido? ¿Cómo podría Ares no saber que mi padre estaba en los Catskills?

Seguramente usaría a mi padre en mi contra si pudiera.

¿Qué habría elegido para su vida si hubiera tenido opción de ser algo más que un Centinela, un Guardia o un sirviente? ¿Qué serían algunos de estos hombres si no hubieran sido obligados a elegir? ¿Alguna vez se lo planteaban?

Hubo un momento en mi vida, mientras vivía entre los mortales, mucho antes de saber lo que era o haber escuchado la estúpida profecía, en el que quise trabajar en un zoológico. No es la aspiración más grande que uno pueda tener en su vida, pero amaba los animales. Siempre había querido tener una mascota, pero estaban prohibidas, pues podían ser controladas tanto por puros como por daimons. Las pocas

veces que había visitado un zoológico, los trabajadores siempre parecía que disfrutaran de su trabajo, y yo quería eso. Quería ser feliz con lo que hiciera con mi vida. Solía pensar que convertirme en una Centinela cumpliría esa necesidad.

Lo gracioso era que cuando había vivido entre los mortales, lo único que realmente quería era volver al Covenant, entre los de mi especie. Ahora ya no estaba tan segura de querer ser una Centinela si sobrevivía a todo aquello.

Al bajar la mirada, me toqué el estómago, como hacía una mujer embarazada. El vínculo vibró; era una conexión abierta a todas horas. Cerré los ojos y cogí aire, como la noche antes del mano a mano con Ares. Dioses, sabía que en aquel momento me vería tan estúpida como entonces.

¿Seth?

No hubo respuesta; nada al otro lado. Como si el vínculo se encendiera y luego se apagara de golpe.

La grava tras de mí crujió y no necesité darme la vuelta para saber de quién se trataba.

Aiden me había estado siguiendo todo el tiempo.

Los pasos se detuvieron detrás del banco.

—No voy a salir corriendo —le dije, y no estaba planeándolo.

Se produjo una pausa.

—Lo sé.

Segundos más tarde, rodeó el banco y se sentó junto a mí, con las manos apoyadas sobre sus muslos. Ninguno de los dos habló durante lo que pareció una eternidad. Finalmente, rompió el silencio.

—Siento haberte gritado allí dentro.

Me atraganté con la risa, mientras lo observaba.

—No, no lo sientes.

Un amago de sonrisa apareció, pero distó mucho de la verdadera que me permitía ver esos hoyuelos que tanto adoraba. No había visto una de esas desde que había despertado aquella tarde.

—Vale —reconoció—. No me arrepiento de lo que te he dicho, pero sí de haber levantado la voz.

—Está bien.

—Me gustaría que dejaras de decir eso.

Me levanté tan rápido que un dolor agudo estalló en mis rodillas.

—Pero está bien.

Estaba de espaldas a él, pero podía sentir el ceño fruncido en su voz.

—No todo está bien, Álex. Estoy bastante seguro de que el mundo está cayéndose a nuestro alrededor. Está bien que las cosas no estén bien.

Puse un pie delante del otro como si estuviera caminando sobre una barra de equilibrio, pero mi equilibrio no había alcanzado aún la curación y, tras tres pasos, podría haber pasado fácilmente por una borracha.

—No significa que seas débil, si admites que las cosas están bastante jodidas en este momento —continuó.

Me quedé quieta.

—Este no es un discurso muy motivador.

Aiden se rio secamente.

—No está destinado a serlo. Más bien una dosis de realidad.

—Creo que he tenido suficientes dosis de eso recientemente.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—No tienes que estar bien con lo que te pasó, Álex. Nadie lo espera. Yo, desde luego, no lo hago.

Dándome la vuelta lentamente, abrí la boca dispuesta a decirle que no quería hablar de todo aquello.

—Si no estoy bien, entonces, ¿cómo se supone que debo estar?

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Furiosa.

Oh, de eso también tenía a montones.

—Puedes estar molesta, asustada y puedes estar furibunda porque no fue justo; porque no lo fue. Mucho de lo sucedido no ha sido justo para ti, pero, sobre todo, lo sucedido no lo fue. Tienes que dejarte experimentar todas esas emociones.

—Lo estoy. —Más o menos. Lo extraño era que sentía todas esas cosas, pero no era suficiente. Era como un tapón en una botella, solo abierto para dejar escapar el gas poco a poco.

Una mirada triste cruzó su rostro mientras negaba.

—No lo estás haciendo, y tienes que dejarlo salir, Álex, o te pudrirás por dentro.

Cogí aire con fuerza. Ya estaba podrida por dentro.

—Lo estoy intentando.

—Lo sé. —Aiden se inclinó hacia adelante, sin dejar de mirarme—. Siento haber dudado de ti esta mañana.

—Aiden...

Él levantó la mano.

—Escúchame, ¿de acuerdo? Lo último que necesitabas cuando despertaste después de algo así, era a mí reaccionando de esa forma. Sé que no ayudó.

No era precisamente el reencuentro romántico que esperaba, pero entendía su reacción.

—Mis ojos...

—Eso no es una razón suficiente para mi comportamiento.

—No es gran cosa, Aiden, pero te perdono.

Aiden me observó un instante y luego se echó hacia atrás. Su mirada se dirigió a mi rostro y recorrió las cicatrices en él. Quise esconderme.

—Ven aquí —dijo suavemente.

El frío se filtraba a través de mi pecho. Me quedé quieta donde estaba, pero las

palabras salieron como si mi boca hubiese sido secuestrada por la *Álex* interior.

—Parezco Frankenstein.

—Eres preciosa.

—Parezco Frankenstein con un corte de pelo a lo marginado de colegio.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo.

—Nunca has estado más hermosa para mí, como lo estas ahora mismo.

—Necesitas revisarte la vista.

Sonrió un poco.

—Y es necesario que te examinen la cabeza.

Me mordí el labio.

—Ven aquí —dijo de nuevo, levantando la mano.

Esta vez, no pensé en el adormecimiento y la frialdad en mi pecho, los aparté y me obligué a moverme. En tres pasos desiguales, mis dedos se juntaron con los suyos.

Me sentó en su regazo, acunándome contra su pecho; podía oír los latidos de su corazón. Sus brazos me rodearon, manteniéndome junto a él. Su respiración pausada me encantaba; me encantaba que me tuviera así.

Sus labios rozaron mi frente.

—*Agapi mou*.

Sonreí contra su pecho y, en la oscuridad, casi pude fingir que todo era normal. Necesitaba algo así, realmente lo necesitaba.



Justo cuando el sol empezaba a coronar el horizonte, miles de estudiantes, cientos de miembros del personal y los que se habían refugiado en el Covenant, se reunieron en el cementerio que descansaba más allá de los dormitorios, ubicado contra la pared de la fortaleza que rodea la parte trasera.

El cementerio se parecía mucho al de la isla Deity. Las estatuas de los dioses supervisaban los mausoleos y tumbas enormes, y los jacintos florecían todo el año. Para mí, esas flores siempre habían sido un recordatorio de lo que podría suceder si uno era favorecido por algún dios.

Me pregunté si habría una flor con mi nombre algún día. «Alexandrias» sonaba bien. Esperaba que fueran hermosas, como una espiga densa de flores rojas vibrantes, y no algo que pudieras encontrar creciendo en una grieta en la acera.

Al morir, un mestizo y un puro eran tratados como iguales. Como mi madre había dicho en su día: era la única ocasión en que las dos razas descansaban una al lado de la otra. Pero las cosas todavía estaban segregadas entre los vivos, incluso cuando no había mejor momento que el actual para que mestizos y puros se unieran.

Los puros ocuparon el centro del escenario, situado frente de las piras funerarias. No parecía importarles que solo uno de los cuerpos envueltos en lino hubiera

pertenecido a un puro y los otros tres cuerpos pertenecieran a mestizos. El ritual y la ley decretaban que los puros ocupaban los asientos en primera fila y así lo hicieron. Detrás de los miembros del Consejo, los estudiantes, los Guardias pura sangre, Centinelas y civiles, estaban los mestizos. Sabía que apenas podían ver las piras o escuchar el discurso que estaba dando Diana y otro Ministro.

Nuestro grupo se mantuvo a la izquierda de las masas, pero por separado. Habíamos seguido la procesión sombría por el campus justo antes del amanecer, pero al llegar al cementerio, nos habíamos hecho a un lado como grupo, como si todos estuviéramos de acuerdo en que no queríamos ser parte de aquello, pero no nos separaríamos en aquel momento.

Uno podría pensar que la mayoría de los ojos, durante un funeral, estarían observando al frente, pero no era así. Mucha gente se quedó observando nuestro grupo, es decir, a Aiden y a mí. Algunas miradas eran abiertamente hostiles, otras disgustadas. Esas provenían de los puros. Los mestizos solo parecían sorprendidos y asombrados.

La mano de Aiden se apretó alrededor de la mía.

Levanté la vista hacia él y él me sonrió. No era posible que no supiera que la mitad de los allí presentes nos miraban, y aún así se aferró a mi mano. Sabía que necesitaba aquello más que nunca.

Era curioso lo diferentes que eran las cosas. Antes de que toda aquella locura sucediera, se quedaban observando a Seth como si fuera algo extraño y yo fuera con él.

Ahora se me quedaban mirando porque iba de la mano de un pura sangre. ¿Qué había de malo en ello?

Observando la multitud, me llamó la atención un estudiante puro. Se parecían a los mestizos, sin embargo, teníamos el retorcido don de distinguirlos sin ningún problema. Nos observaba como si quisiera arrancarle la mano a Aiden y darnos un sermón eterno de por qué no debíamos hacer lo que estábamos haciendo.

Mis ojos se centraron en él, mientras levantaba mi mano libre y me rascaba el puente de la nariz... con el dedo medio.

La cabeza del puro se giró de golpe. Antes, probablemente me hubiesen azotado por aquello, pero yo era el Apollyon; dudaba de que me delatara y, honestamente, había problemas mucho más grandes que un mestizo y un puro portándose mal.

Apretando mi agarre sobre la mano de Aiden, me obligué a mirar las piras. Las palabras fueron pronunciadas en griego antiguo y, por primera vez en mi vida, no sonaron extrañas. Entendía el lenguaje antiguo; las palabras eran poderosas, oraciones y reconocimientos verdaderamente aptos para los que habían muerto a manos de Ares, pero faltaba algo. No es que Diana o el otro Ministro hicieran algo mal. No lo entendí al principio, pero luego caí.

Lo que faltaba... estaba dentro de mí.

Las palabras pronunciadas significaban algo, y sentí el manto sombrío colgando

sobre el campus. A medida que situaban las antorchas a lo largo de los pies de las piras, pensé en Lea y cómo merecía este tipo de sepultura, no una tumba cavada a toda prisa en el medio de la nada. Me dolía el corazón por ella y todos los que eran llorados.

Y lloré.

Pero mientras sentía estas cosas, realmente no las sentía. La aguda punzada de dolor, una sensación que se había vuelto conocida durante el año anterior, estaba entumecida. Cuando las llamas anaranjadas se movieron en el aire y cubrieron los cuerpos como mantas, no me alejé como siempre lo hacía. La finalidad era silenciada. Había una bola de frío dentro de mi pecho, fragmentos afilados de hielo en mis venas, y cada cierto tiempo, un temor horrible me recorría por dentro.

El miedo y el dolor eran lo único que sentía, que era real y lo suficientemente tangible como para probarlos. Todo lo demás estaba guardado, como si estuviera desconectado y separado del resto de la escala humana de las emociones, y no entendía por qué.

Darme cuenta de aquello hizo que el temor se disparara, trayendo consigo una buena dosis de ansiedad.

Cuando el funeral hubo terminado y el sol se levantaba, el corazón me latía como un martillo perforador y me sudaban las palmas. La multitud empezó a moverse de nuevo hacia el campus. Habría una fiesta en memoria de los que habíamos perdido y la mayoría del grupo asistía. Marcus se había ido para unirse a Diana. Solos charlaba con Val, y Luke y Deacon caminaban delante con Olivia.

El aire cortante entraba y salía de mis pulmones a un ritmo alarmante. Solo me di cuenta de lo lento que íbamos, porque había una gran distancia entre nosotros y la gente de delante.

El vínculo vibró. Tal vez fuera la reacción a mis niveles de ansiedad o algo así, pero las imágenes y sonidos se amplificaron. Las llamadas de los pájaros eran estridentes. Las hojas crujieron como mil papeles arrugados. El sol era demasiado brillante, la conversación entre la masa de gente demasiado fuerte. Dioses, la presión vino de la nada, apretándome el pecho; mierda, me costaba respirar, como si alguien hubiera puesto pinzas de presión sobre mí. Un fuerte cosquilleo me recorrió la columna vertebral y se extendió a lo largo de mi cabeza.

Había algo que no iba bien en mí y no era un ataque de pánico. Corriendo por mi cabeza había un pensamiento que se repetía una y otra vez: ¿por qué no podía sentir otra cosa que no fuera aquello? ¿Dónde estaba el dolor? ¿Por qué no sentía frío y vacío el pecho, a menos que estuviera enfadada o asustada? Sin embargo, la noche anterior, en brazos de Aiden, el adormecimiento no me había parecido tan malo, como si hubieran abierto el tapón un poquito más. Yo era una persona muy emocional. Experimentaba un centenar de cosas diferentes a menudo, como si probara sabores de helados.

Esto no era correcto o normal y me aterrorizó.

Me detuve de repente, y lo mismo hizo Aiden. Aferrándose a mi mano, me observó.

—¿Álex?

Me dolía el pecho.

—No puedo sentir nada.

Frente a mí, inclinó la cabeza hacia un lado, con las cejas juntas.

—¿Qué quieres decir?

Puse mi mano sobre el pecho.

—No puedo sentir nada aquí dentro.

Aiden fue a soltarme la mano, pero me aferré como si mi vida dependiera de ello.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé. —Cogí aire con fuerza—. No puedo sentir nada, excepto... excepto el temor y el dolor. Todo lo demás se siente silenciado. No puedo llorar. Ni siquiera lloré cuando vi a mi madre.

Conmoción cruzó su rostro.

—¿Viste a tu madre?

—¡Ves! —El pánico cavó con garras podridas—. Ni siquiera te he contado esto, y yo te lo cuento todo. Ni siquiera he pensado en ello. Estoy como vacía. Todo es gris.

La preocupación sustituyó a la sorpresa cuando se acercó más.

—¿Crees que es Seth?

Negué tan rápido que el pelo me golpeó las mejillas.

—No habla conmigo.

—Pero eso no quiere decir que no sea él —razonó, y la ira destelló entre la preocupación.

—No tiene sentido. ¿Qué gana haciendo esto? Por otra parte, ¿debe tener sentido?

—Me aparté el pelo de la cara—. ¿Qué pasa si estoy rota? ¿Y si así es como siempre me voy a sentir? ¿Qué...?

—Detente. Reduce la velocidad, Álex. —Aiden ahuecó mis mejillas—. No estás rota. No vas a sentirte siempre de esta manera. Has pasado por muchas cosas. Te llevará tiempo procesarlo todo. Coge aire profundamente. Vamos, solo una vez. Inhala, y déjalo salir lentamente.

Agarré sus muñecas, apenas capaz de cerrar mis dedos a su alrededor, e hice lo que dijo.

—Está bien. Estoy respirando.

—Bien. —El color plata de sus ojos era todo mi mundo—. Sigue respirando conmigo.

Seguí respirando mientras empezaba a moverme. No sabía por qué hice lo que hice en aquel momento. Tal vez fuera porque si no sentía aquello, estaba muy jodida.

Levantándome sobre las puntas de los dedos de los pies, besé a Aiden.

Sí, no era el comportamiento apropiado después de un funeral.

Pero le di un beso.

Necesitaba sentir algo distinto al entumecimiento, el dolor, la ira, aunque solo fuera durante un instante. Cuando Aiden me besaba siempre me invadía una marea de emociones.

Aiden levantó un poco la cabeza.

—¿Lo has sentido?

—Sí —suspiré, temblando, mientras nuestros labios se rozaban.

Sus labios se curvaron en una sonrisa de un solo lado.

—Estaba esperando que dijeras que no, así tendría una muy buena excusa para besarte otra vez.

Mis dedos se clavaron en sus brazos.

—No necesitas una excusa.

Y no tuve que esperar mucho tiempo. Sus labios estaban sobre los míos de nuevo, un roce increíblemente suave que envió otro temblor a través de mí. Era un proceso lento y suave que alteraba mi ritmo cardiaco. El hormigueo en la parte posterior de mi cuello regresó, extendiéndose por mi vientre y más abajo, pero era una sensación diferente. Sentí a Aiden, sentí el amor en sus brazos y no quería perder esa sensación.

Desesperada por mantener el entumecimiento y el frío, los sentimientos más oscuros a raya, me apreté contra él, casi pisándole los zapatos. Él era mucho más alto que yo, algo que entorpecía. Bueno, Aiden tuvo que ajustarse. Sentí el brazo alrededor de mi cintura y cómo me levantaba sobre las puntas de los dedos de mis pies. Aguantando la mayor parte del peso mientras envolvía su cuello con mis brazos. El calor se extendió por mis venas; era parecido a cuando Seth me transfería su energía, como si estuviese abriendo los ojos de nuevo y volviendo a la vida. Los símbolos aparecieron sobre la superficie de mi piel, extendiéndose rápidamente.

¿Así que todo lo que tenía que hacer era besar a Aiden para sentir algo real y bueno?

Aquello podía hacerlo.

Pero en el fondo de mi mente, sabía que no era normal; o bueno, no común. No hice caso de esa voz molesta porque, en aquel momento, esa voz no estaba ayudando. Profundicé el beso, separando sus labios y paseando mi lengua dentro de su boca. Un sonido profundo y sexy salió de su pecho, la otra mano se envolvió alrededor de mi nuca.

—Álex. —Hubo una advertencia suave en su voz.

—¿Qué?

Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, haciendo que su nariz rozara la mía.

—No sabes lo que estás haciendo.

Casi me reí.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo.

—Dioses... —Aiden acunó mi mejilla mientras movía mis caderas más cerca de las suyas. Mi estómago se hundió de manera agradable—. Has pasado por mucho. Todavía te estás recuperando y...

—¿Y qué?

—No soy perfecto. Solo tengo algo de control. —Sus ojos eran como el mercurio caliente—. Y si me sigues besando así, no vamos ni siquiera a llegar a algún lugar más privado.

Oh, me gustaba cómo sonaba aquello.

—¿Y hay algo de malo en eso?

—No. Sí. —Presionó su frente contra la mía—. Has estado...

—Estoy bien. Estoy mejor que bien cuando estoy así contigo. —Un filo de desesperación se elevó en mi voz mientras me agarraba a su brazo—. Necesito esto. Te necesito, Aiden. Por favor, no...

La boca de Aiden se estrelló contra la mía. Fuera lo que fuera que había dicho, fue como encontrar el mapa de un tesoro. Bam. Ahí mismo. Su beso me llevó a un lugar en el que no había pensado hasta aquel momento. No existía Ares. No se avecinaba ninguna batalla que debiéramos planificar.

No existía Seth. Ni dolor o miedo. Solo sentía el calor, el amor y a Aiden.

Todo lo que sentía era a él.

Lo hicimos en el edificio del centro de formación más cercano. Aiden abrió la primera puerta que encontró abierta. Un armario de suministros. Eso funcionaría.

Nuestras miradas se encontraron. Sus ojos eran como piscinas líquidas de plata, y su pecho se movía bruscamente.

—Tenemos que hablar de lo que me has dicho —dijo.

—Lo sé.

—Pero no ahora.

Se me cortó la respiración.

En una poderosa estocada, estaba dentro de mí. Nuestras bocas se juntaron mientras me recostaba. Mi cadera chocó contra un carrito. Unas toallas blancas dobladas cayeron al suelo. Noté un dolor en los huesos, pero una penetración más profunda me llevó a ignorar el dolor.

—Cuando estabas en esa habitación, pensé... —Me besó otra vez mientras sus manos caían a mis caderas, temblando—. Pensé que nunca tendría esto contigo de nuevo. Dioses, Álex, yo...

Uní nuestras bocas, silenciando nuestros miedos. Los dedos de Aiden apretaban mi cintura mientras me levantaba, me colocaba en el carrito ahora despejado. Mi corazón dio un vuelco cuando sus labios se arrastraron a través de mi frente y mis mejillas. Deberíamos estar haciendo otras cosas más importantes, pero en aquel momento nada parecía serlo más.

Nos besamos como si fuera la última vez que tendríamos el lujo de beber el uno del otro. Se me cortó la respiración de nuevo. La frialdad se filtró en mí como un día de lluvia fría. Mi interior se entumeció. En el momento en que el pensamiento se formó, me di cuenta de cuán cierto era. No había ninguna promesa de un mañana o próxima hora. Ares podía encontrar una forma de entrar. Seth podría aparecer. Aiden

podría...

—Oye, ¿adónde vas? —preguntó Aiden suavemente, sosteniendo mis mejillas con la punta de sus dedos.

Cuando no respondí, rozó mis labios con los suyos, persuadiéndome para abrirlos con infinita paciencia. Me devolvió al momento, lejos de la frialdad en mi pecho.

Inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás.

—Quédate conmigo. ¿De acuerdo? Quédate conmigo.

Me acurruqué, aferrándome a su camisa; mi conexión a la tierra era sentirle a él. Sus labios tocaron los míos, alejando la sensación de adormecimiento invasor. Inclinó la cabeza, profundizando el beso y...

Una alarma estridente estalló en alguna parte dentro del campus, comenzando como un zumbido grave que aumentó, haciendo que Aiden y yo nos apartáramos.

Deslizándome por el carrito, miré hacia la luz roja intermitente sobre las puertas. Reconocí el sonido; sabía lo que significaba. Mis músculos se tensaron mientras mis ojos, abiertos como platos, se encontraban con los de Aiden.

Había un fallo de seguridad, como en el Covenant en los Catskills. Sabía que no era una falsa alarma.

Nos estaban atacando.

Capítulo 4

Aiden pasó de dios del sexo a dios guerrero en aproximadamente dos segundos mientras yo solo me quedaba de pie allí, pegada al suelo como una de las muchas estatuas de fuera. Mis labios todavía se estremecían de una manera agradable, pero la bola de hielo volvía a mi pecho, extendiéndose como una tormenta de invierno.

Él se giró hacia mí, inclinando su cabeza y besándome rápidamente.

—Tendremos que retomar esto después.

Entonces se dirigió hacia la puerta.

Me obligué a mí misma a seguirlo fuera del armario de suministros, hacia el pasillo vacío. Las sirenas seguían sonando. En lo único que podía pensar era que Ares había vuelto y trataba de pasar a través de las barreras que Apolo había puesto. No podía ser Seth; no lo había sentido.

Mis pasos eran lentos, pero los de Aiden eran largos y decididos. Él estaba listo para enfrentarse a lo que fuera que esperara fuera. Yo no. En mi pecho, mi corazón intentaba empujar mis costillas y me sudaban las palmas de nuevo. El subidón de energía me ponía enferma. Una imagen del acuario destruido y los vibrantes colores de los peces flotando sobre el suelo apareció en mi cabeza, seguida del sonido de la risa fría y burlona de Ares.

No puedo hacer esto otra vez.

El aire salió de mis pulmones en una inestable respiración mientras Aiden abría las puertas dobles. Tenía que hacerlo. La batalla era para lo que había sido preparada y, como Centinela, podíamos enfrentar una pelea en cualquier momento. Por esa razón Aiden llevaba dos dagas atadas a las piernas de los pantalones negros. Las mismas que yo llevaba atadas a mis muslos; su peso era tan familiar que las había olvidado.

Un Centinela nunca salía de casa sin ellas.

Agachándome, cerré las manos alrededor de los mangos de madera. Me habían entrenado para esto. Bueno, me habían entrenado para enfrentarme a daimons, no al dios de la Guerra.

Tengo que hacerlo.

Fuera, nos dirigimos hacia la entrada del campus. Numerosos Guardias habían tomado posiciones defensivas fuera del edificio de estilo coliseo que unía las habitaciones comunes y la cafetería. La mayor parte del campus estaría allí ahora por el banquete, pero mientras rodeábamos el edificio, varios estudiantes puros eran llevados al interior; sus rostros estaban pálidos y parecían asustados. Me pregunté si yo tendría el mismo aspecto. Si era así, seguro que no estaba siendo muy alentador para el que me viera.

—¿Qué está pasando? —preguntó Aiden a uno de los Guardias.

El mestizo sacudió su cabeza.

—Algo está bajando la barrera. Nos han ordenado que pongamos a todos los puros en un área segura.

—Lo que dicen no puede ser —dijo otro Guardia, con los ojos bien abiertos mientras cogía su Glock. Dirigió su mirada a un grupo de puros que llegaban desde otro edificio—. ¡Eh! Tenéis que entrar. ¡Ahora!

—¿Qué han dicho? —pregunté, feliz de ver que mi voz no se había quebrado, pero no hubo respuesta. Los Guardias estaban distraídos con el grupo de puros—. Da igual —murmuré.

Antes de que pudiera empezar a moverme siquiera, Aiden se giró hacia mí, poniendo sus manos sobre mis hombros.

—Deberías quedarte atrás.

—¿Eh? —Fue la única cosa que pude decir.

La determinación brilló en sus ojos gris acero.

—Álex, no estás completamente curada, y no tenemos ni idea de qué diablos está sucediendo allí.

Una gran parte de mí, una irresponsable, quería decir «vale» y dirigirse hacia el edificio donde estaban reuniendo a las masas asustadas, pero no importaba cómo me sintiera, no iba a irme.

—Estoy bien, Aiden. Yo...

—Eres una cantidad de cosas, Álex. Fuerte. Valiente. Hermosa. Increíblemente sexy —dijo, con una rápida sonrisa—. Pero no estás bien. Ambos lo sabemos.

Está bien. Él tenía parte de razón.

—Tienes razón, pero no lo entiendes. No puedo esconderme. Si lo hago... —Cogí aire y decidí ser honesta por una vez—. Déjame ir. Si no salgo hacia esa barrera y enfrento lo que sea que haya ahí, nunca lo haré. ¿Lo entiendes? Y no puedo permitírmelo. Tengo que... tengo que superar todo esto.

Y era la verdad. Me pasaba de todo. Necesitaba enfrentarme a Seth y transferir el poder del Asesino de Dioses de él a mí; eso requeriría un mayor contacto entre nosotros. Solo así podría enfrentarme a Ares. No podía ablandarme para cuidar de mi trasero. Necesitaba levantarme y seguir adelante. Lo había hecho antes.

Pero esta vez es diferente, susurraba esa molesta voz que se parecía demasiado a mí.

Ignoré la voz.

—Debo hacer esto o... —O volveré a esconderme.

Aiden apartó la vista, respirando hondo. Sus hombros se tensaron, y supe que iba a discutir con toda su lógica. Luego dejó escapar el aliento.

—Está bien. Pero ponte cerca de mí. Si se desmadra o pienso que no puedes manejarlo, te sacaré de aquí sobre mi hombro si es necesario. ¿Entiendes?

Me sorprendió y molestó un poco la sinceridad de la afirmación prepotente, pero entendí que venía desde el corazón, y las sirenas dejarían de gritar en cualquier

momento. Asentí.

—¿Trato?

Suspiré.

—Trato.

—Entonces lo haremos así.

Apresurándome, obligué a mis cansados músculos a trabajar mientras trotábamos dirección a lo que fuera que había. A medida que nos acercábamos, nos unimos a muchos otros Centinelas más, y pude ver otra docena cerca del muro.

Las sirenas disminuyeron, pero la espesa e innatural tensión impregnaba el aire, avisándome de que fuera lo que fuera que sucedía, no había terminado. Explorando los suelos, sentí mi estómago caer. A nuestra izquierda, un pequeño grupo de Guardias y Centinelas se agazapaban, rodeando algo. Reconocí a Luke, Olivia y Solos; no estaba sorprendida de verlos en el meollo. No habrían vacilado. Si bien Luke y Olivia técnicamente no se habían graduado, eran Centinelas.

Yo, por otro lado, era un acertijo en negro.

Solos se enderezó, colocando una larga hebra de cabello marrón detrás de la oreja. Se giró al escuchar la voz de Aiden. No escuché lo que estaba diciendo. Mi mirada se encontraba fija sobre lo que los otros Centinelas miraban.

Un cuerpo se encontraba el suelo, totalmente irreconocible. ¿Hombre? ¿Mujer? Sin pistas. Había sido un Centinela, se podía decir por los andrajosos restos del uniforme negro. La piel y ropas parecían haber sido picoteadas hasta dejar solamente tiras de carne y músculos unidos. Incluso los párpados y globos oculares habían sido apartados.

Sentí el estómago revolverse.

—Buenos dioses...

Olivia se incorporó, limpiándose las manos en el pantalón. Entonces vi a la otra Centinela sobre el suelo, rodillas flexionadas y manos descansando sobre su estómago. Las tenía llenas de sangre. Profundos y vengativos cortes laceraban sus mejillas. Su ojo izquierdo era un desastre sangriento. Gimiendo suavemente, intentaba incorporarse mientras otra mujer envolvía su rostro con una gasa blanca, cubriendo su ojo destrozado.

—Estaban fuera haciendo su ronda. Dicen que vinieron desde la nada —me dijo Olivia en una voz baja—. Ella apenas pudo librarse de ellos.

Aparté la mirada del cuerpo.

—¿Que vino desde la nada?

Olivia abrió la boca, pero el graznido más agudo y horripilante que nunca hubiera escuchado, salió de la nada. Era un *crescendo* constante de un áspero chillido.

Numerosos disparos retumbaron y alcé la barbilla. Más allá de la barrera, una nube negra zumbaba, cruzando el horizonte, dirigiéndose directamente hacia nosotros. Excepto que no era una nube.

Retrocedí un paso, dirigiendo mis manos a las dagas.

La nube levantó, rompiéndose en cientos de cuervos enloquecidos.

Abrí la boca asombrada.

—Santos cuervos...

—Hay un par de águilas también —comentó Luke.

—Y unos cuantos halcones —agregó Aiden.

Rodé mis ojos.

—Está bien. ¡Santas aves de presa! ¿Mejor?

—Mucho —murmuró Aiden.

Las aves cubrieron el cielo tan densamente, que por un momento dejó de verse el sol. Nunca había visto algo como aquello. Se arremolinaban en lo alto, hasta que cambiaron el curso, volando bajo hacia nosotros como pequeños torpedos alados con garras afiladas y picos. Pensé en el cuerpo desollado y casi salgo corriendo.

—¡Están poseídas! —gritó un Guardia. Unas vetas de suciedad manchaban su uniforme.

Quería agradecer al chico por lo obvio. No era una especialista en animales, pero sabía que las aves no se volvían psicóticas sin una razón, lo que significaba que había daimons cerca... o bien ellos o un dios. Un dios podría influenciar a nuestros amigos emplumados. Pero mi respuesta murió en mi lengua cuando las aves del infierno se abalanzaron sobre nosotros.

En cuestión de segundos las tuvimos allí.

Agachándose, Olivia chilló mientras apartaba uno.

—¡Ah! ¡Aves! ¿Por qué tenían que ser aves?

Golpeé a una antes de que pusiera sus pequeñas garras sobre mi ya revuelto cabello. ¿Cómo diablos se suponía que debíamos luchar contra un enjambre de aves? Sentí unas garras aferrarse al dorso de las manos; el dolor fue agudo y rápido.

Solos se dio la vuelta, su brazo arqueándose con gracia. Una daga volaba a través del espacio, girando su mango y embistiendo profundo en la espalda de un águila que se había posado sobre el hombro de un Guardia.

Bueno, esa era una manera, algo lenta, pero efectiva. De todas formas, tenía una idea mejor. Moviendo los brazos como un Guardia desquiciado, me precipité hacia Aiden. Estaba apartando un águila de un centinela caído. Minúsculos arañazos surcaban sus mejillas.

—¡Fuego! —le grité—. ¡Iluminad el cielo!

Luke movía los cuchillos en el aire como si se tratara de un chef loco.

—¡Olivia y yo os cubriremos!

Enfundando las dagas, Aiden levantó las manos, concentrándose; la línea de su mandíbula se mantuvo apretada. Unas chispas salieron de sus dedos y, un segundo después, sus manos ardieron en llamas.

Me acerqué, envolviendo mis manos alrededor de su muñeca. Cogí aire, ignorando las alas que notaba cerca de mi mejilla y los escalofríos que la sensación me daba.

Cerrando los ojos, usé el elemento aire e imaginé las llamas moviéndose en una corriente estable y luego expandiéndose como un techo de fuego. Aiden podría llevar el fuego al cielo, pero no tan rápidamente ni con la misma magnitud con la que yo podía.

—Eso es —dijo Aiden, su piel caliente bajo mis dedos.

Abrí los ojos. Por un momento, me impresionó. El uso de los elementos todavía era nuevo para mí. Fuego. Una bola de fuego enorme salía de las manos de Aiden. El viento apartó el pelo de mi rostro, mientras el infierno azotaba el aire, rodando hacia el muro y de regreso al campus, consumiendo a las aves a su paso. La llamarada no era natural, solo un producto del éter que Aiden llevaba dentro de él. Consumí los cuervos, dejando solo un fino rastro de polvo tras de ellos.

Cuando la mayoría de las aves habían sido destruidas y solo unas cuantas quedaban dispuestas a caer como bombas sobre nosotros, Aiden cerró sus manos en puños y me alejé de sus muñecas. Solo entonces vi los símbolos brillando débilmente en mis manos. Nadie excepto Seth podía verlos, pero yo me sentía rara solo de verlos.

—Eso fue tan *Resident Evil* —dijo Luke, con los ojos bien abiertos—. Increíble.

Sonreí, cogiendo algo de aire.

—Ha sido guay, ¿no?

Luke fue a decir algo, pero un Guardia pasó a nuestro lado, agitando los brazos mientras intentaba quitarse una de las aves, que habían sobrevivido, de su espalda. Frunció el ceño.

—No volveré a mirar un pájaro de la misma forma nunca más.

Me giré. Aiden le estaba quitando el halcón de la espalda al Guardia. Al retorcerse entre sus manos, pude verle el rostro. Los ojos de la cosa estaban completamente negros, sin pupilas ni iris, justo como los de un daimon.

Aparté la vista al escuchar el crujido que vino después. Cuando un animal había caído de esta manera en la posesión de un daimon o dios, no había nada que se pudiera hacer.

Varios Centinelas se tambaleaban, maltratados y llenos de cortes, pero nadie lo había pasado tan mal como los dos que habían estado de ronda y que probablemente habían sufrido el grosor de las heridas, e incluso uno de ellos fallecido.

Un escalofrío se deslizó por mi columna y mis manos fueron automáticamente a coger las dagas en mis muslos. Todo el vello de mi cuerpo se levantó. A mi alrededor, mestizos y puros reaccionaron a la peculiar tensión filtrándose en nuestra piel. Mis símbolos se retorcieron, cambiando los patrones y formando otros nuevos.

—¡Aquí vienen! —gritó un Guardia sobre la barrera.

Era como si estuviéramos esperando que un grifo nos atacara en cualquier momento, sin embargo, no fue eso lo que golpeó la barrera y consiguió traspasarla.

Era un daimon.

Cara tan blanca como las túnicas de los Guardias y venas tan gruesas como serpientes negras, el daimon retrocedió y cargó contra la puerta otra vez.

Limpiándose algo de sangre de la mano, Olivia sacudió la cabeza.

—¿Qué está haciendo?

—¿Aparte de reordenarse la cara? —Me estremecí mientras golpeaba de nuevo la puerta—. Quizás está realmente hambriento.

Los daimons eran pura sangre que se habían vuelto adictos al éter al probar la sangre de los puros. Además, durante el último año habíamos descubierto que también se podía convertir a mestizos. Eran los responsables de todos los mitos sobre vampiros, y no de los románticos. Fue culpa de Dionisio y uno de sus momentos de aburrimiento.

La mayor parte de nuestros problemas surgían cuando un dios estaba aburrido.

Otro daimon se unió al primero y luego otro, y otro. Cada vez que golpeaban la puerta, un estremecimiento recorría mi cuerpo. Tenían la carne mutilada y ensangrentada.

Solos ya estaba en la puerta, capaz de matar a dos de ellos clavándoles las dagas a través de los barrotes. Los daimons eran extremadamente alérgicos al titanio. Los traspasaba y los hacía explotar en una nube azul de polvo, pero seguían llegando más y más, rebotando contra la puerta. Observé las bisagras; estaban a punto de ceder.

Me moví, viendo docenas y docenas de daimons tras los que golpeaban las puertas. Aiden convocó al fuego, quemando a varios, pero seguían acercándose hasta que se consumían completamente.

Aquello no era bueno.

Y entonces comprendí algo que me dejó aterrada. Cuando estuve en modo fan con Seth tras Despertar, descubrí que él y Lucian trabajaban con daimons; los alimentaban con puros que no cooperaban con ellos. Los daimons podían estar aquí enviados por Ares, pero también podía ser que Seth estuviera cerca. Fuera lo que fuera, era poco probable que apareciera de en medio de la nada dispuesto a salvarme como sucedió durante el ataque al Consejo de las Catskills.

—Tenemos que hacer algo. —Luke desenfundó sus dagas y me observó con mirada interrogante—. ¿Puedes hacer alguno de los trucos de Apollyon, como hiciste con los autómatas?

Dándome cuenta de que debería hacer lo mismo que Luke, desenvainé mis dagas. Me tembló la mano; esperaba que nadie lo hubiera notado.

—No puedo prometer que no destruiré la puerta en el proceso. Quizás si pudiera salir, deslizarme detrás de ellos.

—Eso no va a suceder. —Aiden se puso frente a mí—. No tendrías ni dos segundos antes de tenerlos sobre ti.

Con todo el éter en mis venas, sería como hacer sonar la campana de la cena, pero si salía allí, podría hacer algo que pudiera terminar con todo aquello antes de que se fuera de madre. Mantuve la boca cerrada, algo tan ajeno a mí que me sentí rara. Antes de que todo esto sucediera, ya estaría escalando muros dispuesta a todo sin pensar en nada.

Los Centinelas no mostraban temor.

Los daimons seguían golpeando la puerta, agolpándose cada vez más y más.

—¡Abrid la puerta! —le gritó Aiden a un Guardia—. Si rompen la puerta, tendremos otra herida abierta que proteger.

—¡Eso es de locos! —vociferó el Guardia—. Si nos sobrepasan...

—No nos sobrepasan. Pon a la mitad de los vuestros formando una línea varias yardas atrás —ordenó Aiden—. El resto nos quedaremos aquí en primera línea.

Luke sacudió la cabeza y murmuró:

—Esa es la línea de «oh, mierda».

A su lado, Olivia bufó, abriendo y cerrando los dedos alrededor de la empuñadura de la daga.

—¿Sabéis?, esto no es tan horrible.

—¿No lo es? —pregunté.

Ella sacudió su cabeza.

—Podría haber sucedido durante los funerales.

El portal crujió como los huesos al romperse, mientras el Guardia entraba en acción y empezaba a dar órdenes. Dejar que los daimons entraran parecía una locura, pero Aiden tenía razón; aunque detuviéramos este ataque, seríamos vulnerables por tener un agujero gigante donde debería haber una puerta.

La mitad de los Centinelas y todos los Guardias retrocedieron, formando una línea. Olivia y Luke permanecieron en la puerta, listos para la batalla. Me obligué a coger aire profundamente mientras dos Centinelas se ofrecían a la misión suicida de abrir la puerta.

Aiden se puso a mi lado, inclinó la cabeza, hablando lo suficientemente bajo para que solo yo pudiera escuchar.

—Esto no va a gustarte. Sé que no quieres oírlo, pero deberías ir al área común. Encuentra a tu tío y...

—Puedo hacerlo —dije, y luego asentí unas cinco veces para cerciorarme—. Necesitáis mi ayuda. Puedo usar alguno de mis poderes de Apollyon sin preocuparme de romper la puerta.

Sus ojos se oscurecieron, llegando a un gris tumultuoso.

—Álex, de verdad...

—Demasiado tarde —interrumpí, mientras los Centinelas abrían las puertas.

Aiden se dio la vuelta rápidamente y, antes de que pudiera coger aire de nuevo, los daimons atravesaban las puertas, tragándose a los dos Centinelas en una ola de cuerpos. Él maldijo y volvió a mirarme. No quería que estuviera distraído. Los daimons no podían matarme, pero sí podían matarlo a él.

—Estoy bien. —Apreté las dagas—. Encárgate de los tuyos.

Parecía querer protestar más, pero no había tiempo. Agachándose en el último segundo posible, apuñaló a un daimon en el estómago. La fuerza del golpe lo derrumbó. Aiden giró, clavando la daga profundamente dentro del pecho del daimon.

En cuestión de segundos, no era más que una pila reluciente de polvo. Se levantó, con los hombros tensos y la expresión seria en el rostro, eliminó a otro daimon y luego a otro. Si Apolo estuviera aquí, habrían estado contando quién eliminaba más.

Me giré al escuchar pisadas. Un daimon se dirigía hacia mí, ojos tan negros como aceite de la medianoche y piel desprovista de color. Mis músculos se tensaron de la forma en que lo hacían segundos antes de entrar en batalla, pero esta vez fue diferente. Se quedaron totalmente inmóviles. Tenía la boca seca. Se me detuvo el corazón y me sentí como cuando vi a mi madre y no fui capaz de terminar con ella.

No puedes pelear. Ya no puedes hacerlo. Estás rota.

Mi voz interna era semejante a un demonio negativo. Estaba congelada. A mi alrededor, los sonidos de metal chocando y los gruñidos de aquellos que peleaban se amplificaron hasta que eso fue todo lo que fui capaz de escuchar.

El daimon pegó un salto, husmeando en el aire, y abrió la boca revelando una fila de dientes de tiburón. Aulló.

Mi mente... Algo estaba mal con ella. Sabía que había un daimon frente a mí, y sabía que ni siquiera tenía que usar las dagas. Podría usar el fuego o el viento. Podría conectarme con Akasha, el quinto poder, que solo los dioses y el Apollyon podían manejar, pero no veía al daimon. En su lugar vi a un dios de más de dos metros muy enfadado. Vi a Ares.

Respiraba de forma entrecortada. Retrocedí un paso, tragando la bilis que subía por mi garganta.

—No.

El daimon chocó conmigo, golpeándome la espalda. Las dagas cayeron de mis manos, deslizándose sobre el suelo seco, levantando columnas de polvo.

—Te di una salida fácil —dijo Ares, apretándome los hombros—, pero elegiste esto y cada persona que amas morirá por ello.

Alguien gritaba mi nombre, y la imagen de Ares empezó a desaparecer. Viscosas venas negras recorrían sus mejillas. Dientes mellados aparecieron detrás de una boca cruel. Un poderoso estremecimiento recorrió mi cuerpo y los símbolos sobre mi piel empezaron a volverse locos, como si hubiera un dios...

Un destello de luz blanca me cegó, y el daimon explotó en una nube azul de polvo. Una flecha plateada cayó sobre mi pecho.

—¿Qué diab...? —La levanté chillando; pinchaba.

—Voy a necesitarla —dijo una suave voz musical que solo había escuchado una vez. La flecha desapareció de mis manos—. ¡Gracias!

Levanté la mirada y descubrí por qué mis símbolos se habían vuelto locos sobre mi piel.

Ataviada con su vestimenta habitual, se mantuvo frente a mí con el arco de plata apoyado sobre la cadera. Llevaba su melena roja atada en una coleta alta y ondulada que le llegaba hasta la cintura. Solo sus ojos blancos indicaban lo que era.

—¿Estás tomando el sol?

Algo aturdida por su aparición, me levanté.

—¿Qué haces aquí? ¿Está Apolo...?

—Mi hermano está siendo encadenado a alguna roca por nuestro padre, por culpa de Ares. —Ella cargó otra flecha—. Zeus está un poco molesto y, por supuesto, culpa a Apolo por el desastre. ¿Cómo íbamos a saber lo que Ares estaba planeando? —Dejó salir la flecha, que pasó junto a mi cabeza. Un sonido carnosos me dijo que le había dado a su blanco—. No es culpa nuestra que Ares se haya vuelto loco y se haya dedicado a la guerra en la Tierra. —Otra flecha voló desde sus dedos expertos.

—Y tú necesitas retroceder, cariño —dijo ella, sus labios llenos me sonrieron ampliamente—. Tu amante está a punto de ser derribado en combate.

—¿Qué diab...? —Sus palabras me atravesaron y me di la vuelta. Mi corazón se paró.

Aiden estaba rodeado, dos daimons a su espalda y dos enfrente. Ningún otro Centinela estaba cerca. Los daimons iban hacia los puros porque ellos, como Artemisa y yo, estaban completamente llenos de éter. Aquello era bueno para los mestizos, porque les daba ventaja, pero no para Aiden. De un lado de su garganta goteaba sangre. Uno de los daimons frente a él, una mujer, tenía sangre goteando de sus labios.

Lo habían marcado.

Aiden había sido marcado.

Buf, aquello acababa de activar mi parte celosa y aquella perra iba a pagármelo.

Cualquiera que fuera el temor que había invadido mi sistema, fue sustituido por mi miedo por él. Olvidando a Artemisa y su repentina, inesperada, y realmente bizarra aparición, eché a correr. Mis músculos y cuerpo sabían qué hacer. Estaba concentrada, con los instintos en alerta. Finalmente era yo.

Me puse detrás de dos daimons y clavé una de mis dagas dentro de uno de ellos. El otro sintió la cualidad de mi éter y se giró hacia mí.

Chilló.

—Apollyon...

—Cállate —dije, agachándome mientras venía hacia mí. Brinqué, dando una patada, barriéndole las piernas hasta que cayó—. Sé que huelo bien y te aseguro que también tengo buen sabor.

Bajando la daga, aparté al daimon y salté. Deslizándome bajo el brazo de Aiden, fui directa a por la mujer con la sangre de él en su feo rostro. Balanceando la daga hacia atrás, arqueé el brazo, dándole de lleno en la mandíbula. Retrocedió, y el placer que sentí preocuparía a los terapeutas más prestigiosos del país.

—Mierda —dijo Aiden en voz baja, y luego derribó al otro daimon.

La mujer daimon cargó contra mí, prácticamente empalándose en mi daga. Polvo azul voló sobre mi cara.

—Asqueroso.

Artemisa seguía encargándose de los daimons y lo peor, estaba realmente

preciosa haciéndolo. Con sus mejillas ligeramente enrojecidas y su labio inferior apretado entre sus dientes, se movía alrededor de todos, disparando a los daimons uno tras otro. Cuando los Centinelas se dieron cuenta de que un dios estaba luchando con ellos, dejaron de hacer prácticamente nada.

La legión de daimons no iba a matarnos. No. Artemisa estaba aquí.

Saltó sobre el tronco de un árbol, dando un giro al más puro estilo bailarina de ballet. El sol se reflejaba en su arco plateado. Tres flechas salieron de él, silbando entre Centinelas e impactando en los daimons.

Santo trasero de Hades...

No me gustaría hacerla enfadar.

En cuestión de un minuto, alrededor de una docena de daimons no eran nada más que pilas azules de polvo y Artemisa ni siquiera había sudado, ni ninguna hebra de cabello estaba fuera de lugar. Deslizando el arco dentro de los arneses atados a su espalda, le guiñó un ojo a Solos antes de desaparecer y reaparecer justo delante de mi cara.

—Dioses —jadeé, retrocediendo un paso—. ¿Era necesario?

Ella ladeó la cabeza.

—Ares está jugando sucio. Estos... —dijo mirando a nuestro alrededor—, son obra suya. Él los ha traído y seguro que vendrán más. El Primero está en movimiento.

—¿Seth? —Aiden se apretaba el cuello con una mano—. ¿Viene hacia aquí?

Los ojos horripilantes de Artemisa lanzaron todo tipo de brillos al mirarle. Un fino brillo la rodeaba, como si estuviera bañada en purpurina, y luego la ilusión desapareció.

Mis ojos se ampliaron.

Una diosa verdadera estaba frente a nosotros, vestida en blanco, de un lino casi transparente que se abrazaba a sus curvas y revelaba más piel que una tanga. Un brazalete plateado cubría la parte superior de su brazo. Una luna pendía de él, brillando como si estuviera bañada en luz.

Sus labios se curvaron en una coqueta y seductora sonrisa.

—Hola a ti también, ¿qué tal si te deshaces de la pequeña Apollyon y te vas con...?

—Oye. —Me crucé de brazos, intentando mantener mis ojos sobre su rostro—. ¿No se supone que eres una diosa virgen?

Una suave y musical risa salió de ella.

—Cariño, ¿nunca has oído aquello de «besa y no digas nada»?

—¿Alguna vez has oído hablar de lo que es un sujetador? —contraataqué—. Porque puedo ver tus... ya sabes. Todo.

Aiden se aclaró la garganta mientras apartaba la mirada con las cejas arqueadas.

Artemisa rio de nuevo mientras volvía su atención hacia mí.

—Te apoyaré cuando pueda, como voluntad de los otros, hasta que Apolo pueda volver a tu lado. No podemos permitir que Ares continúe con lo que está haciendo.

Debes transferir el poder del Primero a ti.

—Está en el top de mi lista de cosas por hacer, junto con... ¡Oye! —Me alejé de ella cuando fue a tocarme. Sus dedos rozaron mi mejilla—. ¡Para! —Di un paso atrás cuando lo intentó de nuevo—. Los dioses sois tan raros.

Artemisa arrugó la nariz.

—Hay algo mal dentro de ti.

—Uh... —Eso no parecía muy cortés. Miré a Aiden. Él observaba a Artemisa, pero no del modo en que el resto de chicos lo hacía, excepto Luke que no la estaba mirando—. ¿Te importaría explicarte? —pregunté.

Sus ojos se estrecharon y movió su mano de nuevo. Meforcé a mí misma a permanecer quieta y dejar que sintiera lo que quisiera, pues no parecía que nada fuera a detenerla.

Ahucó mis mejillas y puso su otra mano bajo mis pechos, entre mis costillas.

—Um... —Estaba empezando a sentirme un poco ansiosa—. Espero que esto tenga una finalidad, porque la mayoría de hombres nos están mirando como si fuéramos a dar un espectáculo.

Aiden tosió.

Las pestañas de la diosa volvieron a levantarse.

—Hay algo dentro de ti.

—Bueno, tengo órganos y... —Me apagué, recordando cómo el hijo de Apolo había dicho lo mismo. La preocupación apareció—. ¿Como si algo no estuviera bien?

—No lo sé. —Apartó las manos, por fin—. Deberías hacer algo con tu pelo.

Y entonces desapareció. Simplemente se había ido y con ella las marcas del Apollyon.

Rocé las puntas de mi maltrecho pelo mientras miraba a Aiden. Me observó, con el rostro que tendría alguien al que le acaban de dar un puñetazo en el estómago. Abrió la boca para decir algo y sin más, se dio la vuelta y se marchó. Sin tener idea de lo que acababa de suceder, observé la carnicería que la batalla había provocado. La sangre se esparcía a lo largo del suelo, algunos muriendo y otros muertos ya. Habría más funerales. Busqué a mis amigos y por suerte estaban todos bien. De alguna forma, el alivio de no tener que enfrentarme a otro día más sin alguno de ellos era alentador.

Pelear era un deseo y una necesidad que me había inculcado, como al resto de mestizos que no eran llevados a la servidumbre. Sin embargo, entre el ataque de Poseidón, haberme despertado como Apollyon y que Apolo me llevara al Olimpo, la lucha dejó de parecerme atractiva.

¿Una vida llena de aquello?

Recordé haberle dicho a Aiden que ya no estaba segura de querer hacerlo, pero fue antes de Ares. Ahora, todo era diferente.

Mi mirada encontró a Aiden.

Estaba arrodillado al lado de un Centinela caído, no mucho mayor que yo.

Levantó la mirada, su gesto sombrío se encontró con el mío, y creí ver el mismo cansancio en sus ojos.

Los dos estábamos tan... tan cansados.

Capítulo 5

Cuando el sol se puso y el campus estuvo todo lo calmado que era posible después de haber sufrido un ataque desastroso, caí en la cama. Recién duchada, le había robado unos pantalones de chándal y una camiseta a Aiden.

Estaba agotada, pero inquieta. Sabía que tenía que dormir, porque al día siguiente debía reclutar a toda la gente posible para la gran batalla, pero me quedé mirando el techo, moviendo los pies, hasta que llegó Aiden y empezó a desnudarse.

Mis ojos se centraron en los músculos de su estómago finamente diseñados. ¿Mirar esos músculos y esa cadera, después de lo sucedido, me convertía en mala persona?

Aiden se puso una camiseta, cubriendo su glorioso cuerpo mientras se acercaba a la cama. Se agachó, poniendo sus manos a ambos lados de mi cabeza. Sus labios se posaron sobre los míos, y el calor me inundó, como lo había hecho antes de que la película de Hitchcock cobrara vida.

La forma en que Aiden me besaba, nunca dejaba de afectarme. Cada vez era como la primera vez. Las mariposas revoloteaban en mi estómago al segundo en que nuestros labios se tocaban. Mi pecho se agitaba frenético. Nunca podría acostumbrarme a ello. Que estuviéramos juntos a pesar de las leyes que lo prohibían y todo lo que se interponía en nuestro camino, era algo asombroso. Cuando levantó la cabeza, dejé escapar un pequeño suspiro, y besó la comisura de mis labios.

Estirado a mi lado, se inclinó sobre mi estómago, poniendo todo su peso sobre su codo.

—Deberías estar durmiendo.

—Lo sé. —Pero no es así.

—Tampoco tú estás durmiendo.

Un lado de sus labios subió un poco.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Me agaché, rozando la piel justo debajo de la herida que había recibido. La piel siempre sería de unos tonos más pálidos que su tono natural. La mordedura había estado tan cerca de la yugular. Aun siendo un puro, la mordedura podría haberle dejado fuera de servicio durante un tiempo, o incluso matarlo.

—¿Y tú?

Envolvió su mano alrededor de la mía, separándola de su cuello. Me dio un beso en la palma.

—Estoy bien.

Traté de no demostrarlo, pero el miedo me pinchó.

—Nunca antes te habían mordido.

—Hay una primera vez para todo. —Bajó la mano, pero siguió sosteniéndola—.

En realidad no es para tanto.

No estaba de acuerdo.

—Quiero matar a ese daimon de nuevo.

Aiden sonrió. Una sonrisa de verdad, mostrando sus profundos hoyuelos. Parecía una eternidad el tiempo que había pasado desde que le había visto sonreír así.

—Fue un poco muy sexy, ver cómo saliste de la nada y la mataste.

—Necesito una camiseta que diga: «Yo lo hice».

—Puedo hacértela, pero me gusta verte con mi ropa.

Un rubor se deslizó por mis mejillas.

—Probablemente debería haber preguntado.

—No tienes por qué. —Me apretó la mano con suavidad—. ¿Tienes hambre?

Me quejé.

—No, dioses, no. Siento que el estómago me va a estallar después de todo lo que me has hecho comer.

No dijo nada, solo cerró los ojos. Sus gruesas pestañas abanicaron sus pómulos, y me quedé embobada mirándolo. Un año antes, no hubiera pensado que estaríamos donde estábamos ahora, aunque tampoco me hubiera congelado en medio de una pelea.

Los ojos de Aiden se abrieron y me observó.

—¿Qué está pensando esa cabecita tuya?

A veces su capacidad para leerme era aterradora.

—Dudé.

—Sucede, *agapi mou*.

El cariño casi me rompió.

—No a los Centinelas —le susurré, mirando por encima del hombro—. Me quedé inmóvil por completo, Aiden. No me podía mover. No quería...

—¿Qué? —pinchó, cuando no continué.

Me mojé los labios y dije en voz baja:

—No quería estar allí.

—¿Quién querría?

Soltándome de su agarre, le miré.

—No lo entiendes. No quería estar allí. No quería pelear. Quería estar en cualquier parte, menos donde estaba, y cuando vi al daimon, me pareció ver... —Me aislé. No podía admitir que me pareció ver a Ares. Podría pensar que estaba loca—. Solo me cerré. ¿Qué pasa si sucede de nuevo y te hacen daño o te matan?

—Álex, no eres responsable de los que han muerto. —Se movió de modo que su cara quedó justo encima de la mía—. No cargues también con eso. No está bien.

—Pero es verdad —susurré—. La gente espera que pelee y patee traseros. No me puedes decir que la gente por ahí no espera que mate daimons. Y si Artemisa no hubiera aparecido...

—Lo hubieras conseguido. Como lo hiciste —dijo Aiden, ahuecando mi mejilla y

obligándome a mirarle—. No seas tan dura contigo misma. Lo que ha pasado va a afectarte, y no te estás dando un momento para hacer frente a lo que acaba de suceder. No estás bien, Álex, pero no eres alguien roto ni dañado.

Mi aliento salió estremeciéndome.

—Entonces, ¿qué soy?

—Eres alguien que es increíblemente fuerte y valiente y que ha pasado por demasiado. Demasiadas personas esperan demasiado de ti. Y no es porque seas débil. Tienes dieciocho años, Álex. Incluso si tuvieras veintiocho, toda esta mierda sería demasiado. —Sus dedos bajaron por mi mejilla, por el desnivel de las cicatrices en ella—. Eres el Apollyon, pero eres solo una persona. Y no estás sola. Me tienes a mí. Tienes a Luke, a Olivia, y a tu tío. Tienes a Solos, y a mi hermano, a pesar de que está un poco loco. —Una pequeña y rápida sonrisa apareció en sus labios—. Y mañana, tendrás todo un ejército. No estás sola en todo esto. Nunca estarás sola.

Parpadeé de nuevo para alejar la humedad que se había reunido en mis ojos.

—Creo que pasas tu tiempo libre estudiando un libro lleno de cosas que decir.

Rio entre dientes, y luego sus labios rozaron los míos en un beso rápido.

—Nah. Simplemente te quiero, Álex.

Subiendo las manos, las puse en sus suaves mejillas. Los pequeños arañazos que los pájaros le habían hecho habían cicatrizado ya, dejando atrás débiles marcas.

—Creo que me volvería loca sin ti.

Me besó en la mejilla y luego se tendió junto a mí, pasando un brazo alrededor de mi cintura. En los momentos de silencio que siguieron, no me sentí adormecida o asustada. Estaba contenta, cálida, y me sentía como mi antigua yo. El día siguiente iba a ser un gran día, y quién sabía lo que nos esperaba más allá de eso. No quería pensar en nada de eso. No en aquel momento.

Me di la vuelta y me estiré, rozando nuestros labios. El beso comenzó lento, nada como aquella mañana, cuando nos habíamos besado en un tono febril, pero luego se profundizó y mi corazón se despertó, golpeando fuerte en mi pecho. Su mano se enroscó alrededor de mi cadera, tirando de mi cuerpo hacia el suyo. Al sentir mi cuerpo contra el suyo, un escalofrío recorrió mi espalda mientras sus dedos se deslizaban bajo mi camiseta, rozando la piel desnuda de mi cintura. Mi mano se movió sobre su pecho, y deseé tener algún tipo de poder Apollyon que hiciera desaparecer la ropa. Eso hubiera sido muy útil en aquel momento.

Me puso sobre mi espalda, situando una pierna entre las mías. Su lengua se deslizó en mi boca y dejé de pensar en nada. Una deliciosa tensión creció en mi estómago y, cuando su cuerpo se movió contra el mío, me quedé sin aliento. Mi reacción fue inmediata, meciéndome al mismo ritmo.

Aiden se estremeció cuando levantó la cabeza. Sus ojos eran plata líquida.

—Tenemos que parar un segundo.

Al parecer no le había oído bien, porque movió su pierna de una forma que me hizo temblar y luego me besó de nuevo, mordiendo mi labio inferior.

—En serio, tenemos que hablar un momento —dijo, con la voz ronca.

Una pequeña sonrisa tiró de mis labios.

—Entonces deja de besarme.

—Esa es una excelente idea. —Apretó los labios contra la zona sensible debajo de mi oreja—. Sin embargo, es tan difícil no hacerlo. —Pese a eso se sentó, con las piernas cruzadas, junto a mí—. Quiero hablar contigo de algo.

La forma en que dijo aquello hizo que me encogiera de golpe. Aiden estaba serio.

—Vale. ¿Sobre qué?

—Sobre lo que te dijo Artemisa.

—¿Sobre mi pelo?

Me miró de nuevo.

—No. Cuando dijo que había algo dentro de ti.

—Oh. ¿Eso? Raro, ¿no? El hijo de Apolo, Hippo... lo que sea, dijo lo mismo cuando estuve en el Olimpo. —Suspiré, intentando no parecer asustada—. No tengo ni idea de lo que están hablando.

—¿No? —La sorpresa inundó su voz.

—No. —Fruncí el ceño.

—¿En serio?

Aiden abrió la boca y la cerró. Pasaron varios segundos, y luego pasó su mano por el pelo, rascándose la cabeza.

—Piensa en ello, Álex.

Crucé los tobillos y me encogí de hombros.

—Ilumíname, sabio.

—¿De verdad vas a hacerme decirlo? —Maldijo por lo bajo cuando su mano cayó sobre su regazo—. Por supuesto que sí. ¿No crees que podría haber una posibilidad de que lo que Artemisa sintió o vio o lo que sea, significa que estás... embarazada?

Me quedé mirándolo.

—¿Qué?

Sus cejas oscuras bajaron.

—Embarazada.

—No. —Tosí una carcajada y rodé los ojos—. De ninguna manera.

Aiden me miró como si fuera medio estúpida.

—¿Qué? —Hice una mueca—. Es imposible que lo esté, simplemente no es posible. Yo... lo sabría, y estaría totalmente... —Guau. Sonaba un poco estúpida, porque realmente podría ser así. Me habían puesto las inyecciones, pero, sinceramente, no podía recordar cuándo fue la última, y quién sabía si eran efectivas, o si funcionaba igual en Apollyons, ¿y cuándo había sido mi última regla? Y...

¡Oh, dioses del Olimpo...!

Me senté, casi tirando a Aiden de la cama, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Embarazada? ¿Bollo en el horno? ¿Un pequeño Álex o Aiden corriendo furiosamente? Vale. Un pequeño Aiden sería adorable, ¿pero embarazada? Oh,

dioses, ¿te he dicho lo mucho que odio la palabra «preñada»? ¿Acaso «embarazada» es una palabra tan larga que hay que acortarla?

—Álex, espera. —Rio entre dientes—. Más despacio. Respira.

Intenté hacerlo, pero no pude, teniendo la palabra «embarazada» a nuestro alrededor. Se me formó una bola de palabrotas en la garganta.

—No puede ser eso, ¿verdad?

Su pecho subió y luego asintió.

—Podría ser, Álex.

Guau, me quedé impresionada por la perspectiva. ¿Embarazada? ¿Yo? Me entraron ganas de reír, pero si lo hacía, estaba bastante segura de que no pararía, y no sería una risa preciosa. Sería la histérica y loca risa que me salía en estas situaciones.

—Eso... —Dejé escapar un suspiro entrecortado al mirar hacia abajo. Sentí la tentación de levantarme la camiseta y empezar a tocarme la barriga. No lo hice, porque terminaría entrando en trance de nervios absolutos—. Eso lo cambia todo.

Levanté la mirada, encontrando la de Aiden. Sus ojos eran de un color plata brillante, y mi corazón dio un vuelco. Cuando eran de ese color, Aiden estaba sintiendo algo fuerte, algo bueno, pero no sabía qué pensar. ¿Embarazada de Aiden? No podía ser madre. En serio. Apenas me acordaba de lavarme los dientes por la mañana. Ser responsable de un niño, ¿sobre todo con el desastre que era mi vida? Ese chico no tendría una oportunidad. Terminaría siendo comido por los coyotes salvajes o algo así.

Aiden levantó una comisura, en una medio sonrisa.

—¿Qué estás pensando?

—¿Qué estás pensando tú? —Mi corazón latía con fuerza.

—Estoy pensando... un montón de cosas, pero si esto es lo que los dioses están sintiendo en ti, tenemos que pensar realmente en lo que estamos haciendo. —Se acercó, tirando de mis pantalones—. Sé que esto no está pasando en un buen momento.

Reí con eso.

—Sí, sería un momento terriblemente malo.

—Pero ¿sería tan malo? —me preguntó.

La expresión de su rostro, de honestidad abierta y —queridos dioses— de aceptación, me sobresaltó.

—¿Estarías de acuerdo con esto?

Aiden bajó la mirada por un momento y luego se movió, sentándose justo frente a mí. Tomó mis manos entre las suyas, y de repente me di cuenta de lo serio que estaba. Me estaba costando procesar las cosas.

—Este no es el momento adecuado para nosotros —comenzó, cruzando sus dedos con los míos—. No con todo lo que está pasando, pero... pero ¿cómo no voy a estar bien?

En realidad estaba sin habla. Alguien tenía que grabar aquel momento.

—Te quiero, Álex. Eso nunca va a cambiar, y aunque ninguno de los dos esté preparado para esto, podemos prepararnos. Ambos podemos, y lo enfrentaremos juntos. No puedo ser tan mal padre. Quiero decir, básicamente crie a Deacon y aún está vivo. —Rio suavemente mientras un ligero rubor aparecía en sus mejillas—. Pero si es así, realmente tenemos que pensar en lo que estamos haciendo. Sé que ninguno de nosotros puede alejarse de lo que nos toca hacer, lo que tú tienes que hacer, pero deberíamos hacer algunos ajustes.

Ni siquiera podía imaginar qué tipo de ajustes íbamos a necesitar. Si estaba embarazada, ¿podría salir y luchar? ¿Podría transferir el poder de Seth? Y, ¿qué tipo de niño sería? ¿Medio puro, medio Apollyon?

Aquel niño podría destruir el mundo.

Pero Aiden... dioses, quería llorar. Me hubiera gustado dejar caer esas lágrimas, porque tenía la suerte de contar con él. La mayoría de chicos estarían diciendo otras cosas en aquel momento.

Las lágrimas no cayeron, pero pude moverme. Me puse de rodillas, y él supo lo que quería. Abrió los brazos, y me senté en su regazo, rodeándole el cuello y aferrándome a él como un pulpo.

—Eres perfecto —le dije, con mi cara hundida en el hueco entre su cuello y su hombro.

—No soy perfecto. —Su mano acarició mi pelo hasta apoyarse en mi nuca—. No puedo enfadarme por el hecho de que vayamos a tener un bebé.

Cerré los ojos con fuerza mientras la emoción me embargaba. Entre la lluvia de miedo y confusión, una pequeña, diminuta astilla de... felicidad me llenó como una bola de humo.

Los mestizos eran producto de la unión entre puros y mortales y no se les permitía procrear. Además, los Centinelas no tenían hijos, ni siquiera los puros que optaban por este tipo de servicio. Simplemente no vivían lo suficiente como para criarlos. Así que en realidad nunca había considerado la idea de tener un hijo; sin embargo, si realmente estaba sucediendo, sería hijo de Aiden, y ¿cómo no iba a quererlo? Aunque fuéramos totalmente inexpertos y tuviéramos que prepararnos, Aiden estaría ahí conmigo. No por un sentido del deber, sino porque me quería y quería a nuestro hijo.

¿Y yo? Cada día que pasara, probablemente sería la madre más irresponsable que existiera, pero lo querría con todo mi ser.

Dioses, tenía el cerebro a punto de explotar; nunca pensé tener que estar pensando en eso.

Aiden me dio un beso en la sien.

—Deberíamos ver a un médico y estar cien por cien seguros, y entonces... bueno, nos encargaremos de esto juntos.

Oh, guau. ¿Hacer un viaje rápido a la enfermería para una prueba de embarazo? Eso iba a ser algo extraño. Y entonces me vino algo a la mente.

—Marcus te va a matar.

Se le escapó una carcajada.

—Tienes razón.

Empecé a sonreír, pero luego la realidad me dio un golpe en la cabeza y la brizna de alegría se esfumó.

—No puedo estar embarazada, Aiden.

—Álex...

—No lo entiendes. —Me bajé de su regazo, arrastrándome hacia la cabecera de la cama. Suspiré mientras me acercaba las rodillas al pecho—. No estoy negando la forma en que los órganos de hombres y mujeres funcionan, pero no lo hemos hecho desde que Ares apareció, y no hay forma de que el bebé hubiera sobrevivido a la lucha, si hubiera estado embarazada.

La plata líquida de sus ojos se enfrió un poco.

—Ni lo había pensado. Oh, dioses —dijo, frotándose la mandíbula—. ¿Cómo no he pensado en eso? Sería... —Sacudió la cabeza.

No sabía qué decir a eso; la posibilidad de estar embarazada era increíblemente emocionante. Un dolor agudo me atravesó el pecho. Cuando sus ojos se apagaron, también lo hizo el desbordante entusiasmo que había en ellos. Odiaba ser yo la causante.

Aiden se tumbó de lado, dando unas palmaditas para que me acercara a él. Mordéndome el labio, me deslicé hasta estar a su lado. Ninguno de los dos dijo nada, pues ninguno de los dos sabía qué decir. En algún momento, apagó la luz junto a la cama y se acostó a mi lado.

Tras asegurarme de que Aiden se había dormido, respiré hondo, cerré los ojos e hice algo absolutamente loco; me puse las manos sobre la barriga.

Mi corazón dio un salto en el pecho a pesar de no sentir diferencia alguna al tacto. Podría estar embarazada y eso... no, no podía llamarlo así. Era un bebé. El bebé de Aiden. ¿Podría nuestro bebé haber sobrevivido a la lucha con Ares? Cosas más descabelladas habían sucedido. Y en mi vida, casi podía esperar que lo imposible pudiera suceder y sucediera. Así que, aunque pequeña, había una posibilidad, sin embargo, no sabía qué pensar.

En la oscuridad, Aiden puso su mano sobre la mía, que reposaba sobre mi barriga y se mantuvo así toda la noche.

Capítulo 6

Por la mañana, Aiden se marchó a por algo de desayuno. Me ofrecí a ir con él, pero insistió en que me quedara en la cama y descansara un poco más. Las pesadillas me habían atormentado la mayor parte de la noche. Daimons atravesaban los muros del campus. Ares encontraba una forma de atravesar las salas. Seres queridos muriendo a mi alrededor. Mis constantes movimientos en la cama habían mantenido despierto a Aiden la mayor parte de la noche, pero había algo más. En el fondo, sabía por qué Aiden había querido que me quedara. Todavía había una parte de él que creía que podía estar embarazada. Demonios, una pequeña parte de mí se preguntaba lo mismo.

Cada vez que pensaba que existía la posibilidad, el corazón me daba un vuelco. No podía concentrarme en ello, no en aquel momento, pero era en lo único que podía pensar mientras me duchaba y me vestía.

Vi mi reflejo en el espejo e hice una mueca de dolor. Incluso mojado, mi pelo era horrible. Tenía que hacer algo al respecto. En la pequeña zona de cocina y sala que unía las dos habitaciones, encontré unas tijeras. Inmediatamente, una imagen mía sosteniéndolas cuando Caleb murió, me vino a la mente.

Deberías cortarte el pelo.

Romvi/Ares me lo había dicho, y en mi desesperación tras haber perdido a mi mejor amigo, lo había intentado. Rara reacción en aquel momento, pero ¿ahora?

Me quedé mirando las tijeras, sintiendo un nudo en mi garganta. Seth me detuvo. Estuvo allí para mí después de la muerte de Caleb, y aun teniendo que aguantar mis enfados, había permanecido a mi lado. Habíamos sido dos caras de la misma moneda, y si no hubiera sido por él, la depresión y el odio por mí misma me hubieran arrastrado.

¿Qué te pasó, Seth?

Pregunté, pero no hubo respuesta a través de nuestra conexión. Solo el suave zumbido de la cuerda. Realmente no importaba lo que había pasado. Todo lo que él había hecho ensombrecía las cosas buenas y estaba en el equipo de Ares. Después de lo que Ares me había hecho no podía perdonar a Seth tras esa elección.

Suspirando pesadamente, salí de mi habitación y me dirigí, por el pasillo, hacia la habitación de Olivia.

—Hola —dijo, mientras abría la puerta, pero su sonrisa se desvaneció un poco cuando miró hacia abajo y vio el instrumento afilado en mi mano. No dio un paso atrás, pero la expresión de su rostro me dijo que quería hacerlo—. ¿Qué pasa?

—Tenía la esperanza de que pudieras hacer algo con mi pelo antes de la reunión de hoy. —Empecé a agitar las tijeras, pero decidí parar, pues parecía una psicópata—. Ahora parece que una podadora se ha apoderado de mi cabeza y no quiero

presentarme así delante de un montón de gente.

Su sonrisa reapareció, iluminando sus ojos marrones.

—¡Claro! Puedo hacer algo con esto. —Cogió las tijeras con dedos hábiles—. Me alegro mucho de que hayas venido a mí, pues quería decírtelo, pero me pareció grosero.

—No lo hubiera sido. Soy capaz de verme en el espejo. —La seguí hasta su dormitorio—. Sin embargo, gracias.

—No hay de qué. Entra en el baño. —Olivia me hizo sentar en el borde de la bañera con los pies dentro. Puso una toalla sobre mis hombros y luego cogió un peine. Nos quedamos en silencio mientras me quitaba los enredos y finalmente dijo —: Ayer fue una locura, ¿no? Nunca he visto nada igual. Primero los pájaros, ¿y todos esos daimons?

—Lo sé. Tú y Luke estuvisteis impresionantes. —Me quedé mirando una botella de champú mientras Olivia pasaba el peine, ahora ya de forma más suave—. Artemisa dijo que Ares los había enviado.

—No puedo creerme que un dios se rebaje a utilizar daimons. Hay algo tan intrínsecamente malo en ello... —Cogió las tijeras—. No te muevas, ¿vale?

Quedarme quieta no era mi fuerte, pero lo intenté.

—Seth y Lucian también los utilizaban.

La mano de Olivia se quedó inmóvil sobre mi cabeza.

—Recuerdo que lo comentaste. Yo... no entiendo nada de esto. Entiendo que Ares quiere la guerra; es el dios de la guerra al fin y al cabo. Es muy bueno en estas cosas. ¿Y Lucian? Poder. Es un puro. ¿Pero Seth? No lo entiendo. No sé qué le han podido ofrecer a Seth para que haga todo esto.

—Todo. Él piensa que va a conseguirlo todo.

Un tijeretazo.

—¿A ti?

—No creo que tenga nada que ver conmigo, no me gusta eso. —Quería moverme, pero no quería terminar con un corte de pelo peor que el que ya tenía—. Yo solo soy un... medio para un fin.

Olivia se quedó callada un momento mientras maniobraba con las tijeras.

—Tú lo sabes mejor que yo. Seth siempre me asustó, pero nunca pensé que terminaríamos así, nunca creí que pasara todo esto.

No creo que ninguno de nosotros pensara en una situación así, con el mundo a punto de colapsar.

—¿Estás nerviosa por lo de hoy? —preguntó, pasándome el peine de nuevo.

—Sí, un poco. Quiero decir, no tengo ni idea de qué voy a decir. No soy precisamente una líder y tampoco se me da muy bien dar discursos motivadores.

—Solo di la verdad. —Las tijeras habían vuelto. Suspiré—. Si Ares toma el control del Asesino de Dioses y va tras el Olimpo, los dioses destruirán todo a su paso para detenerlo, incluyendo cada puro y mestizo que se encuentren.

—Y si se las arregla para esclavizar a la humanidad, los puros serán los siguientes en su lista. —Fruncí el ceño—. Todo esto es una mierda.

Olivia rio suavemente.

—Ese sería el eufemismo del año.

—Cierto.

Terminó el corte de cabello improvisado. Respiré hondo antes de levantarme y mirarme.

—Wow. —Me eché hacia atrás, sorprendida—. En realidad, está genial.

Olivia rodó los ojos.

—¿Creías que iba a hacerlo mal?

Me encogí de hombros.

—¿Y aun así viniste a mí? —Ella negó con la cabeza mientras salía del cuarto de baño—. Sí que estabas desesperada. Por suerte, las partes más cortas estaban delante, así que se disimulan con el corte. Podrás recogértelo sin problemas.

Siempre había llevado el pelo largo, hasta media espalda, sin embargo, en aquel momento descansaba sobre mis hombros, y sin todo aquel peso; era más ondulado que antes. De hecho, sentí una especie de normalidad. Sonreí mientras salía del baño.

—Has hecho un gran trabajo. Gracias.

—No hay de qué. Me alegro de haber podido hacer algo. —Ella acarició el lugar a su lado en la cama—. Relájate conmigo.

Me acerqué a ella y me senté. Recordé el momento en el que Caleb me pidió que no le contara a Olivia nada sobre su vida no terrenal. No era justo, pues sabía que Olivia seguía pensando en él; sin embargo, Caleb quería que lo superara. En momentos así, era muy difícil no ser honesta con ella.

Olivia se acercó, y rozó la parte posterior de mis nudillos.

—¿Todavía te duele? —preguntó, mirándome.

Luché contra la tentación de apartar la mano.

—En realidad no.

Se mordió el labio y, lentamente, retiró la mano.

—Lo siento.

Alcé las cejas, sorprendida.

—¿Por qué?

—Por lo que te ha pasado —dijo, juntando sus manos—. Yo no te vi. No hasta que Apolo te trajo de vuelta, pero solo de ver cómo estuvieron Aiden y tu tío después de lo sucedido... Fue tan... —Se aclaró la garganta—. De todos modos, lo siento.

No supe qué decir al principio, pero luego simplemente solté:

—¿Me veo fatal, no?

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron de par en par al mirarme—. ¡No he querido decir eso! Oh, soy una idiota. Ni siquiera lo he pensado antes de decirlo. No te ves mal, Álex. Las cicatrices son tan débiles y estoy segura...

—Está bien, Olivia. Sinceramente, es lo último en lo que debería estar pensando.

—Sobre todo teniendo en cuenta lo que Aiden y yo hablamos la noche anterior y lo que podría depararnos el futuro. El impulso de contarle aquella posibilidad me golpeó, pero no sabía muy bien cómo sacar el tema—. Odio pensar en ellas; me hace sentir muy superficial.

—No eres superficial. —Golpeó mi rodilla—. Eres una chica. Nos preocupamos por cosas estúpidas como esta. Y si alguien dice que eres superficial por preocuparte por ello, les haremos los cortes a ellos y a ver qué dicen después.

Se me escapó una risa seca.

—Guau.

—Lo digo en serio. —Me guiñó un ojo—. Así que... —Un golpe en la puerta la interrumpió. Ella dio un salto—. Si es Deacon, le voy a dar bien. Me despertó en medio de la noche porque no podía dormir y Luke estaba de guardia. —Se detuvo en la puerta, girándose hacia mí—. Me hizo trenzarle el pelo. Y me refiero a esas diminutas trenzas.

Una risa brotó de mi garganta.

—Deacon es tan extraño.

—No es broma. —Se acercó a la puerta—. Lo juro por los dioses, puedo... ¡oh! No es el hermano molesto.

Levanté la vista y vi a Aiden, algo confundido. Sonreí.

—Estoy buscando a Álex —dijo. Llevaba una bolsa de plástico en la mano—. Pero siento curiosidad por saber qué es lo que ha hecho mi hermano esta vez.

—No quieras saberlo. —Olivia se apartó—. Está aquí.

—Ya lo veo. —Aiden se quedó en la puerta, una leve sonrisa apareció en sus labios carnosos—. Y también su pelo.

Recogí algunos mechones.

—Olivia ha hecho un gran trabajo.

—Así es. —Dirigió su sonrisa hacia Olivia, que se puso roja al instante—. He traído el desayuno.

Bajé de la cama de un salto y me dirigí hacia él.

—La comida me llama. —Me detuve frente a Olivia—. Gracias de nuevo.

—No hay de qué. —Dio un paso adelante y me abrazó.

Al principio, me congelé. Era raro, pero agradable. Le devolví el abrazo y, por alguna razón, sentí que había dado un gran paso.



Aiden me dio un plato con beicon, o más bien medio cerdo. Normalmente se preocupaba, pero en aquel momento parecía un halcón que vigilaba si comía bien o no.

—Me gusta tu pelo —dijo, mientras volvía de lavarme las manos llenas de grasa. Colocó un mechón detrás de mi oreja—. Pero podrías ser calva y todavía pensaría

que eres sexy.

Hice una mueca.

—Mis orejas son enormes. Créeme, no estaría atractiva.

Aiden se echó a reír y me dio un beso en la comisura de la boca.

—Mmm, sabes a beicon.

—Eso sí que es sexy.

Puso sus manos sobre mis caderas, y me incliné hacia delante, apoyando la mejilla contra su pecho.

—¿Quieres algo más?

—Oh, no. Estoy llena.

—¿Segura?

Me giré sobre su pecho, frotando mi mejilla contra él, igual que lo haría un gato cuando quiere ser acariciado.

—Estoy segura. —Cerré los ojos, sabiendo por qué estaba, de repente, sobrealimentándome—. Aiden...

—Lo sé. —Me rodeó con los brazos, bajando la barbilla, hasta apoyarse sobre mi cabeza—. Sé lo que vas a decir, y sé de lo que hablamos anoche, pero creo que, antes de descartarlo, debemos tener cuidado. Tienes que hacerte una revisión.

La idea de ir a la enfermería y pedir una prueba de embarazo equivalía a tomar sol desnuda en frente de una manada de daimons, sin embargo Aiden estaba en lo cierto. Levantando la cabeza, me encontré con su mirada.

—Lo haré. Lo prometo.

—Vale. —Bajó la cabeza, besándome, hasta el punto de que casi me olvidé de lo que tenía que hacer—. ¿Estás lista? Marcus nos estará esperando en el consejo.

No estaba preparada, pero dije que sí. Me cambié rápidamente, poniéndome un uniforme de Centinela. La emoción que normalmente sentía al ponérmelo se había ido.

Había desaparecido por completo. Ya no era un Centinela.

¿Lo había sido alguna vez? La primera vez que me puse el uniforme y fui a enfrentarme a mi madre, me había sentido como tal. Las ganas de venganza me embargaron cuando me puse uno tras romper la conexión con Seth y prepararme para entrar en el Inframundo con Aiden.

No debería llevarlo. La molesta voz interior de Álex estuvo de acuerdo.

Sin embargo debía llevarlo, incluso aunque no lo sintiera así. Me até los puñales a los muslos y deslicé la Glock que Aiden me había dado en la funda lateral.

Mi tío estaba con Diana, esperando en una de las salas laterales. Había una multitud decente esperando, y el beicon que me había comido se revolvía en mi estómago. Estar de pie en el estrado me recordó el momento en el que Lucian y Seth estuvieron allí para derrocar al Consejo.

Marcus parecía tener algo de dolor aún, pero como todos los puros, se había curado rápidamente. Los hematomas eran más débiles, y la hinchazón había bajado.

—¿Cómo te sientes, Alexandria?

Algún día me llamaría Álex, y de paso la gente dejaría de preguntarme qué tal estoy.

—Bien. ¿Y tú?

Me sonrió, tenso.

—Mejor. Solos entró, y Aiden, inmediatamente, comenzó a interrogarle sobre los muros. La puerta estaba resistiendo. No había habido más ataques, y había enviado exploradores. Luke estaba entre ellos.

Deacon estaba hablando con Olivia, pero se calló de golpe, irguiéndose en su silla. Su mirada se desvió de su hermano hacia Solos. Agradecí que Deacon no hubiera visto a los dos Centinelas quemados, que encontramos. Sus ojos, la única característica que compartía con Aiden, eran de un plata brillante. La preocupación recorría sus facciones.

Me dirigí hacia él.

—Luke estará bien. Es un Centinela impresionante.

Sus labios se inclinaron hacia arriba en una sonrisa desigual.

—Lo sé. Es solo que...

Nadie, sin importar lo buenos que fueran, estaban verdaderamente a salvo, especialmente un Centinela. Me hubiese gustado tener algo más que decirle, pero si Deacon y Luke iban en serio, tendría que acostumbrarse a los peligros que Luke enfrentaba. Era una dura realidad.

—Estará bien —le aseguré, y Deacon asintió, exhalando suavemente.

Val entró desde la sala principal, una mano en la empuñadura de su daga. Sus ojos azules eran extraordinariamente brillantes contra su tez morena.

—Todo el mundo está listo si tú lo estás.

Mi tío se volvió hacia mí y asintió. Llena de nervios, di un paso hacia adelante, aliviada cuando él y Aiden me siguieron.

Recorrer la tarima del Consejo era extraño. Después de todo, el Ministro Jefe Telly, el líder de todos los Consejos, intentó darme el Elixir en su momento y llevarme a la servidumbre sobre una tarima de estas. Así que, no era gran fan de caminar ante los doce sillones. Todo lo que pude pensar en aquel momento, cuando me detuve en el centro de la tarima flanqueada por dos puros, es que me hubiera gustado tener un discurso preparado.

Muchas personas me miraban, más de trescientas si tuviera que aventurarme. En la parte de atrás estaban todos los Guardias y Centinelas que no estaban patrullando, y los números eran desalentadores, tal vez unos cien o ciento cincuenta. Y la mayoría de ellos tenían que ser de la universidad, es decir, que la gran mayoría de Centinelas y Guardias de otras zonas o no estaban vivos... o habían tomado partido por el otro bando.

Aquello no era bueno.

Los miembros del Consejo que residían en la universidad eran fáciles de

distinguir. Llevaban sus túnicas ceremoniales: rojo, azul, blanco y verde, que representaban las diferentes casas de poder. Fuego. Agua. Aire. Tierra. Los miembros del Consejo que se habían refugiado allí no iban con sus mejores galas, pero el frío desdén de ver a una mestiza parada donde ellos deberían estar, estaba escrito en sus rostros, así como en los rostros de muchos estudiantes y miembros del personal.

Uno podría pensar que estando en guerra, el prejuicio desaparecería, o casi; sin embargo parecía fortalecer sus creencias sobre la inferioridad de los mestizos.

Un miembro del Consejo curvó sus labios mientras se inclinaba hacia otro miembro, susurrando lo que probablemente era una observación muy halagadora.

Y entonces, antes de que pudiera abrir la boca y llevar a cabo un vergonzoso intento de convencer a las masas, un miembro del Consejo, vestido con una túnica roja, se levantó y la verdadera diversión se desató.

—Ella no debería estar de pie delante de los sillones de los Ministros —dijo, con las manos en puños—. Las Cámaras del consejo no están para esto. ¡Y un Puro, traidor a los suyos, se pone a su lado! Uno que utiliza la coacción sobre los de su propia clase. Es una vergüenza.

Aiden arqueó una ceja, completamente impasible.

Suspiré y me crucé de brazos.

Un murmullo comenzó desde el fondo de la sala. Un estudiante se puso de pie. Era una pura; una bella pelirroja que me recordó a Aurora, la hermana de Lea.

—La gente está muriendo fuera de estos muros, mortales, puros y mestizos por igual, ¿y lo primero que hay que debatir es el hecho de que hay una mestiza de pie en la tarima del Consejo?

El miembro del Consejo se dio la vuelta.

—¡Como pura, debes respetar las leyes de nuestra sociedad!

—¿Las leyes de nuestra sociedad? —Los ojos de la chica se abrieron cuando se echó a reír—. ¿Está loco? He oído que varios daimons casi atravesaron los muros ayer, y que un dios los controlaba. ¿A quién le importan nuestras leyes en este momento?

Esa chica me gustaba.

Marcus dio un paso adelante, aclarándose la garganta mientras levantaba el mentón.

—Es posible que no esté de acuerdo con el uso de la sala del Consejo, Ministro Castillo, pero ese no es el punto de esta reunión.

Mientras el Ministro manifestaba claramente por qué sentía que era el momento perfecto para hablar de sus opiniones, mi mirada se encontró con la de Laadan. Inmediatamente, pensé en lo que me había contado de mi padre mientras estábamos en Illinois. Esperaba encontrarlo aquí, pero en el fondo, sabía que no iba a estar. Muy probablemente se había quedado en los Catskills con los otros mestizos, protegiéndolos y dirigiéndolos. El Ministro Jefe Telly lo había esclavizado, dándole el Elixir, e incluso cortándole la lengua, pero mi padre... Él era un líder.

Y yo era su hija.

—Esto es ridículo —dije, en voz alta, lo suficientemente fuerte para callar al miembro charlatán del Consejo. Todos los ojos estaban puestos en mí. Di un paso hacia adelante—. Estamos discutiendo sobre si pertenezco o no a esta tarima, esta estúpida tarima. Eso es todo lo que es. ¿Y estos sillones? No son más que sillas. ¿A quién le importa? No significan nada para mí o para el resto del mundo. Solo significan algo para vosotros, porque así lo decidisteis en su momento.

El Ministro se puso del color de su túnica.

—¿Cómo te atreves?

—Oh, me atrevo —aprovechando parte de la rabia que hervía en mi estómago como un veneno, contesté—. Sí, soy una mestiza. Soy una de los muchos entrenados para dar la vida para que podáis sentaros en vuestros preciosos sillones. Así que ¿qué tal si les mostráis algo de respeto a estos mestizos?

—Alexandria —dijo Marcus en voz baja, acercándose a mi lado.

Estaba en racha, y no iban a pararme.

—Pero también soy el Apollyon. Si quisiera, podría arruinar vuestros preciosos traseros en nada, o utilizar la coacción para obtener la ayuda de todos los aquí presentes, pero no creo en forzar a la gente a hacer cosas que no quieren. Tal vez tú puedas aprender a no hacerlo también.

Varias cabezas se volvieron la una a la otra. Los susurros crecieron. El Ministro se tocó el mentón desafiante.

—¡Veo lo que quieres decir, pero eso no cambia la violación flagrante de nuestras leyes!

—¿Violación de nuestras leyes? Guau. Eso no es ni un insulto. —Sacudí la cabeza a todos aquellos que asentían—. Estáis locos. No lo entendéis. Cuando Ares logre atravesar las salas, será él, el que se siente en uno de estos preciosos sillones. Ninguno de vosotros lo hará. Y hará con vosotros lo que le plazca.

—Es un dios —otro Ministro argumentó, una mujer de unos cincuenta años—. Nosotros somos sus siervos. Si él...

—Oh, sí, sin duda vais a ser sus esclavos. Tal vez deberíamos detenernos aquí e invitarlo a entrar. El karma es un grande y gordo...

—Álex —dijo Aiden, sacudiendo ligeramente la cabeza.

Puse los ojos en blanco, pero respiré hondo, apartando la mirada de esa mujer antes de que empezara a cacarear. Honestamente, ni siquiera tenía sentido hacerle caso. Recorrí la multitud con la mirada.

—Vi a Ares matar a varias personas sin mover un dedo. Oí sus planes. No le importáis nada. Él ve a los puros como vosotros veis a los mestizos. Los esclavizará al igual que a los mortales. Cree que los dioses deben gobernar el reino de los mortales, una vez más, y eso es un deseo peligroso. Hará la guerra a los mortales, a vosotros, y a cualquier dios que se interponga en su camino. No habrá Consejo que lo discuta. Habrá nuevas normas y nuevas leyes a seguir, y todos nosotros estaremos al

mismo nivel. Os lo puedo prometer. Y si tiene éxito en la transformación del Primero en un Asesino de Dioses, entonces los otros dioses destrozarán este mundo para detenerlo. Ya han comenzado.

Algunos me miraron incrédulos, otros con el miedo marcado en su rostro. Uno de los Centinelas que estaba en la parte posterior tomó la palabra.

—¿Podemos detener a Ares?

No, susurró esa voz en mi interior. *Nadie puede detener a Ares*. Sentí una opresión aguda en el pecho. Tragando saliva, me esforcé por ignorar la ansiedad, ya familiar, que crecía dentro de mí.

—Él te derrotó. Eso es lo que escuché —dijo un estudiante—. Y tú eres el Apollyon. Si no puedes derrotarlo, ¿cómo puede cualquiera de nuestros, Centinelas o Guardias, hacer algo?

—Tal vez podamos llegar a algún tipo de acuerdo con él —sugirió un puro algo más mayor—. La lucha no es la única respuesta.

Uno de los Guardias se burló en voz alta.

—Ares es el dios de la guerra, no es el dios de los Tratados.

—Él es el dios de la Guerra —argumentaron los puros—. ¿Cómo podemos derrotarlo?

—¿Así que no hacemos nada? —preguntó Val desde un lado de la tarima—. ¿Dejamos que el miedo de caer en la batalla nos deje caer en la derrota? ¿Es así como se comporta un Centinela o un Guardia?

Hubo varios gritos de desacuerdo, todos ellos correspondientes a los Centinelas y Guardias que nunca dejarían sus puestos.

—No lo sé —le dije, y de nuevo, la masa se tranquilizó—. No sé si podemos detener a Ares. Y tienes razón, me pateó el trasero de todas las formas posibles, pero sé que nadie está a salvo si tiene éxito. También sé que no estamos solos. Tenemos a Apolo y a Artemisa, y otros dioses detrás de nosotros, y nosotros... tenemos...

Una sensación extraña se adueñó de mí, enviando una serie de temblores que me recorrieron desde la punta de los dedos del pie hasta la cabeza. Negué con fuerza. De repente me costó respirar. Era como despertarme de forma inesperada y darme cuenta de que ya era tarde para hacer algo al respecto.

—¿Álex? —Aiden se acercó a mí, con el ceño fruncido. Sus ojos buscaron los míos mientras me rodeaba el brazo con una mano—. ¿Qué pasa?

Lo vi a él y a Marcus, pero cada fibra de mi ser estaba concentrada en otra persona, fuera de este edificio, y por lo tanto muy cerca. La multitud se movió nerviosa. Un temblor recorrió mi cuerpo de nuevo. Muy dentro de mí, el lazo volvió a la vida, vibrando frenéticamente. Las marcas del Apollyon surgieron, revoloteando sobre mi piel. Se me aceleró el pulso mientras todo el bello de mi cuerpo se erizaba.

—Está aquí —le dije a Aiden; mi voz fue un susurro débil—. Seth está aquí.

Capítulo 7

No hubo sirenas. Sabía que no las habría. Seth era demasiado frío para eso.

—Álex, espera. —Aiden me agarró del brazo, tirando de mí a una parada en las afueras del edificio del Consejo. Marcus estaba detrás de él, igual que Val—. ¿Qué estás haciendo? Acabas de salir en mitad de tu discurso.

—Él está aquí. Sé que es él. Puedo sentirlo. —Seth no me estaba hablando, pero lo sentía en cada célula de mi cuerpo. El lazo vibraba más feliz que nunca, de esa forma en la que solo lo hacía cuando estaba cerca—. Dile a Val que se asegure de que todos están a salvo, pero me tengo que ir.

—Algo está pasando en la puerta —dijo Val, colocando su mano sobre un auricular—. No consigo que nadie me conteste, pero algo está pasando.

—No tienes por qué ir. —Los ojos de Aiden se volvieron de un gris tormenta—. Deberíamos esperar un minuto para...

—¿Para qué? ¿Darle más tiempo? No.

—Él tiene razón. —Marcus se situó a nuestro lado—. ¿Cuál es nuestro plan? ¿Salir y estrecharle la mano de Seth?

Mis ojos se entornaron.

—En realidad, mi plan era más el de apuñalarlo en el globo ocular y luego decidir qué hacer.

La mandíbula de Marcus se tensó.

—Creo que estás perdiendo la paciencia. Si transfiere tu poder o gana poder sobre ti, estamos perdidos. Debemos pensar bien lo que hacemos.

—Él no puede controlarme. —Mis ojos se posaron en Aiden, y quise que entendiera. No quería hacer frente a Seth, pero tenía que verlo. Tenía que saber que mis instintos estaban en lo cierto, que estaba aquí y que no me estaba volviendo loca—. Ya he superado esa fase.

Aiden negó con la cabeza.

—No ha habido sirenas, y Val no consigue que los Guardias en la puerta respondan. Piénsalo bien. Podríamos ir directos hacia una trampa.

Seth podía mantener a decenas de Guardias tranquilos con una sola compulsión. Aquello no cambiaba nada. Liberé mi brazo, harta de aquella conversación. Me di la vuelta y crucé el campus, en dirección a las puertas. Ni siquiera me giré para ver si Val estaba haciendo algo. Con cada paso que daba, el lazo se estrechaba. Sentía la piel estirada hasta el punto de casi rasgarse mientras cruzaba el patio y respiraba el dulce aroma de las peonías.

—Lo juro por los dioses, Álex, te levantaré y te echaré sobre el hombro. No puedes salir. Piénsalo un segundo. —Aiden estaba justo a mi lado, con la cabeza gacha; su voz era una advertencia dura—. Recuerdas lo que hablamos anoche. Si

estás...

—Lo recuerdo —le respondí, recuperando mi ritmo—. Y eso no tiene nada que ver con esto.

—¡Eso tiene mucho que ver con esto!

Parpadeé, algo asombrada de que me gritara, pero ¿cómo podía estar sorprendida? Aiden haría cualquier cosa por mantenerme viva, y al bebé, si había uno; pero si Seth estaba allí, no había ningún escondite. Nada era seguro.

Marcus apareció al otro lado.

—¿Sobre qué hablasteis anoche? Y sí, sé que este no es el momento apropiado para esta discusión, pero deberíais ir cada uno a una cama para que no haya más conversaciones nocturnas.

Casi me reí. Si él supiera cuán tarde era para ese consejo.

—Este no es el momento adecuado para hablarlo. Confía en mí.

—Eso no me parece tranquilizador. —Marcus se pasó una mano por el pelo, ahora alborotado por el viento mientras sus brillantes ojos verdes me observaban molestos—. Alexandria, por favor, escúchanos. Esto no es seguro o inteligente. Tenemos que pensar en lo que hacemos.

Aiden se puso delante de mí, obligándome a detenerme. Sus manos se posaron en mis hombros.

—Estás empezando a asustarme. ¿De acuerdo? —Tomó mis mejillas suavemente, forzándome a que lo mirara—. No estás lista para esto; lista para él.

¿Alex?

Aspiré una bocanada de aire mientras me alejaba. Los dedos de Aiden cayeron a ambos lados de su cuerpo. El lazo se tensó dentro de mí, y luego se expandió, anhelando su otra mitad ante el sonido de la voz de Seth, atravesando los escudos. ¿Era porque estaba cerca? ¿O realmente no estaba preparada? Aquella era la primera vez que estábamos cerca desde que había despertado.

Mi mirada se dirigió hacia los muros.

¿Seth?

Hubo una pausa, y luego el lazo chasqueó dentro de mí.

Tenemos que hablar.

No sé por qué esas cuatro palabras me desataron, pero la rabia se vertió en mí, tan potente y tan rápida que casi grité con furia.

Tenemos que hablar.

¿Aquello era todo lo que tenía que decir? Quería lanzarle aquella maldita frase a la cara.

Me apresuré, con las botas hundiéndose en la tierra ahora barro. Aiden gritó, y lo oí correr detrás de mí, pero era rápida cuando quería serlo, más rápida que él. Dejé atrás la última de las estatuas y casi tropecé con un grupo de Guardias reunidos en la entrada del muro. No se movieron, no hablaron.

Estaban cautivados.

—Moveos —grité, apartándolos a un lado—. Sali... —Las palabras murieron en mis labios. Me detuve por completo, sintiendo cómo la tierra bajo mis pies se hundía—. Oh, mis dioses...

Estaba ahí de pie a pocos metros de distancia, separado de mí por el hierro y el titanio. Tenía el pelo más largo de lo que acostumbraba a llevarlo, cayéndole sobre la frente. Iba vestido como un Centinela, todo negro, en contraste con su piel dorada. Sus rasgos imposiblemente perfectos estaban desprovistos de la típica (/y siempre presente) sonrisa. Las marcas negras como la tinta del Apollyon se deslizaban por su piel y sus penetrantes ojos ámbar estaban fijos en los míos.

Seth era hermoso. Era como si los mismos dioses lo hubiesen construido, y en cierto modo, lo habían hecho. Siempre había habido una falta de humanidad en su hermosura. Sin embargo, cuando lo miraba ahora, había algo que nunca había visto en sus ojos, algo diferente.

Aquello me incomodó.

Un movimiento detrás de él llamó mi atención. Luke dio un paso adelante, como en un sueño. Ni siquiera parpadeó mientras abría la puerta. Las bisagras gimieron, y luego la pesada puerta se abrió. Eran solo Luke y Seth, pero sabía que había otros. Cada instinto en mi cuerpo me dijo que un ejército esperaba sobre la cima, a la espera de la señal para atacarnos.

Seth dio un paso adelante, apartando los ojos de mí solo para disfrutar de las cicatrices en mi cuerpo. Esa emoción fortaleció sus ojos y cara, negándome a creer lo que estaba viendo. En ese momento quería matarlo y quería tocarlo. Algo extraño, pero inherente a nuestra naturaleza.

—Álex —dijo en voz alta, rompiendo el trance.

Solo pensar en él me ponía la piel de gallina. Quería encontrar un cepillo duro y barrer todos los recuerdos que tenía de él. Lo odiaba por en lo que se había convertido, por lo que había permitido que pasara, y lo odiaba por el hecho de que una parte de mí todavía lo amara, porque él era una parte de mí, una parte que se había vuelto contra mí como una serpiente venenosa.

Aiden corrió hasta detenerse junto a mí, respirando entrecortadamente. Estaba hablando, pero no lo estaba escuchando, ni siquiera a mi tío, que hablaba a los Guardias inmóviles.

Que mi cerebro se apagara no era algo bueno para mí y sin duda sí que lo era para Seth. Di un paso adelante, dejando a un lado a Aiden, que intentó interponerse entre nosotros mientras sacaba mi Glock.

—Un movimiento que no me guste, y voy a ponerte una bala entre los ojos. —Mi mano no tembló. Cualquier miedo que hubiera dentro de mí desapareció ante el aumento de la rabia—. Sé que no te va a matar, pero te aseguro que te va a hacer daño.

Una emoción brilló en los ojos de Seth. No era sorpresa. Más bien una pizca de dolor o arrepentimiento, sin embargo, era posible que estuviera dándole más crédito

del que merecía ese imbécil. Lentamente levantó las manos.

—Libéralos de tu compulsión —ordené; mi dedo firme en el gatillo—. Ahora.

Su mirada ámbar se dirigió a Luke, inmóvil con los Guardias. No dijo nada, pero sentí el poder recorrer mi piel como una caricia suave.

—¿Qué...? —Luke retrocedió un paso, colocando sus manos a los lados de su cabeza. Levantó la vista, vio que estaba de pie allí, y tomó aliento—. Mierda.

La mirada de Seth volvió de nuevo a encontrarse con la mía. La tensión en el aire aumentó, a medida que los otros salían de su compulsión y, por primera vez en su vida, veían a dos Apollyons juntos.

—Tenemos que hablar —dijo de nuevo.

Incliné la cabeza hacia un lado. No había olvidado la cadencia musical de su voz, pero escucharlo en persona no se parecía en nada a la voz que me llegaba a través de nuestra conexión. El lazo zumbaba, pero por el rabillo del ojo vi a Aiden moverse hasta situarse detrás de Seth, apuntando con su propia arma al Primero. Sabía que, si Seth daba un paso hacia mí, Aiden apretaría el gatillo.

Y también sabía que Seth podía desarmarnos a los dos antes de que cualquiera de nosotros parpadeara.

—No hay nada que puedas decir que yo quiera escuchar. —Respiré, obligándome a no apretar el gatillo solo por el gusto de verlo caer—. Y si crees que vas a ser capaz de convencerme de que me una a ti después de lo que Ares me hizo, puedes joderte.

—No es por eso que estoy aquí.

—Mentira.

Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, una imagen reflejo de lo que yo había hecho. Una vez más, su impresionante mirada ámbar recorrió mi cara. Negó con la cabeza, y luego se dejó caer sobre sus rodillas y cerró los ojos.

Vale. No esperaba eso.

Abrí la boca, pero no hubo palabras. Echando un vistazo a Aiden, vi que parecía tan atónito como yo. Una cautela entusiasta me impidió bajar el arma. Seth podría ser un pequeño diablo, ¿pero aquello? No sabía qué pasaba.

Los brazos de Seth cayeron a ambos lados. No habló en voz alta.

Tienes razón. Esto no me va a matar, pero lo merezco. Así que hazlo.

Tan aturdida estaba por lo que había dicho, que hablé en voz alta.

—¿Qué?

Hazlo. Una inhalación estremeció su cuerpo. *Si borra el recuerdo de lo que Ares te hizo, entonces hazlo. ¡Hazlo!*

Desconcertada, le miré.

Lo sentiste todo, ¿no? ¿Todo lo que él me hizo?

Los ojos de Seth se abrieron. No quería creer lo que vi en ellos. Arrepentirse era demasiado tarde para los dos.

—Todo —dijo en voz alta y ronca.

—¿De qué está hablando? —exigió Aiden.

Negué con la cabeza mientras mi estómago caía.

¿Sabes cómo me sentí? ¿Lo que quería?

Él cerró los ojos.

Sí.

¿Y quieres que yo haga desaparecer esos recuerdos de tu cabeza? ¿Realmente crees que una bala va a conseguirlo? Al diablo con eso.

Bajé el arma, dándole la mano. La ira violenta subió a la superficie.

No puedo deshacerme de esos recuerdos, así que tampoco tú lo harás.

—Vete a la mierda.

En Guardia, Aiden se movió detrás de Seth.

—Vamos, Álex, habla conmigo. ¿Qué está pasando?

—Nunca quise que nada de esto sucediera —dijo Seth antes de que pudiera responder. Sus ojos estaban abiertos de nuevo, y no podía negar el dolor en ellos. Solo había dos cosas escondidas detrás de esa mirada: la ira y la verdad—. Nunca estaré de acuerdo con lo que pasó. No sabía que iba a hacer eso.

—¿Está hablando de Ares? —Una calma mortal y engañosa se adueñó de la voz de Aiden mientras daba un paso hacia adelante, el cañón de su arma acercándose a la parte posterior de la cabeza de Seth—. ¿Que no sabía lo que Ares iba a hacer?

Seth volvió la cabeza a un lado, mirando por encima de su hombro.

—Sé que no cambia nada o lo hace más correcto, pero no lo sabía, y nunca estaría de acuerdo en que alguien le hiciera daño a Álex.

—Tú le hiciste daño a Álex, hijo de puta. —Un peligroso destello llenó sus ojos grises.

El Primero mordió su labio inferior mientras bajada sus pestañas.

—Bueno, en eso tienes razón, Saint Delphi, pero la quiero...

—¡No le dispaes! —le advertí a Aiden, viendo cómo el dedo de Aiden se contraía en el gatillo—. Hagas lo que hagas, no lo mates.

Un músculo saltó en la mandíbula de Aiden.

—No puedo prometértelo.

Una débil sonrisa apareció en los labios de Seth.

—¡No! —dije, deslizando mi pistola en su funda, sin ganas de apartar los ojos de Seth. El aturdimiento me recorrió—. Solo intenta hacerte enfadar, no está tratando de engañarnos.

Los ojos de Aiden se agrandaron.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

¿Cómo podía estarlo? Era algo que sabía.

—Seth no se arrodillaría ante nadie a menos que... —No pude terminar, porque Seth se giró hacia mí y nuestros ojos se encontraron de nuevo.

Lo siento mucho, dijo, y aunque no fue en voz alta, la disculpa estremeció mi corazón. Seth nunca se disculpaba. Aquello no era lo suyo. *Estoy tan, tan dolido.*

La sangre desapareció de mi cara para volver con más fuerza.

—No intenta engañarnos.

Aiden me miró.

—Álex...

—No lo hace. Yo... simplemente lo sé. —De repente me sentí débil—. ¿Por qué estás aquí, Seth? Sabes que no podemos confiar en ti. Y no puedes estar cerca de mí. —Incluso en aquel momento, el lazo se tensaba entre nosotros, atrayéndome hacia él como una polilla a un exterminador de insectos hecho en el Olimpo. Una parte de mí anhelaba acercarse a él a pesar de todo lo que el sentido común me decía.

—Sé que no vas creer en mi palabra. No tienes ninguna razón para hacerlo. Por eso te he traído algo.

Mi estómago se revolvió, porque la última vez que me trajo un regalo, había sido al Ministro Jefe Telly, sin recuerdos.

—¿Me has traído algo? Me traes locuras por norma general, Seth.

—Te va a encantar. —Parte de su humor negro apareció en sus brillantes ojos, pero rápidamente se apagó—. ¿Puedo levantarme, ya que no me vais a disparar?

—Como he dicho, no prometo nada —respondió Aiden, sus labios levantándose sombríamente.

Seth se envaró.

—No estaba preguntándote a ti.

—Y sin embargo soy el que tiene un arma aún apuntando a la parte posterior de tu cabeza.

—Vale —murmuró Seth.

Suspiré. Aunque creyera que Seth no intentaba engañarnos, no confiaba plenamente en él. Y cuando decía que algo me iba a encantar, preferiría darme una patada a mí misma en la cara que ver lo que me traía.

—Levántate muy lentamente.

Seth se puso en pie de manera fluida, manteniendo las manos en alto a ambos lados. Varias dagas y una Glock colgaban de su cintura y muslos. Miré a Marcus y, aunque preferiría que otro se acercara a Seth, él asintió. Avanzó rápidamente, quitando las armas visibles, y Seth lo permitió. No podíamos hacer nada con el resto de armas y el uso de Akasha.

—¿Qué, Seth? —pregunté.

Giró la cabeza hacia la puerta.

—Dales un segundo.

—Hay movimiento fuera de las puertas. Centinelas. —Un Guardia agarró la empuñadura de su arma. Dio un paso hacia adelante, sosteniéndola hacia un lado—. Hay un Ministro con ellos.

—¿Qué? —Mi mirada se lanzó de nuevo a Seth—. ¿Quién es, Seth?

Su mirada se cruzó con la mía.

—La única persona a la que quieres ver muerta más que a mí.

Sostuve su mirada.

—Déjalos entrar, pero prepárate para un caballo de Troya.

Seth sonrió y volvió su mirada hacia la puerta. Aiden mantuvo los ojos fijos en él; estaba segura de que aunque entrara por la puerta el bebé de Apolo, no lo vería.

Mi corazón latía apresurado mientras el primer Centinela atravesaba las puertas, seguido por otro. Intercambiaron miradas cautelosas con los Centinelas a nuestro lado, mientras se hacían a un lado, dejando al descubierto quién se interponía entre ellos.

—Mierda —susurré.

Entre los dos Centinelas, se alzaba un Lucian completamente fuera de sí. Mi padrastro y el puro responsable de que Seth se enfrentara al Consejo. Odiaba a ese hombre más de lo que odiaba a Seth. Había utilizado la necesidad de Seth de una familia, para su aceptación, consiguiendo crear un retorcido vínculo familiar. Lucian nunca había sido un fan mío, y una de las pocas razones por las que me había prestado alguna atención era porque yo era el segundo Apollyon. Mientras él controlara a Seth, yo les proporcionaría lo que más quería: poder absoluto.

Su cabello largo y oscuro se veía aceitoso y descuidado, y esos ojos color obsidiana estaban vidriosos. Sin duda estaba bajo una compulsión, pero eso no explicaba por qué estaba allí. Di un paso hacia un lado, posando mi mano sobre la pistola.

—¿Qué es esto?

—Él lo sabía —dijo Seth.

Mi cabeza se giró hacia él.

Lo sabía, repitió, tomando nuestra conversación privada. Estábamos en las Catskills, y yo sabía... sabía que Ares se había marchado, pero no sabía que había ido por ti. No me lo dijo. Me prometió que nunca te haría daño y... lo hizo. Lucian... Le creí. Les creí por completo.

Empecé a sentir que iba a vomitar. No quería saber nada de aquello, pero tenía que hacerlo.

Sin embargo, me conecté a ti y supe que algo estaba pasando. Estabas en...

Seth se fue apagando, cerrando los ojos al momento. Su rostro se puso tenso.

Fui a ver a Lucian, y le dije que había sentido todo. Le dije lo mal que estabas y que no había accedido a aquello y que nunca lo haría. Que no podía estar de acuerdo con lo que Ares había hecho, y Lucian, simplemente lo sabía, no se sorprendió. Sabía por qué Ares se había marchado. Él sabía lo que Ares haría si no te sometías.

Mi mirada se dirigió a mi padrastro. Él me miraba sin comprender. No sabía qué sentir mientras Seth continuaba, o tal vez sentía demasiado. Me detestaba como nunca, ya que era un recordatorio constante del único y verdadero amor de mi madre, pero ¿saber lo que Ares planeaba hacer y que le pareciera bien? ¿No había sentido siquiera una pizca de compasión por mí? ¿Nada?

¡Tenían que romperme! Me dijo Lucian en su día. Bueno, si estaba de acuerdo

con lo que Ares había hecho, lo había conseguido. Me habían roto.

Lucian rio.

La voz de Seth retorció mis entrañas.

Él se rio, y en ese momento no pude seguir. Cuando Ares volvió, le dije que iba a encontrarte y transferir tu poder a mí. Que estabas lo suficientemente débil como para que funcionara, y que iba a traer a Lucian conmigo para hablar con los que estaban aquí e influirlos para que estuvieran de nuestro lado. Ares me creyó. Seth rio en voz alta, el sonido era tan seco y destrozado como cuando pisas unas ramas y se rompen.

—Soy muy parecido a él.

—¿Ares? —susurré, consciente de que todos los que tenían control cognitivo nos miraban.

Él asintió brevemente.

—Tengo mi... cegadora arrogancia heredada de él. No se atrevería a pensar que le había desobedecido. Bueno, que lo haré pronto, muy pronto. Dudo que sea feliz.

—Espera —dijo Marcus, dando un paso adelante—. Tenéis que parar con las conversaciones secretas. ¿Qué diablos está pasando?

Seth no le hizo caso y dio un paso hacia mí. No llegó muy lejos antes de que el arma de Aiden se presionara contra la parte posterior de su cabeza.

—Un paso más —advirtió Aiden; sus ojos brillantes—. Y vamos a averiguar cómo sobrevive un Apollyon a una herida en la cabeza.

—No tienes ni idea de lo mucho que quiero averiguarlo yo mismo —respondió Seth, levantando una comisura—. ¿Te he contado sobre la vez que dormí...?

—Seth —espeté, atrayendo su atención hacia mí—. ¿Puedes sacar a Lucian de la compulsión, o le has frito el cerebro?

—No lo he frito. —Sus ojos se encontraron con los míos de nuevo—. Pensé que te lo dejaría a ti.

No necesité pedirle a Seth que liberara a Lucian, pues un segundo después, Lucian se tambaleó hacia delante, inhalando aire, como si hubiera estado bajo el agua. Sus ojos oscuros se aclararon cuando su mirada observó lo que le rodeaba.

—¿Qué está pasando? —preguntó, apartándose de los Centinelas—. ¿Seth?

—¿Cuántos Centinelas tienes contigo? —le pregunté a Seth, mirando a mi padrastro.

—Cientos —respondió, con voz cansada—. Un ejército de ellos, todos leales a mí.

La cabeza de Lucian se volvió hacia Seth.

—¿Qué? ¿Tuyo? Seth, ¿qué estás haciendo?

—¿Y él se echó a reír? —Las lágrimas llenaron mis ojos, pero no cayeron. El dolor en mi interior se retorció volviéndose algo feo y violento.

—Sí —fue la respuesta de Seth.

Era posible que Seth estuviera jugando conmigo, pero no tenía la menor duda de

que lo que había dicho acerca de Lucian era cierto. Mi padrastro había sabido lo que Ares iba a hacer. Y se había reído. Para mí, no había nada peor que eso. Seth no era un espectador inocente. Había tomado sus propias decisiones, pero Lucian había ayudado a ese proceso. Había llevado a Seth por ese camino. Tal vez no le había tendido la mano, pero quién sabía dónde estaríamos si Lucian no hubiera tenido amigos en lugares altos y no hubiera utilizado a Seth como lo hizo.

No sentí nada dentro de mí. Lo único cálido que sentí en mi interior, mientras miraba a mi padrastro, era el lazo que me conectaba al Primero.

En mi cabeza había dos resultados. Ser una persona paciente era uno. La venganza era el otro. Dos opciones, y esa fría voz dentro de mí me dijo que en realidad no había ninguna posibilidad de elegir entre las dos.

Aiden se movió con cautela.

—Álex, ¿qué está pasando?

Moviéndome a la velocidad del rayo, saqué la Glock y disparé.

Lucian no hizo sonido alguno.

Cayendo hacia atrás, aterrizó inmóvil, con sus ojos negros fijos pero sin ver el cielo, y su pelo negro cayendo en torno junto a un charco de sangre que salía del pequeño agujero de bala que había en su frente.

La abuela Piperi había dicho que mataría a los que amaba. Había estado en lo correcto y equivocada en este caso. Había matado a Lucian, pero nunca le había amado. Lo habría hecho, tal vez en un momento de mi vida, si no me hubiera tratado como el anticristo o, más tarde, como un objeto.

Aiden juró por lo bajo, pero mantuvo su arma nivelada sobre Seth.

—Dioses. —Marcus exhaló con fuerza mientras miraba al Ministro—. ¿Alexandria...?

Di un paso atrás, con las piernas temblando.

—Eso se encarga de un problema, ¿no?

Mi tío sacudió la cabeza lentamente, y en esos ojos verde bosque profundo, vi el miedo. No quise que aquello me afectara.

Seth me miró fijamente, como si no creyera lo que acababa de hacer. No sé qué pensaba que iba a hacer. ¿Darle palmaditas en la cabeza? ¿Darle unos golpes y ya? La expresión en el rostro de Seth se tensó aún más, inquieto ante lo que acababa de ver.

—Álex... —susurró Seth, y esa sola palabra sonó pesada y triste.

¿Había hecho algo mal?

Era un poco tarde para preguntarlo, supuse.

La pistola estaba aún caliente cuando la puse de nuevo en la funda. Me giré hacia Seth.

—Todavía no confío plenamente en ti.

—No pensé que lo hicieras. —Los símbolos que revoloteaban sobre su piel, desaparecieron—. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Aiden se movió bruscamente hacia delante, golpeando con la culata de la pistola

la parte posterior de la cabeza de Seth, con la fuerza suficiente para matar a un mortal. Seth se desplomó. Apollyon o no, iba a dejarlo fuera de combate durante unas horas. Aiden me miró.

—No quiero correr riesgos.

Capítulo 8

Seth fue llevado a una de las celdas bajo el edificio principal del Consejo. Las barreras estaban hechas de titanio y los Guardias que lo vigilaban eran puros, pero si Seth quisiera salir, lo haría.

No teníamos sangre de Titán ni a Hefesto para que nos construyera una celda a prueba de Apollyons, por lo que estábamos corriendo un riesgo al tener a Seth allí, sin embargo, no teníamos otra opción. Había cientos de Centinelas leales a Seth al otro lado de la puerta, y quién sabía cuánto tiempo iban a permanecer así si no tenían noticias suyas pronto. La única noticia buena es que estaría fuera de juego durante un tiempo, pero cuando él volviese, bueno... me encargaría de ese puente cuando tuviera que cruzarlo.

En aquel momento, necesitaba una ducha.

Una fina capa de sudor, fruto de la adrenalina que había recorrido mis venas al ver a Seth, cubría todo mi cuerpo, sin embargo no era eso lo que más me molestaba. Me sentía sucia y mugrienta por dentro y por fuera, como si no me hubiera duchado en días.

Me sentía moralmente corrupta.

Mi corazón latía demasiado rápido. Me froté hasta que mi piel estuvo encendida. Cerré los ojos con fuerza y cogí aire varias veces.

¿Y si estaba equivocada?

¿Matar a Lucian había sido un error, moralmente hablando? Buf. Lo había sido, ¿pero acaso no se lo merecía? ¿Acaso no era algo necesario?

Como Centinela mataría daimons, pero no era lo mismo que hacer de juez y de verdugo.

La esponja se me cayó de las manos, de repente flácidas, aterrizando con un golpe húmedo contra el suelo de la ducha. Se me revolvió el estómago al agacharme, sintiendo las náuseas atravesar mi cuerpo. El agua caía sobre mi espalda, pero no la sentía.

Cuando apreté el gatillo, no sentí absolutamente nada. Sentí el enfado justo antes, incluso un breve brote de tristeza por la crueldad de Lucian, pero se convirtió en nada cuando apreté. Como si quitar una vida fuese una acción insignificante.

Había algo malo en todo aquello, algo malo dentro de mí.

Recordé cuando Seth quiso matar al Ministro Jefe Telly y yo le había dicho que aquello estaba mal. Que aun siendo los Apollyons, no podíamos tomar ese tipo de decisiones.

Pero yo lo había hecho.

Había matado a Lucian.

A sangre fría, susurró esa pequeña voz desagradable. Ni siquiera pestañeaste.

Era verdad. No había sentido absolutamente nada cuando apreté ese gatillo, nada más allá de la ira, pero incluso entonces esa furia no la sentí tangible. Dioses, sabía que tenía un problema de control de la ira, pero nunca hasta ese punto. Lanzarle una manzana a alguien era una cosa. Disparar a la gente en la cabeza me llevaba a un nivel completamente nuevo.

¿Qué había de malo en mí? O más bien, ¿en qué me estaba convirtiendo?

Me obligué a respirar profundamente, me enderecé y dejé que la espuma resbalase sobre mi cuerpo. Apagué la ducha y cogí una toalla suave y esponjosa, envolviéndome en ella.

El entumecimiento interior que sentía se filtraba a través de los poros de mi piel, cubriéndome por completo. Sentía que necesitaba otra ducha y seguir lavándome hasta que no quedara nada.

Sin embargo no fue a mí a la que vi al entrar en la habitación.

Aiden estaba sentado en el borde de la cama con las manos apoyadas sobre las rodillas. La Glock se encontraba a su lado y las dagas colocadas junto a ella. Levantó la cabeza al escucharme, recorriéndome hasta llegar a mis ojos. Mi corazón dio un salto en el pecho y sentí los músculos de la parte baja de mi estómago tensarse.

Cuando estaba cerca de Aiden, no me sentía entumecida.

Podía sentir tanto.

Acortando la distancia entre nosotros, me detuve entre sus piernas abiertas. Aiden se enderezó, cuestionándome con la mirada. Aspiré con fuerza mientras abría los brazos. Di un paso adelante, poniendo mis rodillas a cada lado de sus caderas. Abrazándome, me acercó a su pecho y apoyé la mejilla sobre su hombro. Varios minutos silenciosos pasaron, con su mano recorriendo mi espalda en un gesto tranquilizador, pero quería sentir más. Necesitaba sentir más.

Me moví en su regazo colocando una mano sobre su mejilla. Una sacudida recorrió mi brazo. Invisibles para él, las marcas del Apollyon serpentearon sobre mi piel, recorriendo mi brazo hasta llegar a la mano.

Cerró los ojos.

—Tenemos que hablar sobre lo que ha pasado, Álex.

Hablar era lo último que yo quería hacer, y tampoco quería pensar. Sentir era lo único que me interesaba en ese momento. Me incliné hacia delante, juntando nuestras frentes. Nuestras bocas quedaron perfectamente alineadas, y el pecho de Aiden aumentó considerablemente al coger aire.

Su mano se apretó en un puño contra la parte baja de la espalda.

—Esto no es hablar.

—No quiero hablar. —Rocé sus labios con los míos. Apenas una suave caricia, pero el abrazo de Aiden aumentó—. Quiero sentirte.

—Álex...

Me aparté un poco y me quité la toalla, sorprendiéndome incluso a mí, ya que sin duda mi cuerpo era consciente de cada trozo de su piel.

Aiden me sostuvo la mirada un momento, y luego se rindió. El calor recorrió mi piel mientras le miraba de nuevo. Conociendo a Aiden, quería hacer lo correcto. Había muchas cosas de las que teníamos que hablar: el entumecimiento que sentía, que me hubiera congelado en la batalla del día anterior; la reunión del Consejo; Seth, que le hubiera disparado a mi padrastro en la cabeza y la posibilidad de convertirnos en inexpertos padres. Aiden sabía que quería que habláramos de todo aquello, porque era importante hacerlo, pero el Aiden que amaba no volvería a rechazarme nunca.

Acunó mi cara con sus manos, guiando mi boca hacia la suya. El momento en que nuestros labios se tocaron fue como despertar después de un largo sueño. La sensación recorrió mi cuerpo, vertiéndose en mi torrente sanguíneo y ahuyentando el frío. El beso se profundizó, y supe que Aiden estaba justo donde debía estar. No hablamos, pero lo haríamos más tarde, mucho más tarde.

—¿Qué es esto? —preguntó Aiden, su voz profunda y ronca.

—¿El qué?

Sus dedos recorrían la parte baja de mi espalda y la cadera. Estaba tocando la cicatriz que tenía aquella forma tan extraña. Me puse rígida. Agarrando su mano, la aparté. Le di un beso más profundo, más intenso, llamando su atención hasta ver que ya no recordaba ni que la tenía. Sus manos se deslizaron por mis hombros y luego hasta la cintura, dejando una estela de escalofríos detrás de ellas. Me abrazó y, a pesar de llevar el uniforme puesto, su piel ardía contra mi piel. Besar a Aiden era como coger una bocanada de aire fresco tras no poder respirar. Sus besos ahuyentaron los extraños sentimientos que se adueñaban de mí.

Eché la cabeza atrás al sentir sus labios recorrer mi garganta. Me rodeó con un brazo mientras la otra mano rozaba mi estómago y seguía un poco más arriba, arrancándome un suspiro. Un sonido profundo se escapó de sus labios, a medida que se acercaban al punto sensible situado bajo mi oreja. Nos mantuvimos quietos un instante, notando el galopar de nuestros corazones, sintiendo el pulso acelerado del otro, hasta que su suave caricia y el roce ya no fue suficiente.

Puse mis manos sobre su camisa, dispuesta a deshacerme de ella, y abrí los ojos.

Unos ojos blancos me observaban junto a una sonrisa cruel. El rostro era aterradoramente familiar y carente de compasión.

—No podrás ganar.

El terror congeló cualquier intento de gritar mientras deshacía su agarre y me echaba atrás, cayendo de culo en el suelo. Haciendo caso omiso al dolor sordo que sentí en la espalda, me puse de pie, tambaleándome hasta coger la pistola de Aiden. Hasta que puse el dedo en el gatillo no me di cuenta de lo inútil que sería dispararle a Ares.

Levanté el arma de todos modos, pues al menos quería probarlo, pero me quedé helada al ver que no era Ares el que estaba allí de pie.

Era Aiden, con los ojos del color que tiene una tormenta en verano muy abiertos.

Tenía las manos a los costados, y su pecho subía y bajaba bruscamente.

—¿Álex? ¿Qué... qué estás haciendo?

Cogí aire de forma entrecortada, pero no me llegó a los pulmones. Algo pesado me aplastaba el pecho. No entendía lo que estaba viendo. Era Ares. ¡Era él! Su rostro, su voz, todo.

—*Agapi mou*, habla conmigo. Dime lo que está pasando —dijo con voz ronca, pero sus ojos seguían fijos en los míos—. ¿Qué está pasando?

—¿Aiden? —susurré, sacudiendo la mano.

Él asintió.

—Sí.

El miedo empezó a desaparecer dando paso a la confusión, mientras me miraba fijamente. La parte lógica me gritaba que era Aiden el que estaba de pie ante mí, que Ares no podía entrar en la universidad, pero no podía bajar la guardia, porque si fuera él...

—No eras tú —le susurré, con el dedo aún temblando sobre el gatillo—. No eras tú.

La tensión recorrió su rostro.

—¿Qué quieres decir? Porque soy yo. Estoy aquí contigo, *agapi mou*. Estoy aquí.

Un temblor recorrió mi brazo. Sabía que debía bajar el arma antes de que le disparara accidentalmente, pero no pude hacerlo.

—¿Es Seth? —preguntó, cerrando las manos en puños—. ¿Está haciéndote esto?

—¿Seth? —Parpadeé—. No. No eras tú. Era... era Ares.

Un dolor agudo cruzó su cara, extendiendo la tristeza en su mirada, y no me gustó.

—Estoy aquí contigo. He estado aquí contigo todo este tiempo, *agapi mou*.

Al coger aire de nuevo, me quemó la garganta.

—Creo que... Creo que me estoy volviendo loca.

—Oh, Álex...

Esas dos palabras terminaron de romperme como nunca antes. El dolor se asentó en mis huesos como el plomo y me estremecí.

—Mírame —dijo en voz baja—. Sabes que soy yo.

Entonces Aiden dio un paso al frente. Era valiente para hacer eso con una pistola apuntando a su corazón. Poco a poco, como si no quisiera que me asustase, extendió la mano y deshizo suavemente el agarre. Mi corazón dio un vuelco. Sin apartar los ojos de los míos, colocó el arma de nuevo en la cama y cogió una manta. Me cubrió con ella mientras depositaba un suave beso sobre mi frente.

Esa pequeña muestra de afecto me remató.

—Lo siento —le dije mientras mi cuerpo se estremecía. Casi le había disparado a Aiden. Podría haberlo herido gravemente, o matado—. Oh, mis dioses, lo siento mucho, Aiden.

—Shh —murmuró él, envolviendo sus brazos a mi alrededor, acercándose más a

él. Se sentó en la cama y me puso sobre su regazo. Pude sentir su corazón. Cerré los ojos con fuerza—. Todo irá bien, Álex. Lo que está pasando... estamos juntos en esto, ¿recuerdas? Todo irá bien. Te lo prometo.

Un terror nuevo me inundó mientras Aiden me abrazaba, recorriendo mi espalda en una suave caricia, mientras murmuraba algo que realmente no era capaz de escuchar. Solo podía concentrarme en una cosa.

Era muy posible que estuviera volviéndome loca, lo que explicaría muchas de las cosas que habían sucedido. ¿Se sorprendería alguien? Estar bajo tanto estrés era algo que le sucedía a cualquiera y los mestizos, aun entrenados, no éramos diferentes, pero me daba igual, solo estaba segura de una cosa.

Aiden no estaba seguro cerca de mí.



Aiden y yo no hablamos.

Creo que tuvo miedo de ir demasiado lejos en la conversación y que terminara de volverme loca por completo. Después de todo, unas horas antes le había disparado a alguien en la cabeza, tuve una alucinación con Ares como protagonista y había apuntado a Aiden con una pistola estando totalmente desnuda.

En algún momento, terminamos tumbados en la cama y Aiden se durmió en un sueño bastante intranquilo. No podía dormir, sentía mi mente correr a toda velocidad. Si estaba loca, y tenía la impresión de que era muy probable, ¿cómo iba a dirigir un ejército contra Ares? Aquello tenía la palabra «problemas» escrito por todas partes.

Y Seth estaba despierto.

No intentaba comunicarse conmigo; lo sabía, pero de una forma completamente nueva y diferente. Su conciencia estaba presente, pero a otro nivel.

Así que fui.

Tan silenciosamente como me fue posible, me aparté de Aiden y me vestí. Si terminaba poniéndome la camiseta al revés, podría echarle la culpa a mi locura. Volverse loco tenía que tener algunos beneficios, ¿no?

Salí de la habitación y cerré la puerta detrás de mí. Intenté decirme a mí misma que no sabía lo que estaba haciendo, pero lo hacía. Cada parte de mí sabía a dónde me dirigía, especialmente el molesto lazo que llevaba dentro de mí. Fue zumbando alrededor como un perrito obsesionado que necesitaba que le dieran golpes con un periódico.

En realidad, era a mí a la que deberían golpear.

Moviéndome entre las sombras, me llevó poco tiempo llegar a la sede del consejo. La entrada a las catacumbas que albergaban las celdas estaban fuertemente custodiadas.

Ninguno de los Guardias parecía entusiasmado con la idea de dar un paso a un lado y permitir que tuviera acceso al Primero. No podía culparlos. Todo el mundo

sabía lo que pasaría si Seth transfería mi poder, pero era un riesgo a correr.

Solos subió la estrecha escalera, entrecerrando los ojos mientras me observaba, de pie delante de los Guardias.

—¿Qué pasa, Álex?

—Necesito hablar con Seth.

Se colocó delante de mí.

—¿Crees que es buena idea?

—¿Tienes otra sugerencia que no sea noquearlo cada dos horas?

Sus labios se curvaron en una sonrisa que disminuyó la severidad de la cicatriz que iba desde el ojo derecho a su mandíbula.

—No veo que eso sea un problema.

Me eché a reír, pero parecía forzada.

—Yo tampoco, pero tengo que hablar con él para averiguar qué demonios está haciendo aquí realmente y si los Centinelas al otro lado de la puerta van a ser un problema.

—Seguramente lo sean —respondió Solos.

Sin duda era tranquilizador. Me impacienté.

—No estoy aquí para ligar con él —le dije en voz baja—. No tiene ese poder sobre mí. Además, no voy a dejar que se acerque lo suficiente como para intentarlo.

Solos desvió la mirada, con la mandíbula tensa.

—No me gusta esto. No me entiendas mal. No creo que te vayas a convertir en la Malvada Álex, pero es medianoche y Aiden no está contigo.

Alcé las cejas.

—¿Y qué tiene eso que ver con el Apollyon encerrado en la celda?

—Me siento cien veces más cómodo cuando Aiden está cerca, sobre todo si estás hablando con Seth —admitió.

—Aiden está durmiendo, necesita descansar. Además, yo no necesito una niñera. —Por supuesto que sí, pero desde luego no iba a admitirlo—. Vamos, Solos, no me obligues a hacerlo.

Me miró y luego exhaló por la nariz.

—No hagas que me arrepienta de esto.

—Cuánta fe tienes en mí —murmuré mientras él daba un paso a un lado y le adelantaba.

—No tiene nada que ver con la fe. —Solos iba pisándome los talones mientras bajaba la empinada escalera. Una ola de aire frío se filtró a través de mi piel—. Y no te ofendas, no me fío de nadie. Lo aprendí hace muchos años, y veo el recordatorio de ello cada vez que me miro en el espejo.

Me agaché para poder pasar bajo el arco y entré en una cámara amplia. Seth no estaba allí. Mi mirada se posó sobre la puerta de titanio que había frente a mí, y luego miré por encima de mi hombro.

—¿Tu cicatriz?

Solos se apoyó en la pared y se cruzó de brazos.

—No sabía cómo afeitarme.

—Pensaba que te la habías hecho luchando con unos daimons.

Movió la cabeza ligeramente.

—Me la hice con diecinueve años.

A pesar de todo, la curiosidad me podía.

—¿Cómo sucedió?

No hubo una respuesta inmediata, y el cable en el interior me apretó con impaciencia.

—Estaba de patrulla y, cuando ya terminaba mi turno, me encontré a una mujer. Era la mujer más hermosa que había visto nunca. Una cosa llevó a la otra y, bueno, solo tenía diecinueve años. Fue una aventura de una noche, sin compromiso o intercambiar nombres, además, fue todo idea suya, no mía, te lo prometo.

—Por supuesto —le dije, averiguando cómo había terminado ese encuentro, pero seguía sin entender cómo había terminado con esa cicatriz.

—Sin embargo, ella no era una mujer común, Álex. Era una diosa.

Abrí la boca de par en par.

—Afrodita —dijo, bajando la cabeza—. Al parecer, se aburría y decidió hacer una visita al reino de los mortales. El lugar equivocado, momento equivocado, ya sabes, ese tipo de cosas. O lugar correcto, en función de cómo se mire, ¿y quién era yo para rechazarla? —La sonrisa apareció en su rostro al ver cómo lo miraba—. Como te puedes imaginar, el bueno de Hefesto no estuvo muy contento al saberlo.

—Ya lo creo que no —le dije lentamente.

—Él me regaló esta cicatriz. —Hizo un gesto hacia la mejilla derecha—. Y me habría matado si Afrodita no hubiera intervenido. Tuve que volverme invisible cuando Apolo lo trajo para construir esa celda para ti, pero tengo que decir que un par de horas con ella valieron la pena.

La risa se me escapó, y una sonrisa desigual se extendió por su rostro.

—Pero he aprendido a nunca confiar en alguien cuando dicen que todo irá bien, ¿sabes? Y aprendí a nunca confiar en un dios o cualquier otra cosa que ellos hayan creado. Son las serpientes en la hierba que nunca ves venir.



Solos permaneció en la estancia principal mientras yo me adentraba en el pasillo iluminado por varias antorchas. No pude evitar sentirme como esa serpiente escondida en la hierba. Así era Seth. Ambos éramos seres peligrosos creados por los dioses, y podíamos y habíamos vuelto el mundo del revés con nuestra existencia.

Quizás nuestra violenta naturaleza era producto de quienes nos crearon. Nadie en este mudo estaba más desfasado que un dios del Olimpo.

Aparté la historia de Solos de mi mente y observé la celda varios metros delante

de mí. La luz de las llamas se dibujaba en las barras de titanio. Una sombra más oscura se dibujaba contra los barrotes. Me llevó un segundo darme cuenta de que era Seth, de espaldas al pasillo.

Me detuve a pocos metros de donde estaba sentado, sin hacer caso a la atracción casi embriagadora que ejercía el lazo que nos conectaba.

—¿Vienes a golpearme de nuevo? —preguntó, su voz carente de cualquier sentimiento.

Recorrí la distancia restante, deteniéndome justo fuera de su alcance.

—No lo he decidido aún.

—Puedes ahorrarte el esfuerzo. No estoy ideando una audaz fuga, y no tengo ningún plan para crear el caos y la destrucción.

—Es bueno saberlo.

—¿Lo es? —Giró la cabeza, y su perfil apareció ante mí. Tenía los ojos cerrados y las pestañas largas, más oscuras que su pelo rubio, descansaban contra la parte superior de sus pómulos—. ¿Sabe St. Delphi qué estás aquí, Álex?

Mis ojos se estrecharon.

—No voy a hablar de él.

Un lado de los labios se levantó en una rápida sonrisa y luego se desvaneció.

—Bien, porque no tengo ningunas ganas de saber nada sobre el estupendo enamoramiento que estáis viviendo. Prefiero que me noquees.

Teniendo en cuenta que acababa de apuntar a Aiden con una pistola, yo no diría que hubo un «felicis» en la ecuación en ese momento, pero su comentario me tomó por sorpresa. Me acerqué a la celda y me arrodillé fuera de su alcance.

—Seamos realistas, nunca me has amado de esa manera y lo sabes, ¿verdad?

Seth no respondió. Luego inclinó un lado de la cabeza contra los barrotes y dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Tienes razón, pero nunca tuve la oportunidad.

Una vez más, su tono de voz amable y sincero me golpeó. Seth era el rey de las respuestas vagas e inútiles, incluso peor que un dios. Me quedé observando su perfil durante un rato, hasta que las palabras brotaron de mi boca como una presa que se acababa de romper.

—Yo te amaba. No de la misma forma que a Aiden, pero yo te quería, y me traicionaste. ¡Te pusiste de parte de Lucian y prácticamente me retuviste para que me viera obligada a conectarme contigo! Y aun así tenía esperanzas puestas en ti. Todavía te defendí. Y luego... ¡me convertiste en la malvada Álex y empezaste una guerra junto a Ares! La gente ha muerto, Seth. —Mi tono de voz se elevó hasta quebrarse, mientras mis piernas se debilitaban. Me senté, con las manos flácidas sobre mis rodillas mientras miraba fijamente a través de los barrotes—. Y no solo últimamente. ¿Hasta qué punto tenemos que remontarnos con todo esto? ¿A mi madre? ¿A los daimons que estaban en la isla Deity y mataron a Caleb? ¿A todos los que murieron en las Catskills? ¿Estabais tú y Lucian utilizando daimons en aquel

momento? Lo estabais, ¿verdad?

Hubo otra pausa, y luego abrió los ojos. El resplandor ambarino en ellos me sobresaltó.

—Lo siento.

Se me encogió el pecho.

—La gente está muerta. Personas a las que amaba. Personas que nunca he conocido, y ¿para qué?

—Si pudiera volver atrás y cambiarlo todo, lo haría. Yo nunca elegiría custodiar a Lucian —dijo en voz baja—. Me hubiese ido sin permiso si hubiera sabido que iba a acabar así, Álex.

Abrí la boca mientras negaba. Ese Seth, esa lamentable y compungida criatura no era el Seth que yo conocía.

—Tu trastorno de la personalidad está empezando a mostrarse.

Sus labios se torcieron en una sonrisa irónica.

—Mira quién habla.

—No tienes ni idea —dije, y luego más fuerte—. ¿Dónde empezó a ir todo mal, Seth?

—Cuando nací.

Mis hombros se tensaron.

—Eso no es cierto, Seth.

—En realidad, lo es. Tenías que ser la Primera, Álex. Todos los Apollyons descienden de Apolo. Fui creado para esto, para lo que Ares quería. Igual que pasó con Solaris y el Primero. Así que sí, es cierto. Todo salió mal en ese momento. —Se echó a reír, pero fue como todas mis risas después de lo sucedido con Ares. Eran frías—. Demonios, las cosas salieron mal cientos de años atrás, cuando Ares decidió que quería gobernar el mundo.

—No —dije, tragando saliva—. Tú siempre has hecho lo que querías, Seth. Y no sabías nada de todo esto cuando nos conocimos. Tomaste esas decisiones. Fuiste...

—¿Alguna vez has probado el éter, Álex? —Sentí que mi corazón se aceleraba. Frente a mí, Seth se agarró a los barrotes hasta que sus nudillos se volvieron de un tono blanquecino—. No como se alimenta un daimon, sino tener tanto éter en ti, sintiendo que puedes hacer lo que quieras como nunca antes. ¿Sabes que lo sientes como un chute de energía en la sangre? ¿Has experimentado el sentirte supremo? ¿Lo has hecho?

Negué con la cabeza lentamente.

—Claro. Lucian me prometió un montón de cosas, y también lo hizo Ares cuando lo conocí en los Catskills, pero esas promesas no eran nada en comparación con lo que sentí cuando despertaste. Fue como aprovechar la energía pura. —Un brillo febril iluminó sus ojos a medida que se encontraban con los míos—. Después de eso, no necesité sus promesas, porque sabía... sabía que podía conseguir lo que quisiera, que tenía el poder para hacerlo. Y ese poder... —Soltó los barrotes y se balanceó—. No

hay nada como él, Álex. Me convertí en adicto a él, y eso me cegó. Fue mi debilidad. Es mi debilidad.

No dije nada, porque una parte de mí siempre había sabido que su poder no era su fortaleza, sino su debilidad.

—No tienes ni idea de lo difícil que es estar cerca de ti ahora mismo. La conexión me llama, el éter, todo. —Se echó hacia delante, agarrándose a los barrotes con fuerza—. Es en todo lo que soy capaz de pensar, y si consiguiese transferir tu poder a mí, no creo que Ares me pudiera controlar. Todo habría terminado.

Bajé la mirada.

—Eres mejor que eso.

—No lo soy, y tú lo sabes, así que corta esa mierda. —Su fría risa sonó de nuevo—. Pero tú lo eres.

—No soy mejor que tú.

—Lo eres —insistió en voz baja. Se movió, levantando la cabeza hasta apoyar la frente contra los barrotes. Una mirada extraña recorrió su rostro—. Lo eres.

Sentí mis ojos arder.

—Por si no lo recuerdas, le disparé a un hombre en la cabeza, solo porque quería.

—Se lo merecía.

Me estremecí.

—No sentí nada, Seth. Ni un gramo de remordimiento o arrepentimiento. Nada. Eso... eso no está bien.

—Se lo merecía, Álex. No tienes ni idea de lo que hacía, cuánto abusó de su poder. —Nuestras miradas se encontraron, y él cogió aire con fuerza—. Sin embargo, no quería verte haciendo algo así. Tal vez lo quise en algún momento, pero ¿después de lo que Ares te hizo? ¿Después de ver lo que te he hecho? No quiero nada de esto. Quiero que se acabe, y la única forma en que podemos terminar esto es si coges el poder del Primero. Lo necesitas para convertirte en el Asesino de Dios.

Le miré, boquiabierto. Era imposible que supiera nuestros planes.

—Es la única manera de detener a Ares, Álex. —Tragó con dificultad—. Y yo no puedo hacerlo. Si cojo ese poder, no puedo prometer que lo haga. Tienes que ser tú, y sé que puedes hacerlo.

Tienes que...

—Lo sé —le interrumpí mientras me deslizaba hacia adelante—. Sé cómo hacerlo, Seth, pero...

Sus labios se separaron.

—Pero no puedes hacerlo hasta que se acerque el momento, hasta que nos encontremos cara a cara con ese hijo de puta, porque cuanto más tiempo el poder está dentro de ti, más loca te volverás. Confía en mí, lo sé.

—Ya estoy loca —le susurré.

—¿Qué?

Me lo repetía a mí misma cada dos por tres, pero no sabía qué era lo que me había

hecho confesárselo a él. Tal vez porque, en cierto modo, Seth y yo éramos la misma persona, tanto si confiaba en él o no.

—No soy la persona adecuada para hacer nada de esto. Hay algo mal en mí. Desde que luché contra Ares, no he estado cuerda. No siento las cosas como solía hacerlo. No siento nada la mayor parte del tiempo. Me quedé inmóvil en una pelea, y me refiero a que realmente me congelé. Me pareció ver a Ares antes y apunté a Aiden con una pistola hace un rato.

Sus cejas se levantaron.

—¿Qué tiene de malo la última parte?

Me estremecí.

—Hey, estoy bromeando. Siento curiosidad por saber por qué quisiste hacer algo así. El sol sale y se pone por el culo de Aiden, según tú.

Agradables imágenes.

—Pensé... pensé que era Ares.

—¿Como si vieras a Ares en lugar de a él?

Asentí, atontada.

—No sé si puedo hacer nada de esto, y luego está también la posibilidad de que pueda estar... —Me callé antes de soltar demasiado y bajar totalmente la guardia.

—¿Puedas estar qué? —preguntó. Cuando no respondí, se giró, sentándose junto a los barrotos—. ¿Qué Álex?

Sus cambios en la forma de hablar siempre me habían desconcertado. No sabía el qué.

—Creo... Aiden cree que estoy... —Negué con la cabeza—. No importa. No cambia nada.

Seth me miró tanto tiempo que empezó a preocuparme que pudiera leer mis pensamientos. Entonces sus ojos se abrieron un poco.

—¿Estás...? —Un sonido ahogado salió de su garganta—. No puedo siquiera pensar en ello. ¿Estás embarazada?

Incapaz de confirmar o negar, no dije nada, y eso debió de ser respuesta suficiente, porque Seth maldijo entre dientes. Cerrando los ojos con fuerza, dejé caer la cabeza entre las manos.

—¿Álex? —Su voz era apenas un susurro, y luego en voz alta, dijo—: Lo siento, Álex, por todo lo que a mí me concierne.

Negué con la cabeza sin levantarla o apartar las manos. No estaba segura de por qué se disculpaba después de eso. No era como si tuviera algo que ver con mis posibles líos con Aiden. Eso era algo nuestro.

Nos quedamos sentados durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada. Busqué dentro de mí algo... algo más que una punzada de tristeza, una emoción más allá de la ira y la confusión, cualquier cosa más sustancial que el inmenso vacío.

No había nada.

Lentamente, levanté la cabeza y fijé mi mirada con la suya.

Capítulo 9

Creí que no le había escuchado bien.

—¿Qué?

—Vi a tu padre cuando estaba en las Catskills —repitió en voz baja—. No antes de que despertaras. No lo vi en ese momento, sin embargo, cuando llegamos hace aproximadamente un mes, seguía allí.

Moví la boca, pero no salió nada. Me eché hacia adelante rápidamente, acercándome más a Seth de lo que probablemente debería. Respiré hondo, pero se me atascó.

—¿Sabes... cómo esta?

—No hable con él, Álex, pero está ahí con los otros sirvientes. El elixir no está funcionando, y parece que él los está manteniendo a salvo. No puede irse. Ninguno de ellos puede con Ares allí. —Hizo una pausa—. Parece estar bien, pero Ares sabe quién es, Álex.

Lo miro mientras asimilo esas palabras.

—Pero ¿está bien por ahora?

Por ahora. Reafirmó Seth, en silencio.

Cerrando los ojos, me retuerzo bajo la repentina presión que siento en la garganta.

¿Y Ares sabe que es mi padre?

—Sí.

—¿Tiene algún plan para usarlo en mi contra? —pregunto, sabiendo y temiendo la respuesta.

—Me gustaría darte una mejor respuesta. —Hizo una pausa, y luego sentí sus dedos rozar mi brazo. La electricidad pasó de su piel a la mía, sacudiéndome. Retrocedí. Vi las marcas del Apollyon deslizarse por su brazo hacia su cuello. Seth retiró sus brazos entre los barrotes—. Él utilizará todos los medios necesarios, Álex. No puede llegar a ti en este momento, pero cuando pueda, colgará a tu padre en frente tuyo.

Aparté la mirada, apretando la boca hasta que el dolor en la mandíbula fue insufrible. Sabía que no estaba sintiendo todo lo que debería sentir, considerando el peligro en el que se encontraba mi padre. Dejé escapar un suspiro entrecortado.

—No solo vendrá a por mí. Vendrá a por ti también.

—Lo sé. —Rio sin fuerzas, y mi mirada se posó nuevamente en él—. Pero ¿qué es lo que puede hacer para molestarme a mí?

Y entonces lo entendí. Cuando Ares se diera cuenta de que Seth estaba jugando con el equipo contrario, forzaría a Seth a someterse a él, utilizándome a mí y a mi padre en el camino.

—Es deprimente, ¿no?

Resoplé.

—No tienes idea.

—¿Entonces por qué haces todo esto? ¿En serio? Podríamos irnos.

Lo observé, enfadada.

Él rio de nuevo, y esta vez fue más él.

—Podrías traer contigo a St. Delphi.

—Estoy segura de que él apreciaría la invitación. —La verdad era que la idea de huir era sumamente tentadora. No era que no la hubiera considerado antes, pero no estaba bien—. Una parte muy grande de mí sabe que no puedo hacer eso.

Seth inclinó la cabeza contra los barrotes, pero no dijo nada.

—En especial, no puedo después de lo que Ares hizo, pero es más que eso. Hay tantas personas inocentes que terminarán esclavizadas por él o muertas. No podría vivir conmigo misma.

—Yo podría.

Un lado de mis labios se levantó.

—Por supuesto.

Hubo un momento de silencio, y luego dijo:

—Estás diferente.

No supe qué decir.

—No es que estés loca, se lo que has sufrido.

Los músculos de mi espalda se tensaron.

—Quise morir. —Ahí estaba. Lo había dicho en voz alta, y sonaba igual de horrible que cuando solo lo pensaba.

Seth bajó la mirada.

—Lo sé.

—Una parte de mí aún lo quiere.

—No digas eso. —Seth se puso de pie rápidamente y se apartó de los barrotes. La vergüenza apareció, y él apartó la mirada—. Sé que no vas a dejarme salir. De hecho, es mejor que no lo hagas hasta que tengamos un plan que podamos llevar a cabo de forma inmediata. Así todo el mundo se sentirá mejor.

—¿Te sentirás tú mejor, también? —Me puse de pie.

Seth retrocedió aún más en la penumbra de su celda.

—Debería hacerte sentir mejor a ti.

Estaba segura de que a mí también deberían encerrarme en una celda como la de Seth.

—A ti no —dijo Seth. Debía haberlo pensado en alto—. No estás loca...

Ángel.

—No me llames así.

Seth no respondió.

La conversación había, obviamente, terminado. Me quedé ahí unos segundos, sin saber si había algo más que decir. Sin embargo, no dije nada, simplemente me di la

vuelta y me dirigí a las puertas de titanio por las que había entrado.

Una cosa sabía con certeza: Seth no iba a engañarnos. Y si venía a por mí, sería como un daimon yendo a por éter y no por otra razón. Sin embargo, aquello no significaba que estuviera a salvo, pero era mejor que tenerlo del lado de Ares.

Al abrir la puerta, divisé una esbelta forma apoyada contra la pared. No era Solos. Mierda.

Cerré la puerta, respiré profundamente, y me enfrenté a Aiden. Varios mechones negros le caían descuidados sobre la frente. Lo llevaba casi tan largo como Deacon, algo que le favorecía. Sus oscuras cejas estaban decaídas en aquel momento. Sus labios formaban una línea tensa, y sus ojos eran de un color gris metálico. No estaba contento.

—¿Hola? —dije, sin convicción.

Los músculos bajo su camiseta estaban tensos. Estaba tan quieto que casi parecía formar parte de la pared.

—Te fuiste en mitad de la noche.

Cambié mi peso de un pie al otro.

—Lo sé.

—Sin decir ni una maldita palabra —agregó, con voz demasiado calmada. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber lo engañoso que era. Estaba entrando en la zona de peligro—. ¿Especialmente después de lo que ha pasado entre nosotros? ¿Has siquiera considerado lo que pensaría cuando me despertara y descubriera que te habías marchado?

Tenía su punto.

—Lo siento, pero estoy bien.

—Obviamente, no estás bien.

Abrí la boca, pensando que se estaba refiriendo al asunto del arma, pero entonces me di cuenta de algo más. Sentí un nudo formándose en mi estómago.

—¿Cuánto has escuchado?

Aiden descruzó sus brazos.

—Lo suficiente.

Mi cerebro se estremeció. No parecía posible, pero lo era.

—Aiden...

—Escucharte decir que le querías fue... bueno, no hay palabras para eso.

El calor subió por mi rostro.

—Dije que no de la misma forma que a ti.

—Espera. —Levantó la mano, silenciándome—. Durante varios días he intentado que me hablaras de todo esto. Pensé que no estabas lista, así que no te he presionado, pero luego me dejaste en medio de la noche para ir a hablar con él.

Oh. Oh.

—Y además, le cuentas lo que está pasando en tu cabeza cuando apenas me has contado nada a mí.

Apoyada en la pared, reaccioné de la única manera que sabía, la única manera en la que la vieja Álex (la Álex anterior a Ares), habría reaccionado.

—Tal vez no deberías haber estado escuchando a escondidas. —En el momento que esas palabras dejaron mi boca, quise patearme el rostro, porque Aiden tenía derecho a estar enfadado—. Es de mala educación —terminé débilmente.

—¿Lo dices en serio? —Aiden se apartó de la pared, y en sus ojos el mercurio destelló. Doble «oh, oh»—. Acudiste a él.

Guau. Espera un segundo.

—No es así. No acudí él.

—¿No es así? —Aiden se detuvo frente a mí. Bajó su barbilla, y sus ojos brillaron llenos de ira—. Le has contado cómo te estabas sintiendo y lo que habías sentido hasta ahora.

—¡También te lo había contado a ti! —Mis manos se cerraron en puños mientras mi propia ira surgía como una vieja amiga. Sí. Me aferré a esa ira. Al menos significaba que sentía algo.

—Le dijiste que querías morir. —Su voz se quebró en la última palabra, y el rápido estallido de ira en mi interior se desvaneció. El dolor se vertía en su expresión, palideciendo su rostro—. Y sé que has estado a punto de decir que parte de ti todavía desea haber muerto ese día.

Di un paso hacia atrás, intentando negarlo, pero las palabras me abandonaron y la vergüenza apareció de nuevo, más fuerte esta vez. Envolví los brazos alrededor de mi cintura, intentando detenerla. Aiden era la última persona que había querido que supiera lo débil que había sido, lo débil que era todavía.

—Me mata saber que piensas así. —Un músculo palpitó en su mandíbula mientras su mirada se clavaba en la mía—. ¿Por qué no me has contado eso a mí? —Sacudió la cabeza, tragando con fuerza—. ¿Por qué irías a él de entre todas las personas? ¿Después de todo lo te ha hecho?

—No lo entiendes. —Y de verdad no lo hacía. Sin importar el qué, Seth y yo éramos la misma persona. Eso no quería decir que se lo hubiera perdonado todo, pero Seth sabía lo que había pasado sin decírselo, y no quería, por nada del mundo, compartirlo con Aiden. Sabía que era necesario decírselo, pero las palabras no hubieran salido.

Aiden suspiró.

—Le has dicho que pensabas que estabas embarazada. —Era como si le hubiera apuñalado con una daga—. ¿Cómo has podido siquiera confiarle algo como eso? ¿Y si está jugando con nosotros? ¿Y si se lo dice a Ares?

—No está jugando con nosotros.

Sus ojos se agrandaron mientras su postura cambiaba.

—¿Cómo puedes estar tan segura, Álex? Todos vimos cómo era Seth antes de que tú lo hicieras, y ninguno de nosotros tenía una conexión con él. Él tiene control sobre...

—¡No tiene ningún control sobre mí! Sé que no está engañándonos. Lo sé.

—Tal vez tengas razón —dijo, el calor desapareció de sus ojos—. Pero ese no es un riesgo que estoy dispuesto a correr, y no lo has tenido en cuenta. Tú... —Se detuvo y apartó la mirada, pasándose la mano por el pelo—. Ni siquiera has tenido en cuenta cómo me sentiría.

—Lo... lo siento. Es solo que... —Negué, impotente.

Luego hizo algo que, sinceramente, no podía recordar que hubiera hecho nunca. Aiden se alejó de mí.



Volví a la habitación que compartía con Aiden, pero él no estaba allí, y cuando me quedé dormida esperándolo, aún no había regresado. Cuando desperté, seguía sin haber señales de él, pero había venido en algún momento durante la noche.

Alguien me había tapado con el edredón que se encontraba a los pies de la cama.

Sabía que no era una bandera blanca, y Aiden tenía motivos suficientes para estar molesto conmigo. Deseé haberle explicado por qué le había contado a Seth lo que le conté. No pensaba que lo hubiera entendido, pero al menos habría sido mejor que decir lo siento o no decir nada.

O decirle que no escuchara a escondidas.

Salí de la cama y me di una ducha rápida. Sentí mi estómago gruñir mientras me ponía un pantalón y una camiseta de Aiden. Me venía enorme, pero olía como él. Antes de salir de la habitación me palmeé la cara y me di ánimos.

Encontraría a Aiden y, de alguna forma, haría las paces con él.

Ir a ver a Seth había sido un error, sobre todo cuando estaba con la única persona que siempre había estado y estaría para mí. Mis intenciones no habían sido malas o sombrías, pero seguían picando como un centenar de abejas. Lo único bueno que había salido de todo aquello es que sabía que Seth no nos estaba engañando.

Convencer a todos los demás requeriría de nada menos que un milagro.

El primer lugar que miré en busca de Aiden fue la zona común de los dormitorios. No estaba ahí, pero sí estaba Luke sentado en una mesa junto a Deacon y Olivia.

Y junto a ellos un gigantesco plato de beicon y salchichas.

Atraída por el maravilloso y grasiento olor, me dejé llevar hacia su mesa, con la boca haciéndose agua ante aquella visión. El beicon era glorioso.

—¿Quieres un poco? —ofreció Deacon, apartándose un rizo de la cara—. Parece que vayas a comernos a nosotros si no te damos un trozo.

Olivia frunció su nariz.

—Argh.

Me senté al lado del hermano de Aiden y acepté su ofrecimiento.

—Gracias.

Estaba masticando, ansiosa, el cuarto trozo cuando sentí varios ojos puestos sobre

mí. Levantando la mirada, me encontré con la de Luke. Estaba rojo como un tomate.

—¿Qué? —pregunté, con la boca llena de beicon.

—No sé cómo lo hizo... Seth. —Se apoyó en su silla, frotándose la mandíbula—. Recuerdo estar fuera junto a los coches y ver a unos Centinelas que no conocía. Lo siguiente que recuerdo es estar de pie junto a vosotros.

—Compulsión —dijo Deacon, girándose hacia mí—. Se lo he estado diciendo toda la mañana.

—Lo ha hecho —agregó Olivia.

Luke frunció el ceño.

—Sé que era compulsión, pero maldita sea, nunca me había sentido así.

—Yo sí. —Olivia me miró y mi apetito se desvaneció ante el recuerdo—. No fuiste responsable de nada, Luke. —Pinchó una tira de beicon con su tenedor—. Y ahora tenemos a otro Apollyon enloquecido —sin ofender, Álex—, encerrado en una celda.

—No te preocupes —murmuré, y luego suspiré—. Realmente no es culpa tuya, Luke. Deacon podría llevar a cabo una compulsión, pero la de un Apollyon tiene mayor efecto.

Luke no parecía aliviado, pero siguió comiendo, por lo que me imaginé que muy traumatizado no estaba.

—Entonces, ¿qué haremos con Seth? —preguntó Deacon, momentos después.

Un escalofrío recorrió a Olivia. Nunca había sido fan de Seth y recordé lo que Aiden había dicho la noche anterior. Todos habían visto cómo era Seth, excepto yo. Bueno, y tampoco Caleb, pues había sido el mayor fan de Seth.

Curiosamente, no sentí dolor alguno cuando pensé en Caleb.

—No vamos a hacer nada por ahora —dije, finalmente. Todos los presentes me miraron fijamente. Bajé la vista—. Seth ya no trabaja con Ares. No estoy diciendo que le recibamos con los brazos abiertos o le invitemos a desayunar, pero no es nuestro enemigo ahora mismo.

—¿Qué? —La voz de Olivia fue una octava demasiado alta—. ¿Cómo podemos estar seguros de eso?

—Esa es una buena pregunta. —Deacon me pasó su botella de zumo de naranja, que seguía sin abrir—. ¿Tienes sed?

Murmuré un «gracias» y tomé un trago.

—Bueno, para empezar, esa celda no es la que está haciendo que no huya. Si quisiera salir, lo haría más rápido de lo que nadie es capaz, incluso yo. En segundo lugar, no quiere convertirse en el Asesino de Dioses.

Luke se balanceó para atrás en su silla, abriendo ampliamente los ojos.

—¿Ya estamos otra vez?

Olivia me miró boquiabierta.

Moviéndome en mi asiento, sentí el calor propagarse por mis mejillas, pero no estaba segura de porqué.

—No quiere ser el Asesino de Dioses. Quiere transferirme el poder.

—¿Cómo ha descubierto que ese es nuestro plan? —preguntó Deacon. De repente estaba serio, lo que era una rareza en él.

—No lo ha hecho. Lo sugirió sin que yo digiera nada. Seth tiene... bueno, como ya he dicho, no quiere tener nada que ver con Ares y con Lucian... —Mis cejas se juntaron—. Lucian ya no es un problema.

—Vale —dijo Luke en voz baja y luego más fuerte—, pero ¿cómo puede cualquiera, incluyéndote a ti, confiar en lo que Seth dice? Quiero decir, si cambia de opinión... Estamos jodidos.

Le entendía, pero no podía vocalizar por qué confiaba en Seth. Sus problemas con su torcida adicción no eran de su incumbencia. Ya no tenía hambre y tampoco ganas de convencerlos cuando tenía a Aiden y a muchas otras personas con quien hablar. Me levanté de la mesa.

—Os veo luego, chicos.

Llegué a la puerta y entonces me di cuenta de que Deacon me seguía. Situándose junto a mí, anduvimos por los dormitorios.

—Sabes que solo están vocalizando sus preocupaciones, ¿verdad? —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos—. No quieren molestarte.

—Lo sé. —Entrecerré los ojos ante el brillante resplandor del sol—. Y no me han molestado, tranquilo.

—¿Estás segura?

Lo estaba. Como siempre, apenas sentía nada. Continuamos en silencio, pasando algunos estudiantes puros. Se quedaron mirándome.

—Aiden está de un humor... algo así como «si respiras en mi dirección, voy a machacarte con un *nunchaku* hasta que no puedas levantarte» —dijo Deacon mientras pasábamos uno de los centros de entrenamiento.

Mi estómago se hundió un poco más.

—¿Con un *nunchaku*? No creo que él sepa cómo usarlos.

—Mi hermano sabe cómo usar todas las armas conocidas por el hombre. Los *nunchakus* no son la excepción.

Una pequeña sonrisa apareció en mis labios.

—Te tomo la palabra.

—Entonces, ¿vas a decirme qué se le ha metido por el trasero, además del hecho de que una flota de Centinelas potencialmente locos están preparados fuera de nuestros muros y su archienemigo está encerrado en una celda justo delante de sus narices?

—¿Has visto a Aiden? —pregunté.

Él asintió.

—Está en la oficina del decano, con Marcus.

Estaba en el edificio principal del Covenant. Realmente, no tenía ganas de entrar en la estancia en la que había visto a Ares.

—Así que, ¿no vas a hablar conmigo sobre Aiden?

—¿Me vas a seguir todo el camino hasta la oficina del Decano?

—Sí. —Deacon me lanzó una sonrisa de las suyas.

—Hay muchos escalones.

—Necesito hacer ejercicio.

Suspiré.

—Aiden está enfadado conmigo.

—Lo dudo.

—Oh no, definitivamente está enfadado conmigo. —Me metí un mechón detrás de la oreja y miré a Deacon. Me dio un codazo suave en el brazo, y las comisuras de mis labios se levantaron un poco, pero rápidamente bajaron—. Está enfadado porque fui a ver a Seth.

Deacon levantó una ceja.

—¿Está enfadado por eso?

—Bueno, me fui en medio de la noche, sin decirle lo que hacía, y hay otras cosas, pero... —Sacudí la cabeza, sin querer pensar en ello—. Así que está un poco ofuscado.

No respondió hasta llegar a la escalera, tras haber pasado a los Guardias. El lazo en mi interior se tensó, pues estábamos cerca de Seth.

—Bueno, considerando toda la mierda que ha causado Seth, puedo entender por qué Aiden no está contento.

—Lo sé. —Llegamos al segundo piso—. No estoy enfadada con él. Tiene todo el derecho del mundo a estar molesto.

Deacon saltó dos escalones, lleno de energía. Lo odiaba.

—Lo superará. Mi hermano te ama. Está totalmente enamorado de ti, Álex.

Le sonreí agradecida.

—Lo sé. Solo odio que esté enfadado.

Me mira, con los ojos de un brillante color plata.

—Creo que esta es la primera vez que te he visto sonreír de verdad desde hace mucho. —Se dio la vuelta, abriendo la puerta que daba a la planta superior—. ¿Estás bien?

—No. —Crucé la puerta—. Pero lo estaré.

Deacon dejó caer su brazo sobre mi hombro mientras cruzábamos el largo pasillo. No había Guardias en la puerta del despacho, pues ya no había decano al que proteger.

—Estaremos bien —dijo, estrechándome—. Estoy pensando en positivo estos días.

La puerta de la oficina estaba entreabierta, y sin un segundo de vacilación, Deacon se adelantó y abrió la puerta, dejándome tras él.

—¡Hola!

Marcus levantó la mirada, alzando las cejas. Junto a él, Aiden se irguió. Su

mirada fue de mí hacia Deacon, y luego de nuevo a mí. No conseguí sacar nada de su expresión, pero las puntas de sus orejas se encendieron.

—¿Qué sucede? —preguntó Marcus.

Deacon me soltó y se dejó caer en una de las sillas de cuero.

—No tengo ni idea. Simplemente no tengo nada mejor que hacer.

Aiden cruzó los brazos mientras inmovilizaba a su hermano con una mirada.

Muy consciente de que probablemente no éramos bienvenidos en aquel momento por multitud de razones, me abrí camino hacia el otro asiento y me senté.

Haciendo un rápido inventario de la habitación, me alegré de ver que, a excepción de la ventana tapiada, lo habían arreglado todo. El acuario había desaparecido y el escritorio había sido reemplazado, igual que la alfombra. Pero sabía que, si levantaba la alfombra, habría manchas de sangre debajo.

Algunas de ellas serían mías.

—Álex.

Alcé la barbilla ante el sonido de la voz de Aiden, y nuestras miradas se cruzaron por un breve segundo. Había ido allí a hablar con él, pero todo el valor que tenía se esfumó al ver su mirada.

—No tengo nada mejor que hacer, tampoco.

—Entonces, ¿qué hacéis vosotros dos? —preguntó Deacon, pestañeando con fuerza, con cara de perrito apaleado.

Marcus se echó para atrás en su silla, y su tranquila mirada esmeralda vagó sobre nosotros.

—Discutíamos qué hacer con los Centinelas que están fuera. Todavía no han causado ningún problema. De hecho, parece ser que protegen las puertas desde el exterior.

Mi mirada se desvió a Aiden. Me estaba mirando fijamente de esa intensa e incontenible manera de la que solo él era capaz. Me observaba igual cuando estábamos entrenando. Me moví en mi asiento.

—Bueno... um... son buenas noticias, ¿no?

—Esperemos que sí. —Marcus se rascó la barbilla—. Aiden me estaba contando que hablaste con Seth anoche.

Oh.

Oh mierda.

Me retorcí un poco más.

—Sí, lo hice.

—¿Y le crees? —preguntó—. ¿Ha cambiado?

—Yo no diría que esté completamente cambi... —Un rayo de energía me recorrió y las marcas del Apollyon hicieron aparición en mi piel. La electricidad llenó la habitación, y mis sentidos se encendieron. Conocía la sensación. Un dios estaba allí. Me puse de pie rápidamente y comencé a girar.

Apolo estaba detrás de mí.

—Hola.

Me eché hacia atrás, con la mano sobre mi ahora acelerado corazón.

—Buenos dioses...

Un lado de sus labios se curvó. Estaba impresionante, sin embargo, tenía los ojos azules mortales y no los huecos luminosos típicos de los dioses.

—¿Por qué sigues haciendo eso? —Aiden sacudió la cabeza—. Dioses.

El dios se encogió de hombros.

—¿De qué otra forma debería hacerlo? ¿Tocar el timbre primero?

—Esa es una idea genial —respondió Aiden secamente. Deacon se levantó, con los ojos muy abiertos, e inmediatamente empezó a salir de la sala.

—Creo que necesito ir... um, ir a buscar algo que hacer.

Sí.

Momentáneamente distraída por la repentina aparición de Apolo, miré al hermano de Aiden.

—¿Qué pasa con vosotros dos?

Deacon se congeló cerca de la puerta.

La sonrisa torcida en el rostro de Apolo se extendió.

—Verás, no soy de los que besa y va por ahí contándolo.

Mi boca se abrió mientras el rostro de Deacon se volvía rojo sangre. Oh, joder. Sospechas confirmadas. Guau.

—Que. Demonios. —Aiden rodeó la mesa, mirando a Apolo—. ¿Has...?

—Espera. —Apolo alzó una mano, su voz no daba pie a réplica. Se me quedó mirando un segundo—. Ven aquí, Álex.

—Um... —No me moví, y estaba segura de que no quería meterme entre Aiden y Apolo—. No, gracias. Busca otra táctica de distracción.

La cabeza de Apolo se movió hacia un lado.

—Álex.

Sentí a Seth un segundo después de escuchar un disparo en el exterior, antes de cruzar la puerta acelerado, patinando hasta detenerse unos pasos detrás de Apolo. Llevaba dos dagas en las manos.

Con sus ojos ámbar, dilatados, Seth respiró hondo y soltó el aire lentamente al ver a Apolo junto a mí.

—Oh. Eres tú.

Bueno, ya era algo probado que Seth podía salir de esa celda sin problema. Por el rabillo del ojo, vi a Aiden sacando su pistola. Deacon se arrastró de nuevo a nuestro lado.

—Sí, soy yo. —Apolo pareció crecer, algo alarmante considerando que ya era del tamaño de Godzilla.

Un puñado de Guardias apareció detrás de Seth, todos ellos sin aliento y algo magullados. Seth se encogió de hombros y se dio la vuelta, dándole las dagas de nuevo al Guardia. Varios de ellos comenzaron a hablar a la vez.

—Acaba de salir. Sin advertencia —dijo uno de ellos—. Hemos intentado detenerlo.

—Lo siento —dijo Seth—. Pensé que era otro dios, uno más fastidioso que este. Abrí los ojos, sorprendida.

Apolo sonrió, severamente.

—Oh, eres tan mono.

Seth sonrió burlescamente.

—Era fabulosamente sexy la última vez que lo comprobé, pero volveré a mi celda ahora. El desayuno no me vendría mal, por cierto. Me muero de hambre.

—Esto no es un hotel —dijo Aiden, apuntando a Seth.

El Apollyon miró el arma en la mano de Aiden y luego arqueó una ceja.

—Realmente te gusta apuntarme con esa cosa.

—No tienes ni idea de cuánta alegría aporta.

Seth volvía a tener esa mirada típica suya en el rostro, la que decía que iba a lanzar un anzuelo sabiendo que Aiden estaba a punto de morderlo.

—No dejes que me olvide. Te debo una por el golpe en la cabeza de ayer.

—¿Quieres que se repita? —Aiden sonrió con suficiencia—. Sigue hablando.

—Oh, por el amor de los dioses, ya basta —dijo—. Esto es ridículo. —Todos se giraron a mirarme—. Es obvio que Apolo no cree que quiera engañarnos, o ya lo habría atacado con algún truco de dios.

—Solo porque no lo he hecho no quiere decir que no lo vaya a hacer.

Seth abrió la boca, pero me metí antes de que pudiera empeorar la situación.

—Además, puede salir si quiere. Así que ¿cuál es el punto de hacerlo volver a la celda?

—Puedo noquearlo de nuevo —sugirió Aiden calmadamente—. Se quedará un ratito allí, sin moverse.

—Estás empezando a molestarme. —Seth se giró hacia Aiden, con los ojos brillando—. ¿Sabes cuál es tu problema?

Puse los ojos en blanco.

—Continúa. —Un músculo se sacudió en la mandíbula de Aiden.

—Una palabra. —Seth dio un pequeño paso adelante, con una sonrisa petulante en sus labios—. Celos.

Dejé caer las manos.

—Me rindo. Como si no tuviéramos problemas suficientes con los que tratar; pero eh, seguid con vuestra pelea de chicos, yo me rindo.

—De hecho, a pesar de lo entretenida que es esta pelea, Álex tiene razón esta vez. Sorprendente, ¿eh? —Apolo se ganó una mirada asesina de mi parte—. Aiden, guarda el arma. Marcus, no son necesarias las dagas. —Luego miró a Seth—. Si no tienes nada que esconder, no vas a huir de mí.

La columna de Seth se irguió.

—Nunca huiría.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero Seth se mantuvo quieto mientras Apolo daba dos largas zancadas y colocaba su mano en el centro del pecho del Apollyon. La sorpresa se dibujó en el rostro de Seth, y luego Apolo dio un paso atrás.

—Está diciendo la verdad. Ya no trabaja con Ares, pero eso no quiere decir que no siga siendo una amenaza —anunció Apolo, y tenía el presentimiento de que sabía a lo que se estaba refiriendo el dios. Y entonces se giró hacia mí—. Lo necesitamos aquí de todas maneras. Él no es el problema. Tú lo eres.

—¿Qué? —Me estaba mirando fijamente—. ¿Por qué yo? Soy algo así como la voz de la razón por primera vez en mi vida.

—No es eso. —Apolo me miró fijamente—. Guardias, salid de la habitación y cerrad la puerta al salir.

Ni siquiera vacilaron. Se dispersaron como cucarachas. La inquietud formó pequeños nudos en mi vientre mientras le echaba un vistazo a Aiden. No había guardado el arma, y parecía como si fuera a apuntarla hacia Apolo en esta ocasión. Deacon se había mimetizado con la pared, apartado de todos.

—¿Te han marcado? —preguntó Apolo, con sus fosas nasales dilatadas.

Sacudí la cabeza, dando un paso hacia atrás. El sudor me recorría la frente mientras buscaba la salida. Quería salir de aquella habitación desesperadamente.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, pero estás empezando a asustarme.

Los ojos de Apolo pasaron de azules a blancos, sin pupilas, sin iris. La estática crujió en el aire.

—Ven aquí —repitió.

Tenía que salir de allí. La sangre me latía apresurada en las venas. Cada parte de mi ser me gritaba que me fuera. Apolo no iba a...

Sentí un disparo y vi a Aiden por el rabillo del ojo, pero era demasiado tarde, Apolo ya había llegado a mí.

—¿Te marcó? —demandó Apolo, con expresión furiosa—. ¿Ares te marcó?

Esos ojos, completamente blancos, se convirtieron en todo lo que pude ver.

—¿Qué está pasando? —preguntó Marcus, pero se escuchaba muy lejos.

Apolo se acercó a mí y agarró el dobladillo de mi camiseta. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, era demasiado tarde. Tiró de la camiseta, dejando al descubierto mi espalda. Aiden explotó, gritándole al dios, mientras yo intentaba zafarme.

—Ahí está. —La mano de Apolo se posó en la cicatriz que tenía aquella forma tan extraña, y mi cuerpo entero se sacudió como si hubiera sido poseído—. ¡Fobos! ¡Deimos! ¡Mostraos!

Seth maldijo.

Empezaba a pensar que Apolo había perdido la cabeza, pero entonces, sin ninguna advertencia, sentí un profundo desgarramiento en mi interior. Me deshice de su agarre y retrocedí, tropezando. Un estremecimiento se abrió paso por mi cuerpo, filtrándose por cada uno de mis músculos. La habitación se inclinó.

—Oh, dioses —susurré, doblándome y agarrándome el estómago.

—¡Álex! —gritó Aiden.

—¡No la toques! —Apolo se interpuso entre nosotros, conteniendo a Aiden con nada más que una mano levantada. Era como si un escudo invisible apareciera entre nosotros—. ¡Deimos! ¡Fobos! ¡Σε διατάζω να σου αφήσει αυτό το πλήθος!

La piel... oh dioses... la piel bajo mis manos se movía, levantando mi camiseta. La presión se expandió en mi estómago, y caí de rodillas. Algo se deslizó a través de mi pecho, hacia mi garganta. No podía respirar. La voz de Aiden sonaba cada vez más lejos mientras una sensación extraña me invadía, como si unos dedos pegajosos y fríos me recorrieran el cuero cabelludo, hasta deslizarse por mi garganta.

Cuando eché la cabeza hacia atrás, las lágrimas empezaron a caer con fuerza. Abrí la boca para gritar, pero espeso humo blanco salió de mí, hasta tocar el techo. A través de las lágrimas, vi el humo propagarse hasta dividirse en dos formas por separado. Finalmente, noté como si no hubiera nada más en mi pecho y dejó de salir humo de mi boca.

Caí hacia adelante, agarrándome la cabeza con las manos. Respirando entrecortadamente, y con brazos temblorosos levanté la cabeza.

—Santa mierda —murmuró alguien.

Las columnas de humo blanco giraban como minitornados, tomando forma con cada movimiento. Dos pares de piernas. Dos pares de brazos. Un grito ensordecedor retumbó a través de la habitación. Una ráfaga de viento hizo traquetear las sillas y la mesa, y luego no hubo nada.

Silencio.

Dos dioses estaban en la habitación, dos formas translúcidas, pero no había suficiente masa en ellos para descifrar sus identidades. No eran tan altos como Apolo, pero tenía el presentimiento de que no estaban completamente formados.

Uno de ellos se dirigió hacia mí, demasiado rápido para reaccionar. A través de su rostro, inquietantemente bello, pude ver las piernas de Seth acercándose.

—Eres más bonita por dentro... —dijo el dios, con su voz escurridiza como una serpiente.

—... de lo que eres en el exterior —dijo el otro.

El Primero sonrió, burlón.

—Por otra parte, no estás...

—... del todo bien. No eres nada más que putrefacción —terminó el gemelo, entre risas.

—Qué pena —dijo el Primero, de nuevo.

El segundo flotaba cerca.

—¿Y de quién es realmente culpa?

—¿Al final?

—¿Cuando no hay nada que defender?

Retrocedí, horrorizada. Eran como los Oompa Loompas del mundo Olímpico.

Cada vez más, sus formas se desvanecían, pero sus palabras fueron claras.

—Estáis destinados a morir, todos. Probad el miedo...

Unos fuertes brazos me rodearon por detrás, alejándome de los dioses, acunándome contra un duro pecho. Aiden se dio la vuelta, usando su cuerpo para proteger el mío, pero eso no me impidió escuchar sus últimas palabras.

—Todo habrá terminado a finales de este año...

Un suspiro alto y claro se extendió por la habitación cuando el humo se disipó. Los gemelos se habían marchado.

—Bueno —soltó Apolo—. Esto no ha tenido sentido alguno.

Con los músculos débiles, me desplomé, y me hubiera dado de boca si Aiden no me hubiera atrapado. Sentí la piel demasiado sensible mientras me depositaba sobre la alfombra. Gateé hasta apartarme, encogida.

—¿Qué... qué ha sido eso? —preguntó Deacon, con voz ronca.

Temblando, me senté y levanté la cabeza. Sentí un globo expandiéndose por mi estómago, subiendo por mi pecho.

Apolo estaba en medio de la habitación con las manos en las caderas.

—Esos eran Fobos y Deimos. Los dioses del miedo, pavor, pánico y terror absoluto. Son hijos de Ares. Cuando luchaste contra él te marcó, dándole acceso a tu psique. Sabía que algo no iba bien cuando estuviste en el Olimpo, igual que Artemisa cuando estuvo aquí, pero no lo he entendido hasta hoy.

Pestañeé lentamente.

—¿Qué?

—Fobos y Deimos han estado dentro de ti, alimentándose de tus emociones y eligiendo y amplificando las que sientes.

Seth palideció mientras daba un paso hacia atrás. Sus ojos se encontraron con los míos.

—No lo sabía. —Levantó las manos—. No tenía idea.

—¿Eso es lo que Artemisa quiso decir cuando comentó que había algo en ella? —Aiden estaba de rodillas junto a mí. El horror cubría su voz—. ¿Estaban dentro de ella?

—Sí. —La luz blanca se atenuó en los ojos de Apolo e iris azules aparecieron en su lugar.

—Pensé... pensé que me estaba volviendo loca. Pensé que estaba embarazada. No creí... —Estaba muy conmocionada, demasiado para preocuparme por lo que acababa de admitir ante todos en la habitación, para siquiera reconocer la intensa inhalación de Aiden y lo roto que sonaba al hablar, o la manera en que Seth me daba la espalda, como si no pudiera soportar mirarme—. ¿Estuvieron dentro de mí todo este tiempo?

—Desde que luchaste con Ares —confirmó Apolo—. Lo siento. Si hubiera podido llegar antes, lo hubiera sabido.

Mirando fijamente al dios, me costó mucho tiempo aceptar lo que había dicho. Lo

entendía. Lo creía. Pero pensar que otro dios (dioses), estaba dentro de mi cabeza y mi cuerpo, jugueteando, jugando conmigo y estando conmigo todo el tiempo, me derribó. Una compuerta se rompió, y el globo que había crecido en mi pecho, explotó. La rabia me inundó, ardiendo por mis venas como si de lava se tratase. Sabía a sangre y a ácido.

La habitación se tiñó de color ámbar.

Seth se giró de nuevo.

—Um, chicos...

El cabello crepitó sobre mis hombros. Aiden dijo mi nombre, pero ya no le escuchaba, ya no escuchaba nada.

Enloquecí. En ese mismo momento me volví loca.

Capítulo 10

No recuerdo haber salido de la oficina del decano, pero debí hacerlo, y al parecer nadie intentó detenerme. Necesitaba estar sola. Necesitaba espacio.

Llegué a una habitación al final del pasillo y entré.

Una vez dentro, la puerta se cerró detrás de mí. Sentía el pecho subiendo y bajando acelerado.

Sentía demasiada ira, dolor, pérdida, odio, amor, y todo lo que había sido silenciado mientras los hijos de Ares acampaban dentro de mi cuerpo. Sentir todas las emociones al mismo tiempo era como un chute de veneno en sangre. La tapa que mantenía cerrada la botella había desaparecido. Las emociones afloraron a la superficie de forma atropellada. Sentí que me estaba ahogando.

Una explosión de energía salió de mi interior.

El escritorio de roble, las sillas y mesas pequeñas a mi alrededor se levantaron, subiendo hasta el techo. Noté las uñas clavándose en la piel de las manos. La madera crujió hasta astillarse por completo. El mobiliario quedó destrozado, como si fueran frágiles huesos.

Un volcán entró en erupción dentro de mí.

Abrí la boca y grité. No reconocí el sonido. Las ventanas se rompieron, deshaciéndose en fragmentos pequeños que quedaron flotando sin tocar el suelo.

No era suficiente, la destrucción no era suficiente. Nunca lo sería. Cada célula en mi interior había sido violada a un nivel que ni siquiera podía empezar a comprender.

El edificio se estremeció cuando di un paso adelante. Dejé de tocar el suelo, bajo mis pies, los azulejos se deformaban y se hacían añicos, flotando a mi alrededor. Otra onda de energía proveniente de Akasha salió de mi cuerpo, incinerando el suelo.

En un instante, sentí rabia y vergüenza por haber sido tan dañada por Ares.

No había llorado a todos los que murieron bajo sus manos.

No había sentido el amoroso abrazo de mi madre o su pérdida, hasta ese mismo segundo.

Y en aquel momento lo sentía todo, el dolor, el pesar, todo.

Sentí el miedo y el penetrante olor de la furia al recordar el estado de las manos de Aiden cuando desperté. Y lo volví a notar cuando recordé la cara destrozada de Marcus.

Sentí el horror de apretar el gatillo y matar a Lucian.

Lo sentí todo.

Me sentí viva, como si por fin hubiera despertado. Fue demasiado para mí.

Otro grito salió de mí y las paredes temblaron.

Se abrió la puerta y, poco a poco, me giré, respirando con fuerza. Seth estaba allí. Depositó mis pies en el suelo de nuevo.

—Tienes que calmarte —dijo—, o vas a destruir todo el edificio.

¿Calmarme?

Volé hacia él, con el brazo preparado. El puñetazo le rompió la mandíbula, echándole la cabeza hacia atrás. Seth dio un paso atrás, agarrándose la cara. El estallido de dolor que noté en mis nudillos era agradable.

—Dioses —gruñó.

Con un movimiento rápido, levanté la pierna y le di una patada en el estómago. Maldijo mientras se levantaba, sujetándose el lugar donde mi pierna había impactado, apoyándose en la pared con una mano.

—Vale. —Escupió una bocanada de sangre—. Tengo que admitir que me lo merecía.

Yo no era precisamente violenta, pero era agradable. Solo por eso, me agaché y giré sobre mí misma, dejándolo espatarrado en el suelo. Se dobló como una bolsa de papel, totalmente adolorido.

Me acuclillé ante él.

Seth se incorporó en un tiempo récord, con el ceño fruncido.

—Bien, quieres soltar tu agresividad. Estoy para eso, Ángel.

—¡No! —Me metí bajo su brazo, saliendo por detrás—. ¡Me llames! —Cerré mis manos sobre sus hombros y levanté mi rodilla—. ¡Así!

Seth se apartó antes de que pudiera golpear su columna vertebral. Me miró de frente, apartando varios mechones de pelo de su rostro.

—Vamos. Ven aquí, Ángel.

El sonido que salió de mí hubiese ahuyentado a la mayoría.

Levantó su mano.

—Ven a por ello. Sácalo. No puedes matarme.

No estaba segura de si mi ira estaba dirigida a Seth o si él se había convertido en un estupendo saco de boxeo, pero me lancé. Le golpeé en la cintura, obligándolo a coger aire. Nos estrellamos contra lo que quedaba de la mesa y desplomándonos sobre ella. Con un movimiento alucinante, se dio la vuelta, cayendo contra el suelo de forma que él se llevara el golpe más grande. Sentada a horcajadas sobre él, levanté los brazos golpeándole el pecho una y otra vez. Su rostro estaba borroso a través de la repentina humedad en mis ojos. ¿Qué demonios me pasaba? Sentí las lágrimas caer descontroladas. Me dolían las manos, pero no podía parar, y Seth se dejó hacer. No levantó ni una mano. No me detuvo.

Mi cuerpo se estremeció. Los brazos me dolían cada vez más. Los sollozos brotaban desde dentro de mí, de ese lugar oscuro y horrible que había surgido cuando Ares me destrozó. Mis puños volvieron a caer sobre su pecho, esta vez más débiles, y ya no pude levantarlos. Me incliné, dejando caer la barbilla sobre mi pecho, y solté tantas lágrimas que estuve segura de que iba a ahogar al mundo entero con ellas.

—Para. —Seth me agarró de los brazos—. Vamos, Ángel, para.

Me hubiese gustado poder detenerme, porque llorar sobre él no era la mejor

forma de curar las heridas. Me había convertido en algo patético, pero era como si por fin hubiera roto el sello que lo guardaba todo. No había vuelta atrás.

Seth murmuró algo, y luego rodó sobre sí mismo. Un segundo después estaba a mi lado. Durante varios minutos nos quedamos acostados en el suelo como dos idiotas, con sus brazos rodeándome, evitando que le hiciera más daño a él o a la pobre habitación. Tomó más tiempo del habitual dejar de llorar, y más aún en calmarme lo suficiente como para hablar.

—¿Por qué tú? —le pregunté, con la voz cargada.

Se sentó lentamente, sentándome en su regazo.

—¿Que por qué no ha venido Aiden?

No le respondí porque era obvio.

—Habrías matado a cualquiera que hubiera entrado en la sala —dijo.

Mi cabeza colgaba inerte.

—No creo que consigas detenerlo con eso.

—Tuve que atarlo y esconderlo en un armario. —Cuando me puse rígida, apreté sus brazos y se echó a reír—. Solo bromeo, simplemente he utilizado mi arma más mortífera. La lógica. Seguramente Apolo haya tenido que ayudar, pero está fuera esperando.

—¿Lógica? —Me reí, aunque el sonido y la sensación eran extraños para mí—. Nunca la has usado.

—Lo sé. —Se quedó en silencio varios minutos—. Pero estoy muy familiarizado con ese tipo de rabia, Álex, y sé lo que estabas sintiendo. Aún no has lidiado con todo. Aiden piensa que sabe cómo te sientes, y es muy posible que se haga una idea, pero yo sé lo que sentiste y lo que pasó.

Me avergonzaba que alguien hubiese sido testigo de aquellos horribles momentos, en los que había pedido la muerte y la deseaba como nunca antes deseé algo. Fui débil, y estaba tan rota y despellejada que asustaba.

Seth apoyó su cabeza sobre la mía y suspiró.

—No mentía. Nunca quise que algo así pasara. De entre todo lo que te he hecho... es la única cosa por la que no puedo pedir perdón.

No estaba segura de poder perdonarlo algún día. Sabía que no me lo había hecho él, pero había jugado un papel importante. Estaba demasiado cansada y... ya estaba todo hecho como para aferrarse a la ira otra vez, porque eso era lo que Ares y sus hijos querían.

Me relajé y cerré los ojos, concentrándome en la constante subida y bajada del pecho de Seth. Una pequeña parte de mí aún se sentía perdida, y no estaba segura de cuándo me sentiría entera de nuevo, o si lo haría algún día, pero sí sabía lo que estaba sucediendo ahora. Era la conexión entre nosotros y la sensación de calma que producía.

Seth lo había hecho antes, calmándome cuando tenía pesadillas. Lo había usado para controlarme, pero en aquel momento, cuando me sentía más vulnerable que

nunca, la estaba utilizando para ayudarme.



Pasó un buen rato antes de que pudiera levantarme y enfrentarme a todo. Sentía las piernas y los brazos extrañamente débiles. Miré a Seth y me estremecí. Una mancha de color carmesí se extendía por su rostro.

—Perdón por lo de tu... cara.

Nuestros ojos se encontraron, y una desigual sonrisa apareció en su rostro.

—No, no lo sientes.

—Tienes razón.

Seth dio un paso adelante.

—Sabes que puedes tomarte un descanso, ¿no? Tómate el resto del día para, no sé, hacer frente a todo esto. Descansa un poco.

Estaba agotada después de aquel cataclismo emocional que acababa de sufrir. La idea de dejar caer la cabeza sobre una almohada era más atractiva que comer patatas con queso y mucho beicon.

—Estoy segura de que Apolo tenía razones suficientes para venir, además de expulsar a esos dos.

—Él puede esperar. —La preocupación brilló en sus ojos, y eso era algo que se veía pocas veces. Desde que conozco a Seth, ha sido difícil verlo preocupado por alguien que no sea él mismo. Por otra parte, yo había cambiado, y él también.

—No. Estoy bien. —Me giré hacia la puerta—. No tenemos tiempo para siestas.

—Tenemos tiempo. —Seth me siguió—. Mañana no va a ser diferente a hoy.

¿Acaso sabíamos cómo sería mañana? Evitando seguir con aquella conversación, abrí la puerta. Estaba algo desencajada, así que raspó el suelo y solo se abrió media. Suspiré, pasando por el escaso espacio que quedaba abierto. No me sorprendió ver a Aiden y a Marcus apoyados en la pared de enfrente. Ambos parecieron relajarse un poco cuando me vieron de pie y, obviamente, sin haberme vuelto loca de remate.

Me detuve abruptamente cuando mi mirada se centró en Aiden de nuevo. Era como verlo por primera vez; los amplios pómulos, sus labios carnosos, el oscuro y rebelde pelo, y esos ojos gris brillantes. El velo que había cubierto mis ojos desapareció, y no pude (no quise), mirar a otro lado. ¿Cuánto daño habían hecho los hijos de Ares? Mucho, al parecer.

Marcus miró a alguien detrás de mí, y sus cejas se levantaron. Una pequeña sonrisa asomó en los labios de Aiden. No cabía duda de que estaba feliz de verme ilesa, mientras que, por otro lado, Seth parecía haber chocado contra un muro.

Mi tío se incorporó primero.

—¿Estás bien, Alexandria?

—¿Aparte del hecho de haber vomitado dos dioses como un universitario ebrio? Me siento estupendamente.

El alivio recorrió su rostro. Puso una mano sobre mi hombro.

—Esa es mi sobrina.

Sonreí a la vez que los miraba a ambos. Aiden y Seth parecían a punto de empezar una pelea. Segunda ronda.

Marcus me apretó el hombro y luego dejó caer la mano. Para él, todo eso era un ejercicio obligatorio, y yo estaba de acuerdo en dejarlo a un lado. Me giré, captando la atención de Seth. Mis ojos se estrecharon y los suyos se pusieron en blanco. Alzando las manos en señal de rendición, se dio la vuelta y se dirigió a la oficina del decano. Marcus le siguió. Antes de entrar en la sala, Aiden me cogió del brazo y me detuvo. Estábamos solos en el pasillo.

—Álex —dijo, en voz baja y áspera.

Girándome hacía él, levanté la vista y me encontré con su mirada. Abrí la boca, pero un repentino nudo obstruyó mi garganta. Me lancé hacia adelante, abrazándolo con fuerza. Se estremeció, y luego envolvió sus fuertes brazos alrededor de mi cintura. Dejó caer la cabeza, presionando su mejilla contra la parte superior de la mía. Me aferré a él como un bebé mono desconsolado, absorbiendo su calor y su esencia. Teníamos que hablar de muchas cosas, pero... ¿ese abrazo? Dioses, necesitaba ese abrazo.

Necesitaba aquel abrazo de Aiden.

—Mierda, Álex...

Cerrando los ojos con fuerza, dejé escapar una risa ahogada.

—Es divertido verte maldecir.

—Solo tú podrías reírte de algo así —dijo, y oí la aliviada diversión en su voz. Las puntas de sus dedos aparecieron bajo mi barbilla, y levantó mi rostro—. ¿Estás conmigo ahora?

Parpadeé para contener las lágrimas.

—Sí. Lo estoy.

—Bien. —Su pulgar rozó suavemente mi mandíbula mientras su intensa mirada buscaba la mía—. Estoy contento de que hayas vuelto.

Acurrucándome en su mano, tragué saliva.

—Lo siento.

—Yo soy el que debería disculparse, sobre todo por lo de anoche. Estaba celoso, y fue estúpido, lo sé, pero estoy...

—No —negué—. No. Tenías motivos para estarlo. No es por eso por lo que pido disculpas.

Sus cejas se levantaron.

Me dolía el pecho solo de pensarlo.

—Sé... sé que una parte de ti estaba de acuerdo con la idea de tener un bebé. Sé que una parte de ti estaba emocionado a pesar de todo, y siento que no haya sido así. Lo siento por esto y...

—Para. —Aiden dejó caer su frente contra la mía y deslizó sus fuertes manos

hasta mis mejillas—. No es necesario que te disculpes. Nunca. ¿Me entiendes? Nada de esto es culpa tuya. Y no has hecho nada malo.

—Tienes que estar decepcionado —susurré, curvando mis dedos alrededor de sus muñecas.

—Nunca —juró—. En todo caso estoy molesto por lo que te ha sucedido. Me estoy volviendo loco de furioso por lo que te han hecho, pero, Álex, tenemos una vida por delante para tener esta conversación y volver a sentirme de esta forma.

Se me cortó la respiración.

—Eres perfecto.

—Y tú sabes que no es cierto.

—Lo es.

Alguien carraspeó detrás de nosotros, y entonces Apolo habló.

—¿En serio? ¿Vosotros dos? Os espera un dios, ya sabéis.

Aiden se echó hacia atrás con un gemido suave.

—A veces lo odio.

Mis labios se curvaron.

—A veces.

—Lo he escuchado —dijo Apolo—, y estoy bastante seguro de que hay otra persona a la que odias más que a mí. Te daré dos pistas. Empieza con S y termina con H.

Una rabieta se escuchó desde el interior del despacho.

Empecé a sonreír.

—Vale, tienes razón. —Los ojos de Aiden se fijaron en mí—. ¿Quieres hacerlo ahora?

Asentí, y luego Aiden bajó su cabeza una vez más, besándome de tal forma que lo sentí como la primera vez que lo hizo. Cuando levantó la cabeza, sus ojos brillaban intensos, demostrando todo lo que sentía en aquel momento. Sabía que lo que había dicho momentos antes era verdad. Creía que teníamos toda una vida para sentir ese pequeño y extraño florecimiento de esperanza de nuevo, y me aferré a eso.

Juntos nos dimos la vuelta y nos dirigimos hacia Apolo.

—Bueno, la pandilla al completo está aquí. Casi. Nos faltan unos cuantos, pero con esto bastará.

Faltaban Solos, Luke, y Olivia. Su ausencia no me parecía bien. Y era raro que Seth estuviese allí. Apoyado contra la pared, donde antes colgaban las dagas, arqueó una ceja, observándome.

—Tu marca debería haber desaparecido, lo que significa que los gemelos no serán capaces de volver a entrar en ti —dijo Apolo, y resistí el impulso de dar un tirón a mi camiseta para comprobarlo. Luego se giró hacia Seth—. Y no creo que tú y yo seamos amigos. Me alegro de que ya no seas la puta de Ares, pero sigues siendo un dolor en el culo.

Aiden rio.

—Y espero la mandíbula te duela como nunca —agregó Apolo.

Seth sonrió.

—Oye, si quieres conseguir unos cuantos golpes más, chico de oro, podemos ponernos a ello.

—Genial comienzo para el segundo asalto del Ejército Asombroso —murmuró Deacon.

El aire alrededor de Apolo crujió, y dejé escapar un fuerte suspiro mientras me apoyaba en una silla.

—Entonces, asumo que tenías una razón para venir aquí, además de ayudarme con los gemelos diabólicos y discutir con Seth —dije.

—Correcto.

Esperé, y cuando Apolo no dijo nada, me crucé de brazos.

—¿Y eso es todo?

—Necesitamos un plan —contestó.

—Wow. —Seth se cruzó de brazos—. Eres un genio.

—Seth —le susurré, disparándole una mirada.

—Sabes... —dijo Apolo, sonriéndole a Seth como queriendo decir «oculta a tus hijos»—. Cuando menos te lo esperes, te convertiré en una flor rosada que huela a pipí de gato.

Me ahogué de la risa.

—Oh, mis dioses.

Los ojos de Seth se entrecerraron. Parecían pequeñas rendijas ámbar, pero antes de que pudiera responder, una conversación totalmente diferente brotó desde el fondo de mi infierno personal.

—Lo siento. —Marcus se apoyaba en la mesa, con el rostro de un tono algo verdoso—. ¿Soy el único atrapado en el hecho de que podría haber sido... que estos dos... que podrías haber sido... que podría haber sido...?

—Podríamos haberte hecho tío abuelo —dije, ya que, obviamente, se había quedado sin palabras. Sus ojos se estrecharon, y mis mejillas empezaron a arder—. ¿Podemos no hablar de eso ahora?

—Apoyo la idea —murmuró Aiden, moviéndose torpemente.

—No estoy de acuerdo. —La sonrisa de «oculta a tus hijos» volvió a aparecer en el rostro de Apolo—. Esta conversación va a ser épicamente entretenida.

—Para ti —cortó Aiden con una oscura mirada.

—Exactamente —respondió el dios.

Marcus ignoró lo que sucedía.

—No sé cuántas veces os he dicho que no debéis compartir habitación. —Se giró hacia mí—. No me importa la edad que tengas o que seas un Apollyon, Alexandria. Eres mi sobrina, por lo tanto también eres mi responsabilidad. ¿Y tú? —Se giró hacia Aiden, cuyos ojos se abrieron—. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Oh, mis dioses —me lamenté. Preferiría correr desnuda por el patio antes que

tener aquella conversación con mi tío y en público. Especialmente aquel público.

—Nada de «oh, mis dioses». —El color había vuelto a su cara. Ahora era rojo—. ¿Realmente es necesario tener una conversación acerca de la responsabilidad en las relaciones sexuales?

Seth lucía una expresión extraña, como si le estuviesen apuñalando en el ojo.

—Yo creo que sí —sugirió Apolo.

—¡Oh! ¡Mira quién habla! —Me giré hacia Apolo—. ¿En serio? Si buscara en Google «relaciones sexuales irresponsables», saldría una foto tuya.

Me hizo una mueca burlona, como si tuviera diez años.

Marcus ahora miraba a Aiden como si quisiera utilizar su daga contra él en un área mucho más abajo que sus globos oculares.

—Vale ya, ¿podemos pasar a las cosas importantes? —exigí, perdiendo la paciencia—. Si no es así, estoy perdiendo mi tiempo y me iré a la cama. Eso podría incluir sexo irresponsable, ¡porque he tenido un día realmente horrible!

Cinco pares de ojos se posaron en mí. El grupo entero estaba particularmente interesado en lo que acababa de decir.

—¿Qué? —Puse los ojos en blanco y fruncí el ceño—. Hacemos algo o qué.

Apolo observó a Seth con ojos feroces y se giró de nuevo hacia mí.

—Como he dicho, necesitamos un plan. Aunque tengo muchos talentos...

Por alguna razón, no pude dejar de mirar a Deacon. Este se ruborizó.

—No soy un estratega, como Ares.

La mirada en el rostro de Seth daba a entender que no sabía por qué Apolo estaba allí entonces, pero antes de que pudiera vocalizar esa idea, una fisura de energía se sintió en el aire. El éter en mis venas zumbaba, nervioso, y las marcas aparecieron en mi piel. Seth y yo nos tensamos, anticipando el momento.

Un resplandor azul apareció y se solidificó al lado de Apolo. Un segundo antes, no había sido más que una cascada brillante, y ahora era una mujer morena y alta vestida con un traje a medida. Llevaba el pelo recogido en un moño apretado, lo que no hacía sino disimular la etérea belleza de su rostro. En sus delgadas manos, de delicado aspecto, sostenía un pergamino enrollado.

Los dioses eran como las zarigüeyas. Podías no ver a uno en toda tu vida, pero una vez que encontrabas a uno, se te aparece familia entera.

Cada puro en la sala se inclinó, dejándonos a Seth y a mí de pie, derechos como dos jeringas.

Aparentemente éramos algo lentos demostrando respeto. La diosa no pareció darse cuenta y mucho menos preocuparse.

—Atenea, por favor, te presento al, um... Ejército Asombroso. —Apolo arqueó una ceja—. O como sea que ellos se llamen a sí mismos.

La diosa de la sabiduría, la estrategia, y toda una serie de extras, inclinó la cabeza.

—Bonito nombre.

—Bonito traje —dije, con la mirada fija en sus tacones finos.

Sus blancos ojos se centraron en mí, y uno de los lados de sus labios se curvó hacia arriba.

—Lo conseguí en Saks junto con esta cartera de piel increíble.

—Oh. —Le eché una mirada a Aiden. Me ignoró estudiadamente—. Muy bonita, también.

Se adelantó, poniendo el pergamino sobre el escritorio. Marcus tragó saliva y se hizo a un lado, dejándole a la diosa todo el espacio. Era un mapa. Un mapa dibujado muy toscamente, de árboles y montañas que parecían estar al revés. Aparentemente, el dibujo no era una de las habilidades de Atenea.

—El plan, y supongo que no ha cambiado —hizo una pausa, mirando primero a Seth y luego a mí—, requerirá al Asesino de Dioses para acercarse a Ares. Actualmente, está acampando.

—En las montañas Catskills —interrumpió Seth, y pensé en mi padre. Él estaba allí. Seth se acercó, mirando el mapa—. Tiene el mismo número de Centinelas que tengo conmigo ahora mismo, además de un gran número de mortales. Están allí por obligación.

—¿Compulsión de Ares? —preguntó Marcus, y cuando Seth asintió, mi tío suspiró—. No hay forma de romper la compulsión de un dios, ¿no?

—A menos que elimines al dios, o eso esperamos —dijo Apolo—. Dionisio ha confirmado que el campamento mortal está varias millas apartado de las Catskills.

—Tendríamos que pasar ante ellos y luego cruzar los muros del Covenant de Nueva York, que está custodiado por Centinelas. —Seth dio un golpecito con su dedo en lo que parecía ser una pared de ladrillo, entrecerrando los ojos—. Pero eso no es todo, Ares está fuertemente custodiado.

—¿Custodiado con qué? —le pregunté.

—Daimons —respondió, mirando a otro lado—. ¿Y sabes cómo los está controlando?

Se me revolvió el estómago. Lo sabía. Él les daba de comer puros y probablemente mestizos a cambio de lealtad. Recordé los días en que el Consejo no creía que los daimons pudieran razonar. Probablemente ya habían drenado a los miembros del consejo hasta dejarlos secos.

—Y los autómatas. —Atenea miró a Apolo—. Hefestos ha perdido por completo el control sobre ellos.

El dios suspiró.

—No empieces. —Sus ojos se estrecharon—. Os advertí que su uso era una mala idea. No teníamos ni idea de qué dios era responsable de todo esto, y usar criaturas diseñadas para la guerra sin tal conocimiento era un plan pobre.

Lo había sido. La mitad de las máquinas, criaturas con forma de toro que escupen fuego, se habían vuelto contra nosotros y ahora estaban bajo el control de Ares.

—Así que no solo tu... —Su nariz se arrugó—... tu Ejército Asombroso tiene que superar a los mortales, sino que tendrán que enfrentarse a Centinelas, daimons y

autómatas antes siquiera de llegar a Ares.

Aiden se cruzó de brazos.

—Eso si él no viene a por nosotros nada más poner un pie fuera de la universidad.

—No lo hará. —Atenea golpeó con el dedo en un punto del mapa, que asumí que era el Covenant—. Sabe que aquí estáis bien atrincherados, y mover un ejército lo haría vulnerable a los ataques. Antes de que el Primero lo abandonara, se hubiese arriesgado. Pero no ahora que sabe que el Asesino de Dioses va a por él. Se quedará donde está y esperará a que vaya. Sabe que sufriréis pérdidas en el proceso.

La verdad pesaba mucho. Tendríamos que sufrir pérdidas.

—Superar a los mortales no será difícil —continuó—. La pérdida de sus vidas será lamentable, pero tenemos que sacrificar unos pocos para salvar a muchos. Luego están los Centinelas, los daimons y autómatas. Pero luchar contra Ares será otra cosa.

—¿No podemos solo eliminarlo con un rayo del Asesino de Dios? —pregunté.

Atenea arqueó una ceja.

—No creo que se quede quieto y deje que le dispires. Ya sabemos lo que pasó la última vez que le hiciste frente.

—Gracias por el recordatorio —murmuré.

—Ninguno de vosotros está capacitado para luchar contra un dios, mucho menos Ares. Yo no podría prepararos, no efectivamente. Él puede superaros y lo hará en estrategia y planificación. Él lo sabe. —Atenea hizo un gesto con la mano sobre el mapa, y desapareció. Buen truco. Estaba celosa.

—¿Entonces, estás diciendo que no podemos enfrentarnos a él, incluso con el Asesino de Dioses de nuestro lado? —preguntó Marcus, y la piel arrugada alrededor de sus ojos se hizo notar aún más.

—No. —Ella nos miró y se sentó en el escritorio, cruzando tímidamente sus piernas—. La guerra es en parte fuerza, habilidad, y psicología. Tenemos la fuerza de los Apollyons y Centinelas, pero no la habilidad. No tenemos nada que inquiete a Ares. Sin los dos últimos factores, no tendremos éxito.

Fruncí el ceño.

—¿También eres la diosa de los hechos deprimentes?

—Solo estoy siendo realista —declaró con frialdad—. Pero tengo una idea.

Allá vamos. Un poco de emoción vibró en mi interior. Una idea era mejor que todo lo demás que había estado escupiendo, porque en aquel momento no necesitaba a Fobos y a Deimos dentro de mi cabeza para entender que nos estábamos embarcando en una misión suicida.

—Es arriesgado, pero no tenemos otra opción. Si el Asesino de Dioses falla, será una guerra abierta, y ya sabéis lo que pasó la última vez que los dioses fueron a la guerra —dijo Atenea.

Aiden cambió su peso.

—Miles murieron.

—Y serán millones ahora. —Apolo estudió a la diosa—. ¿Cuál es tu idea?

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Utilicemos a Perses.

Apolo se puso tenso, y no entendía por qué.

—¿El semidiós? ¿Vamos a ir a matar a Medusa o algo así?

—No. No Perseo. Perses.

La miré fijamente.

—Está bien. Lo admito, me dormí o hice pellas durante la mayor parte de mis clases. No tengo ni idea de quién estás hablando.

—Ese es un encantador descubrimiento. —Marcus me atravesó con su mirada de Decano Académico. Me sentía como una pequeña flor seca dejada bajo el sol, sin agua.

—Perses es el dios de la destrucción y la guerra —explicó Apolo, con los ojos muy abiertos—. Es casi indestructible e imparable.

Negué con la cabeza mientras miraba a Aiden, aliviada al ver que él se sentía tan perdido como yo.

—Está bien. ¿Hay otro dios de la guerra del cual no sepa nada?

—Procreáis como conejos —añadió Seth, sonriendo levemente—. Es lógico que no hayamos oído nada de él.

Los labios de Deacon se curvaron, pero las siguientes palabras de Atenea borraron la sonrisa de su rostro y silenciaron toda la habitación.

—No —dijo—. Perses no es un Olímpico. Es el Titán de la destrucción.

Capítulo 11

Me quedé mirando, boquiabierta, a la diosa de una forma poco agradable.

—¿Un Titán? —pregunté—. ¿Un Titán loco?

Atenea asintió.

—Un Titán.

—Guau. —Aiden se pasó las manos por el pelo antes de juntarlas en el cuello. Se movió de un lado al otro, sacudiendo la cabeza—. No me esperaba eso.

—Creo que nadie se esperaba eso. —Apolo se acercó a Atenea—. Vamos a analizar esta idea, paso a paso. ¿Cómo podríamos ser capaces de utilizar a Perseo? Lo último que recuerdo es que estaba en el Tártaro.

—Todavía está allí. —Atenea levantó la cabeza—. Sigue ahí y como ya sabes, no está muerto. Solo está sepultado.

—¿Y cómo crees que podemos dejarlo en libertad? —exigió Apolo, levantando las cejas—. Zeus nunca estará de acuerdo.

—Soy la hija favorita de Zeus. —Sonrió de manera radiante.

Apolo la miró hastiado.

—Ni que fuera algo con lo que sentirse orgulloso.

Ella chasqueó la lengua suavemente.

—Puedo hacer que se comprometa con algo, está desesperado, Apolo. Sabes que es verdad, lo último que quiere es una guerra.

—Lo que pasa es que no quiere hacer nada. Ese flojo hijo de...

—Cierto. —Atenea levantó las manos—. Pero obtendré su respaldo.

—Bien. Y si te respalda, ¿qué pasa con Hades? No estará de acuerdo con esto en la vida —argumentó Apolo.

—Lo estará si Zeus lo exige.

Apolo rio profundamente, y el sonido hizo temblar las sillas.

—Hades controla el Inframundo. Se negará solo porque Padre lo exige.

—Estoy segura de que puedes conseguir que Hades entienda lo que sucede y esté de acuerdo. Eso dependerá de ti. —Ella tocó su rodilla doblada con sus muy bien cuidados dedos—. Ya sabes cuánto le gustan los tratos a Hades.

La última vez que vi a Hades, quiso matarme.

—Vale, digamos que Hades está de acuerdo en liberar a Perseo. ¿Cómo demonios seríamos capaces de controlarlo? —preguntó Apolo.

—Perseo es solo un Titán. Es poderoso y está un poco... loco, pero, si recuerdas bien, Ares casi muere en sus manos durante la guerra. Perseo puede entrenar al Asesino de Dioses. Podría entrenar a cientos de nuestra gente para la batalla. Tendremos la habilidad, y la ventaja psicológica. —Sonrió otra vez—. Además, Perseo hará cualquier cosa para ser libre, cualquiera de los Titanes lo haría. Asístalo

o algo. Haz que se comporte y, a cambio, Hades puede darle un alojamiento mejor.

—Oh, genial —dijo Apolo.

—¿En serio estáis hablando de liberar a un Titán? —Seth preguntó, como si saliera de un trance. Cuando Atenea simplemente asintió, me miró a mí—. Ares nunca se lo esperará.

Honestamente, no tenía palabras.

Lo que recordaba de los titanes es que, los que estaban en contra de Zeus, fueron encarcelados, pues nadie podía matarlos. Los Titanes eran rudos. La última vez que estuvieron en la tierra, fue un baño de sangre. Nadie, ni siquiera los olímpicos, se meten con los titanes. ¿Y estábamos hablando de desencadenar a uno y trabajar con él? ¿Y esperar lo mejor?

Oh, aquello tenía escrito «Apocalipsis» por todas partes.

¿Y decía que era yo la que tomaba malas decisiones?

Pero Seth tenía razón, y también Atenea. Ares nunca esperaría una locura como esta. Perseo era el dios Titán de la guerra y la destrucción. Si alguien podía prepararnos para encontrarse cara a cara con Ares, era él y nadie más.

—Vale —dije, dejando escapar un profundo suspiro—. Vayamos a darle rienda suelta a un Titán.

Los otros estuvieron de acuerdo, y realizaron planes para reunirse con Hades. El ambiente era mucho mejor, y probablemente tenía que ver con la ausencia de Fobos y Deimos y el hecho de que teníamos algo para trabajar, no importa lo loco que fuera. Aun así, no podía dejar de pensar que podíamos estar empeorando todo.



Sabía que Seth ya no estaba en la celda, pero tampoco estaría en este dormitorio. Había otros en el campus y, sabiamente, había elegido uno que no albergara un buen número de personas que querían cometer un homicidio cuando le veían.

Además de poner cierta distancia prudencial entre nosotros.

Obviamente nuestro estúpido lazo no estaba contento con esta separación, pero al menos dejó de zumbir y murmurar. Me gustaba creer que había conseguido ejercer algo de control sobre la obsesiva necesidad de estar cerca de Seth y, si alguno de nosotros sobrevivía a todo esto, sería algo en lo que necesitaríamos trabajar.

Sobrevivir.

No podía permitirme pensar otra cosa. Cuando Deimos y Fobos estuvieron dentro de mí, era todo en lo que podía pensar. Fallar. Morir. Aquellos a los que amaba, morirían. Ahora que su influencia había desaparecido, me sentía como yo misma otra vez. Las cosas no eran color arco iris, ni nada de eso. Podía perder amigos y conocidos. Además, era posible que los Olímpicos me borrarán una vez hubiera luchado con Ares.

Pero era una luchadora innata, y lucharía. Por eso permanecía cuerda.

Sola en mi habitación, me quité la ropa y cogí otra de las camisetas de Aiden. El algodón suave y muy gastado se deslizó por encima de mi cabeza, llegándome hasta el muslo. No sabía con seguridad si le gustaba que cogiera su ropa, pero él no estaba allí y a mí me gustaban sus camisetas.

Arrastrándome dentro de la cama, metí las piernas bajo la manta y me puse de lado, de cara a la puerta. La última vez que había visto a Aiden, se había ido con Marcus para repasar los últimos acontecimientos con Solos y el resto. Estaba tan agotada que rechacé asistir a la tercera reunión con el Ejército Impresionante. Estaban pasando demasiadas cosas en mi cabeza para que pudiera hacer frente a todo.

Mientras esperaba que Aiden volviera, pensé en lo que había dicho Atenea; liberar a un Titán. Vaya locura. Obviamente, no había conocido nunca a un Titán, y una parte de mí se sentía emocionada ante la posibilidad de encontrarse cara a cara con un ser tan legendario.

Un maldito Titán.

Di un resoplido somnoliento.

Mis párpados se volvieron más pesados a medida que los minutos pasaban. No quería dormirme; había muchas cosas que quería hablar con Aiden, pero no era capaz de mantener los ojos abiertos. Cuando me sacaron a Deimos y a Fobos, la tormenta emocional que vino después fue genial para curarme por dentro, pero también fue agotador.

Me di cuenta entonces de que no le había dado las gracias a Seth.

Ese fue el último recuerdo, antes de sentir algo cálido y ligeramente áspero pasar por mi mejilla. Moviéndome inquieta, me obligué a abrir los ojos.

—Aiden —susurré.

Una leve sonrisa apareció en sus labios carnosos. Su mano se quedó inmóvil sobre mi mejilla.

—No quería despertarte.

—No pasa nada. No era mi intención quedarme dormida. Te estaba esperando.

—Tienes que dormir, pero yo... —Su pulgar acarició mi mejilla—. No puedo dejar de tocarte.

Un calor sofocante se apoderó de mi pecho al escuchar esas palabras, y se extendió al resto de mi cuerpo al darme cuenta de que Aiden estaba dentro de la cama y sin camiseta. Tal vez tampoco llevara pantalones.

—No me estoy quejando.

Con la suave luz de la mesita de noche, sus ojos eran de un color plata brillante.

—¿Cómo te encuentras?

Acercándome más a él, suspiré mientras su mano se deslizaba alrededor de mi nuca.

—Me siento... me siento bien. Quiero decir, echar a esos dioses ha cambiado las cosas. Vaya locura, ¿no?

Las pestañas barrieron sus mejillas y luego se levantaron. La intensidad en su

mirada me consumía.

—No es algo que se vea todos los días.

Mis labios se inclinaron.

—Es un alivio saber que mucho de lo que sentía no provenía de mí.

—Tengo que estar de acuerdo. —Levantó la rodilla bajo las sábanas y la franela suave rozó mis piernas desnudas. Maldita sea. Sí que llevaba pantalones—. ¿Quieres hablar?

Lo que realmente quería hacer era cruzar la escasa distancia entre nuestras bocas, pero sí, necesitaba hablar con él. Había tantas cosas que me había guardado mientras los dioses permanecían sentados en mi cabeza... Además, había muchas cosas que Aiden necesitaba saber, así que se le conté todo, desde cómo me sentí cuando me enfrenté a Ares hasta cómo me sentí cuando todas esas emociones violentas salieron a flote.

Cuando terminé, me acarició la mejilla. Su mano me había estado acariciando en todo momento.

—¿Te sientes así ahora respecto a Ares?

Le miré mientras colocaba la mano sobre su pecho caliente.

—Creo que todavía habrá momentos en los que... bueno, que sean una mierda, pero no quiero morir. Me alegro de no haberlo hecho. —Me reí, un poco avergonzada—. Ya no me siento de esa manera.

—Bien. —Aiden acercó la cabeza y me besó muy suavemente, como si estuviera siendo cauteloso, y luego se apartó. Deslizó su mano por mi mejilla y luego la colocó sobre la mía en su pecho—. Me mató, Álex, cuando escuché que le decías eso a Seth. Todo lo que quería hacer era entrar allí y abrazarte, buscar la forma de hacerte sentir mejor.

—Estoy bien ahora. —Giré mi mano atrapando sus dedos—. Pero todavía estoy asustada.

—Eso es normal.

—Lo sé. Y sé que está bien tener miedo.

Me apretó la mano.

—Maldita sea. Debo grabar esto que acabas de decir.

Me reí, y fue un sonido real. Algo bueno.

—No le di las gracias a Seth, y necesito hacerlo, Aiden. Él me ayudó a calmarme. No intentó manipularme. Si no hubiera sido por él, habría destrozado el edificio.

Sus ojos se aferraron a los míos.

—Sobre Seth...

Tragando con dificultad, me preparé.

—No puedo culpar a los dioses por eso. Sabía lo que hacía cuando fui a ver a Seth. Debería haberte despertado y decirte a dónde iba. Fue culpa mía.

—Él tenía razón —dijo, como si no me hubiera escuchado.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Ese pequeño bastardo estaba en lo cierto. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Me puse celoso al ver que habías ido a verle y lo seguía estando después. Aún lo estoy.

—Yo...

—Escuché lo que le dijiste —afirmó en voz baja, sin apartar la mirada—. Te escuché decirle que le querías.

Abrí los ojos y sentí el estómago cerrarse de golpe ante la horrible sensación que se apoderaba de mi pecho. ¿Cómo se me pudo olvidar que también me había escuchado decir eso? Por un momento, no supe qué decir. Había sido torpe por no darme cuenta.

—Lo dije, pero no es lo mismo...

—Que lo que sientes por mí. —Sus ojos se cerraron brevemente—. Lo sé, de verdad que lo sé, ¿pero al oír eso...? Quería darle un puñetazo. Sigo queriendo hacerlo por muchas razones, pero sobre todo porque sé que siempre habrá una parte de ti que le quiera. Que vosotros dos tendréis una conexión durante el resto de nuestras vidas, y eso es algo con lo que nunca podré competir.

Un dolor agudo se apoderó de mi pecho. Acorté la distancia entre nosotros, prácticamente arrastrándome sobre él.

—Lo siento.

Alzó las cejas mientras se tumbaba de espaldas, pasando un brazo alrededor de mi cintura.

—¿Por qué, Álex? Debería ser yo el que te dijera eso. Fui un idiota contigo por culpa de mis estúpidos celos. Tú no deberías pedirme disculpas.

—Pero tú no tendrías por qué tratar con una extraña conexión Apollyon. —Lo miré—. ¿Qué pareja normal tiene que lidiar con eso?

—Nos enfrentamos a muchas cosas que las parejas normales no —respondió secamente.

—¡Lo sé! Es por eso que siento aún más que tengas que lidiar con... con Seth y conmigo además de todo lo demás. Si fuera yo, y tú estuvieras conectado a alguien más, seguramente le apuñalaría en los ojos cada vez que la viera.

Los labios de Aiden se arquearon perezosamente.

—¿En serio?

—No es gracioso. —Golpeé su pecho suavemente—. Lo haría. No sería capaz de lidiar con ello, así que tus celos me parecen razonables. Es solo que no quiero que te sientas de esa manera, porque te amo. Estoy enamorada de ti. Para siempre y todas las cosas cursis que pueda agregarle a eso.

Rio profundamente, y el sonido trajo una sonrisa a mi cara.

—Sé que lo haces. Y tengo que trabajar en este odio. Tengo que recordar que hay otras razones para querer matar a Seth.

Me reí y me recompensó con otro tierno beso que erizó la piel de mi cuerpo. No

fue más allá. Guio mi cabeza hacia abajo, depositándola sobre su pecho, donde su corazón latía de manera constante. Quería ir a más, pero en el momento en que mi mejilla notó su piel, sentí la cabeza demasiado pesada como para levantarla.

Aiden me contó cómo se había tomado la noticia de liberar a Perseo el resto del grupo. También les explicó que Apolo había comprobado a Seth, y que el Primero era de confianza... o bueno, todo lo que se podía confiar en Seth. Luego, les explicó lo de los gemelos diabólicos, y me sentí eternamente agradecida. Aquello era lo último que quería explicarle a todo el mundo.

No me llevó mucho tiempo quedarme dormida mientras Aiden hablaba, con su pecho bajando y subiendo y su mano jugando con mi cabello. No sabía con seguridad si él estaba cómodo, teniendo en cuenta que estaba encima de él, pero cuando desperté por la mañana, ninguno de los dos se había movido. Seguía a su lado, con una pierna sobre la suya y mi mejilla sobre su pecho.

Una sensación agradable creció dentro de mí. Quería despertar así un millón de mañanas. Tendría esas mañanas. Me quedé ahí un rato, sintiendo y escuchando respirar a Aiden. Mi mente empezó a divagar sobre tantas cosas: Seth, mi padre, mis amigos, el estado de las cosas para los mestizos, el futuro si derrotábamos a Ares, y qué pasaría si fracasábamos. Cuando me cansé de pensar, la mitad de su cuerpo debía estar insensible ya. Intenté apartarme.

El otro brazo de Aiden giró con una rapidez sorprendente, y su mano aterrizó justo encima de mi rodilla.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó, con voz ronca por el sueño y... algo más.

Un aleteo comenzó en mi estómago cuando levanté la cabeza para mirarlo. Sus oscuras cejas estaban alzadas. Sus ojos eran grandes y con pestañas gruesas. La ligera barba en su mandíbula le daba un aspecto diferente. Solo Aiden podría estar tan sexy medio dormido.

—¿A ninguna parte?

—Suená bien. —Una mano se enroscó alrededor de mi pelo, mientras que la otra se deslizaba por mi muslo, haciéndome temblar—. ¿Cuánto tiempo has estado despierta?

—No mucho. —Mi mirada bajó a su boca. Esos labios eran perfectos. Un sonido profundo salió de su pecho y el aleteo se extendió al resto de mi cuerpo—. ¿Qué hora es?

—No tengo ni idea. —No podía apartar la mirada de sus labios—. Pero creo que podríamos seguir durmiendo.

—Tal vez. —La mano se deslizó hasta mi cuello, y guio mi boca hacia la suya. Hubo un rápido destello de preocupación al no haberme cepillado los dientes, pero la preocupación desapareció en el momento en que nuestros labios se tocaron.

El beso fue lento, perezoso, y de nunca acabar. Sentí que hacía una eternidad desde que me besó de esta forma, en realidad, apenas habían sido horas, pero daba igual, me perdí en él. Y besarlo ahora, no era nada en comparación a lo que fue

entonces. Sentí la presión, la intensa dulzura y el amor, detrás de cada roce de su lengua y de cada caricia de sus labios.

La mano que estaba enredada en mi pelo se estrechó mientras la otra iba subiendo hasta llegar al muslo, y luego sobre la curva de mi cadera.

La mano de Aiden se quedó quieta y luego volvió a bajar, haciéndome coger aire con fuerza. Apartó su boca de la mía y abrió los ojos. Eran plata pura.

—No llevas nada debajo de la camisa, ¿verdad? ¿Nada de nada?

Me reí.

—Creo que sabes la respuesta a eso. —Tenía que saberlo, sobre todo considerando hacia dónde estaba desviando su mano en ese momento. No me reí más. Apenas podía respirar.

Hizo ese sonido de nuevo; ese sonido masculino, absolutamente sexy.

—Me estás matando, *agapi mou*.

—Estoy segura de que no es eso lo que te estoy haciendo.

Aiden se movió a la velocidad del rayo. Me puso de espaldas y se colocó sobre mí, presionando sus piernas entre las mías. Sus labios se encontraron con los míos, como si hubieran nacido para ello. Aquel beso fue ardiente. Hambriento. Mis manos se deslizaron por su estómago y luego sobre la espalda. Esos músculos esculpidos se flexionaron bajo mis manos mientras el beso se profundizaba hasta hacerme perder el sentido.

Seguramente teníamos mucho que hacer.

Algunos dirían que había cosas más importantes que podríamos estar haciendo en aquel mismo momento.

Quisiera argumentar en contra de eso, pues no había nada más importante que aquello. No cuando aquellas maravillosas manos ásperas recorrían mi cuerpo bajo la camiseta prestada. Sus caderas se sacudieron contra las mías, y el fuego recorrió mi sangre. Envolví mis dedos alrededor del elástico del pantalón de pijama.

—*Agapi mou*, te he echado de menos. —Sus labios recorrieron mi mandíbula y trazaron un recorrido ardiente, enviando escalofríos por todo mi cuerpo, hasta regresar a mis labios—. Te necesito.

Mi corazón tartamudeó.

—Sí.

A saber a qué le diría que sí. Cualquier cosa en aquel momento. ¿Pelear con unos daimons estando desnuda? Claro. ¿Hacer fórmulas trigonométricas por diversión? Vale. Mientras siguiera besándome, llamándome *agapi mou*, y tocándome, le diría que sí a muchas cosas. Lástima que no hiciéramos nada de esto cuando estábamos en el Covenant. Podría haber utilizado sus besos como un increíble incentivo para estudiar.

Su mano se cerró alrededor de mi cadera, instándome a enredar mi pierna con la suya, y dejé de pensar. Si no llevara esos malditos pantalones...

Un estallido repentino de energía y varios crujidos dieron paso a la presencia

abrumadora y muy distante de un dios. Los labios de Aiden se detuvieron sobre los míos. Abrí los ojos, buscando los suyos. De ninguna manera. No podía creerlo. Me negaba a creerlo.

—Hades estará aquí dentro de veinte minutos —anunció Apolo desde algún lugar demasiado cerca de la cama—. O aceleráis esto o lo retomáis más tarde, chicos.

—Oh, mis dioses —susurré, horrorizada.

—Oh, y espero que estéis siendo responsables —añadió Apolo.

Y luego se fue. De otra habitación cercana, se escuchó un grito amortiguado.

—Maldito sea —murmuró Aiden, dejando caer su cabeza sobre mi hombro. Se estremeció—. Maldito el Inframundo y todo lo demás.

Mis mejillas ardían.

—Una campana. La próxima vez que podamos, le compraremos una campana.

Capítulo 12

Un dios entrando y saliendo de tu habitación era, como era lógico, un mata pasiones.

Después de que Apolo se desvaneciera, ninguno de los dos estaba dispuesto a correr el riesgo de que volviera con una advertencia de «quedan diez minutos». Aiden se había ofrecido a acelerar el proceso de prepararnos, compartiendo una ducha.

Desde la cama, levanté una ceja.

—No creo que vaya a ser una ducha rápida.

—Tienes razón. —Retrocedió, dirigiéndose hacia la puerta del baño. Su pantalón de pijama colgaba demasiado bajo sobre sus caderas para ser legal—. No puedes culparme por intentarlo.

Desapareció, y me dejé caer sobre mi espalda, gruñendo. Iba a patearle el culo a Apolo cuando lo viera.

En esta ocasión no me puse vaqueros, sino que me vestí con el uniforme de Centinela.

Aún tenía el pelo húmedo cuando nos dirigimos a la oficina del decano. No sé por qué teníamos que reunirnos allí. No era tanto por lo que Ares me había hecho en esa habitación, sino porque había que subir muchas escaleras.

Demasiadas.

Todo el equipo estaba en la oficina ya, y supe que Apolo estaba allí dentro con Hades. Me pasé la mano por el brazo, observando las marcas deslizarse sin problemas sobre mi piel.

—¿Pica? —me preguntó Aiden.

Me encogí.

—Las marcas siempre se vuelven locas cuando hay dioses cerca.

Mientras caminábamos hacia la oficina del decano, se acercó, recorriendo mis brazos con sus dedos.

—¿Aún reaccionan cuando te toco?

El calor recorrió mis venas, y asentí. Las marcas habían seguido el camino que había trazado con los dedos.

—Sí, les sigues gustando.

Un lado de sus labios se curvó, mientras el orgullo masculino se reflejaba en su rostro. Sacudí la cabeza. Chicos.

Entramos en la oficina, y todo aquel poder divino junto con la presencia de Seth, fue un poco abrumador. Cerré los puños intentando evitar subirme por las paredes.

Los dos dioses eran una cabeza más alta que los demás. Estaban hombro con hombro, pero no podrían haber sido más opuestos el uno del otro. Donde Apolo era todo piel dorada y luz del sol, Hades era oscuro como la noche.

Aiden miró a Seth de forma aterradora mientras se dirigía hacia las personas agrupadas alrededor de los dioses. Al menos no le había pegado Seth, era un buen comienzo. Supuse.

Seth se quedó en la parte de atrás, apoyado en la pared mientras observaba a los dos dioses con algo de desconfianza. Cogí aire y me acerqué a él. Una nueva cautela se deslizó por su expresión.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No te di las gracias.

Una ceja dorada se alzó.

—¿Por qué?

—Por haberme ayudado ayer —le expliqué, girándome para quedar uno al lado del otro—. No te di las gracias, así que gracias.

—Has dicho gracias tres veces.

—Sí. —Me apoyé contra la pared—. Puedo decirlo de nuevo, si quieres.

Seth se giró, enfrentándome. Cuando habló, su voz era baja, pero cortante y dura.

—No quiero que lo digas nunca más.

Enarqué mis cejas, pero antes de que pudiera explicarse, Marcus se aclaró la garganta, atrayendo mi atención.

Dos dioses nos estaban mirando.

Tragué saliva. Era extraño. Al menos Apolo tenía los ojos normales, Hades por otra parte, era como si alguien se hubiera olvidado de darle pupilas o iris, eran dos agujeros negros.

Seth se apartó, dirigiéndose a la pared de enfrente, con la espalda rígida y los hombros tensos. Los dioses siguieron sus movimientos como leones observando a una gacela. Entonces Hades se giró hacia mí.

Los labios del dios se extendieron en una apretada sonrisa.

—Me alegro de verte de nuevo, amor.

Con la excepción de que quiso matarme la primera vez que le vi, Hades era un hombre excepcionalmente guapo. Además de contar con un curioso acento británico, lo que le hacía aún más sexy. No tenía ni idea de por qué Hades lo tenía ni tampoco había escuchado a otro dios que lo tuviera.

—¿No traes a los perritos en esta ocasión? —le pregunté.

Sus ojos se estrecharon ante el recordatorio. La última vez que nos encontramos, en aquella tienda de conveniencia en Medio de la nada, West Virginia, me había llevado algunos de sus cancerberos por delante.

—No hay perritos. Todavía. —Vestido con una túnica sin mangas, los bíceps de Hades se flexionaron al cruzar los brazos—. Así que, ¿es verdad? —Barrió el resto de la habitación con una mirada maliciosa. Olivia se encogió; su piel normalmente de color caramelo palideció. La sonrisa de Hades se extendió—. ¿Tenéis que pedirme un favor?

Marcus echó un vistazo a Apolo.

—¿No se lo has dicho?

—Oh, lo ha hecho. Tenía la esperanza de que alguien de aquí hubiera utilizado su inteligencia y hubierais cambiado de opinión. —Hades sonrió—. Veo que es poco probable.

Luke le dio un codazo a Deacon, que permaneció con el rostro perfectamente blanco.

—¿Todos en esta sala entendéis el peligro de liberar a Perses? —preguntó Hades, de pie en medio del círculo que habíamos creado. Llevaba sus ya habituales pantalones de cuero y las muñequeras plateadas de pinchos—. No estoy hablando de un riesgo leve, hablo de que puede que mate a alguien que no queremos que muera, lo hará, recordad mis palabras. Perses es lo que vosotros llamaríais...

—Impredecible —soltó Apolo, sonriendo—. Somos muy conscientes de que Zeus ha prohibido la liberación de Perses.

Atenea era su hija favorita.

—Eso no significa nada para mí, y lo sabes. Zeus no tiene poder sobre mi reino. Y antes de que esta conversación vaya a más, quiero que todos comprendáis lo que estáis pidiendo.

—Lo entendemos —dijo Seth, atrayendo la atención del jefe del Inframundo.

—¿Lo haces? —dijo Hades girando hacia él, con la cabeza inclinada hacia un lado—. Has estado con Ares. Déjame hacerte una pregunta. ¿Qué hace que Ares prospere?

—Principalmente, la guerra y el miedo —respondió Seth sin más, y me estremecí—. Pero sobre todo, él ama ganar.

—Correcto, pero Perses prosperó con el derrame de la sangre en la batalla. Él utilizó las entrañas de los que había vencido para bañarse.

Olivia se volvió de un tono verdoso.

—No solo eso, Perses luchó para destruir, no para ganar. Hay una gran diferencia. —Hades hizo una pausa y fue como si el viento frío hubiera recubierto mi columna—. ¿Y qué sucedió cuando Ares decidió jugar un rato en el reino de los mortales?

Aiden estaba tenso. Su mandíbula estaba apretada marcando una línea sombría.

—Hubo países en conflicto por todas partes, dejándolos al borde de la guerra. Su presencia afecta a los mortales. Lo sabemos.

—¿Y qué piensas que pasará si añades a Perses a la mezcla? —preguntó Hades—. Su influencia es más fuerte que la de Ares. Esos países al borde de la guerra la empezarán tras liberarlo. ¿Es otro riesgo que estás dispuesto a correr?

Nadie respondió, pues al parecer, era posible que cambiáramos una situación apocalíptica por otra.

—Correremos el riesgo —dije finalmente, mirando los ojos oscuros de Hades—. Y nos aseguraremos de que se comporte.

—¿Crees que se comportará una vez lo hayamos liberado en los Campos Elíseos? ¿Tienes idea de qué tipo de crímenes fue responsable Perses?

Solo podía imaginármelo.

Aparentemente Hades no quería que usara mi imaginación.

—Él creó el término «violar y saquear». Acabó con civilizaciones y generaciones enteras solo por diversión. Asesinó a nuestros hermanos solo para oírlos gritar y suplicar por sus vidas. Tomó a nuestros hijos y los destrozó porque podía. Eso es lo que tú estás liberando en el reino de los mortales. Eso es lo que me estas pidiendo, que le dé el paraíso.

Mi ritmo cardíaco se elevó. Sabía lo que decía Hades. Era como darle a Hitler el cielo o algo así.

—¿Y en qué se diferencia de lo que vosotros habéis estado haciendo durante siglos?

Hades dio un paso hacia mí, y por encima del hombro vi que Aiden y Seth se tensaban, pero no los necesitaba. Me mantuve firme y levanté la barbilla. El dios se detuvo solo a unos metros de mí.

Akasha, el quinto y último elemento, me quemaba a fuego lento en la boca del estómago. Las marcas en mi piel hormigueaban en alerta, pero me negué a apartar la vista de su mirada inquebrantable.

—¿Qué? Es la verdad. ¿Cómo es que un Titán es peor que un Olímpico fuera de control? ¿Es peor de lo que Ares está haciendo?

Una lenta y casi reacia sonrisa apareció en los agraciados labios de Hades.

—¿Quieres saber la diferencia?

—Sí. —¿Sabría él cuán aterradores son sus ojos? Seguro que sí.

Hades se inclinó hacia mí, acercándose tanto que casi compartíamos el mismo aire.

—Un Asesino de Dioses puede matar a un Olímpico. No a un Titán. Y un Titán puede matar a un Apollyon.

Mis cejas se elevaron.

—Oh. —Vaya...

—Sí, «oh». —Hades se dio la vuelta, mirando a Aiden, que se había acercado a mí antes de que Apolo pudiera detenerlo—. Entonces, ¿seguís queriendo darle una fiesta de bienvenida al sanguinario Titán que nadie puede matar si decide no seguirnos la corriente?

La inquietud llenó la habitación. Luke y Solos intercambiaron miradas, sin duda pensándose mejor. Deacon parecía no tener ni idea de cómo había terminado en aquella habitación, y Olivia negaba lentamente. Solo Aiden, Marcus y Seth parecían decididos.

—Tú ya has detenido a los Titanes antes —dijo Aiden, determinado y calmado a pesar de la tensión del momento—. Y había muchos más, no solo uno.

—Nos obligó a juntarnos todos, la última vez, y fuimos uno a uno. Si logramos detener a Ares, seremos uno menos —respondió Hades—. Será algo difícil.

Apolo cuadro sus hombros.

—Tú le ofreces el paraíso. Él se comportará.

—¿Tú crees? —Hades se cruzó de brazos de nuevo—. Pensaba que no estabas realmente de acuerdo con este plan.

—No es la mejor forma, pero es todo lo que tenemos, y sabes que es verdad, así que deja de fingir. ¿Qué quieres a cambio de la liberación de Perses?

La mandíbula de Hades crujió.

—¿Por ofrecerle el paraíso?

El dios del Sol parecía querer sacudir a Hades.

—Sí. Y para ya con todo esto.

Ahí viene, pensé. ¿Qué podría querer Hades de nosotros a cambio de su ayuda? ¿Las almas de nuestros hijos primogénitos? Quise reír, pero me contuve, pues aquello era serio.

Los segundos se convirtieron en una eternidad y luego Hades finalmente habló.

—A ti.

Parpadeé. No tenía ni idea de a quién le estaba hablando al principio, pero después vi que su atención estaba puesta en Aiden. Mi corazón empezó a latir golpeando mi pecho como un pájaro enjaulado.

—¿Qué? —demandé, con la voz demasiado aguda.

Los labios de Hades se curvaron en una sonrisa.

—Lo quiero a él.

Un destello de asombro corrió por las facciones de Aiden.

—¿Me quieres a mí?

No tenía ni idea de a dónde nos estábamos dirigiendo, pero no me gustaba.

—Él no cojea de esa forma —comentó Apolo, sus ojos azules vivos por la diversión—. Y no creo que tú lo hagas, tampoco.

Alguien (sospeché que Seth), ahogó una carcajada.

Hades le disparó al otro dios una mirada mordaz.

—Quiero su alma.

Capítulo 13

Estaba a segundos de descubrir qué pasaba cuando un Apollyon le golpeaba a un dios con un rayo de ira alimentado con Akasha. Seth sintió mi furia. Demonios, debía de estar ahogándose en ella. Fue moviéndose poco a poco, cada vez más cerca de mí.

O de la salida, no lo sabía.

—No —dije, y luego más fuerte—. Infiernos, no; no tendrás su alma.

Hades se giró hacia mí, y la tensión en sus labios me dijo que no le gustó nada mi tono. Bien, no le iba a gustar mi pie en su trasero, tampoco.

—Habría pedido la tuya, pero Apolo no me lo permitiría.

Eso no me importaba.

—No puedes tener su alma. No me importa para lo que te necesitamos.

Apolo dejó escapar un profundo suspiro.

—Álex...

—¡No! —Me giré hacia el otro dios—. De ninguna forma.

La sonrisa de Hades me enfureció.

—Ni siquiera has escuchado los detalles.

Me dirigí hacia el dios, ya probando su sangre.

—Puedes coger tus detalles y meterlos, junto con tu falso acento británico...

—¡Álex!

Cerré la boca y tensé los hombros mientras me giraba hacia la única persona en ese mundo que podía conseguir que me callara. Aiden estaba a mi derecha y, cuando nuestras miradas se encontraron, lo vi. Quería oír lo que Hades iba a decir. Sentí un nudo creciendo en mi estómago.

—No —dije de nuevo. Mi voz fue un susurro patético—. No quiero ni oírlo.

Me sostuvo la mirada un segundo más y luego se giró hacia Hades.

—¿Cuáles son los detalles?

El dios rezumaba petulancia.

—Quiero tu alma.

—Creo que ya hemos entendido eso —espeté.

Hades me ignoró.

—Tu alma me pertenecerá una vez que hayas muerto para utilizarla como considere conveniente.

Intenté coger aire, pero quedó atrapado. ¿Utilizarla a su antojo? Mis manos ansiaban cerrarse alrededor de su grueso cuello.

—Siempre viene bien un Guardia con tu audacia y habilidad —continuó Hades.

Imágenes de los Guardias del infierno, vestidos con cuero y a horcajadas sobre gigantes caballos de batalla, pasaron por mi mente. No podía... no me imaginaba a Aiden como uno de ellos.

—Y no te quitaré la vida —continuó Hades mientras comenzaba a imaginarme a mí misma cortándole la cabeza con una espada gigante—. Cuando mueras, y no por mi mano o por medio de algún engaño por mi parte, tendré tú alma. Doy mi palabra.

Pensé en lo que Solos me había dicho. Serpientes.

—¿Y se supone que debemos creerte?

—No está mintiendo —dijo Apolo, con los ojos entrecerrados—. Ha dado su palabra. Es irrompible.

Me reí, y el sonido fue algo áspero. ¿Confiar en la palabra de un dios? ¿Estaban tomando metanfetas? Me di la vuelta y vi la expresión de Deacon mientras observaba a su hermano. Rígido. Aceptando lo que sucedía. Oh, dioses, él sabía lo que iba a suceder. Me giré hacia Aiden.

—¡No! Encontraremos otra forma.

—No hay otro camino. —Aiden cruzó la corta distancia entre nosotros y colocó suavemente sus grandes manos en mis mejillas—. Lo sabes.

—No. —Agarré sus muñecas—. Tiene que haber algo más.

—¿Lo hay? Hace unos minutos Perses era nuestra única opción. —Hades, tan agradable él, me lo recordó.

La ira hizo que el Akasha en mis venas empezara a querer salir, con mucha intensidad.

—Es tu alma, Aiden. Cuando mueras, tendrás que trabajar para él o peor. No irás a los Campos Elíseos. Tú... —me interrumpí, incapaz de decir algo egoísta, pero cierto.

No tendríamos la eternidad juntos.

Cuando yo muriera, a menos que no matara a Hades ahora mismo, iría al Elíseo y Aiden no estaría allí. Nunca estaría allí, no hasta que Hades se lo permitiera. Y nunca lo permitiría.

Las lágrimas llenaron mis ojos mientras Aiden bajaba su frente hacia la mía.

—No planeo morir dentro de poco, *agapi mou*. Tenemos hoy, y vamos a tener muchas mañanas, pero solo si conseguimos la ayuda de Hades. No vamos a tener nada de eso si no detenemos a Ares.

—Pero...

—Esto es más grande que nosotros dos. —Su pulgar atrapó una lágrima que se había escapado, apartándola antes de que alguien, además de Seth, se diera cuenta. No había forma de esconder cómo me sentía ante el Primero. Estaba de pie junto a nosotros, con una expresión desprovista de su sonrisa habitual. Aiden sonrió, pero dolía—. Tenemos que hacer cualquier cosa y no parar hasta detener todo esto.

—No me importa —susurré.

—Sí que te importa.

Negué.

—No si significa esto. No me importa.

No era justo. No era justo que tuviéramos que seguir haciendo sacrificios. Era

muy posible que muriéramos pronto como mortales antes de tener una vida, ¿y ahora no tendríamos siquiera una en el más allá? El dolor dentro de mí aumentó rápidamente.

—Tú no querrías esto para mí.

—No lo querría —admitió—, pero esa no es la situación, y necesitamos esto.

—Así es —persuadió Hades, y quise desgarrar su cara en pequeños y sangrientos pedazos.

Seth se acercó aún más. No lo vi, pues no podía apartar la mirada de Aiden, pero lo sentí.

—Aiden está en lo cierto —dijo Seth en voz baja, pero aun así era como un intruso—. Sabes que no hay otra opción.

—No quiero que tengas que tomar esta decisión —insistí. Sí, estaba siendo egoísta, pero no solo me afectaba a mí. También afectaba a su hermano y a su familia. Si Hades no se lo permitía, nunca volvería a ver a su madre y a su padre otra vez. Aquello era demasiado.

El imponente rostro de Aiden estaba borroso por culpa de las lágrimas.

—Lo sé. —Sus labios rozaron la comisura de los míos—. Pero tenemos que hacerlo.

Abrí la boca para protestar, pero aproveché ese momento. Profundizó el beso y me besó como si fuéramos las únicas dos personas en la habitación y en el mundo. Un estremecimiento se disparó a través de mí y bajó por mi espina dorsal. Me incliné hacia él y le devolví el beso con todo lo que sentía. Aiden sabía a sal, menta y amor.

Alguien, tal vez mi tío, se aclaró la garganta.

Aiden levantó lentamente la cabeza y la habitación volvió a enfocarse. Mis mejillas ardían.

—Al hacer esto, estamos dándonos a nosotros mismos un futuro juntos. ¿De acuerdo? Tenemos que hacerlo. Tengo que hacerlo y no hay nada que se pueda hacer para cambiarlo.

—Esta conversación no ha terminado —prometí, conteniendo las lágrimas—. Voy a darte un golpe en la cabeza por esto más tarde, pero vale, lo acepto.

Aiden rio entre dientes, pero sabiamente dio un paso atrás y se giró hacia Hades.

—Está bien. Tienes mi alma cuando me muera.

—¿Ves? —Hades me miraba por encima del hombro de Aiden—. ¿Ha sido tan difícil?

—Te odio —susurré.

—No es nada personal, amor.

—Ya. La última vez que me dijiste eso querías matarme. —Mis manos se cerraron en puños.

El dios del Inframundo se encogió de hombros.

—Vale.

—¿Eso es todo? —preguntó Seth. ¿No va a suceder nada con él? ¿Él dice

«puedes tener mi alma» y tú dices «vale»?

Miré a Seth.

Hades sonrió de nuevo.

—Eso es todo lo que necesito.

Los ojos color ámbar de Seth rodaron.

—Es decepcionante.

El dios no se molestó ni en mirarlo, sino que nos miró a Aiden y a mí.

—Vosotros dos os encargaréis de Perses, lo que significa que vais a venir conmigo y vais a sacarlo del Tártaro.

Mi columna se puso rígida.

—¿Tenemos que ir al Tártaro?

La estática crepitó alrededor de los ojos de Hades.

—Creo que si os enseño lo que puedo estar guardando para tu puro trabajéis duro para conseguir que Perses vaya según el plan.

Jadeé.

—Espera. —Seth dio un paso adelante—. Yo voy con ellos.

Aiden abrió la boca, seguramente para discrepar, pero Hades lo interrumpió.

—Creo que es una gran idea. Así los tres seréis responsables de Perses y del papel que Aiden adquiera en su vida futura.

Se me revolvió el estómago, y sentí que estaba cayendo. Antes de que pudiera protestar, Hades ya estaba haciendo planes. Salíamos al Tártaro dentro de una hora. Nos llevaría allí directamente, no había necesidad de encontrar una puerta o enfrentar a cualquiera de los Guardias. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido. Aiden hablaba con Deacon en susurros, y Solos con Marcus, rodeados por Olivia y Luke.

Mi inquietud sobre el acuerdo se instaló en mí como si fuera comida agria. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, y si no supiera que era imposible, hubiera jurado que Fobos y Deimos habían vuelto. El miedo formó un nudo helado bajo mi esternón.

Álex...

No me giré hacia Seth.

¿Qué pasa si Perses no hace lo que necesitamos de él? ¿Qué pasa si se escapa y mata a toda una nación? Hades culpará a Aiden. Obtendrá su alma y...

Nos aseguraremos de que eso no suceda. La confianza en las palabras de Seth llegó a través de nuestro lazo. St. Delphi no va a terminar en el Tártaro, te lo prometo.

El hecho de que Seth prometiera algo como eso no me pasó desapercibido. De cualquier manera, tiene a Aiden. No importa lo que pase. Aiden será como un mestizo.

Nada más que...

El aire se escapó de mis pulmones. Aiden sería como un esclavo, como todo mestizo era ahora, y lo sería incluso después de que nos hiciéramos cargo de Ares.

Las palabras de Aiden volvieron a mí en ese momento. Esto es más grande que nosotros. Y entonces vi la oportunidad. Demonios, la oportunidad siempre había estado allí, pero había estado demasiado absorta en mi misma para darme cuenta de ello, demasiado absorta en mis propios problemas para...

Para utilizar el poder que tenía en mis manos para cambiar las cosas.

—¡Espera! —grité.

—Álex —dijo Seth con voz tranquila.

Negué con la cabeza, respirando profundamente. Apolo se giró hacia mí, inclinando la cabeza. Me preparé.

—Espera. Hay algo que quiero antes de hacer esto.

Hades rio profundamente.

—¿En qué posición estás para negociar, amor?

Si me llamaba «amor» una vez más... Mi genio vaciló y me centré en Apolo.

—¿Quieres que bajemos al Tártaro a buscar a Perses, que cuidemos de él mientras nos ayuda, y luego quieres que me convierta en el Asesino de Dioses y elimine a Ares, correcto?

Apolo cambió su peso.

—Es un buen resumen.

Mi corazón latió con fuerza.

—Solo lo haré si tú haces algo por mí.

Hades remarcó.

—De nuevo, ¿en qué posición estás para negociar con nosotros?

Deslicé la mirada hacia el gran señor oscuro a punto de perder un globo ocular.

—Sin mí, no tienes al Asesino de Dioses. No puedes hacer que me convierta en él, y no puedes hacerme luchar contra Ares.

—Podemos ser muy persuasivos —gruñó Hades.

—Sí. Ares intentó ser persuasivo y no cedí. —Miré a Apolo—. Sé que no podéis hacer que Seth o yo lo hagamos. Podríamos dejaros a vosotros este lío. Necesitáis que estemos dispuestos a ello.

Los labios de Apolo se torcieron, como si quisiera sonreír.

—¿Qué quieres, Álex?

—Quiero que liberes a los mestizos. Quiero que deshagas las leyes que les exigen o bien convertirse en Centinelas, Guardias o Sirvientes. Quiero que les des los mismos derechos que a los puros. Quiero que la orden de razas sea revocada.

Silencio.

Estaba tan silencioso que podía oírse una mosca volar alrededor nuestro. Todo el mundo me miraba como si acabara de levantarme la camiseta y me hubiera puesto a pasar el rosario.

Y entonces Seth rio profundamente.

—Qué astuta, Ángel.

Ignoré el apodo. También ignore la forma en que los ojos de Aiden pasaron del

color gris más puro a plateado en un nanosegundo.

—Sé que puedes hacerlo, Apolo. Sé que puedes hacer que los demás dioses estén de acuerdo. Tú haces eso por mí, y voy a coger ese *tour* al tártaro.

Apolo se me quedó mirando mientras lentamente negaba con la cabeza.

—Había tantas cosas que podrías haber pedido, Álex.

Fruncí el ceño.

—¿Como qué? ¿Qué podría ser más importante que eso?

Su mirada sostuvo la mía, y de repente supe lo que quería decir. Podría haber pedido su protección, porque una vez me hiciera cargo de Ares, se abriría la caza y yo sería la presa. Sabía que Apolo ya haría lo que pudiera para asegurarse de que fueran indulgentes, pero parecía inútil perder aquella oportunidad en algo que Apolo no podría detener.

El dios asintió secamente.

—Está bien. Cuando todo termine, cambiaremos las leyes y no habrá más Elixir. Te doy mi palabra, no importa el resultado.

No importa el resultado. Se refería a si Ares conseguía darnos duro. Quería que Apolo lo hiciera ahora, pues tenía la paciencia de una hiena, pero podía entender por qué no podía hacerlo. Lo último que necesitaba era más mestizos (miles de ellos), perdiendo el efecto del Elixir, en medio de todo esto.

Mi mirada recorrió la habitación, pasando por alto las expresiones sorprendidas de Luke y Olivia. Creo que en ese momento se dieron cuenta de lo mismo que Solos debió entender desde el principio, viendo sus ojos abiertos ante la sorpresa. Una vez todo hubiera terminado tendrían algo con lo que nunca soñaron.

Completo y total control sobre su futuro.

Capítulo 14

Olivia me abrazó tan fuerte que pensé que mis pulmones se desinflarían. Se aferró a mí, temblando como una hoja. Era un buen abrazo, me recordaba a los que mi madre solía darme.

—Lo de los dioses gemelos es tan horrible. Lo siento, pero me alegro de que hayan salido ya —dijo, y luego en voz más baja y ronca, añadió—: Gracias.

Sabía lo que me estaba agradeciendo; el trato. Le di unas palmaditas y luego me aparté. Mantuve el tono bajo como el suyo.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Después de que todo esto termine? —Cuando asentí, una mirada distante se deslizó en sus bonitos ojos. Dejó caer los brazos, sacudiendo la cabeza—. No lo sé. Nunca había pensado en ello, pero ahora tengo algo en lo que pensar, y es...

—Increíble —dijo Luke, dándome un fugaz beso en la mejilla—. Creo que voy a matricularme en la universidad.

Tanto Olivia como yo lo miramos.

—¿Qué? —Un rubor se esparció por sus mejillas—. De hecho, me gusta la universidad.

—Friki —murmuré.

Hades se estaba impacientando. Bastardo maleducado. Me despedí, dándole a mi tío un abrazo rígido y algo torpe. La tensión y la euforia pugnaban por hacerse con el control de la habitación. El acuerdo que había hecho con Apolo, que de hecho iba a quedarse allí en lugar de volver al Olimpo, era obviamente un gran trato, pero en lo que íbamos a embarcarnos nosotros, podía ser sumamente peligroso.

Perses podría matarnos a todos y escapar.

Seguir por ese camino no era algo que debiera pensar mientras me dirigía hacia donde estaba Hades junto a Aiden y Seth. Miré a uno y después a otro. Después de todo, no estaba segura de que Perses fuera el mayor de nuestros problemas.

Aiden y Seth se evaluaban el uno al otro como si estuvieran listos para una pelea a muerte en la jaula.

Acercándome furtivamente a Aiden, le di un codazo en el costado.

Bajó la mirada hacia mí, con los ojos del color del océano durante una tormenta.

—Estoy orgulloso de ti.

Me hinché tanto que prácticamente podría levantarme del suelo y flotar. Le sonreí tan fuerte que me dolieron las mejillas.

—Yo habría utilizado ese favor de forma más inteligente, amor. —Hades sonrió burlón—. Había tantas cosas que podrías haber pedido.

Y así, Hades reventó mi burbuja a una velocidad asombrosa.

—Gracias por tu aportación —murmuré.

—De nada —contestó—. ¿Estáis todos listos para nuestra pequeña excursión?

Con el sello de aprobación de Apolo, se le devolvieron las armas a Seth. Íbamos todos equipados con las dagas del Covenant y las Glocks. Nuestros ojos se encontraron por un momento y algo en su mirada ambarina me inquietó.

Aiden alargó la mano, entrelazando sus dedos con los míos.

—Estamos listos.

Sin advertencia, el suelo se redujo bajo nosotros.



—¡Santos bebés daimons! —jadeé, tambaleándome mientras el mundo se hacía sólido bajo mis pies—. Buenos dioses...

Aiden le dio unas palmaditas a su pecho como si revisara que todo estaba en orden. Seth parecía un poco desorientado. Ninguno de nosotros estaba preparado para ese método de viaje.

El dios del Inframundo nos observaba. La diversión grabada en su rostro.

—Es más fácil así, ¿no os parece?

Me alisé el pelo con la mano, aliviada al ver que todavía estaba unido a mi cabeza. Cuando el suelo se abrió a nuestros pies, sentí que estábamos cayendo al menos un millón de metros.

—¿Acabas de... teletransportarnos?

—Algo así. —Hades se dio la vuelta, poniendo las manos sobre las caderas. Echando la cabeza hacia atrás, dejó escapar un fuerte y ensordecedor silbido, haciéndome saltar.

—Así que... ¿esto es el Inframundo? —Seth giró sobre sí mismo, asimilando los alrededores.

Obligándome a superar el hecho de que no estaba exactamente segura de cómo se las había arreglado Hades para teletransportarnos, y toda la ciencia detrás de ese concepto, miré a mi alrededor. Reconocí dónde estábamos.

—Gracias a los dioses no es el Valle de los Lamentos, ¿eh? —dijo Aiden.

Asentí. Esa vasta y deprimente extensión del Inframundo no era un lugar que quisiera volver a visitar. Estábamos justo a las afueras del Valle, a varios metros del congestionado camino que conducía al Valle del Juicio.

Seth echó un vistazo a los recientes difuntos en su lento peregrinaje, con una mirada de preocupación. Muchos de los fallecidos eran Centinelas, vestidos con sus uniformes negros y rostros angustiados. Verlos... bueno, era un doloroso recordatorio de lo que había hecho.

Unos golpes desviaron mi atención del Primero, y me di la vuelta.

—Santos dioses...

Di un salto atrás, rebotando contra el pecho de Aiden. Un brazo rodeó mi cintura, estabilizándome. Buenos dioses del Olimpo, los caballos eran del tamaño de

elefantes. Cuatro, para ser exactos. Su pelaje era tan oscuro y lustroso como la noche, y sus melenas eran brillantes y estaban bien cepilladas. Parecían caballos extremadamente grandes si obviábamos las pupilas blancas detrás de sus protectores de ojos.

—No recuerdo que fueran tan grandes.

—Yo tampoco.

Seth se acercó a uno, con la cabeza inclinada hacia un lado. El caballo relinchó.

—Son como los Hummers del mundo de los caballos.

Casi me reí, pero entonces me di cuenta de las sillas de montar que llevaban cada uno de ellos. Eché un vistazo a Hades mientras él pasaba una gran mano por la melena de uno de los caballos.

—Son más grandes de los que visteis la última vez. Son de mi establo personal. —Tomó la montura y se levantó con una facilidad asombrosa—. El tártaro no está precisamente cerca. Iremos montando.

Mirando a uno de los caballos junto a mí, vacilé.

—¿Por qué no nos apareces en el Tártaro y ya?

—El Tártaro es un paisaje en constante cambio, adaptándose a sus... llegadas más recientes. —Se encogió de hombros—. No me gustaría hacer aparecer mi nueva adquisición en un lago de fuego.

Mis ojos se estrecharon.

Hades me sonrió mientras envolvía una mano alrededor de las riendas.

—No tenemos todo el día. Hay una partida increíble de Mario Kart esperándome cuando vuelva.

Resistiendo el impulso de correr hacia Hades y noquearlo, me di la vuelta. Seth ya había encontrado su caballo y estaba sentado en la silla de montar, orgulloso de sí mismo. Aiden se había acercado al suyo, balanceando una pierna sobre el caballo, dejándome a mí mirando el último, el que me recordaba a un T-Rex.

Me olfateó.

—Es posible que desees acostumbrarte a estas magníficas criaturas. —La sonrisa de Hades fue fría y placentera cuando miró a Aiden.

Un dolor agudo me golpeó en el pecho ante el recordatorio del acuerdo que había hecho Aiden. Me volví, dispuesta a arremeter contra él por haber aceptado, pero me detuve en seco. Estaba frente a frente con una enorme cabeza de caballo.

Acercándome, acaricié torpemente su nariz.

—Caballito precioso.

Su labio se curvó hacia arriba, dejando al descubierto unos dientes extrañamente afilados. ¿Los caballos tenían dientes afilados? ¿O solo los caballos del Inframundo? Dirigí mi mirada hacia el enorme pecho y la silla de montar de cuero. ¿Cómo demonios iba a montarme en esa cosa? El estribo estaba tan lejos del suelo que iba a necesitar una escalera para llegar a él.

—Pon el pie en el estribo —dijo Seth, inclinando hacia abajo su barbilla.

—Lo sé —espeté. Pero no me acerqué más. El caballo giró su elegante cabeza hacia el otro lado y resopló—. Nunca he montado a caballo.

Hades suspiró.

El calor se esparció por mis mejillas. Honestamente, me daban algo de miedo. Los normales podían romperte los huesos. Estos podían comerte.

Aiden guio su caballo hacia donde yo estaba, sonriendo levemente cuando miró hacia abajo.

—Vamos.

Me quede mirándolo.

La ligera sonrisa se extendió, revelando un hoyuelo en su mejilla derecha.

—Hay espacio para los dos aquí arriba. Monta conmigo.

Vale. Le tenía miedo a los caballos, y eso me hacía ser una cobarde, pero pensé en todas esas novelas románticas que mi madre acostumbraba a leer con el héroe a lomo de un caballo; y ahí estaba Aiden, más alto que nunca a lomos de un caballo, y eso fue... bueno, fue súper sexy.

—En realidad no me importa si montas sola o con tu amante, pero ¿podemos irnos? —Hades ajustó su mano a las riendas, dando la vuelta a los caballos—. No soy conocido por mi paciencia.

Le lancé una mirada mordaz que él ignoró. Cruzando la distancia entre Aiden y yo, extendí la mano, colocándola sobre la suya. Con asombrosa facilidad, me levantó hasta sentarme frente a él. Tras unos segundos de incómodo titubeo, estuve sentada sobre el caballo, agarrada con fuerza a la silla de montar.

Muy consciente de que tanto Hades como Seth nos miraban fijamente, permanecí rígida mientras Aiden deslizaba un brazo alrededor de mi cintura y me echaba hacia atrás entre sus muslos. Su calor inmediatamente se filtró en mis músculos.

—Qué bonito —susurró Seth.

—Cállate —dijo Aiden, y luego mucho más bajo, directamente en mi oído—. Esta es la mejor idea que he tenido nunca.

Me estremecí.

Nos pusimos en marcha, galopando. Me llevó algo de tiempo acostumbrarme al movimiento del caballo y aún más, familiarizarme con el aire estancado y perfumado que nos rodeaba. Tras media hora de camino, cuatro Guardias nos flaquearon, con sus rostros pálidos y sombríos. Intenté desesperadamente no imaginarme a Aiden convirtiéndose en uno de los subordinados de Hades, pero no pude evitar preguntarme por qué había pedido a Aiden. No era que faltaran personas que tuvieran que pagar penitencia. Además ¿no era algo que hacían los Guardias? ¿Pagar sus pecados, trabajando en la otra vida? ¿O había algo más?

Sabía que era un castigo. Hades sabía que nos habíamos colado en el Inframundo para ver a Solaris, y no estaba feliz por ello. Irónicamente, nuestro viaje había resultado ser más bien inútil. Seth quería que me convirtiera en el Asesino de Dioses, y sabía cómo transferir el poder. Al final, no habríamos necesitado a Solaris.

El árido paisaje se volvió enorme a medida que nos acercábamos al cruce. El suelo desnudo y de color marrón daba paso a la abundante hierba de color verde brillante. La congestión de aquellos que habían fallecido recientemente creció a medida que las puntiagudas puntas del palacio de piedra de Hades se hacían visibles.

Y detrás de él, el Tártaro.

El fantasmagórico resplandor rojo apagado en la distancia era difícil de ignorar. Así como el tenue olor del azufre. No podía creer que fuéramos por voluntad propia.

Mi inquietud aumentó con cada segundo que pasaba. Estaba esperando que pasara, y cuando finalmente lo hizo, Seth maldijo en voz alta.

Un fuerte sonido retumbó en el aire, seguido por un silbido, mientras el suelo temblaba bajo los cascos de los caballos. El cielo se iluminó, sangrando, en tonos rojos y naranjas, mientras una bola de fuego salía disparada, extendiéndose primero en forma de alas, y luego transformándose en las fauces de un dragón, emitiendo un grito horripilante. El dragón de fuego bajó de nuevo, mientras el suelo se estremecía una vez más.

—Santa mierda —dijo Seth, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué demonios ha sido eso?

—La fiesta de bienvenida del Tártaro —contestó Hades—. Acostúmbrate. Tengo el presentimiento de que lo vas a conocer en primera persona.

Seth resopló, como si la posibilidad de terminar en el Tártaro no fuera un problema, pero mi estómago se revolvió ante la idea. Lo miré mientras continuábamos, recordando claramente dónde se encontraba actualmente el Primero de Solaris.

¿Merecía Seth la condena eterna por sus acciones?

Él me miró, con una expresión indescifrable. Nuestras miradas se encontraron. Su perfectamente reconstruido rostro estaba carente de emociones, pero algo se agitó en sus ojos.

¿Seth?

No hubo respuesta. Al contrario, esos ojos ámbar, muy parecidos a los míos, se desviaron hacia Aiden.

—Oye, Saint Delphi.

Oh, Señor.

Aiden se puso rígido detrás de mí.

—¿Sí?

Seth guio a su caballo junto al nuestro, y me pregunté cuándo había adquirido esos conocimientos de equitación.

—Si ves que necesitas algo de espacio extra en tu caballo, tengo más que suficiente en el mío. —La tensa sonrisa de Seth creció cuando lo miré fijamente—. Podemos... compartir.

Un rugido salió de Aiden. No se había perdido la insinuación.

—No sucederá.

Un hombre se levantó en respuesta.

—Era solo una oferta.

—¿Puedes no hablar? —replicó Aiden.

—Oye, todo lo que estoy diciendo es que, por un momento, la compartimos...

—¡Seth! —dije entre dientes, roja como un tomate.

—¿Qué? —respondió inocente, y si no me asustara el hecho de ser pisoteada hasta la muerte, habría saltado de aquel caballo y lo hubiera golpeado hasta dejarlo sin sentido.

Nuestra pequeña pelea no llamó la atención de Hades o sus Guardias. Además de ser molesto, aquello era tan vergonzoso como la vez que casi rompí el cuello de alguien tumbándolo de manera incorrecta en clase. La había jodido entonces y ahora también con Seth y Aiden.

La voz de Aiden era engañosamente tranquila cuando habló.

—Nunca la tuviste, Seth. No compartimos nada.

—Hmm. A mí no me lo pareció. Sabes, hay una razón por la cual le digo Ángel.

—Oh, por el amor de los dioses —murmuré, fulminando con la mirada a Seth. Estaba bastante segura de que me llamaba así mucho antes de que varias partes de nuestros cuerpos se tocaran—. Ya basta. Ambos.

Seth me guiñó un ojo.

Y entonces, se calmó. Pero Aiden estaba molesto. Podía sentir la tensión mientras cabalgábamos, pero no había nada que pudiera hacer, pues tenía el presentimiento de que cualquier cosa que dijera para calmarlo solo incitaría al cabeza de chorlito que iba a nuestro lado. Además, mi mente estaba en otra parte.

Una gran parte de mí tenía la esperanza de ver a Caleb, pero a medida que pasábamos galopando el Valle del Juicio, dirigiéndonos directamente hacia el escalofriante resplandor rojo del Tártaro, supe que no sería así esta vez. Como si sintiera mis pensamientos, Aiden bajó la cabeza y besó mi mejilla. Cerrando los ojos con fuerza, me permití relajarme junto a él, ya que no parecía que la bestia gigantesca fuera a comernos.

Seguir el tiempo en el Inframundo era difícil. Lo que parecía una hora, podía ser solo medio segundo en la tierra. Parecía que llevábamos una maldita hora en aquellos caballos. El olor a azufre aumentó, y el cielo se oscureció en una mezcla inquietante de naranja y azul oscuro, como el cielo antes de una tormenta violenta.

A medida que avanzábamos, la hierba fue reemplazada por una fina estela de fuego que ardía a lo largo del suelo, siguiendo el camino hacia el Tártaro. El grupo de personas que recorrían el camino iban fuertemente custodiadas, y me pregunté si ese era el motivo por el que los Guardias de Hades nos custodiaban.

Los que iban por aquel camino llevaban ropa andrajosa y desgarrada. Sus barbillas estaban caídas y su avance era lento, ya que arrastraban los pies encadenados por los tobillos y las muñecas.

El dragón apareció de nuevo, y esta vez pude sentir el calor del fuego.

Una pesadez horrible impregnaba el aire mientras pasábamos bajo un arco de piedra toscamente construido. Me estremecí. Varios árboles desnudos se alzaban, con ramas delgadas como huesos, extendiéndose hasta el cielo. Más adelante, una colina rocosa aparecía, y más allá de ella, el brillo de color naranja era más fuerte. Los brazos de Aiden se tensaron a mi alrededor cuando los caballos desaceleraron, relinchando suavemente. El ambiente cambió drásticamente. La única luz provenía de las filas delgadas de fuego y de las antorchas ubicadas cada ciertos metros. El sabor agrio de la amargura se impregnó en mi boca y una pizca de odio se adueñó de mi corazón.

Seth miraba algo a nuestra izquierda, y mi mirada siguió la suya. El río Estigia había reaparecido, con sus aguas turbias fluyendo rápidamente, pero no era al río lo que estaba mirando.

Docenas de mujeres con ensangrentados vestidos blancos estaban cerca de la orilla del río. Algunas se inclinaban, metiendo la mano en las oscuras aguas. Otras transportaban jarros, goteando. Pero cuando estaban a unos metros del camino, los jarros volvían a estar vacíos.

Las mujeres en silencio volvían hacia el río.

—¿Quiénes son? —susurré.

—Son las hijas de Dánao —dijo Aiden. Con su mano posada en mi estómago, y su pulgar moviéndose en círculos distraídos y suaves—. Asesinaron a sus esposos en su noche de bodas, ante la petición de su padre. Este es su castigo.

Quería apartar la vista de ellas, porque no podía entender una eternidad de trabajo infructuoso, pero no pude apartar la vista a medida que pasábamos. Estiré el cuello, mirando a las mujeres mientras volvían al río Estigia, lentamente, tristemente, con sus jarras vacías. Su aparición era significativa.

Habíamos entrado en el Tártaro.

Capítulo 15

El Tártaro no era muy pintoresco.

Imaginad la peor calle de cualquier pueblo, e imaginad entonces esa calle en llamas y con varias escenas de tortura entre casa y casa. Eso era el Tártaro.

El fuego estaba por todas partes. Montes en llamas. Árboles incendiándose. El río Estigia se había convertido en un río de llamas mientras se deslizaba entre los edificios de piedra. Algunos estaban de pie y, por supuesto, en llamas. Otros estaban medio destruidos.

Era como si ocurriera el Apocalipsis en aquel preciso momento.

El hedor del azufre y de la sangre era casi insoportable, pero el calor... oh, queridos dioses, estaba a segundos de quitarme la camiseta. El sudor caía sobre mí, recorriendo el espacio entre mis senos.

—Este sería un adorable lugar para pasar unas vacaciones —farfulló Seth.

Fui a responder, pero mis ojos se clavaron en una llameante... ¿una rueda llameante?

—¿Qué diablos?

Hades me miró; aquellos ojos extraños eran más espeluznantes en aquel momento.

—Eso es Ixion.

Mientras nos acercábamos a la tragedia, pude ver que había un hombre en el centro de la gran rueda.

—Oh, mis dioses. —Me tapé la boca con la mano.

—No le tiréis la caña a Hera —remarcó Hades, moviéndose—. Zeus no se toma muy bien que otro hombre intente ligar con su esposa.

Aquello era absolutamente ridículo si teníamos en cuenta el hecho de que Zeus no era precisamente un esposo fiel.

—Deja de mirar —murmuró Aiden y, cuando vio que no podía, me cogió la cara entre las manos, obligándome a mirarle—. Pensé que Ixion estaría en la parte más honda del Tártaro.

Hice una mueca. Solo él podía saber quién era Ixion. Aiden debía de ser un empollón cuando estaba en el colegio, la clase de chico que habría levantado la mano con la respuesta a cada pregunta. Lo amaba.

—Hemos cogido un atajo, así que estamos varios niveles por debajo de la entrada. —Hades detuvo su caballo y bajó. Habíamos llegado a un callejón sin salida hecho de oscuras rocas filosas—. Hay otra porción del Tártaro de la cual no se ha hablado en los mitos.

Seth desmontó con la gracia de un felino.

—¿Y es a donde nos dirigimos?

—Sí. Vamos al interior de las Tumbas del Tártaro.

—¿Las Tumbas del Tártaro? —repitió Aiden, deslizando sus brazos por mi cintura.

¡Ja! Algo que él no sabía. Le eché una mirada y luego me deslicé del caballo. Di un traspié cuando mis pies aterrizaron. El suelo estaba extrañamente... suave.

Hades bufó.

—Me asombra que seas un Apollyon con toda tu agilidad y gracia.

Abrí la boca dispuesta a devolverle la gracia, pero me paré de golpe. Algo estaba levantándose del suelo. Di un paso y mis pies se hundieron un poco más. Consciente de que Aiden había aterrizado detrás de mí, me incliné y pasé mi mano sobre el pálido suelo rosa. Se sentía como...

Aparté la mano y miré hacia arriba, horrorizada.

—¡El suelo parece piel!

Una pequeña sonrisa se arrastró por el rostro de Hades.

—Zeus se aburría de tantas rocas y del bocado del águila.

¿Piedras y bocado de águila...? Entonces caí.

—¿Prometeo?

—Estás de pie sobre él —remarcó Hades.

Mi estómago se retorció.

—Oh, dioses, creo que voy a vomitar.

—Perfecto —dijo el dios.

Las cejas de Seth se levantaron, pero permaneció quieto. Me obligué a mí misma a caminar hacia adelante, ignorando desesperadamente el asco con cada paso amortiguado. Detrás de nosotros, varios Guardias desmontaron mientras Hades giraba hacia la derecha. Se detuvo frente a una sección llana de las rocas y colocó la palma de su mano allí.

A mi lado, Aiden ladeó su cabeza. Su cabello oscuro estaba húmedo y rizado. La pared de enfrente tembló suavemente, y entonces el bloque de piedra se deslizó, llamándonos hacia la oscuridad.

Uno de los Guardias fue hacia adelante, con una antorcha en la mano. Se la dio al dios y volvió atrás, con las manos firmes sobre las dagas.

—Mantenemos a los Titanes en las tumbas —explicó Hades mientras continuaba—. Están separados del resto y tienen que ser tratados delicadamente. Su maldición es el sueño eterno.

Un Aire helado se pegó a mi piel mientras seguía a Seth y Hades, y aunque era extraño estar caminando dentro de tumbas, agradecía el cambio de temperatura. Mis ojos se ajustaron rápidamente. Las paredes de piedra estaban cubiertas de símbolos, muy parecidos a los que aparecían sobre Seth y sobre mi piel.

—Dormir no parece una maldición —dije.

—No podríamos manejarlos si todos estuvieran despiertos. —Hades continuó por el estrecho pasaje—. Sus poderes están debilitados en el Inframundo, pero si

estuvieran todos juntos, sería un problema.

—¿Entonces funcionan igual que los Olímpicos? —preguntó Aiden, quedándose cerca de mí—. Se alimentan del poder de otros.

—Sí. —Hades llegó a una pared y giró a la izquierda. La temperatura cayó otro par de grados mientras nos movíamos por pasadizos tallados en la piedra—. Cuando Perseo llegue arriba, conseguirá algunos de sus poderes. No por completo, pero será tan poderoso como cualquier dios menor.

«Cualquier dios menor» significaba que Perses sería poderoso. Quizás no al mismo nivel que Hades o Ares, pero no iba a ser ningún debilucho. La siguiente pared fue más grande, y se abrió a una cámara circular. En el centro había una pequeña piscina que olía débilmente a jazmín, recordándome a la que Aiden y yo habíamos nadado la última vez que estuvimos en el Inframundo.

Atrapé la mirada de Aiden y supe que él estaba pensando lo mismo que yo. Las comisuras de sus labios se elevaron, y yo me ruboricé.

—¿En serio? ¿Podéis estar más de cinco minutos sin lanzaros miradas ardientes el uno al otro? —Seth pasó junto a nosotros, ceñudo—. Me distrae.

Aiden sonrió, y entonces abrió la boca. Lo corté antes de que entráramos en otra batalla de ingenio que terminaría conmigo arrastrada bajo la piel de Prometeo.

—¿Cuántos Titanes tenéis aquí abajo?

—Todos los que quieren causar problemas. —Hades desapareció dentro de otro corredor, y yo suspiré, apurándome para alcanzarlo—. Unos cuantos están en los Campos Elíseos. Cronos y sus compinches están aquí.

Cronos era el padre de Zeus, Hades, y quién sabe cuántos dioses más. Un escalofrío bajó por mi columna. Hades mantenía a su propio padre prisionero en una tumba en el infierno. El vestíbulo era una entrada pequeña. Afortunadamente, no estuvimos allí mucho tiempo. Entramos a otra cámara, pero esa era diferente.

Estábamos en las tumbas.

Doce tumbas, para ser exactos. Pensé que era un extraño número. Doce Olímpicos. Doce Titanes sepultados. Estaban en una especie de cápsula, como contenedores, embebidos profundamente dentro de la pared de piedra. Una capa gruesa de hielo rojizo los cubría, revelando solamente una forma humanoide. Pero a simple vista, los Titanes eran altos.

Eran como gigantes.

—¿Sabéis que en realidad yo soy más viejo que Zeus? —preguntó Hades mientras colocaba la antorcha dentro del soporte en la pared—. ¿Igual que Poseidón, Deméter, Hera y así sucesivamente? Pero debido a que Cronos era un idiota, y nuestra madre solo quiso salvar a Zeus, el mundo piensa que el Hermano del rayo fue el primero en nacer.

—¿Cronos no se los había comido? —preguntó Seth.

Hice una mueca.

Hades rio.

—Toda esa basura de «tragarnos» es algo simbólico. Nos mantuvo cautivos hasta que nuestro pequeño hermano nos liberó. —Caminó a lo largo de las tumbas heladas, y sus ojos se estrecharon mientras se detenía en frente de una tumba en concreto—. Púdrete, papá.

Le lancé una mirada a Aiden, que sacudía lentamente la cabeza, pero entonces Hades se detuvo a la izquierda y lanzó un profundo suspiro.

—Hubo un tiempo en el que Perses no fue tan malo, y quizás los años lo cambiaron, pero no estoy asustado. —Él se giró hacia mí—: ¿Estás segura de que quieres esto, amor?

Mi vista se fijó en la tumba frente a él, y mi pulso aceleró.

—Como he dicho, no tenemos otra opción.

Hades me miró durante unos segundos y entonces se volvió hacia la tumba.

—Cierto, no la tenéis. —Puso su mano en el centro de la tumba. Quise retroceder, pero me obligué a permanecer en mi lugar. Estaba bastante segura de que si me ponía a correr solo conseguiría perderme, y Seth se burlaría de mí el resto de mi vida.

El hielo se estremeció, y una telaraña de grietas se formó bajo la palma de Hades, propagándose rápidamente desde el centro de la tumba. Seth y Aiden me flanquearon, y por primera vez, no se molestaron el uno al otro, si no que llevaron a cabo el mismo cometido; protegerme.

El hielo empezó a deshacerse, cayendo desde la tumba hasta terminar en pequeños trozos al suelo. En cuestión de segundos, el Titán apareció.

Perses era alto, casi 2 metros y medio, quizás más. Seguía metido en aquella tumba de una forma antinatural. Gruesas pestañas se deslizaban sobre sus mejillas de un suave color marrón. Su cráneo era liso, sin pelo, y sus rasgos eran angulares y exóticos, con los labios llenos, unos pómulos marcados, y un ceño perfecto y bien definido. Era hermoso, igual que el resto de criaturas divinas lo eran: inhumanamente perfectas.

En aquel momento, parecía estar muerto. Ni siquiera se movía el pecho, sin embargo, un aire de peligro lo rodeaba. No podía ni imaginarme cómo sería una vez libre.

Llevaba unos pantalones de cuero y una túnica estirada, sobre unos músculos duros y perfectos. Llevaba cadenas colgando de sus muñecas, adornadas con viejos símbolos que no reconocí.

—¿Qué os pasa a los dioses con el cuero? —murmuré.

Hades me lanzó una mirada divertida.

—Nos sienta genial.

Así era. No podía discutirle eso, pero lo sexys que eran los dioses no compensaba sus repugnantes y retorcidos modos de pensar.

—Última oportunidad —dijo Hades, mirándonos por encima del hombro.

Hubo una pausa, y luego Aiden dijo:

—Hazlo.

Con un leve movimiento de cabeza, Hades se volvió hacia el Titán y puso su mano en el centro de su pecho. Un brillo rojo irradió desde la palma del dios apoderándose de Perseo. No dijo ninguna palabra o realizó ningún ritual. Al parecer, Hades tenía un toque especial.

Hades retrocedió y se cruzó de brazos. No tuvimos que esperar mucho.

El Titán se estremeció una vez y entonces abrió los ojos. Intenté ahogar el grito, pero no pude. A diferencia de los Olímpicos, sus ojos eran brea negra, justo al contrario que los Olímpicos. Si yo creía que los dioses asustaban, los titanes eran mucho peor.

La mirada de Perses cayó sobre Hades y sus labios se elevaron.

—Tiene que ser una broma.

Levanté las cejas, sorprendida, al escuchar su profunda voz. Sin duda alguna, no me esperaba que eso fuera lo primero que dijera al salir del congelador.

Hades inclinó la cabeza a un lado mientras una lenta y perezosa sonrisa se extendía sobre sus labios.

—Hola, Perses, ¿cómo ha ido la siesta?

—Genial, imbécil.

Oh. Querido.

La columna del dios se puso rígida.

—Puedo ver que tu actitud es la misma que cuando te encadenamos dentro de esta tumba.

—Apenas pudisteis —se burló. El Titán examinó nuestro pequeño grupo de un solo vistazo y entonces fijó su mirada de nuevo en nosotros. La violenta sonrisa que apareció en sus labios se esfumó mientras sus ojos se estrechaban—. ¿Me despertáis para encontrar a un imbécil, un hijo de un semidiós y a dos Apollyons? Debo admitir que tengo curiosidad.

Me sorprendió ver lo bien que soportaba Hades los insultos.

—Necesitamos tu ayuda —me obligué a decir—. Esa es la razón por la que has sido despertado.

Una oscura ceja se elevó en un arco perfecto.

—¿Necesitáis mi ayuda? —El Titán echó la cabeza hacia atrás y rio tan profundamente que pensé que podíamos sentir temblar el suelo bajo nuestros pies. Al menos no intentaba matarnos—. ¿Mi ayuda? No puedo ni imaginarme qué clase de desastre está sucediendo para que los Olímpicos estén pidiendo la ayuda de los Titanes.

—Bien, verás... —Me aclaré la garganta y le di una rápida y poco precisa versión de los eventos. Me observó de tal forma que pensé que en cualquier momento me saldrían las tripas de debajo de la camiseta—. Sabemos que tú puedes prepararnos y que puedes...

—¿Causar que Ares pierda un poco de su seguridad? ¿Inquietarlo? —La risa de Perses hizo eco a lo largo de la caverna—. Me necesitáis como el «as» psicológico

bajo la manga.

—Básicamente —replicó Aiden.

El Titán ni siquiera lo miró.

—Debe de estar liándola grande para que Zeus haya permitido esto.

—Bastante. Tiene a los mortales al borde de una guerra. Los dioses prácticamente han dejado al mundo a su suerte. Personas inocentes están muriendo... —Me detuve mientras una mirada de aburrimiento se deslizaba en su expresión—. No te importa nada de esto. Vale. Genial. No necesitamos que te importe.

—Eso es bueno, niñita, porque no me importa.

Cogí aire. ¿Y si Perses se negaba? ¿Volvería de buena gana a su extraño cubículo de hielo?

—Necesitamos que nos ayudes a derrotar a Ares. Ya sabes, el dios de la guerra.

Perses jadeó.

—Él no es el verdadero dios de la guerra. Yo lo soy.

—Eso no es lo que él dice —agregó Seth, retomándolo donde yo lo había dejado.

—Dijo que nadie, en pasado o presente, puede derrotarlo —apuntó Aiden—. Quizás sea verdad.

Me obligué a encogerme de hombros.

—Si no quieres pelear con él o...

—Si dices que tengo miedo, es que no valoras tu vida, Apollyon. —Perses dio un paso hacia adelante, y un escalofrío recorrió mi columna—. No tiene nada que ver con el miedo.

—No creo que lo tengas. —Mi mirada se dirigió hacia Hades, que se mantenía del todo servicial—. Pero ¿no quieres la oportunidad de tener un mano a mano con Ares de nuevo?

Un músculo saltó en su mandíbula.

—La única razón por la que algunos de nosotros estamos aquí, esclavos de Hades, es porque nos engañaron —gruñó mientras lanzaba una mirada breve al dios silencioso—. Ares no es rival para mí. Nunca lo fue y nunca lo será.

—Entonces pruébalo. No tiene que importarte ninguno de nosotros —dije, casi rogando—. Si nos ayudas, Hades no te devolverá aquí. Te liberará en los Campos Elíseos.

Perses me miró un momento y entonces se giró hacia Hades.

—¿Es eso cierto?

—No me gusta. En realidad, creo que deberías ocupar el lugar de Prometeo.

Los ojos del Titán se estrecharon.

—Esa no es una respuesta.

Hades se cruzó de brazos.

—Si haces lo que se te dice y no causas problemas, serás liberado en los Campos Elíseos. Si no, encadenaremos tu trasero a una roca y te quitaremos la piel tira tras tira.

—¿Tú crees? —Levantó una ceja—. Me parece que tenéis suficiente con Ares y no tendrás tiempo para pasar una eternidad torturándome.

Hades se acercó, desplegando los brazos.

—Olvidas que Ares no tiene poder en mi reino a menos que yo lo permita, y él no puede entrar sin mi permiso. Ares puede destrozar el mundo, pero si nos traicionas, nos tomaremos el tiempo necesario para localizarte, y pasaré la eternidad regocijándome en tu sufrimiento.

—Pobre Perséfone. —Perseo bajó su nariz hacia el dios—. Debe de ser duro para ella si eso es lo que te pone.

Arrugué la nariz.

—Si su nombre brota de tu lengua bífida una vez más, la destrozaré —prometió Hades, su voz mortalmente baja.

¿Era su lengua bífida realmente?

Los labios de Perseo se curvaron en un lado.

—¿Qué? ¿No te gusta que hable de tu esposa? —Él nos miró—. ¿Es el secuestro una forma de matrimonio que esté de moda?

—Um... no —dije, sacudiendo la cabeza—. Está muy mal visto.

Las mejillas de Hades se tiñeron de color rojo.

—Eres realmente molesto.

—Ni siquiera he empezado.

Aiden suspiró y dijo tras un suspiro:

—Vale, nos estamos desviando.

—Sí —murmuré, cruzándome de brazos mientras observaba a esos dos, intentando matarse con la mirada.

Esto va sobre ruedas.

La voz de Seth se filtró entre mis pensamientos.

Mantuve mis ojos sobre el Titán.

No es tan... malo. Quiero decir, teniendo en cuenta quién es, ¿no?

Su respuesta me hizo sonreír.

Diría que hasta me gusta.

Cómo no.

—Entonces, dejadme estar seguro de que entiendo esto bien. —Aparentemente, Perseo había terminado de antagonizar con Hades—. ¿Os ayudo a prepararos para la guerra y lidero el ataque contra Ares, y seré devuelto a los Campos Elíseos de una pieza? Es necesario aclarar ese punto. Los Olímpicos sois unos mentirosos.

—Sí —dije, cambiando mi peso de una pierna a otra mientras su mirada se centraba en mí—. De una pieza, feliz y completo. —Fruncí el ceño. No parecía un tipo precisamente feliz—. O como prefieras estar.

Perses se echó hacia delante tan rápido que ni siquiera lo vi venir. Un segundo antes, estaba frente a Hades, y al siguiente estaba, imponente, ante mí. Ni Aiden ni Seth tuvieron oportunidad alguna de reaccionar.

—Júralo —dijo el Titán—. Y tendrás mi palabra.

—Lo prometemos. —Las palabras sabían como ceniza en mi lengua—. Lo juramos.

—Acepto...

La esperanza creció en mi pecho. Bien, aquello no había sido tan difícil.

Perses sonrió.

—Con una condición.

Oh. Intenté no mostrar mi desconfianza.

—¿Cuál es tu condición?

Su sonrisa volvió, y era hambrienta. Deseé que diera un paso atrás.

—Necesito algo fuerte para beber, y una mujer. Quizás dos.

Capítulo 16

Las Vegas.

Estaba en Las Vegas con un Titán que necesitaba emborracharse y tener sexo.

Santo infierno. ¿En qué momento de corta vida en la Tierra se había ido todo tan de madre como para que yo estuviera allí?

Si alguien me hubiera dicho, horas antes, que algo así estaría ocurriendo, les habría dicho que dejaran las drogas, pero Hades nos había dejado frente al Palm Place sin advertencia alguna. Sentía que mi estómago seguía en el Inframundo, mientras observaba el Sky Tube que conectaba el hotel con el casino.

No había estado nunca en Las Vegas. No mucho tiempo atrás, antes de «despertar» y que todo se fuera al garete, Aiden y yo hicimos planes, deseando que nos asignaran a un lugar como Las Vegas. Había una enorme (o solía ser enorme) comunidad de puros aquí, y eso significaba que habría daimons que apuñalar y todo eso. Pero no estaba segura de si la comunidad todavía existía o si habían huido a uno de los Covenants.

—Las Vegas —la voz profunda de Perses retumbó—. ¿Es como una zona de juegos Olímpicos?

Una sonrisa irónica tiró de los labios de Aiden mientras se giraba hacia nosotros pasándose una mano por el pelo.

—Las Vegas es, básicamente, un parque infantil para adultos.

El Titán sonrió.

—Entonces es un lugar perfecto para mí.

—Tenemos que conseguir sitio donde pasar la noche. —Seth miró el hotel iluminado—. Esto debería servirnos.

Hades nos había dado órdenes explícitas de encontrarlo aquí al mediodía del día siguiente; esperaba que fuera tiempo suficiente para que Perses hiciera, em, lo suyo. Mientras nos dirigimos hacia la entrada principal del Palms, pasamos junto a varios turistas mortales. El mundo se estaba desmoronando, pero por las abarrotadas calles y aceras atestadas, nada parecía haber cambiado allí.

Los mortales tenían una maravillosa capacidad de meter la cabeza en la arena, aun cuando el mundo entero se caía encima de ellos.

Les tenía envidia.

Perses pasó junto a dos universitarios que se reían y dejaron de hacerlo nada más ver al hombre de más de dos metros. Estaba segura de que había cosas más raras para ver en Las Vegas, sin embargo, tenía la impresión de que íbamos a llamar la atención.

Habíamos dado un paso cuando una cadena de maldiciones explotó detrás de nosotros. Me di la vuelta, igual que Aiden. Los dos chicos universitarios se empujaban uno al otro, peligrosamente cerca de la acera. Bajo los faroles brillantes,

sus rostros estaban rojos de ira.

Perses rio.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Eres tú, ¿no es así? Ya estás afectando a los mortales.

Se encogió de hombros y siguió caminando.

Eché un vistazo a Aiden, y compartimos el mismo pensamiento. Esto no va a ir bien.

El vestíbulo del Palms era opulento y tremendamente reconfortante en comparación con el brillo de fuera. Me quedé atrás mientras Seth se acercaba a la recepción. Sabía que estaba usando la coacción y no quise sentirme mal por ello. Miré hacia arriba, impresionada por el tamaño de la deslumbrante araña de cristal.

Aiden acarició con su pulgar mi mejilla. Al mismo tiempo, mantenía un ojo en Perses, que estaba vigilando a un grupo de mujeres jóvenes con vestidos cortos; el tipo de vestido que llevaría si tuviera la oportunidad.

Por otra parte, tras ver las cicatrices de mis piernas, dudaba de que nadie quisiera ser testigo de ese desastre.

Allí estábamos, de pie en Las Vegas, vestidos con nuestros uniformes de Centinela junto a un Titán gigante, con pinta de tontos en comparación con el resto de los clientes del hotel y del casino, que iban todos vestidos de forma lujosa.

Vale, me corrijo.

Los chicos podrían haber llevado bolsas de basura usadas, y seguirían siendo lo mejor que había por ahí. Cada mujer alrededor nuestro estaba boquiabierta ante la trinidad de ardientes hombres que me acompañaban. Yo, por el contrario, parecía que había salido de un escenario de *paint-ball*.

La mano de Aiden se deslizó sobre mi hombro mientras Seth regresaba, con varias tarjetas-llave en la mano. Sonrió.

—He conseguido el Pent-house A.

—¿Pent-house A? —Cogí la tarjeta, curiosa.

Salimos del vestíbulo y nos dirigimos hacia el ascensor justo cuando creí oír un golpe, como si una de las mujeres hubiera abofeteado a otra en la cara. Estábamos en la última planta, ocupando casi la mitad de la planta superior.

El Pent-house A tenía tres dormitorios y una sala de juegos. El lugar estaba increíblemente decorado. Era el tipo de habitación que ocupaban los asquerosamente ricos; exuberantes muebles, bar y nevera surtida, bañera de hidromasaje, televisores en los espejos del baño, y una vista impresionante de Las Vegas desde todas las paredes de cristal.

Perses y Seth escogieron una habitación, y el Titán desapareció inmediatamente en uno de los baños. No podía ni imaginarme qué pensaría de la tecnología moderna, pero parecía entenderlo, pues a medida que me acercaba a la puerta, oí la ducha.

Mirando por encima de mi hombro, vi a Aiden desapareciendo en la última habitación. Me aparté el pelo de la cara, mientras le seguía, vacilante. Seth estaba

tirado en uno de los sofás blancos, copa en mano. Había encontrado el licor bastante rápido. Arqueó una ceja cuando me vio, y el lazo se tensó en mi interior.

—¿Quieres un trago? —ofreció—. Es escocés. Lo he encontrado en el bar.

Emborracharme era probablemente la única forma de superar aquella noche, pero me negué.

—¿Qué vamos a hacer con él? —Señalé con la cabeza en dirección al pasillo que conducía al cuarto de baño.

—Déjalo que consiga lo que necesita para pasar la noche. —Seth rio mientras agitaba el líquido dorado dentro de su copa—. Mujeres y licor. Los fundamentales de la vida.

—No podemos dejarlo vagar por Las Vegas él solo. Pasó junto a dos chicos y casi han protagonizado un combate de lucha libre.

—No estaba sugiriendo eso. —Seth se terminó la bebida y se puso de pie—. Yo lo vigilaré.

No estaba muy segura de eso.

—¿Crees que es buena idea?

—Es mejor que estar aquí con vosotros dos. —Se acercó a mí—. Solo hay una delgada pared que separa las habitaciones. Creo que prefiero pasar mi noche divirtiéndome en los clubes de estriptis caros.

Puse los ojos en blanco.

—Qué agradable.

—Solo estoy siendo honesto.

—No tenéis dinero —sentí la necesidad de señalar.

Una carcajada se le escapó.

—¿De verdad crees que voy a necesitar el dinero?

Si cualquier hombre podría llamar la atención en un club de estriptis y sin dinero, sería Seth, pero eso no venía al caso.

—Aiden podría ir con él —argumenté.

Seth inclinó la cabeza hacia un lado.

—Uf, Ángel, ¿estás intentando pasar tiempo conmigo a solas?

Al oír la ducha cerrarse, me estremecí. Yo lo que no quería era estar aquí si Perses decidía salir sin ropa. Dudaba de que le importara la privacidad.

—Mira, solo estoy haciendo...

—No confías en mí. —Seth se apoyó contra la pared frente a mí. Cerca. Muy cerca—. Yo no lo haría si fuera tú.

Fruncí el ceño.

—Bueno, eso es una declaración poco tranquilizadora, Seth.

Se encogió de hombros mientras me miraba.

Frustrándome aún más, me giré al escuchar una puerta cerrándose en alguna parte de la *suite*.

—Sabes que está dentro de tu habitación, esperándote. Probablemente haciendo

flexiones o algo similar para no venir aquí y detenerme... —Inclinó la cabeza, de modo que su boca estaba a escasos centímetros de la mía—. Para que no esté así contigo.

Cogí aire mientras el lazo en mi interior se tensaba aún más.

Sus labios formaron una media sonrisa.

—Así que, ¿por qué no ayudas al Santo y regresas con él antes de que montemos otra escena?

Dando un paso atrás, me encontré con su mirada.

—No seas idiota.

—No seas un dolor en el culo. —Él recuperó la distancia, metiéndose en mi espacio personal, y por un segundo el malestar dio paso a una chispa de miedo—. Es mejor si salgo con Perses.

No entendía sus repentinos cambios de estado de ánimo. Mientras estaba en la celda, y después de que los gemelos malvados se hubieran ido, Seth había sido comprensivo y se había mostrado arrepentido. Pero el Seth al que quería golpear con una cuchara oxidada había vuelto.

¿Qué pasa contigo?

Lo intenté con el vínculo mental, esperando que aquello ayudara. Lo último que necesitaba era que los dos nos lanzáramos a la garganta del otro.

Sus ojos se ensancharon.

—No pasa nada.

Tonterías. Estás increíblemente temperamental.

—¿Increíblemente temperamental? —Seth echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

No tienes ni idea.

—Entonces cuéntamelo.

Seth parpadeó y luego se inclinó de nuevo, hablando lo suficientemente alto como para que todo el mundo lo escuchara.

—Realmente no estoy interesado en hablar contigo. ¿Otras cosas? Quizás. Ya sabes, por los viejos tiempos.

—Te has equivocado —dijo Aiden desde detrás de mí, apareciendo como un maldito fantasma—. No hacía flexiones para detenerme. Me entretenía visualmente con todas las diferentes maneras en que podría romperte la mandíbula. Así que de una maldita vez, retrocede.

Seth se rio mientras se apartaba de la pared, levantando las manos.

—Mira, todo lo que hacía era decirle que yo sería la niñera. Ella quería que me quedara y que tú fueras. No soy yo al que debes odiar.

Me clavé las uñas en las palmas.

Sé lo que haces, idiota. Estás intentando que me enfade aposta.

Seth me guiñó un ojo, pero luego la puerta detrás de él se abrió y Perses salió, contoneándose, vestido con un traje blanco.

Momentáneamente distraída, me moví para poder observarlo.

—¿De dónde has sacado el traje? Espera. No quiero saberlo.

Perses se rio mientras se revisaba en un espejo dorado. No llevaba camisa debajo de la chaqueta, y cuando se dio la vuelta, la impresión fue bastante... chocante. Hablando de ojos, en aquel momento parecían mortales.

—Así que el Apollyon hombre cuidará de mí. —Se acercó, poniendo una gran mano en el hombro de Seth—. Será genial.

Extraordinariamente, Seth no reaccionó a la mano del Titán.

—Vamos a divertirnos.

Había algo en la voz de Seth que decía que no iba a ser divertido. Me crucé de brazos, sintiéndome como una madre que sabía que su hijo estaba a punto de salir y desatar un infierno, pero no podía demostrarlo. No creía que Seth cogiera a Perses y volviera corriendo con Ares. Creía, con cada célula de mi cuerpo, que odiaba a Ares tanto como yo lo hacía, pero algo pasaba.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Perses, sorprendiéndome, mientras se giraba hacia el espejo y se arreglaba la chaqueta.

Aiden dejó lo que estaba haciendo a mis espaldas, y colocó una mano en mi espalda.

—Eso no es asunto tuyo —gruñó.

El Titán simplemente rio.

—Qué sensible es el puro, ¿no?

Seth resopló mientras se dirigía hacia la puerta. Al parecer, iba a llevar su uniforme de Centinela para su noche de fiesta. Las dagas y armas ya no eran visibles, pero sabía que las llevaba con él.

—No tienes ni idea —respondió.

—Sabes... —Perses nos enfrentó una vez más, y sus flamantes iris brillaron como si fueran de obsidiana pulida—. Podría eliminarte en menos de un segundo.

Me moví hasta situarme delante de Aiden. La inquietud en mi pecho creció y se duplicó cuando Aiden terminó frente de mí, los dioses saben cómo.

—Sé que puedes eliminarme con un chasquido de los dedos —dijo Aiden, su cuerpo tenso—. Pero aun así no es asunto tuyo.

La sonrisa en el rostro de Perses se amplió.

Forcé mis músculos a relajarse mientras daba un paso hasta ponerme al lado de Aiden.

—Ares lo hizo.

Perses ladeó la cabeza hacia un lado mientras su mirada se movió de mí a Aiden y de nuevo a mí.

—¿Supongo que esas no son tus únicas cicatrices?

Negué.

En la puerta, Seth había palidecido. Parecía querer salir corriendo. No podía culparlo. Yo también lo hacía.

—¿Cuán malo fue? —preguntó Perses.

No tenía ganas de hablar de aquello con nadie, y mucho menos con Perses, pero necesitábamos mantener al Titán feliz. Y si eso significa hablar de algo incómodo, que así fuera.

—Fue muy malo. Me pateó el culo con ganas.

Al Titán no le afectó la declaración, pero inclinó la barbilla hacia Seth.

—¿Dónde estabas tú cuando esto sucedía? ¿No están los Apollyons unidos si hay dos al mismo tiempo?

Seth no respondió inmediatamente.

—Yo no estaba allí para ayudarla —dijo, y esas palabras fueron como un viento helado cortante.

—Interesante. —Perses se encogió de hombros, colocándose la chaqueta de su traje—. Es una pena.

Fruncí el ceño, sin ver a dónde iba con esa afirmación.

—¿El qué?

—Lo que te hizo —respondió Perses—. Apuesto a que una vez fuiste hermosa.



Sentada en el sofá más cómodo conocido por el hombre, tomé la cena que Aiden había pedido al servicio de habitaciones después de que Perses y Seth salieran a hacer cosas en las que era mejor no pensar. Aiden se sentó a mi lado. El televisor estaba encendido, y estábamos intentando parecer normales, pero mi mente estaba en otra parte. Me sentía nerviosa, inquieta.

Aiden se rio suavemente, atrayendo mi atención. Una pequeña sonrisa tiró de mis labios.

—¿Qué?

—¿No has oído una palabra de lo que he estado diciendo, verdad?

Mis mejillas se sonrojaron mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento. Estoy distraída. ¿Qué decías?

—Honestamente, no era nada importante. —Él puso su plato vacío en la mesa de centro de cristal y se giró hacia mí. Cogiendo el plato de mis manos, repitió la acción y luego me miró—. ¿Estás bien?

Con alguien más me molestaría esa pregunta, pero viniendo de Aiden, me hacía quererle aún más.

—Estoy bien. En serio, no estoy mintiendo.

—Tienes algo en mente. —Él extendió la mano, apretando suavemente mi mejilla, provocándome un escalofrío—. Sigues siendo hermosa. Lo sabes, ¿verdad?

Una sonrisa más amplia tiró de mis labios.

—Lo que Perses dijo no es verdad. —Inclinó la cabeza, rozando sus labios con los míos. El tacto apenas fue notable, pero lo sentí en cada parte de mi ser—. Sigues

siendo tan bella como eras la noche que te vi de pie en ese almacén en Atlanta.

Puse mi mano sobre su pecho, besándolo de nuevo mientras su corazón saltaba bajo mi palma.

—Gracias, pero no es lo que Perses dijo lo que me está molestando. —Me aparté, mordiéndome el labio inferior—. Quiero decir, sí, soy tan superficial como la chica de al lado, y no me gusta escuchar eso, pero ya he aceptado que no voy a poder estar en un concurso de belleza nunca más.

—¿Qué está pasando entonces? —Aiden dio varios golpecitos en mi cabeza.

Al principio, no quise decir nada y simplemente disfrutar de aquel momento de tranquilidad con Aiden, pues dudaba de que tuviéramos muchos más momentos como ese durante mucho tiempo, pero no había razón alguna para guardarme las cosas. No importaba lo poco importante que fuera, se lo debía a Aiden.

—Simplemente, me parece extraño estar sentados aquí mientras está pasando todo eso. —Sacudí la cabeza, frustrada por cientos de razones diferentes. Incapaz de estarme quieta, me levanté. El suelo estaba frío bajo mis pies. Me dirigí a la ventana. Las Vegas de noche era como ver las estrellas en el suelo—. No tenemos infinito tiempo. Ares está haciendo los dioses-saben-qué en estos momentos. Nuestros amigos están en el Covenant y mira dónde estamos nosotros.

—Apolo está con ellos. Los mantendrá a salvo.

—Lo sé. —Apoyé la frente contra la ventana y dejé escapar un suspiro—. Y quién sabe en qué andarán metidos Seth y Perses. Viste lo que pasó, ¿no? Pasó junto a dos chicos y empezaron a pelearse. Eso y la encantadora personalidad de Seth es una combinación ganadora.

—¿Estás preocupada por el tipo de problemas en los que se estén metiendo? —preguntó, y lo oí levantarse.

—Sí. No. —Suspiré y me giré hacia él, apoyándome en el cristal—. Es ridículo que estemos haciendo esto. Perses va a causar problemas. ¿Y Seth? Dudo que realmente intente detenerlo.

Aiden se detuvo a unos metros de mí.

—¿Quieres que intentemos encontrarlos? ¿Tal vez seguirlos?

Inclinando la cabeza hacia atrás, cerré los ojos. Eso me parecía una idea razonable, pero...

—No. Seth me va a sentir al momento en que nos acerquemos a él, y no es... —Ahogué un gemido—. Algo pasa con él.

Aunque no dijo nada al principio, sentí su repentino cambio de interés. La tensión recorrió el aire, y el lazo se tensó muy dentro de mí.

—¿Crees que está tramando algo?

—Seth siempre está tramando algo. —Dejé que mis brazos cayeran a los lados y apreté mis ojos con fuerza hasta que vi pequeños puntos blancos.

—Sé que no tiene nada que ver con Ares. Es otra cosa. Puedo sentir... —Mi voz se apagó, mientras me daba cuenta. Entonces gemí en voz alta—. Maldita sea.

—¿Qué? —La voz de Aiden estaba más cerca.

—Me siento frustrada, inquieta y cabreada, pero no sé por qué. No soy yo. Estoy sintiendo a Seth a través de nuestro vínculo. Y sé que es raro y tú probablemente no siempre necesites saberlo, porque es peor que tener síndrome premenstrual...

Sin previo aviso, sentí los labios de Aiden tocar el centro de mi garganta, y me quedé sin aliento. Al abrir los ojos, mi mirada se cruzó con la suya.

—Dioses, eres tan silencioso como un ninja.

Un lado de sus labios se levantó, y sus manos se posaron en mis caderas.

—Entonces, ¿me estás diciendo que Seth no está en un buen estado de ánimo, por lo que estás sintiendo los efectos del mismo?

—Sí. —Tenía la boca seca. Atrapada entre su cuerpo y la ventana de cristal, sentí mi pulso acelerarse—. Ha pasado mucho tiempo desde que hemos estado tan cerca, me había olvidado de lo que eso provocaba.

Sabía que ese era el motivo por el que me estaba sintiendo ansiosa, pero también sabía que algo más estaba pasando con Seth. No podía asegurarlo y no quería que Aiden se preocupara sin motivo.

Sus manos se deslizaron por mis caderas hasta llegar a mi cintura.

—Entonces, ¿cómo podemos arreglar este problema?

—¿Arreglarlo?

Aiden dejó caer su frente sobre la mía.

—Seth puede estar en cualquier estado de ánimo que quiera estar, pero no hay razón para que tengas que sentirlo si hay algo que podemos hacer al respecto.

Estaba a punto de decirle que en realidad no era gran cosa, pero me acercó a él, mirándome mientras lo hacía, y no dije ni una palabra más.

—Tal vez necesitas una distracción —murmuró, cerrando los ojos, pero no lo suficientemente rápido como para que no viera la plata líquida que los envolvía.

Lo que yo necesitaba hacer era dejar de quejarme y disfrutar del tiempo de inactividad. Tal vez podíamos salir a hacer turismo. Casi me reí, pues aquello sería totalmente inapropiado, sin embargo, no quería estar en ningún lugar que requiriera compartir la atención de Aiden.

Pues el tipo de atención que Aiden me estaba dando en aquel momento era el tipo de atención del que estaban contruidos los sueños.

Obligándome a dejar escapar un largo suspiro, aparté todo de mi mente: Seth, Perses, y Ares. Aparté a un lado el hecho de que Aiden sería un esclavo en el más allá, y los pensamientos sobre las batallas que se avecinaban, y la incertidumbre de nuestro futuro. Quería estar allí con Aiden, porque él estaba allí conmigo. Me concentré en las deslumbrantes paredes rosadas de mi cabeza, esperando impedirle el acceso a Seth a lo que estaba sintiendo. No necesitaba que Seth espicara aquel momento.

—Una distracción estaría bien. —Estuve de acuerdo en lo que esperaba fuera un tono de voz serio.

Sus dedos se cerraron alrededor de mi costado. Me encerró en la calidez de su cuerpo y yo incliné la cabeza hacia atrás.

—¿Alguna idea?

Mi mente reprodujo algunas ideas realmente traviesas.

—¿Tal vez podrías darme un beso? Eso siempre parece distraerme.

—Hmm, podría hacerlo. —Bajó sus labios hasta los míos, y la electricidad recorrió mis venas. Fue esa chispa; la chispa que solo tenía con Aiden. Cuando levantó su boca de la mía, casi lloriqueé. El beso no fue lo suficientemente largo—. No estoy seguro de que esté funcionando.

Sacudí la cabeza, con el corazón acelerado. Puse mis manos en su pecho, agarrándome a su camiseta negra.

—¿Lo intentas de nuevo?

—Puedo hacerlo. —Movié sus manos por mi espalda, y luego sus labios presionaron los míos, persuadiéndolos hasta abrirse. El beso fue profundo, rompiéndome por completo. Me aferré a él mientras una de sus manos se aplastaba contra la parte baja de mi espalda y la otra se cerraba en mi nuca—. ¿Te ha distraído? —preguntó, con voz ronca.

Apenas podía respirar o mantenerme de pie por mi cuenta.

—Un poco.

—¿Un poco? —dijo, y su sonrisa me hizo estremecer—. Tendré que esforzarme más.

La mano de Aiden se desplazó más abajo, alrededor de mi cintura. Sus largos dedos se deslizaron bajo el dobladillo de mi camisa y me sacudí cuando tocaron mi piel.

—Sigo intentándolo —dijo, usando la mano en mi nuca para guiar mi cabeza hacia atrás y exponer mi cuello. Dándome diminutos besos en la garganta mientras su mano se deslizaba hacia arriba, curvándose por encima de mi pecho. Gemí su nombre y un sonido profundo salió de su garganta.

—Sigue intentándolo —dije, dejando que mis ojos se cerraran cuando sus labios besaron mi pulso.

Aiden murmuró algo y movió su cuerpo contra el mío, sacando de mí otro gemido entrecortado. En aquel momento, solo estábamos nosotros. Un segundo más tarde, mi camiseta aterrizó en algún lugar en el suelo, y noté el frío vidrio contra mi espalda. Deslizó un brazo alrededor de mi cintura y me levantó. Envolví mis piernas alrededor de sus caderas mientras él llevaba mi boca de nuevo a la suya.

Había algo crudo y salvaje en la forma en que me besó. Era una posesión, una reclamación en mi corazón y en mi alma. Se dio la vuelta, y en un poderoso movimiento atrapó mi espalda contra una pared cercana y presionó toda la longitud de su cuerpo contra el mío. Quería sentir su piel contra la mía, pero estando como estábamos, eso no sucedería.

Nuestras bocas chocaron, hambrientas y exigentes mientras enredaba mis dedos

en su pelo. La parte inferior de su cuerpo se mecía contra la mía, enviando escalofríos por todo mi cuerpo. Las marcas del Apollyon salieron a la superficie, haciendo a mi ya sensible piel sentir un hormigueo. Nos besamos como si estuviéramos ahogándonos uno en el otro, y cada vez que él rotaba sus caderas, sentía que me hacía pedazos.

—Dioses, Álex —dijo entre besos—. Nunca sabrás lo que me haces, cómo me haces sentir.

Me hacía una idea. Atraje su boca de nuevo sobre la mía. No sabía cómo era capaz de quitarme el sentido con sus besos y arreglárselas para caminar, pero lo hizo. Se dirigió hacia el dormitorio, con sus manos firmes sobre mis caderas. Mi espalda apartó el dosel de gasa y él me acostó en la cama. Su boca dejó mis labios y se deslizó hacia abajo por mi piel, seguida por sus manos.

Sentándome, le quité la camiseta y él rio cuando la lancé al suelo, fuera de nuestro pequeño mundo. El sonido trajo una sonrisa a mis labios, y él se quedó inmóvil sobre mí, con las rodillas plantadas a cada lado de mis muslos.

—Me encanta verte sonreír —dijo, ahuecando mi mejilla—. Y lo echo de menos cuando no lo haces.

Un nudo se formó en mi garganta mientras mis dedos trazaban las líneas duras y abultadas de su cincelado estómago.

—Echaba de menos esto.

Sonrió mientras se agachaba, poniendo la mayor parte de su peso sobre el codo, al lado de mi cabeza. Cuando me besó de nuevo, fue mucho más lento, pero no menos intenso o conmovedor que los anteriores. Me besó hasta que mi cuerpo ardió bajo el suyo, y luego se trasladó más abajo, deslizando los tirantes de mi sujetador por el hombro hasta deshacerse de él. Sus labios buscaron cada cicatriz (y había muchas), y nunca me sentí más hermosa de lo que me sentí en aquel momento.

Luego deshizo el botón de mis pantalones, y enganchó la cinturilla, deslizándolos, junto a otra prenda muy importante de ropa, por mis piernas. El aire era frío, pero no por mucho tiempo. Aiden volvió a mí, y yo conseguí desabrochar el botón superior de sus pantalones antes de que él comenzara a moverse hacia abajo.

No fue como la primera vez, cuando Aiden se había parado para pedir permiso. No dudó. Dejo caer un dulce beso contra el interior de mi muslo, y luego un rayo recorrió mi cuerpo. Incluso con el akasha no se podía comparar la sensación. Me rompí en un millón de pedazos deslumbrantes.

Cuando se levantó, lloriqueé.

—Condomes —dijo, metiendo la mano en el cajón de la mesita de noche. Me levanté para mirarlo—. Los encontré antes.

Me reí, aliviada al ver que íbamos a hacer de esto algo seguro, pues dudaba de que las inyecciones tuvieran efecto ya.

—Es genial que esté tan abastecida esta habitación.

—Deberías haber visto el resto de cosas que hay aquí. —Se acercó de nuevo a mí

y se me cortó la respiración mientras mi mirada caía un poco más abajo. Era absolutamente precioso—. Tal vez más tarde te lo muestre.

Mi curiosidad se despertó, pero Aiden me besó de nuevo y dejé de pensar en lo que habría en ese cajón. Mordisqueó mi labio, y lo abrí para él. Su lengua se deslizó en el interior, mientras flexionaba mis piernas y se situaba entre ellas. Su boca dejó la mía, viajando por mi garganta y entre mis pechos. Mi cuerpo se arqueó contra el suyo, hasta que viajó de regreso a mi boca.

—*Agapi mou* —murmuró, capturando mis labios en un beso abrasador mientras empujaba sus caderas.

No hubo más palabras, no con nuestros cuerpos moviéndose juntos, nuestras lenguas retorciéndose y nuestros corazones latiendo con fuerza. Le di la vuelta hasta dejarlo sobre su espalda. Sus músculos se tensaron y ondularon bajo mis manos. El fuego más dulce quemó a través de mí mientras me inclinaba hacia abajo, susurrando contra sus labios.

—Te quiero.

Aiden me giró de nuevo, de espaldas una vez más. Su cuerpo temblaba mientras se movía encima de mí, dentro de mí. Una tensión poderosa se apoderó de mi interior. Mi pecho se hinchó demasiado, peleando con los otros sentimientos intensos que había dentro de mí.

Minutos después, nuestra respiración seguía siendo rápida y pesada, Aiden besó mis párpados, mis mejillas, y luego mis labios entreabiertos. Entrelazó sus dedos con los míos, manteniéndolos a cada lado de mi cabeza, besándome suavemente.

—Te quiero.

Y entonces, empezó todo de nuevo.

Capítulo 17

Algo se estrelló contra el suelo y me despertó abruptamente. Me estiré en la cama, aferrándome a la sábana mientras mis ojos se adaptaban a la oscuridad. El dosel estaba quieto, pero mi corazón estaba acelerado y me sentí... me sentí ridículamente feliz. Como si todo en el mundo estuviera bien.

Lo que Aiden y yo habíamos hecho durante las últimas horas de la noche había sido estremecedor, pero aquello era diferente.

Aiden se movió, levantándose sobre sus codos.

—¿Qué pasa?

Antes de que pudiera pronunciar una palabra, lo que sonaba como un cuerpo pesado golpeando el suelo rompió el silencio.

—¿Qué demonios...? —Aiden sacó las piernas de la cama.

Me levanté, encontrando su camiseta en la oscuridad. Cayó hasta mis rodillas cuando me la puse. Cogí la daga de la mesita de noche, y para cuando llegué a la puerta del dormitorio, Aiden ya se había puesto los pantalones y llevaba una pistola en la mano.

Pero los pantalones no estaban abotonados y colgaban bajos, y bueno, con su pelo revuelto por el sueño y sus tallados abdominales a la vista, me distraje un poquitito.

Aiden atrapó mi mirada y sus labios se inclinaron hacia arriba. Me obligué a mirar hacia otro lado antes de que mandara al diablo lo que pasaba y saltara sobre él.

Ya fuera del dormitorio, nos dirigimos a la sala de estar. La abrió y entró primero, algo estúpido considerando que yo era el Apollyon, pero él era un chico.

Encendió la luz, se detuvo abruptamente y rio; una risa profunda y fuerte. La tensión disminuyó. Lo que fuera que estaba pasando no podía ser malo si él se estaba riendo.

Me asomé y mi boca se abrió.

Perses estaba tirado en el suelo, sin su chaqueta. Había marcas rojas en sus pantalones blancos, algunas de un carmesí oscuro. Otras eran de un rojo profundo, recorriendo su cremallera.

Una caja de albóndigas reposaba sobre su pecho, la mitad estaba en la caja de cartón y la otra mitad había rodado sobre sus abdominales.

El Titán alargó la mano, agarró una albóndiga de algún lado cerca de su ombligo, y se la metió a la boca.

—Estas cosas son tan condenadamente buenas.

No tenía palabras.

Seth se recostó contra el sofá. Sin zapatos. Sin camisa. Sus ojos color ámbar estaban vidriosos y desenfocados. La medio estúpida felicidad que sentí al despertarme cobraba sentido.

—Estáis completamente borrachos —dije, con los ojos muy abiertos.
Seth levantó una mano, con los nudillos rotos, magullados y en carne viva.

—No estamos... borrachos.

—Claro... —Aiden prolongó la palabra.

Luchando contra la sonrisa en mi cara, solté la daga.

—¿Qué les ha pasado a tus manos?

—Naaada —contestó Seth, riéndose.

Perses masticaba ruidosamente otra albóndiga.

Eché un vistazo a Aiden.

—¿Eso que llevas en los pantalones es sangre, Perses?

—Entre otros fluidos —contestó, y luego resopló.

—Asqueroso.

Aiden metió la pistola en la parte de atrás de sus pantalones y se cruzó de brazos.

—¿Asumo que no es tu sangre?

El Titán se rio.

Bien. Estaba empezando a preocuparme un poco.

—No es la sangre de un mortal, ¿vale?

Seth se puso de pie y se tambaleó hacia un lado. Se sentó (bueno, más bien se cayó hacia atrás) en el sillón.

—No. Nos encontramos con algunos daimons.

Me quedé mirándolo.

—¿Y decidieron entrar en una fastidiosa lucha cuerpo a cuerpo con ellos? Podrías haber utilizado uno de los elementos o akasha.

—Tu amigo tiene mucha agresividad reprimida —dijo Perses, recogiendo una albóndiga. Se incorporó a medias y tiró la albóndiga—. Me gusta.

Incluso borracho, Seth tenía reflejos de ninja. Atrapó la albóndiga con una carcajada. No tenía ni idea de qué decir.

—Vale, esto es muy entretenido, pero aseguraos de estar lo suficientemente sobrios mañana a mediodía. —Aiden se dio la vuelta, capturando mi mano libre—. Divertíos.

En la puerta de nuestra habitación, eché un vistazo por encima de mi hombro. Seth estaba inclinado hacia un lado, con los ojos cerrados y la expresión sin tensión alguna. Entonces noté que, al igual que Aiden, llevaba los pantalones desabrochados. Entre él y Perses, me pregunte cómo habían conseguido llegar a la habitación del hotel.

De vuelta en el dormitorio, con la puerta cerrada, Aiden sacó la pistola y la colocó en la mesita de noche.

—Wow —dije, sonriendo.

Él se echó a reír.

—No me esperaba eso.

—Yo tampoco.

Tras liberarme de la daga, él dio un paso atrás y me miró. Incluso en la oscuridad, pude sentir su intensa mirada.

—Sé que te lo he dicho ya, pero me gusta verte con ropa mía.

La calidez se esparció por mis mejillas, y el calor inundó mis venas.

—Bueno. Me gusta llevarla.

—¿Pero sabes qué me gusta más?

No tuve oportunidad de decir nada antes de que metiera los dedos bajo el dobladillo de la camiseta prestada y me la quitara. Cayó al suelo mientras estrechaba mis caderas, levantándose.

Los labios de Aiden rozaron los míos mientras hablaba, provocando una serie de temblores.

—Me gusta quitártela.



Hades apareció exactamente al mediodía, ni un segundo antes o después, y no hizo ninguna pregunta. Nos hizo aparecer de nuevo en medio del Covenant, y mientras yo estaba un poco mareada debido al método de viaje, parecía que Seth iba a devolver todo lo que había bebido la noche anterior. Eso explicaba por qué tenía el estómago revuelto de aquella manera. Bastardo.

Un segundo después lo confirmó:

—Creo que voy a vomitar.

Aiden le lanzó una mirada divertida.

—Qué poco aguante.

—Cállate —gimió Seth, agarrándose el estómago.

El aire ante nosotros resplandeció, y Apolo apareció, sobresaltándome lo suficiente como para dar un paso atrás. Mis ojos se estrecharon sobre él. ¿No eran los dioses capaces de ir andando a los sitios?

Vale. Si pudiera aparecerme para entrar y salir y evitar las escaleras, yo también lo haría.

Y probablemente obtendría el mismo placer que Apolo conseguía haciéndolo.

Hades dio un paso adelante, mirando a Perses antes de darse la vuelta hacia Apolo.

—Espero que tengas razón y esta idea funcione. —Le lanzó una sonrisa burlona al Titán, que tenía en su rostro una mirada más bien burlona—. El hijo de puta no merece una oportunidad, y lo sabes.

El sol parecía absorberse a través de la piel de Apolo mientras le lanzaba una mirada al otro dios.

—Que yo recuerde, no tenías otra sugerencia.

Hades sonrió.

—Sí la tenía. Cerrar el Inframundo y dejaros dar guerra. —Se encogió de

hombros—. No te gustaba esa idea. —Con eso, el dios desapareció.

—Nunca he sido un fanático de Hades. Idiota presuntuoso —murmuró Apolo.

Arqueé una ceja. Aquello era raro viniendo de él.

Los labios del Titán se curvaron hacia arriba.

—Sigues siendo un haz brillante de diversión, Apolo.

Apolo entrecerró los ojos.

—No empieces conmigo. Sabes lo que tienes que hacer. Y te prometo que, si nos causas algún problema, terminarás en la roca de Prometeo, con la excepción de que no será un águila la que te picotee.

—¿Qué sería entonces? —La curiosidad marcaba el tono de Seth.

La sonrisa de Apolo era escalofriante.

—Lo haría yo. Personalmente. Rasguño por rasguño con una cuchilla desafilada sumergida en veneno de cobra. Y luego, cuando haya terminado al final del día, te coseré, solo para empezar todo de nuevo al día siguiente.

—Wow —murmuré—. Ingenioso.

Perses no parecía impresionado.

—He oído peores amenazas.

Mis ojos se abrieron de par en par. A mi lado, Aiden escondió su sonrisa mientras se rozaba la barbilla con la palma de su mano. Seth tenía la mirada perdida en su rostro, como si imaginara lo que Apolo había dicho. No creía que fuera posible, pero se volvió aún más pálido.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Seth agitó una mano.

—Sí, perfectamente.

—Entonces, ¿dónde está el ejército que tengo que entrenar? —La impaciencia llenaba el tono de Perses—. Todo lo que veo son edificios y unos cuantos hijos de semidioses mirando a escondidas desde las esquinas. Espero que no sean estos vuestros guerreros.

Solté un bufido.

—No, no lo son. Son estudiantes. Nuestro ejército está entrenado. Están...

—Entrenados como Guardias y Centinelas, ¿verdad? —Perses rio burlonamente, y en cierto modo quise ver a Apolo sacando la cuchilla—. Pueden ser expertos cuando se trata de cazar daimons, pero ¿están suficientemente capacitados para pelear?

—Ellos no pelearán contra Ares —explicó Aiden, ganándose el interés del Titán—. Ares está fuertemente custodiado por soldados mortales, daimons, y autómatas.

Las cejas de Perses se unieron.

—Tu ejército debería ser capaz de defenderse contra dos de ellos. Los autómatas son harina de otro costal, simplemente hay que ser más rápidos que ellos. No veo para qué me necesitáis.

—Como Centinelas y Guardias, nunca hemos intentado trabajar juntos en grupos

de más de tres o cuatro. Nunca nos han entrenado en tácticas de guerra. Y yo te necesito —dije, odiándome por tener que decirlo—. Necesito que me prepares para enfrentarme a Ares. Ya has visto cómo me fue la primera vez.

Los ojos de Seth se tensaron.

—También tienes que prepararme a mí.

La probabilidad de dejar a Seth acercarse a Ares era tan baja como la mía de cocinar algo comestible. Abrí la boca, pero Aiden intervino.

—Yo también necesito que me entrenes para ello.

—Chicos, la última vez que lo comprobé, era yo la que se convertiría en el Asesino de Dioses. Y con el entrenamiento de Perses, podría convertirme en alguien que pudiera patearle el trasero.

—Eso no significa que no necesites respaldo —replicó Seth.

Deseaba que él se fuera a vomitar a algún lado. Tragué saliva ante el enfermo sentimiento filtrándose a través del lazo.

—Y no enfrentarás a Ares sola —agregó Aiden.

Y deseé que Aiden fuera con él para aguantarle el pelo.

Apolo puso los ojos en blanco.

—Chicos, en realidad Alexandria es mayorcita y no necesita dos chicos para defenderla.

Sonreí ampliamente.

—Exactamente.

Ni Aiden ni Seth parecían estar de acuerdo, y la mirada que Aiden me envió prometía que hablaríamos de aquello más tarde. Oh, claro que lo haríamos y no le gustaría el resultado. De ningún modo Aiden iba a estar a menos de cien metros de Ares.

Perses exhaló rudamente.

—Puedo pasar las mañanas entrenado a su ejército y las tardes trabajando con uno o los tres. En realidad no me importa cuántos, pero puedo decirlos esto. Ares habrá sentido mi presencia en el momento que he entrado en el reino de los mortales. Sabe que estoy aquí. Estará nervioso, pero cuanto más tardemos, más tiempo tendrá para reconstruir su confianza o traer más refuerzos. Atacamos inmediatamente, dentro de una semana, o perdemos nuestra ventaja. Porque si vosotros tenéis espías, él también.

Miré a Apolo. Perses tenía razón. No podíamos prolongar aquello. Necesitábamos movernos rápido, pero ¿estaríamos listos? ¿Estaría yo lista?

La mandíbula de Apolo se tensó, y luego asintió secamente.

—Dentro de una semana, el lunes, iremos a los Catskills y nos enfrentaremos a Ares.



Entrenar con Perses era como chocar con una pared de ladrillo, recuperarse, y

plantar la cara contra ella otra vez, simplemente por el gusto de hacerlo.

Habíamos empezado de inmediato con nuestro entrenamiento. Por supuesto, Aiden y Seth participaron. Era una pérdida de tiempo intentar convencerlos de lo contrario.

Al igual que cuando Seth y yo solíamos entrenar, atrajimos una audiencia de Centinelas, estudiantes y personal. Se corrió rápidamente la voz de que había un Titán en el campus, algo que la mayoría de las personas nunca pensó que verían. No podía culparlos por mirarnos embobados. Entre los que se agolparon alrededor de la sala más grande de entrenamiento en el edificio de atletismo estaban mis amigos.

Lo que era genial, pues no había nada como tener amigos y extraños alrededor para ver que te patean el trasero una y otra vez.

Y lo hacía.

Había golpeado el suelo acolchado más veces de las que podía contar, turnándome con Seth y Aiden, que no lo estaban haciendo mejor que yo.

Era el turno de Seth, y me tranquilicé mordiéndome el labio cuando mi coxis golpeó la lona.

—Creo que me he roto el trasero —me lamenté.

Sentado a mi lado, Aiden se acercó, frotando su mano a lo largo de mi espalda. El toque dolió al principio, pero el ardor constante empezó a aliviar mis músculos.

—Sí, ese ha sido un aterrizaje bastante desagradable.

Había empezado tan perfecto. Me había metido detrás de Perses que, por cierto, estaba desarmado, había dado una vuelta y saltado hacia arriba, apunto de estrellar una hermosa patada giratoria, cuando él se dio la vuelta y atrapó mi pierna, tirándome como una muñeca de trapo.

Mi trasero se había roto al caer.

Seth estaba en este momento acorralado en una esquina por Perses, esquivando los salvajes ataques del Titán. En teoría, teníamos una semana para entrenar antes de partir hacia las Catskills. Era un viaje de veintitrés horas en coche, y Marcus estaba reuniendo un billón de vehículos para el viaje.

El ejército en su mayoría necesitaba un entrenamiento táctico normal, ¿pero nosotros? Teníamos que abatir a Perses y tomar la delantera antes de que nuestro entrenamiento hubiera terminado. Sonaba fácil hasta que me di cuenta de que Perses era como Ares con esteroides. De cualquier forma, el lunes por la mañana nos íbamos, preparados o no.

Eché un vistazo hacia la puerta. Deacon buscó mi mirada y me guiñó un ojo. Le sonreí, y mi mirada siguió su camino. Varios puros nos miraban a Aiden y a mí. Aparentemente, un puro tocando mi espalda era más sorprendente que un Titán pateándole el trasero a un Apollyon.

Puse los ojos en blanco y me giré hacia el encuentro que se disputaba frente a nosotros. Metido bajo el brazo extendido de Perses, Seth se acercó por detrás al Titán, y al igual que yo había hecho, se preparó para dar una tremenda patada. Perses se dio

la vuelta y se agachó, cogiéndole el pie a Seth. Incapaz de mantener el equilibrio, Seth golpeó la lona de lado.

Perses echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Siguiente.

Cuando uno de nosotros caía, era el turno del siguiente. Aiden dejó caer su mano y se incorporó. Pasando a Seth, los dos idiotas intercambiaron sonrisas de superioridad.

Seth se dejó caer junto a mí. Lo miré.

—No sé por qué os miráis con cara de, yo soy superior a ti. A ambos os están dando duro.

Se encogió de un hombro.

—Eso no significa que tengamos que abrazarnos.

Volviendo mi atención a Aiden, lo observé ejecutar maravillosamente un gancho que no le costó nada evitar a Perses.

—Sabes que esto no tiene sentido, ¿verdad? Ninguno de vosotros tiene por que someterse a esto. Seré yo la que se convierta en el Asesino de Dioses. No vais a luchar...

—Estaremos luchando contigo —argumentó Seth, en voz baja. También observaba a Aiden y a Perses—. Solo porque seas el Asesino de Dioses no significa que puedas ir allí sola.

—No lo estaré. —Me estremecí cuando la patada de Perses alcanzó a Aiden en el muslo—. Estaré con Perses.

—Y eso es un respaldo. ¿Quién sabe lo que hará al final? Necesitas a alguien allí contigo. —Seth se inclinó hacia atrás, estirando las piernas—. Y ambos sabemos que Aiden sería una distracción.

Apreté la mandíbula.

—Aiden no estará conmigo.

Él soltó un bufido.

—¿Él sabe eso?

—Lo sabrá. —Lo miré—. Seth, deberíamos hablar de cuándo vamos a transferir el poder.

—No estamos hablando de eso ahora. De ninguna manera voy a dejarte ir a un cara a cara con Ares solo con Perses. Eso no va a pasar, y no voy a discutir contigo. Me necesitarás para que llevemos a cabo la transferencia de poderes —dijo, mirándome—. Además, no deberíamos hacerla hasta que estemos en las Catskills.

Abrí la boca, pero Aiden golpeó el suelo de espaldas y Perses gritó:

—¡Chica! ¡Tu turno!

Mirando a Seth por última vez, me puse de pie.

—Habla de esto más tarde.

Él arqueó una ceja.

Mientras pasaba a Aiden, se acercó, tiró del dobladillo de mi camiseta y luego

siguió su camino. Me detuve frente al Titán, bloqueando los músculos. En la puerta, Deacon silbó y gritó.

—¡Muéstrale lo que una chica es capaz de hacer!

Aparté los ojos de Perses un segundo para sonreírle a Deacon, y eso fue todo lo que hice. Por el rabillo del ojo, vi la mano de Perses acercarse a mí. En el último momento, me dejé caer. La velocidad con la que el puño de Perses pasó disparado junto a mi cabeza, revolvió varios mechones de mi pelo. Dioses. Si eso hubiera impactado contra mi cabeza, seguramente me habría noqueado.

—Nunca quites los ojos de tu oponente —dijo Perses, riendo entre dientes.

¿Cuántas veces me había dicho eso Ares cuando lo conocíamos como el instructor Romvi? Nada encendía mi interruptor de matar y mutilar como oír esas palabras.

Rodé hacia adelante y aparecí de pie detrás de Perses. Girando alrededor, esquivé su segundo golpe y me metí bajo su brazo. Sabía que era rápida, más rápida que Aiden, que era como un maldito ninja, y más rápida que los otros mestizos. Pero Perses era como Ares. La lucha estaba en su sangre. No había nadie en este reino mejor que ellos. Solo podía esperar ser su igual.

Pero no era el igual de Perses por el momento.

Al segundo que salté frente a él, anticipó el movimiento y me dio una patada en el estómago. El dolor explotó a lo largo de mi estómago, y me doblé en dos. Su mano se estrelló contra mi hombro, y perdí el equilibrio. Cayendo hacia atrás, golpeé las colchonetas con la espalda.

Perses estaba sobre mí. Una sonrisa adornaba sus labios.

—Asesino de Dioses o no, chica, él te ganará si peleas así. Y como ya sabes, no puede matarte, pero puede hacerte rogar por la muerte. ¿Eso es algo que quieras experimentar de nuevo?

La ira recorrió mis venas como veneno.

—Mi nombre no es «chica», y no, no es algo que quiera experimentar de nuevo.

La sonrisa abandonó su rostro.

—Entonces levántate, chica.

Encontrando su mirada, rodé a una posición sentada. Haciendo caso omiso al dolor, me levanté.

Capítulo 18

El miércoles estaba segura de que toda mi espalda estaba llena de marcas y azules. Era, literalmente, un gigante moretón andante y parlante. Aiden y Seth no estaban mucho mejor.

La noche anterior, cuando Aiden y yo nos metimos en la cama, estábamos demasiado doloridos y cansados como para quitarnos siquiera los pantalones.

Sobraba decir que Marcus había renunciado a que durmiéramos en habitaciones separadas. No es que tuviera sentido. Ninguno podía hacer nada aunque nuestros cuerpos se tocaran.

Al Ejército Asombroso le iba mucho mejor que nosotros. Eran cerca de un millar, aprendiendo tácticas básicas. Era como en los vídeos de campamentos de iniciación que recordaba haber visto en la televisión. Al parecer, Perses solo intentaba endurecerlos en vez de enseñarles las habilidades reales. Era peor que cualquier instructor del Covenant que hubiera visto nunca.

El Titán era un pozo negro de insultos.

Esa noche, después de un largo baño en una especie de mezcla de hierbas que Laadan me había dado, me senté en la cama, demasiado cansada para regresar a la zona común para comer.

Afortunadamente, Aiden era el hombre más maravilloso de todo el universo y me trajo un plato lleno de trozos de pollo y patatas fritas a la habitación.

—Bonita camiseta —comentó, empujando la puerta con la punta del pie para cerrarla.

Me miré, sonriendo.

—Lo siento.

Él se echó a reír mientras se acomodaba a mi lado, colocando la bandeja entre nosotros.

—Como ya te he dicho cientos de veces antes, me gusta que lleves mi ropa.

Un rubor cubrió mis mejillas.

—Estaba demasiado cansada como para ponerme unos pantalones.

Mirándome a través de sus pestañas, sonrió.

—No voy a quejarme. —Cogió una lata de refresco, la abrió y me la entregó—. He perdido la batalla de voluntades con Deacon.

—Oh, oh.

Deacon quería viajar con nosotros a Nueva York. Sentía que, dado que había sido el que bautizara a nuestro ejército, era una especie de mascota oficial o algo así. Por supuesto, Aiden no estaba contento con eso, y no podía culparlo. Deacon estaba más seguro aquí. ¿Quién sabía lo que nos encontraríamos en el camino, y lo que encontraríamos en Nueva York una vez que llegáramos allí?

—Le he dicho un millón de veces que me sentiría mejor si se quedara aquí. — Quitó el rebozado, lo que me hizo sonreír—. Pero no voy a ganar esta batalla.

—Probablemente escape con nosotros, de todos modos. —Mordí la mitad de mi pollo, con rebozado y todo—. Y está preocupado, ya sabes. No es solo por ti, sino por Luke también.

—Lo entiendo. —Arrojó el pollo en el plato—. Eso no significa que me tenga que gustar.

Lo vi eliminar meticulosamente más rebozado y suspiré.

—¿Hablando de no querer que la gente se haga daño y de mantenerlos seguros? Tenemos que hablar de eso.

Él miró, dejando a un lado la tarea que estaba llevando a cabo.

—¿Detalles?

Terminándome el pollo, di un sorbo antes de continuar.

—No te estoy pidiendo que te quedes detrás, porque quiero que vengas conmigo. Y sé que no lo harías de todos modos.

Aiden bajó la pieza de pollo, inclinando la cabeza hacia un lado.

—No lo dudes.

—Pero necesito que sepas que no puedo enfrentarme a Ares contigo a mi lado — solté, para que no pudiera decir lo que iba a decir—. Sé por qué quieres estar ahí, y respeto eso. Infiernos, te quiero por eso. Pero Ares va a ir a por ti nada más verte.

Dejó caer el pollo.

—Álex, estás pidiéndome un imposible.

—No, no lo estoy. —Busqué su nublada mirada gris—. Te amo, Aiden. Te quiero más que a nada. Y el hecho de que quieras estar allí conmigo es increíble. Pero no puedo tenerte allí. Ares sabe lo mucho que significas para mí, y serás una distracción. Odio decir esto, pero es la verdad.

Un músculo comenzó a palpar en su mandíbula.

—No estoy seguro de si me tengo que sentir insultado por eso.

—¡No lo hagas! —Me resistí a la tentación de tirar un pedazo de pollo contra su rostro—. Mira, entiendo que la idea de que yo entre ahí sin ti...

—¿Me hace sentir mal?

—Bueno, sí, eso, pero tienes que entender esto, porque te quiero y no quiero tener que preocuparme de que Ares se apodere de ti.

El músculo estaba realmente tenso en aquel momento.

—Te quiero, es por eso que pedirme que te permita hacer esto sola es una locura.

Luchando por tener paciencia, me metí un puñado de patatas fritas en la boca antes de continuar.

—No voy estar sola. Seth estará allí.

—Ah, ¿y se supone que eso me hará sentir mejor?

—No es que no haya intentado hacerle cambiar de opinión. —Mis ojos se estrecharon—. Pero es un Apollyon.

—Y yo soy un Centinela capacitado que puedo manejarlo —espetó—. Y, además, ¿crees que voy a estar más seguro con el ejército?

—Si pudiera, no estarías allí, pero no te estoy pidiendo que hagas eso. Me sentiré mejor sabiendo que no estás cerca de Ares. —Limpiándome las manos, me crucé de brazos—. Y sé, en el fondo, que lo entiendes.

Silencioso, cogió la bandeja y se levantó, colocándola en el pequeño escritorio. Se volvió hacia mí y frotó ambas manos por su cara. Una mueca de dolor arrugó su rostro mientras bajaba sus brazos.

—Álex...

—Es la misma razón por la que no quieres que Deacon venga con nosotros, pero estoy esperando, más bien rezando para que me escuches. —Me senté sobre las piernas y puse la camiseta sobre ellas—. Además, me lo debes.

—¿Lo hago? —Se acercó a la cama.

Asentí.

—Sí. ¿Todo el asunto del alma y de Hades? No necesito que mueras la semana que viene y termines siendo un secuaz de Hades por toda la eternidad.

—No voy a morir, pero te das cuenta de que con el ejército no estaré exactamente seguro.

La esperanza se desató en mi pecho.

—Pero sé que puedes salir con vida de eso. Sé que lo harás. —No podía creer otra cosa. La verdad era que formar parte de ese ejército era peligroso, pero estar allí contra Ares era suicida.

Aiden se acostó a mi lado.

—No me gusta esto.

—No tiene que gustarte. Al igual que no me gustaba la idea de que renunciaras a tu alma. Todo lo que tienes que hacer es entenderlo.

En el momento en que esas palabras salieron de mi boca, me di una palmadita en el hombro. Había momentos en que mi madurez me sorprendía.

Se giró sobre su espalda, descansando sus manos sobre su vientre plano. Tenía los ojos cerrados, y espesas pestañas rozaban la parte superior de sus mejillas. El músculo de su mandíbula vibraba como un colibrí, pero mientras lo observaba, se ralentizó. Aiden cogió aire, el temblor se detuvo y por fin abrió los ojos.

Eran una sombra suave de color gris, cuando se encontraron con los míos.

—No estoy de acuerdo con esto. Lo odio, Álex, pero lo entiendo. Si fuera al revés, no te querría cerca de él. Diablos, no te quiero cerca de él, pero tienes que hacerlo. Así que sí, me quedaré con el ejército.

El alivio recorrió mis músculos. Me incliné sobre él, besando su mejilla.

—Gracias. Sé que no es fácil para ti, así que te lo agradezco.

Se dio la vuelta poniéndose de lado, con la cabeza apoyada en su codo. Acercándose, acarició mi pierna, desviándose hacia un moretón desagradable.

—¿Cuando vais a hacer la transferencia de poder?

—Buena pregunta. —Ahora que había solucionado una cosa, ya era hora de averiguar el siguiente problema—. Él quiere esperar hasta que estemos en las montañas Catskills.

Sus cejas oscuras se levantaron.

—¿Por qué?

Negué.

—Realmente no lo sé. Dijo algo sobre el poder siendo difícil de manejar, por lo que tal vez piense que voy a romperme y, no sé, empiece a aniquilar a todos.

Aiden se echó a reír.

—Eso es ridículo.

—Sí, lo sé. Sin embargo, la única alternativa es sujetarlo y hacerlo yo, y no veo que vaya a ir bien.

Él arqueó una ceja.

—No tengo ningún problema con esa idea. Con mucho gusto lo aguantaré.

Una sonrisa tiró de mis labios.

—Eres terrible.

—Solo quiero ser útil.

Besé su mejilla y luego me senté.

—Intentaré hablar con él de nuevo. Yo creo que deberíamos hacerlo pronto, antes de irnos a Nueva York.

—Estoy de acuerdo. —Sus dedos jugaron con el dobladillo de la camiseta prestada.

En los momentos de tranquilidad que siguieron, me incliné y lo besé de nuevo, por tercera vez.

—Para la buena suerte —le susurré—. Vamos a la guerra.

Sus pestañas se cerraron.

—Así es.

—¿Alguna vez pensaste que estarías en esta situación? —Puse mi mano sobre su suave mejilla, y él presionó contra ella—. Yo nunca, ni en un millón de años —admití.

—Yo tampoco. —Presionó su mano sobre la mía, manteniéndola allí—. No creo que ninguno de nosotros hubiera predicho esto.

Me mordí el labio. En aquel segundo, me sentí increíblemente... joven. Quería la tranquilidad de Aiden.

—¿Crees que va a mejorar después? ¿Volverá a la normalidad?

—Lo creo. —Me besó en la palma de nuevo—. Vamos a hablar de cosas menos deprimentes. ¿Todavía crees que le pasa algo a Seth?

Me eché a reír.

—¿Es esta una mejor conversación para ti?

—Quizás. —Él sonrió un poco, y mi corazón saltó en el pecho—. ¿Y?

Fui a responder, pero llamaron a la puerta. Al instante me eché la colcha sobre las

piernas. La puerta se abrió y Deacon apareció, sin ni siquiera esperar una invitación.

La mata de rizos rubios rebotó cuando saltó a los pies de la cama.

—¡Hola, chicos!

Aiden se incorporó lentamente.

—Hola, Deacon. ¿Eres consciente de que es costumbre esperar hasta que alguien abra la puerta o diga «pasa»?

—No es que esté interrumpiendo algo. Todavía tenéis la ropa puesta.

Me eché a reír.

—Él tiene razón.

Aiden me lanzó una mirada de «no estás siendo útil».

—Entonces, ¿qué pasa, Deacon?

—Marcus os está buscando. Está en la sala común, así que pensé que sería mejor venir yo, por si estabais ya desnudos. —Guiñó un ojo, y yo sofoqué otra risita—. De nada.

Gimiendo, Aiden se sentó.

—Vale. Tienes razón en esto.

—Ya me lo parecía. —Cuando su hermano se puso de pie, Deacon se tiró en la cama, haciendo que rebotara—. Marcus quiere hablar sobre el Consejo o alguna mierda aburrida como esa. Su amada quiere hablar de los planes de reconstrucción. Por otra parte, en cierto modo dividí la conversación.

Mis cejas se levantaron. Había un asiento libre en el Consejo que hubiera pertenecido al padre de Aiden. Dado que Aiden nunca había tomado el puesto, se dejó abierto, algo que había marcado a Aiden. Sabía que su padre hubiera querido que siguiera sus pasos en lugar de convertirse en un Centinela.

Aiden se pasó una mano por el pelo.

—Muy bien. Bueno, esto será interesante.

Su hermano soltó un bufido.

—Me quedaré aquí y le haré compañía a Álex.

—Vale. —Aiden se acercó al borde de la cama y me besó en la mejilla—. Vuelvo en un rato.

Lo despedí y lo vi salir. Entonces miré a Deacon. Mis cejas se levantaron mientras sus dedos volaban sobre el teclado del móvil.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Espera. —Pocos segundos después, la puerta se abrió de nuevo y Luke y Olivia entraron. Deacon echó la cabeza hacia atrás, sonriéndome—. ¿Fiesta de pijamas?

Me reí mientras los saludaba.

—Me parece una gran idea.

Olivia se deslizó a mi lado, mientras que Luke se extendía al otro lado de la cabecera de la cama. Alargó la mano, agarrando el mando a distancia.

—Puede que en unos días nos vayamos a la guerra, pero eso no significa que seamos demasiado viejos para una fiesta de pijamas.

—Muy cierto. —Cogí la almohada que Luke me dio y me acurruqué.

Los cuatro miramos una película horrible hasta bien entrada la noche. Fue uno de los momentos más relajantes que había tenido en mucho tiempo. Cuando se levantaron para irse, me senté, manteniendo la almohada contra mi pecho.

—Prometamos algo —dije.

Tres pares de ojos se posaron en mí.

—¿Qué? —preguntó Olivia.

Me sentí un poco cursi por lo que iba a decir, pero... ¡qué demonios!

—Cuando todo esto termine, haremos esto por lo menos una vez a la semana. No importa lo que estemos haciendo o dónde estemos.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Olivia.

—Esa es una promesa que voy a adorar.

—Lo mismo digo —coincidió Luke, dejando caer su brazo sobre los hombros de Deacon.

Sintiéndome bien al hacer planes para hacer algo normal, me quedé dormida y no me desperté hasta que sentí a Aiden caer en la cama junto a mí. Levanté la cabeza mientras deslizaba un brazo alrededor de mi cintura.

—¿Cómo ha ido todo con Marcus?

—Bien. —Me besó en la mejilla y me acercó a él—. Quiere que yo tome mi asiento en el Consejo cuando haya terminado todo...

Me lo había imaginado.

—¿Qué piensas?

Aiden se quedó en silencio un rato.

—Podría hacer cosas estando en el Consejo, podría ayudar a hacer lo correcto, sobre todo cuando el Elixir deje de funcionar para el resto de los mestizos. Es solo que...

No terminó. El sillón en el Consejo era un montón de cosas para Aiden, era más que una responsabilidad. Me giré, quedando de frente y me acurruqué, moviéndome para que mi cabeza estuviera bajo la suya.

—No tienes que tomar una decisión ahora. Tienes tiempo.

—Tienes razón. —Su mano se deslizó por mi columna vertebral y quedó allí—. Tenemos tiempo.



El viernes, tras otra sesión de entrenamiento agotador, fui cojeando a la oficina del decano. Nuestro entrenador se marchaba a la mañana siguiente. No había mucho que discutir. Así lo hizo Seth. Las únicas veces que había sido llamada a la oficina del decano en el pasado, era porque había hecho algo que estaba a punto de meterme en problemas, y esas reuniones por lo general terminaban en insultos.

Como el día que amenacé a Seth con cortarlo en dos con una daga de Marcus.

Tuve que sonreír ante ese recuerdo.

Dejándome caer en una silla vacía, eché un vistazo alrededor de la habitación. Marcus estaba detrás del escritorio, con Diana junto a él. Aiden y Solos estaban a nuestro alrededor como dos halcones, ambos con expresiones intensas que me dijeron que aquella iba a ser una conversación seria. Incluso Apolo estaba allí. En este momento, miraba embelesado un objeto en el escritorio de Marcus. Miré a mi alrededor una vez más, con el ceño fruncido.

¿Buscando a Perses?

Seth me miró desde donde estaba apoyado contra la pared.

La última vez que lo vi, se dirigía a una habitación vacía con dos puras.

—¿Qué? —grité en voz alta antes de que pudiera detenerme.

Varios pares de ojos se posaron en mí, y Seth sonrió. La mirada de Aiden se centró en los dos, y empecé a sospechar que estábamos a punto presenciar una repetición de cómo amenazar a Seth.

Apolo soltó la bola de plata y se giró. Una amplia sonrisa estalló en su cara.

—¿Acaso nadie os ha dicho que es de mala educación comunicarse telepáticamente mientras otros están presentes? —dijo Marcus, cruzando las manos sobre el escritorio.

Apreté los labios.

—No, en realidad, nadie nos lo ha dicho.

Sonrió con fuerza.

—Bueno, pues te lo digo ahora.

Atrapada, dijo Seth.

Agarrándome a los bordes de la silla, me quedé mirando al frente.

Te odio.

—Bueno, ¿a qué se debe esa reunión? ¿Qué pasa?

—¿Aparte del hecho de que Perses está aquí?

Apolo recogió una bola de plata y la soltó de nuevo.

Oh, Dios mío...

La mirada de Marcus se volvió sospechosa mientras rebotaba entre Seth y yo.

—Solos hablaba de estrategias de batalla con Perses. Nos dimos cuenta, ya que vosotros dos jugáis un papel en este lío, de que sería inteligente que estuvierais en estas reuniones.

Seth dio un paso hacia delante y se dejó caer en el asiento de al lado.

—¿Qué hay que discutir? Por lo que entiendo, es bastante simple. El ejército atacará la puerta principal, mientras que Álex y yo entramos con Perseo.

Perses había discutido su plan con nosotros el día anterior. Aiden seguía entrenando a pesar de que había accedido a permanecer con el grupo más grande una vez que lanzáramos nuestro ataque contra Ares.

Apoyando su cadera contra el escritorio, Solos señaló un mapa del Covenant de Nueva York, un mapa mucho mejor que el que Atenea había creado.

—En realidad no es tan simple. Tenemos que encontrar una manera de infiltrarnos. Estoy seguro de que recordáis lo bien vigiladas que están las Catskills. Pasar las vallas del principio no será problema. El muro es otra historia.

Una sonrisa insolente torció los labios de Seth.

—Hay una brecha en el muro este. Se lo he dicho a Perses. No es un enorme agujero, pero es lo suficientemente grande como para que una persona se deslice a través de él. A menos que Ares esté interesado en trabajos de albañilería, dudo que haya sido reparado.

—Es poco probable que Ares deje la brecha sin vigilancia —dijo Aiden, sus ojos de un gris acerado—. No creo que podáis simplemente colaros y ya.

Esa sonrisa en la cara de Seth creció.

—No tenía la intención de colarme.

—Vale —suspiré, interrumpiéndolos antes de que una batalla de voluntades estallara—. Así que vamos a tener que explorar la primera pared. Podemos...

—¡Apolo!

El dios miró hacia arriba. En sus manos, las bolas de Newton se golpeaban entre sí una vez más.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Qué? —Le disparé una mirada molesta—. En serio. ¿Nunca has visto esas bolas plateadas antes? Cada vez que se mueve la primera bola, ese movimiento pasará a las siguientes.

—No. —Su mirada volvió a ellas—. La gravedad es genial.

—Oh, mis dioses —me lamenté, desplomándome en el asiento—. Me duele la cabeza.

Apolo soltó la bola de plata, una vez más, y luego colocó el soporte en el borde del escritorio de Marcus.

—¿Me imagino que viajarás con el ejército el sábado? —le preguntó a Solos. Cuando el mestizo asintió, miró a Aiden—. ¿Tú viajarás con Álex?

—¿Es necesario hacer esa pregunta? —respondió Aiden, poniendo sus manos sobre el escritorio e inclinándose hacia delante.

Apolo se encogió de hombros.

—Yo iré con el ejército también —anunció Marcus, sentado en la silla.

Diana se aclaró la garganta con delicadeza.

—¿Si se me permite hacer una sugerencia? —Mi tío asintió y sonrió—. Creo que se te necesita más aquí, Marcus.

Sus ojos se volvieron cristales verdes.

—Me necesitan en las Catskills.

—Sé que te sientes así —empezó de nuevo, con paciencia y con entendimiento—. Eres un Centinela en el fondo, Marcus, pero hay mucho que tenemos que hacer. Más que enfrentar.

—Tiene razón —dijo Apolo, al parecer, dispuesto a contribuir a la conversación

—. La reconstrucción es tan importante como la guerra, y ese proceso comienza mucho antes de que la guerra haya terminado.

La mandíbula Marcus se tensó.

—Estarás aquí, Diana, además de otros miembros del Consejo que han sobrevivido.

—El Consejo está en ruinas, Marcus. Te necesitamos aquí, y te necesitamos vivo para ayudar a reconstruirlo todo después de que todo termine —argumentó Diana, y no pude dejar de preguntarme si algo más profundo dirigía su convicción. Si era así, no la culpaba. Me gustaría cortarme el brazo izquierdo si con ello convencía a Aiden de que se quedara—. Te necesitamos aquí.

Varios asintieron, y Marcus se puso rígido en la silla.

—Soy un Centinela entrenado. Tengo activos que serán de...

—Lo sabemos. —Fue Aiden el que habló—. Pero tengo que estar de acuerdo con Diana. Tenemos este tema cubierto.

—Así es —confirmó Solos—. La derrota de Ares no significa nada si no podemos lidiar con el caos que vendrá después. Y habrá caos. Muchos Covenants serán destruidos o gravemente dañados, y Consejos enteros serán aniquilados. Tendremos mestizos saliendo del estupor del Elixir y fuera de la servidumbre. Necesitamos un líder, uno fuerte.

Una sonrisa orgullosa cruzó mis labios. Marcus sería un gran líder. Ya lo era. Podía verlo en el papel de Ministro Jefe, sin ninguna duda. Marcus podía actuar como si tuviera un palo metido en un lugar innombrable la mayoría del tiempo, pero sería justo y equitativo. Estricto, pero siempre haría lo correcto para los puros y mestizos.

Nuestros ojos se encontraron, y no sé lo que vio en mi expresión, o si mi sonrisa tuvo algo que ver con lo que hizo a continuación, pero me gustó pensar que así fue.

Marcus se pasó una mano por la frente, suspirando profundamente.

—Quiero estar ahí, pero... tenéis razón. Tengo que quedarme aquí.

—Bueno, ahora que está todo arreglado, creo que me voy a encontrar algo suave para descansar. —Seth se levantó de la silla, sus movimientos no tan fluidos como era normal. Me miró, y un brillo travieso llenó sus ojos de color ámbar—. ¿Quieres venir conmigo?

Rodé los ojos.

La molestia brilló en los ojos de Aiden, convirtiendo su color en un gris tormentoso mientras se apartaba de la mesa y se enderezaba.

—Muy divertido.

Seth le guiñó un ojo mientras se alejaba.

—Oye, solo soy un caballero.

—Vete a otro lado, entonces —respondió Aiden.

Riendo, Seth salió mientras yo negaba con la cabeza. Aunque Seth y yo habíamos sido más que amigos en algún momento y nuestros sentimientos eran profundos, estaba cien por cien segura de que Seth solo quería que Aiden se enfadara.

Una vez fuera, la conversación se movió de nuevo al Consejo, y mi interés desapareció. Levantándome de la silla, salí de la oficina tras decirles que me dirigía a mi habitación. Veía otro baño de hierbas en mi futuro próximo. Tenía dos sesiones de entrenamiento con Perses aún pendientes, y aunque estábamos mejorando, ninguno lo había derribado.

Aún.

Uno de nosotros tenía que conseguirlo antes de irnos a las Catskills.

Había llegado a la mitad de las escaleras cuando Apolo se apareció ante mí, sobresaltándome. Me hice a un lado y perdí el equilibrio. Tambaleándome en el borde del escalón, tuve una visión de los huesos de mi cráneo hechos añicos. Me agarró del brazo, deteniendo la caída.

—Dioses. —Me quedé sin aliento, agarrándome a la barandilla con la mano libre—. ¿Es necesario hacer eso?

—Estás bien. —Dejó caer el brazo—. Tenemos que hablar.

Me apoyé en la barandilla y lo miró con ironía.

—¿Qué? ¿Te has cansado de las bolitas?

Sus labios se inclinaron hacia las esquinas.

—¿Por qué no has cogido el poder de Seth todavía?

—Quiere esperar hasta que lleguemos a las montañas Catskills. —Hice una pausa mientras sus ojos se estrechaban—. Mira, intentaré conseguir que lo haga antes de irnos, pero...

—Seth no quiere hacerlo, y estoy seguro de que es porque no está seguro de poder dejar que lo hagas. —Apolo maldijo, y el malestar floreció en el fondo de mi vientre—. Esto podría ser un problema potencial.

La inquietud dio paso a la irritación. Pinchándome la piel y agujereándome las entrañas.

—Sabes, me encanta la forma en la que entras y sales cuando quieres y ofreces poca o ninguna respuesta. Nada realmente útil, pero madre mía, ¿que puede haber un problema, dices?

La expresión de Apolo se convirtió en una mueca, pero yo estaba en racha. No me detendría ahora.

—Sabes, todo esto es una mierda. Lo dije antes y lo diré de nuevo, Ares es tu problema. Es un problema de los dioses. —Abrió la boca, pero continué—: ¡Y no te atrevas a decir que es problema de Seth! Ares creó este lío hace años cuando comenzó esta mierda con Solaris y el Primero. Pero no hicisteis nada entonces, ¿verdad? Enviasteis la orden de matarlos en vez de llegar al fondo de lo que estaba sucediendo.

—Álex...

—Y ahora está sucediendo de nuevo. Vamos a la guerra por ti, por los dioses. La gente va a morir. ¡Mis amigos y la gente que quiero podría morir! ¡Yo podría morir! —Mi voz se quebró, y di un paso hacia delante. Sentía la garganta en llamas—. No lo

he olvidado, Apolo. Sé que podría morir cuando todo termine.

Él puso una mano pesada en mi hombro y lo apretó.

—Te lo prometo, Álex, no importa lo que pase, cuidaré de ti. Ya te lo dije, y siempre cumplo mis promesas.

Un nudo en mi garganta me dificultaba el hablar. La probabilidad de mi inevitable muerte a manos de aquellos que necesitaban mi ayuda no era algo que hubiera olvidado. En realidad, solo era algo que no podía aceptar. Dado que los gemelos diabólicos habían sido exorcizados, me había negado a pensar más en ello, y el porqué descendió en una claridad sorprendente en aquel momento. Al final, no importaba lo que Apolo quisiera, él no desobedecería a los otros Olímpicos. Si lo hiciera, podría dividirlos aún más, y podría convertirse en un desastre.

Parpadeando para contener las lágrimas, aparté la mirada, tragando hasta estar segura de que, cuando abriera la boca, no saldría un sollozo.

—No quiero morir.

—Lo sé —dijo Apolo, y su voz era sorprendentemente suave—. Haré todo lo que esté a mi alcance para asegurarme de que eso no suceda. No te he fallado todavía, ¿verdad?

Mi mirada recorrió los muros de cemento gris, estableciéndose finalmente en él. ¿Lo había hecho? Él había bordeado la verdad y divulgado la información solo cuando le daba la gana, pero ¿me había defraudado? No contesté la pregunta.

—Los dioses deben luchar. Ya lo sabes, Apolo. Deben ser parte de esto.

Varios segundos pasaron.

—Tienes razón.

Wow. Me quedé de piedra y en silencio. Lo siguiente que iba a pasar era que Aiden y Seth se profesaran amor eterno el uno al otro.

—¿Tengo razón?

—La tienes. Es necesario que se involucren. Tienen que luchar.

Me llevó un par de segundos recordar cómo utilizar la lengua. La esperanza se encendió en mi pecho como un incipiente y delicado fuego. Si los dioses peleaban, entonces las pérdidas en nuestro lado serían menores.

—¿Y puedes hacer que esto ocurra?

Apolo bajó la barbilla.

—Haré todo lo que pueda para hacer que se involucren.

—Deberías. Esta es vuestra lucha.

—Esta es una lucha de todos —corrigió—. Pues el futuro es de todos.

Capítulo 19

El sábado fue un día lleno de dolor.

Aunque mejorábamos en la lucha contra Perses, seguía tumbándonos sin problema. Seth había estado cerca de derribar a Perses con una patada. El Titán había dado un traspié, pero no había caído. Había girado la tortilla y en cuestión de unos segundos el Primero estaba sobre su espalda.

El domingo empeoró.

—Los tatamis son para los débiles —anunció Perses cuando subí a la colchoneta azul, llevándose la felicidad que había sentido momentos antes. Levantó una mano, y estos desaparecieron, doblándose como acordeones en el aire—. Un guerrero no lo necesita.

Saltando hacia atrás, evité que me aplastara. Debajo de los tatamis no había nada más que excepto el frío y duro suelo. Suspiré, sabiendo que aquello iba a doler y, como de costumbre, había una multitud considerable mirándonos.

Tres puros se habían mezclado con mis amigos. Solos ya se encogía ante el dolor.

Perses me hizo señas para que avanzara.

—Vamos, chica.

Cogí aire con fuerza y lo solté, antes de caminar, sigilosamente, hacia él. Atacar con ira parecía una buena idea. Los dioses sabían que era conocida por hacerlo de vez en cuando, pero también había cometido errores por su culpa, y cometer errores con Perses o Ares no me iba a servir de mucho.

Inmediatamente se lanzó hacia mí, dirigiendo una mano carnosas hacia mi cabeza. Fácil. Me agaché, evitando el ataque. Saltando, me giré a la izquierda mientras él intentaba darme una patada. Lo golpeé en la rodilla, y luego atacé a su garganta. Perses contraatacó, lanzando un sorpresivo puñetazo que capturó mi brazo y me hizo girar. Intenté apartarme de él, pero cuando me di la vuelta, lanzó su brazo golpeándome en el pecho. El aire explotó en mis pulmones. Tropezándome di un paso atrás, y no estaba preparada para que barriera mis piernas.

Golpeé el suelo duro con la espalda, quedándome sin aire.

—Ow —gemí, flexionando mis piernas. Parpadeé, para enfocar el techo y apartar los puntos blancos que habían aparecido en mi visión.

La maldición de Aiden fue fuerte.

Cerniéndose sobre mí. La risa de Perses me puso de los nervios.

—Espero que, cuando te conviertas en el Asesino de Dioses, Ares se detenga sin más.

Le enseñé el dedo.

El Titán inclinó su cabeza hacia atrás y se rio.

—Encantador.

Poniéndome de pie, me hice a un lado, pasando por delante de nuestra pequeña audiencia. Olivia atrapó mi mirada y sonrió con simpatía. «Casi», articuló.

«Casi» no contaba. Me uní a los chicos en la pared.

—Bueno, esto ha sido un fracaso.

—No lo ha sido. —Aiden escondió un mechón de mi pelo detrás de mi oreja—. Lo has hecho bien.

—Parecía un *pancake* cuando golpeó el suelo —comentó Seth, ganándose una mirada enfadada de los dos. Rio mientras se dirigía a Perses.

Sentándome, cogí la botella de agua que Aiden me entregó y di un trago. Mientras Seth se enfrentaba a Perses, me preparé para otra ronda. Cuando Seth tocó el suelo, Aiden tomó su lugar. Sentía la mitad de los huesos frágiles, como si estuvieran a punto de romperse, y no sabía por qué Aiden se sometía a aquello cuando no era necesario. No es que Perses se estuviera quejando: cuantos más traseros pateaba, más feliz era. Estiré las piernas, aliviando los músculos. Cada vez que me enfrentaba a Perses, quería aprovechar el akasha para darle una buena bofetada...

—Santos traseros daimon —susurré.

Seth miró hacia mí, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

Poniéndome de pie, una sonrisa apareció en mis labios.

—Lo tengo.

Él sacudió la cabeza mientras me estudiaba.

—¿Tienes el qué?

—Nada. —Emocionada, no podía esperar a que Aiden cayera. No quería eso, solo quería enfrentarme a Perses—. Sé cómo derribarlo.

Seth resopló.

Ignoré su falta de fe en mi capacidad. Ni una sola vez durante nuestro entrenamiento Perses no nos había dicho a Seth y a mí que no pudiéramos usar nuestras habilidades de Apollyon. Simplemente asumimos que no podíamos. Después de todo, tratábamos estas sesiones de entrenamiento como si estuviéramos en clase con instructores de combate. Pero no lo estábamos. Ni tampoco éramos estudiantes normales.

Aiden se llevó una patada en el centro de la espalda que lo puso de rodillas.

—Somos tan estúpidos —le dije a Seth, sonriendo.

Levantó las cejas.

—Habla por ti, Ángel.

Mientras Aiden se dirigía hacia nosotros, me crucé con él a mitad del camino y le acaricié el brazo.

—Ya lo tengo —le dije.

Él me sonrió y mientras seguía adelante vi a los puros reunidos en las puertas, intercambiando miradas de indignación e incredulidad. Les saqué el dedo.

Perses bostezó.

—¿Tan pronto de vuelta, chica?

—No puedo esperar a ver tu cara cuando golpees el suelo. —Sacudí mis brazos hacia fuera, dejando que la oleada de poder en mis venas llegara a mi piel.

Su mirada osciló sobre mí y supe que él, igual que los dioses, podía ver las marcas del Apollyon. Una suave ceja se levantó.

—Bueno, vamos a por ello.

Dando un paso atrás, nos rodeamos el uno al otro, observándonos mutuamente buscando ese fino y delgado momento de debilidad.

Saltando hacia adelante, dio un giro en el aire intentando darme una patada, pero me giré hacia un lado. Él aterrizó en cuclillas. Convocando el akasha, le di la bienvenida a la oleada de poder mientras levantaba la mano. El *shock* cruzó su rostro. Un pulso de luz recorrió la corta distancia entre nosotros, golpeándole en el pecho. No lo mataría, pero sin duda serviría.

Perses dio un traspié, su cuerpo flexionado por la cintura. Tenía pocos segundos de ventaja para llevar a cabo lo que quería. Dándome la vuelta, apunté mi rodilla a su estómago. Intentó evitar la patada, pero no fue lo suficientemente rápido. Le di en la cintura y cayó sobre una rodilla mientras yo me enderezaba. Llevando el brazo hacia abajo, estrellé mi codo en su espalda, entre sus omoplatos. Él plantó sus manos en el suelo para parar el golpe. Moviéndome rápido como un rayo y poniendo todos los músculos en movimiento, levanté la pierna. La punta de mi zapatilla conectó con su plexo solar y Perses cayó.

Cayó al suelo sobre su espalda, con los ojos muy abiertos.

El silencio se hizo en la sala.

Era como si hubieran aniquilado el sonido de la habitación. Y entonces oí gritar a Aiden, luego Luke y luego a Olivia.

Lo había hecho.

Había derribado a un maldito Titán.

Ares podía joderse.

De pie sobre Perses, una sonrisa ridículamente grande cruzó mi cara.

—No creo que vuelvas a llamarme «chica» nunca más...

Él gruñó.

—¿Qué demonios? —Seth caminó hacia nosotros—. Has usado akasha. ¿Es eso justo?

Balanceándome sobre mis talones, me resistí las ganas de empezar a saltar alrededor suyo y aplaudir.

—Nunca dijo que no pudiéramos usar nuestras habilidades. Simplemente asumimos que no podíamos.

Seth me miró.

Perses se levantó.

—Ella tiene razón. Ha hecho falta una semana para que vosotros, idiotas, lo

averiguarais, incluso aquel —dijo, gesticulando hacia Aiden—. Pudo haber usado el fuego, pero nunca lo hizo. Para derrotar a Ares o a cualquier dios, tendréis que utilizar cualquier arma que tengáis. Esa era la lección.

Casi me reí con regocijo.

La boca de Seth se abrió de par en par.

—Si ese era el caso, pude haberte derribado el primer día.

—Pero no lo hiciste. —Perses sonrió mientras golpeaba con un dedo largo su cabeza—. Necesitas empezar a usar esto tan bien como tus músculos.

Bien. Tenía ganas de aplaudir.

Seth rodó sus ojos, pero se giró hacia mí.

Buen trabajo, Ángel.

Mi sonrisa se extendió, y dejé que mi orgullo me consumiera un instante. Perses terminó la sesión poco después y Seth desapareció, despidiendo a la multitud como si fuera nuestra versión de Moisés. Le vi irse, sabiendo que necesitaba localizarlo. Teníamos que transferir el poder esa noche.

Aiden me abrazó cuando me uní a él, descansando su barbilla sobre mi cabeza.

—Brillante.

Me reí mientras lo apretaba.

—En realidad no, piensa cuánto he tardado en descubrir que deberíamos haber utilizado nuestras habilidades todo el tiempo.

—Seth y yo no lo hemos hecho, por lo que estás un paso por delante de nosotros.

—Dio un paso atrás, acariciándome. Un escalofrío me recorrió, algo que no pasó desapercibido. Sus ojos cambiaron de gris a plata—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Un aleteo comenzó en mi estómago.

—Me encantaría hacer lo que estás pensando.

—¿Pero...?

—Necesito hablar con Seth. —Estirándome, besé su mejilla. Una parte de mí lo hizo porque los boquiabiertos puros estaban todavía en la puerta aún cuando nuestros amigos habían desaparecido ya. La otra parte lo hizo porque me gustaba besar a Aiden—. Te veo en un rato.

Aiden asintió, pero la tensa línea de su mandíbula dijo que no estaba muy contento.

—¿Quieres que te acompañe?

Me reí.

—No. Eso no ayudará.

Él murmuró algo y entonces dijo más alto.

—Lo has hecho bien, ¿sabes?

Una amplia sonrisa cruzó mi cara.

—Sí, lo sé.

Aiden rio entre dientes.

—¿Modestia?

—¡Bah! —Empecé a girar, pero me detuve—. Oye, ¿podemos relajarnos esta noche? ¿Mirar una película con Olivia y los chicos? ¿Deacon y Luke?

Asintió.

—Si eso es lo que quieres.

Eso era lo que quería. A la mañana siguiente, cuando nos fuéramos a Nueva York, las cosas iban a... bueno, serían más reales. Y no quería estresarme la noche anterior a ello.

Con la excepción de intentar convencer a Seth para que transfiriera el poder, y con suerte, no me convirtiera en el Apollyon Terminator.

Eso arruinaría nuestros planes de película.

—¿Álex?

Me di la vuelta mirando a Aiden.

—¿Sí?

—Ten cuidado —dijo, cogiendo su botella de agua.

—Siempre.

Sonrió, pero no llegó a sus ojos. Sabía que se preocupaba por lo que iba a hacer, y sabía que quería estar conmigo, pero tener a Aiden y Seth en la misma habitación no iba a ayudar.

Dirigiéndome hacia la puerta, alcé una ceja al mirar a los puros que allí estaban. Se movieron a un lado, permitiéndome pasar.

Me detuve en el pasillo, frente a ellos.

—Hola.

Los tres puros intercambiaron miradas sorprendidas, pero ninguno de ellos habló.

—Ah vaya, no tenéis nada que decir. —Puse mis manos en las caderas y me mecí sobre mis talones—. Sé que es chocante ver a un puro y a un mestizo juntos. Y sí, estamos juntos en el sentido bíblico.

Sus ojos se ampliaron.

Sonreí.

—¿En serio? No es gran cosa. Así que, ¿por qué vosotros tres, cretinos, no os vais a buscar a alguien más al que mirar embobados? O, no sé... conseguid un *hobby*. O mejor aún, hay una enorme guerra que está a punto de empezar. Podríais averiguar cómo ayudar en vez de estar ahí de pie como un puñado de intolerantes sombreros. ¿Lo entendéis? Pues... adiós.

Dándome vuelta, los dejé mirándome por una razón mucho mejor que los prejuicios seculares. Antes, si estuviera buscando a Seth, probablemente lo habría hallado en los dormitorios de las chicas o en algún lugar donde hubiera muchas mujeres, ¿pero ahora? No estaba muy segura. Con la excepción de su noche salvaje y loca en Las Vegas, no le había visto prestar atención a nadie.

Preocupada, suspiré.

Todos habíamos cambiado durante el último año. Algunas veces no me reconocía a mí misma cuando me veía en el espejo, y no en el sentido físico. Para Seth, debía de

ser igual o peor.

Usando la conexión entre nosotros, me dirigí al camino de mármol que conducía más allá de los dormitorios. El vínculo se tensó a medida que dejaba atrás la última residencia y el cementerio apareció ante mi vista.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

Seth estaba en el cementerio.

Sí.

Acelerando el ritmo, llegué a las puertas de titanio. Entre los mausoleos y una estatua de Tánatos, los jacintos rojos y púrpuras se mecían suavemente por la brisa. Llamaron mi atención mientras me dirigía hacia el otro lado del cementerio. Bajo la mirada apacible de la estatua de Tánatos, escaneé las tumbas.

Ahí estaba él.

Sentado en un banco de piedra, de espaldas al camino. Se enderezó y su mirada se centró en los olivos. Era tan raro verlos aquí en Dakota del sur, pero al igual que los jardines, los cementerios eran una excepción. Pero lo que era aún más raro era ver a Seth allí. Ir a lugares donde había tumbas para recordar a los muertos no era su estilo.

—¿Me estas siguiendo? —Su voz vino con el viento.

Caminé hacia él y me senté a su lado.

—Tal vez.

Un lado de sus labios se curvó.

—¿Has venido a presumir sobre derrotar a Perses?

—No. —Una pequeña sonrisa luchó por aparecer. Perdí—. Tal vez un poco.

Él rio entre dientes.

—Lo he imaginado.

—Lo hice malditamente bien.

Echándome una mirada de reojo, arqueó una ceja.

—Así es. Yo casi lo conseguí.

—También Aiden —le recordé—. «Casi» es la palabra clave.

—Lo que sea. —Se giró de nuevo hacia los árboles. Me preguntaba qué era tan interesante.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—¿Es extraño, cierto? ¿Estar aquí afuera? —Doblándose hacia adelante, descansó sus brazos sobre sus muslos—. No lo sé. Todo está tranquilo. Me gusta venir aquí y pensar.

Estaba tranquilo, muy tranquilo. Vale, estábamos sentados en medio del cementerio. No es un lugar muy animado que se diga.

—¿En qué estás pensando?

Él se rio otra vez, pero el sonido fue débil y extrañamente hueco.

—Como si te importara.

Parpadeé y abrí la boca. Su tono era luminoso, pero había una capa de escarcha en sus palabras.

—Si no me importara, no preguntaría, tú de todas las personas sabes que eso es así.

Varios segundos pasaron y luego cogió aire estremeciéndose.

—¿Sabes lo que pienso cuando está tranquilo, Álex? Pienso en todas las cosas malas que he hecho.

Sentí mi aliento atrapado en mi pecho como si alguien me hubiera golpeado. No supe qué decir al principio. Lo que le había visto hacer y de lo que yo sabía que había sido parte era suficiente para ganarse un viaje al Tártaro.

Y había cosas que no sabía y quería averiguar.

Desplazándome por el banco, me froté las manos apartando el sudor mientras un escalofrío recorría mi piel. Hacía más frío en aquella parte del campus, algo raro para aquella época del año. Parecía que una eternidad pasaba antes de volver a hablar.

—Todos hemos hecho cosas malas.

—Ah —dijo, pasándose las manos por la cara. Una sonrisa asomó en su rostro a los pocos segundos, pero cuando finalmente dejó caer sus manos, ya no estaba—. ¿Alguna vez has matado a un inocente?

Bajando mi mirada, sacudí la cabeza.

—No.

—Ese es el nivel de cosas malas que he hecho. Tal vez has besado a un chico que no debiste. Tal vez has actuado cuando debiste pensar más en lo que estabas haciendo —respondió—. Tal vez has herido los sentimientos de alguien o has hecho algo incorrecto, pero nada de lo que has hecho roza algo de lo que yo soy responsable.

—No sé qué decir —admití, quedamente—. No puedo decirte que eso está bien. Sabes que estaría mintiendo. Pero Seth, tú no eras completamente responsable de todo.

—¿Cuando un adicto mata a alguien para conseguir dinero para drogas, no son responsables? ¿O es culpa del traficante de drogas? —Cuando no contesté, rio secamente—. De todos modos, no estoy pensando en esas cosas en este mismo momento. Tú estás aquí. Y hay una razón para que estés aquí aparte de acosarme.

Ahora me sentía un poco mal al pensar en por qué había ido a buscarle. A pesar de todo lo que Seth le había hecho a los demás y a mí, una parte de mí todavía se preocupaba por él y lo consideraba un amigo, tal vez algo más que nunca podría ser etiquetado. Necesitaba hablar con alguien. Necesitaba a alguien que le ayudara a mejorar las cosas. Necesitaba a alguien que cuidara de él, cuidarlo más de lo que yo lo hice.

Tragando con fuerza, me giré hacia los árboles. Me sentía como una perra cuando dije lo que había ido a decirle.

—Quiero que me transfieras el poder. Por eso he venido aquí. —Se mantuvo en silencio, pero pude sentir sus ojos mirándome fijamente—. No quiero esperar hasta que llegemos a las Catskills.

Deberíamos hacerlo ahora. Acabar de una vez para que nosotros...

—No. —Su voz fue como el acero—. Esperaremos hasta que nos enfrentemos a Ares. Ni un momento antes.

Me giré hacia él.

—¿Por qué no? Y no me digas «Porque lo digo yo».

Sus labios se torcieron con sarcasmo.

—Maldita sea, ahí va mi única explicación.

Mis ojos se estrecharon.

—Esperaremos —dijo, estrechando los suyos—. No es discutible.

—¿Cómo puedes decir que no es discutible? No eres la única persona que tiene algo que decir en esto.

—Soy la única persona cuya opinión importa —contestó.

Levantándome del banco, me paré delante de él.

—Oh, ahora me estás cabreando.

Seth sonrió.

—¿Y?

—Esto no es gracioso, Seth. ¿Por qué diablos estás tan cabezón con esto? Estoy lista. Tú deberías estar listo también. No se trata solo de ti, amigo.

La exasperante sonrisa permanecía fija en su rostro.

—Como he dicho antes, no tienes ni idea de lo que es ser el Primero, lo difícil que es. Así que ni te imaginas lo que será cuando te conviertas en el Asesino de Dioses.

La ira inundó mi sistema.

—¡Oh, vamos, Seth! Todo lo que haces es quejarte de cómo es de horrible es la necesidad y...

En un nanosegundo, Seth estuvo frente a mí. Se movió tan rápido que mi corazón saltó en el pecho. Retrocedí. Apollyon o no, él era el Primero y cuando se movía así, no era agradable.

—¿Todo lo que hago es quejarme? —La ira había enrojecido sus mejillas, y sus ojos ámbar brillaban—. No tienes ni idea, Álex. Tú eres solo el Apollyon. Eso es todo con lo que tienes que lidiar.

Di un paso atrás, intentando frenar mi propia ira.

—Tengo que lidiar con nuestra conexión y el estúpido y espasmódico vínculo dentro de mí todo el tiempo.

—Oh, pobre. —Dio un paso hacia adelante y las marcas recorrieron su piel. No estaba contento. Al parecer no sabía cómo mantener la boca cerrada—. Tienes que lidiar con un vínculo mientras yo tengo que lidiar con el hecho de que cada vez que estoy cerca de ti, todo lo que puedo pensar es en transferir el poder. —La ira en mis venas cambió inmediatamente a malestar. Lo esquivé a él y al banco; espacio para pensar era lo que necesitábamos en aquel momento.

Seth avanzó, siguiéndome.

—Cada vez, Álex. Soy el Primero. Es lo que debo hacer. Es para lo que fui creado. Así que si resistir eso es lo suficientemente malo, ¿cómo crees que es después

de haberlo probado? Oh, no tienes ni idea.

Mis ojos se ampliaron. Cuando Seth había cogido parte de mi poder para derrotar al consejo y matar a la furia, había probado solo un poquito del poder que existía en el Asesino de Dioses, y eso había sido suficiente.

Tragué fuerte mientras me detenía bajo el ala de mármol de Tánatos.

¿Seth?

—No —escupió, cogiendo aire—. Peleo con la necesidad cada segundo del día. Lo estoy intentando, así que siento que creas que solo me quejo.

Cambiando mi postura, me preparé por si acaso Seth se volvía loco.

—Lo siento. No quise decir eso. Es solo que...

—¡No importa! —Sus ojos brillaron de un intenso color ámbar un segundo antes de que estallaran chispas de sus brazos desnudos. Un rayo de luz de intenso de akasha salió de él, golpeando el centro de la estatua.

El mármol se rompió. La piedra se astilló, enviando pedazos por todas partes. Alzando los brazos, me protegí la cara mientras varios fragmentos estallaban en el aire y el polvo se esparcía a mi alrededor. Pequeños trozos apedrearon mi espalda y brazos.

Cuando se detuvieron, los aparté. Mi corazón galopaba increíblemente rápido mientras mi mirada caía sobre él.

—Mierda —murmuró Seth, su pecho subía y bajaba acelerado—. Solo quédate... quédate lejos de mí.

No tuve la oportunidad de responder. Se giró, dejándome ahí entre los restos de la estatua en ruinas. No había forma de que pudiéramos estar lejos el uno del otro. Ahora mismo nos necesitábamos el uno al otro, sobre todo para transferir el poder y para mucho más que eso.

Pero no lo perseguí. Lo dejé marcharse. Ganar. Esperaríamos, pero no podíamos esperar eternamente.

Capítulo 20

El cielo estaba gris. Las nubes eran gruesas. Una fina llovizna cubrió la tierra y nuestros vehículos. El frío en el aire advirtió que el otoño llegaba. Perses había querido viajar con el resto del ejército, pero ninguno de nosotros confiaba en él lo suficiente como para permitir que eso sucediera. Solo los dioses sabían lo que haría durante un viaje de tantas horas.

Luke y Olivia también viajaban con nosotros, principalmente porque Deacon y yo exigimos que lo hicieran.

—¿Crees que Deacon hablará durante todo el viaje? —preguntó Olivia, alzando una pequeña bolsa llena de armas y metiendo varias monedas pequeñas en el bolsillo de su pierna. Era una necesidad deprimente después de lo que había ocurrido con Lea, y ahora todos las llevábamos. Por si acaso—. Me apuesto al menos cincuenta dólares a que lo hace hasta que se desmaye.

Me reí.

—No voy a apostar contra eso. En el camino de ida, pensé que Marcus iba a estrangularlo.

—Lo habría hecho si no se hubiera dormido —dijo Marcus, saliendo de detrás de nosotros—. O por lo menos, lo habría noqueado.

Olivia sofocó una risa.

—¿Quieres que los coja? —Hizo un gesto hacia la bolsa en la que llevaba mis propias armas.

—Nah —dije—. Yo puedo.

Sonriéndole a Marcus, se dirigió hacia donde Luke y Deacon estaban, de pie detrás de un todoterreno. Deacon giró y tiró de Olivia como si fueran a ponerse a bailar en aquel mismo momento, mientras que Luke cogía la bolsa de armas. Una risa escapó de mis labios mientras los miraba.

—Él es diferente, ¿no? —Marcus cruzó sus brazos—. A pesar de todo, él es... —se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. Es simplemente Deacon.

—Eso es lo que me gusta de él.

Marcus me miró; su expresión era ilegible. Varios minutos pasaron.

—¿Estás lista para esto, Alexandria?

—Tan lista como nunca lo estaré —admití, limpiando el brillo fino que la lluvia había dejado en mi frente. Seth apareció con Perses, dirigiéndose hacia otro vehículo. Mi estómago dio un vuelco. No había visto a Seth desde que me dejó en el cementerio la noche anterior.

Seth nos miró. Nuestras miradas se cruzaron un segundo y luego la apartó, diciéndole algo a Perses.

—No habéis hecho la transferencia de poder todavía —dijo Marcus.

Mis labios se fruncieron.

—No. Lo haremos al llegar a Nueva York. —Eso esperaba. Pero no agregué la última parte. Cogí aire y me obligué a apartar la mirada de Seth y dirigirla hacia mi tío.

Las líneas alrededor de sus ojos parecían más profundas de lo que eran el día anterior. Las canas salpicaban generosamente su cabello castaño. No las había notado antes, pero debían estar allí. Sus ojos mostraban una inteligencia aguda, como de costumbre.

En un segundo, recordé cómo fue el primer día que volví al Covenant. Estaba sentado detrás de ese escritorio brillante, con su rígida e inflexible autoridad y su mirada de descontento había hecho que no me gustara nada. Las cosas habían cambiado mucho desde el día en que casi me había echado del Covenant. Él había cambiado. Yo también. En algún momento, durante el último año, había dejado de ser el decano para convertirse en mi tío. Y nunca hubiera creído eso el año pasado. Sinceramente no creía que él se preocupara por mí, pero ahora sabía que siempre lo había hecho. No era muy de demostrarlo y eso no había ayudado. Además, era una mocosa petulante.

Sus labios se inclinaron. Cuando habló, fue como si supiera lo que estaba pensando.

—No estoy seguro de que te haya dicho esto, Alexandria. Pero estoy orgulloso de ti.

Mis ojos se empañaron, pero culpé a la lluvia.

—Nunca pensaste que dirías eso, ¿verdad?

—No. Sabía que algún día lo diría —contestó, su leve sonrisa suavizó sus rasgos—. Solo esperaba que hubiera sido cuando te graduaras en el Covenant.

—Lo sé —suspiré.

—Asegúrate de volver. —Su voz se espesó—. Después de todo, técnicamente no te has graduado todavía, y hay algunos cursos que tienes que terminar lo más pronto posible.

Me reí, pero el sonido quedó atrapado en mi garganta.

—Vale. Trato hecho.

Marcus asintió y desdobló sus brazos. Empezó a girar, pero se detuvo. Una emoción que no pude distinguir cruzó su rostro, y un segundo después me abrazó. Mi tío me dio el abrazo más incómodo de la historia. Pero en cierto modo, los suyos eran los mejores.

Cerrando los ojos, inhalé el aroma débil de su colonia y lo abracé.

—Sé que buscarás a tu padre cuando llegues allí —dijo en voz baja—. Sé cuánto significa para ti encontrarlo, pero tienes que tener cuidado. Ya habrá tiempo después para hacerlo.

—De acuerdo —dije, aunque no estaba segura de sí lo decía en serio.

Quería creer en Apolo y su promesa, pero no podía estar cien por cien segura de

que habría un después para mí.

Marcus se retiró, y juré que sus ojos estaban brillantes. Murmuró algo sobre ayudar a Luke y se alejó. Tras despedirme de Laadan y Diana, esperé a un lado mientras Aiden hablaba con mi tío. No me cabía duda de que le estaba dando algunas sobreprotectoras advertencias, pues cuando me uní a Aiden, estaba de un tono más pálido.

Mis cejas se levantaron.

—¿Estás bien?

Sus ojos grises se encontraron con los míos.

—Marcus puede ser aterrador cuando quiere.

Sonreí.

—Así es.

Me quitó la bolsa, colocándola en la parte de atrás, mientras Deacon se subía, situándose entre Luke y Olivia.

—No has visto a Apolo, ¿verdad? —pregunté, mordiéndome el labio inferior.

Cerrando la puerta, Aiden sacudió su cabeza. Le hablé de la promesa de Apolo sobre traer al resto de los dioses y también le dije que no había transferido el poder de Seth, pero había obviado la parte en que la estatua explotaba.

—Yo no esperaría nada, Álex. Aunque creo que Apolo quiere ayudar e involucrarse, no creo que los otros lo hagan.

—Eso es una mierda. —Un enojo familiar hirvió en mi estómago—. Lleva la teoría del absentismo a un nivel superior.

—Lo sé. —Buscó las llaves en su bolsillo—. Pero a lo largo de la historia, solo se han involucrado una vez y fue con los titanes. En cualquier otro momento, la mayoría no se involucran.

—Esto es diferente —me quejé—. Es uno de los suyos, es su problema.

—Apolo tal vez nos sorprenda. —Se inclinó, besándome en la frente—. De cualquier modo, tenemos que ir a por todas.

Seth pasó por delante de nosotros.

—Si pudierais dejar de haceros ojitos cada par de minutos... —Detrás de él, Perses inspeccionó el vehículo con una mueca desconfiada. Uno de los *crossover* en nuestra sección del convoy aceleró, y el Titán lo observó con una mueca.

Aiden se enderezó, su mirada se estrechó en dirección a Seth.

—Los celos son algo horrible.

—Y la ignorancia ciega —dijo Seth, rodeando la parte delantera del Hummer.

Aiden se puso tenso mientras se giraba hacia mí.

—De verdad que lo odio la mayor parte del tiempo.

—Sí, bueno... —¿Qué podía decir? Nunca serían amigos—. ¿Listos?

—¡Nosotros lo estamos! —gritó Deacon desde la parte de atrás—. Ya tengo el primer juego de carretera escogido, así que daos prisa.

Sacudiendo la cabeza, Aiden sonrió.

—Estas van a ser las veintitrés horas más largas de nuestras vidas.



Al final, las siguientes veintitrés horas no fueron las más largas aun habiéndose convertido en veintiséis al encontrarnos una enorme caravana en Chicago. Aiden, Luke y yo, fuimos cambiando frente al volante para poder ir descansando.

Como era de esperar, cuando estaba despierto, Deacon nos mantenía entre entretenidos y a cinco segundos de parar el coche y cerrarle la boca con cinta adhesiva.

Cuando entramos en Nueva York, seguimos al vehículo de Seth, llevando detrás a un buen número de Guardias y Centinelas. Solos hablaba con Aiden de forma regular para ir controlando la situación. No se habían topado con ningún problema, pero era imposible que Ares no supiera que íbamos. Cualquier persona que nos encontráramos durante el camino, podría haber sido un espía, ya fuera mortal o no, aunque viajáramos en pequeños grupos para no llamar la atención. Sin mencionar que Ares era un dios y seguramente no sería difícil para él saber lo que estábamos haciendo.

Pero el hecho de que llegáramos a las Catskills sin ningún incidente me tenía bastante intranquila, inquieta y nerviosa. Cuando viajamos a Dakota del Sur, fuimos interceptados por Centinelas de Ares, y eso que estábamos en medio de la nada. ¿Cómo podía ser así de fácil esa vez?

Al adentrarnos por los caminos montañosos, mi inquietud se triplicó a niveles paranoicos cuando el vehículo delante de nosotros se paró. Intercambié una mirada nerviosa con Aiden. Delante, el brazo de Perses apareció por la ventana, indicándonos que avanzáramos.

—¿Por qué no usan el móvil? —preguntó Luke, mirando por encima de mi asiento.

—¿Acaso crees que Perses sabe usarlo? —preguntó Olivia.

Solté un bufido mientras que el nudo de ansiedad intentaba provocarme una úlcera en un tiempo récord.

—Parece ser que aprende rápido.

Aiden aparcó al lado y después miró a su hermano.

—Quédate dentro.

Deacon puso los ojos en blanco.

—Sí, papá, ya que seguro que no soy de mucha ayuda.

Todos le ignoramos mientras Aiden y yo salíamos del coche y nos dirigíamos hacia el lado de Perses. Tres Centinelas se nos unieron desde los otros vehículos; les reconocí como los mestizos que había visto en Dakota del Sur, pero no sabía sus nombres.

—¿Qué está pasando? —preguntó Aiden.

Perses salió del vehículo, sus ojos totalmente negros fijos en la espesa línea de

árboles delante de nosotros.

—Algo no va bien.

—¿Aparte del hecho de que nos hemos parado? —pregunté, cruzando los brazos. El aire era frío en las montañas, especialmente donde el sol no atravesaba los árboles, y mi camiseta negra no ofrecía mucha calidez.

Sus labios se curvaron en las esquinas en un giro irónico.

—Siento algo anormal entre nosotros.

Miré a Seth sentado en el coche, él simplemente se encogió de hombros.

—¿Detalles?

—Hay violencia en el aire; el olor de la batalla que aún tiene que comenzar —dijo Perses, estirando sus brazos sobre la cabeza. Sus huesos crujieron. La sonrisa en sus labios se extendió—. Derramamiento de sangre pendiente.

Mis cejas se levantaron mientras miraba a Aiden.

—Vale, eso ha sido muy raro.

—Sí —dijo, su mirada puesta sobre la línea de árboles y el vacío. Seth cerró la Hummer y salió.

—No siento nada, pero como ya he dicho, no soy un Titán.

Perses rio mientras caminaba hacia la parte delantera del vehículo.

—Yo nunca me equivoco en estas cosas.

Varias puertas se abrieron y cerraron detrás.

—¿Qué está pasando? —gritó Luke, acompañado por Olivia. Ambos con las dagas en las manos. Los Centinelas de los otros vehículos les seguían—. ¿Hemos parado para ir al baño o qué?

Aiden se giró hacia ellos, dispuesto a responder justo cuando el suelo bajo nuestros pies tembló. Miró hacia abajo, con el ceño fruncido.

—¿Pero qué...?

La vibración continuó, creciendo en intensidad, haciendo temblar los vehículos y sacudiendo los árboles que rodeaban el camino. El asfalto se agrietó. Una fisura recorrió ambos lados de la carretera, extendiéndose. Me di la vuelta, siguiendo el avance de la grieta mientras se ampliaba hasta dividir todo en dos.

—¡Deacon! —gritó Aiden. Su hermano ya estaba fuera del coche, con los ojos muy abiertos—. ¡Quédate con Luke!

—¿Un terremoto? —preguntó Olivia, con una mano apoyada en el capó del coche.

Sacudí la cabeza.

—Tengo un mal presentimiento.

—Lo mismo digo —dijo Seth, uniéndose a nosotros.

El temblor disminuyó y la tierra pareció asentarse, junto con mi estómago. El parón duró varios segundos. Desde el interior de la amplia grieta, tierra oscura voló por los aires como si de un volcán se tratara. El aroma era abrumador mientras la tierra subía y caía, aterrizando en veinte montoncitos diferentes.

—Sí —Luke arrastró las palabras—: Esa mierda no es normal.

Los montones de tierra se arremolinaron hasta levantarse en el aire tomando forma rápidamente. Aparecieron varias piernas, gruesas y musculosas, seguidas de torsos, con amplios pechos y hombros, y finalmente varias cabezas.

Parpadeé una vez y luego dos.

—¿Qué demonios...?

Las cosas se asemejaban a hombres, hombres que podrían haber sido luchadores profesionales en otra vida. La tierra recorrió sus brazos, formando las manos. Aparecieron hachas en ellas con las cuchillas afiladas, de un tamaño superior al que pudiéramos imaginar que llevaban los vikingos.

Esas cosas... estaban hechas de tierra, pero las hachas eran muy, muy reales.

—¡Los Spartoi! —gritó Perses—. ¡Guerreros nacidos del suelo, hijos de Ares!

—Oh, mierda —dijo Aiden, sus ojos se crisparon ante el reconocimiento.

No tenía ni idea de lo que era un Spartoi, pero viendo a los gigantes hechos de tierra que iban fuertemente armados, y sabiendo que eran hijos de Ares, iba a asumir que aquello no era nada bueno.

Sus bocas se abrieron al unísono, dejando salir un grito de guerra atronador, acompañado solo por el sonido que salió de la boca de Perses. Se lanzó hacia adelante, cruzando la grieta, y se encontró con el primer Hombre de Tierra, cara a cara.

—Al diablo con todo esto —dijo Seth, levantando la mano. Las marcas en su piel se iluminaron y akasha salió de su palma, golpeando a una de las manifestaciones en el pecho.

El Hombre de Tierra dos explotó, pero los millones de diminutas partículas se congelaron y luego se recuperaron rápidamente, reformándose. La cosa se rio, arrojando piedras pequeñas desde la boca.

—Oh, mierda —dije, abriendo la boca de par en par.

—Las cabezas —gruñó Perses, moviendo su espada en forma de hoz—. ¡Debéis quitarles la cabeza!

Saqué mi espada de hoz mientras el Hombre de Tierra dos lanzaba su hacha. Voló por el aire, casi rozando a Aiden, y se clavó en un árbol. Un segundo después, una película de color rojo cubrió el majestuoso olmo, tragándolo por completo. Cuando desapareció la bruma roja, no quedaba nada del árbol.

—Santa mierda —dijo Luke.

Otra hacha apareció en la mano del Hombre de Tierra dos.

Perses giró, separando la cabeza del cuerpo del Hombre de Tierra.

La criatura se derrumbó sobre sí misma y el hacha desapareciendo junto con él. La risa del Titán era inquietantemente alegre.

Hombre de Tierra dos cargó contra nosotros, y utilicé el elemento aire para lanzarlo contra los árboles. Lo destrozó, pero se reconstruyó en unos segundos. Seth saltó hacia él, evitando el hacha mientras levantaba la hoz y le rasgaba la garganta.

—Dos menos —dijo Aiden, saltando a un lado mientras otra hacha volaba en dirección a nuestras cabezas.

Luke gruñó mientras empujaba a Deacon hacia la parte trasera del coche.

—Quédate atrás, precioso.

Deacon respondió, pero el sonido se perdió ante el grito del Spartoi. Uno se dirigía directamente hacia mí con un sendero de tierra persiguiéndolo. Me agaché, moviendo la hoz con un giro de la muñeca. Salté detrás de él. La cosa se giró, dirigiendo el hacha hacia mí. El arma emitió calor, haciéndome saltar de nuevo.

Hombre de Tierra tres se tambaleó. Apartándome un poco, me levanté y cogí su brazo. Se deshizo en mi mano. Ignorando la asquerosidad que era eso, me eché hacia abajo y le di una patada, haciendo que la criatura de tierra perdiera el hacha. Al caer al suelo, levanté la espada de hoz y rebané la parte trasera de su cuello.

—¡Tres menos! —grité, sintiendo una adrenalina familiar corriendo dentro de mí.

Olivia giró con gracia, quitándole la cabeza a otro.

—¡Cuatro!

¿Era retorcido que contáramos? Supuse que no, pues en pocos minutos fueron diez. Incluso Perses gritaba, sin embargo parecía estar divirtiéndose mucho más que nosotros. Una amplia sonrisa inundaba su rostro mientras se dirigía hacia un hombre de tierra, evitando fácilmente las hachas que le lanzaban. Parecía vivir una mañana de Navidad cargada de regalos.

Girándome, casi pierdo la cabeza cuando uno de ellos balanceó un hacha muy cerca de mí. Dos de ellos se acercaban por ambos lados. Fui a convocar el elemento aire de nuevo, pero Aiden apareció frente a mí.

En un movimiento grácil, giró y le cortó la cabeza a uno de los Spartoi. Quería pararme un momento para observar la belleza de la forma en que se movía, pero otro venía corriendo directamente hacia mí. Dando un paso adelante, levanté la hoz.

¡Agáchate!

La voz de Seth gritó en mi cabeza.

Sin pensarlo dos veces, me deslicé por el suelo medio segundo antes de que la espada de Seth llegara a donde yo había estado de pie, eliminando al hombre de tierra que había estado muy cerca de hacerme daño. Ninguna de estas cosas podría matarnos a Seth o a mí, o eso esperaba, pero nos podrían someter el tiempo suficiente para que Ares se abalanzara sobre nosotros.

Levantándome, miré a Seth.

—Gracias.

No dijo nada mientras se unía a Luke, arrinconando a dos criaturas más. Mirando a nuestro alrededor, vi que Deacon se encontraba a salvo y Aiden estaba ahora a pocos metros por delante de él. Nada iba a atravesar esa barrera.

Me dirigía hacia otro hombre de tierra cuando una bola de fuego cayó a unos dos metros de mí. Sobresaltada, me giré y mi estómago cayó en picado. Sobre la colina que se levantaba ante nosotros vi algo que no nos iba a gustar en absoluto.

Cuernos, enmarañado cabello oscuro y largos hocicos planos con la boca llena de fuertes dientes. Sus muslos gruesos y los grandes cascos de titanio completaban el conjunto.

Autómatas.

Perses lanzó otro rugido de batalla, y la corriente de adrenalina se apoderó de mi corazón. Me giré y corrí a toda velocidad, llegando al hombre tierra más cercano a mí. La cosa se lanzó hacia adelante, pero lo eludí pasando por debajo de su brazo. Girándome, lancé la espada hacia abajo, eliminando a otra de aquellas extrañas creaciones.

Algo dentro de mí se apagó mientras corría hacia los coches, esquivando las hachas y las bolas de fuego. Teníamos que deshacernos de los Spartoi primero. Quedaban unos pocos, así que era totalmente factible, y Perses distraía a los otros manteniéndolos a raya durante un tiempo.

Escuchando pasos detrás de mí, me giré, echándome a un lado, evitando por poco otra hacha. Saltando en el aire, rodé y lancé una patada que hubiera sido condenadamente buena si mi pie no se hubiera hundido en el pecho de aquella cosa.

Caímos en un estallido de tierra y rocas. Tragué e inhalé polvo y tierra. Me atraganté, intentando no pensar en el hecho de que me acababa de tragar parte del hombre de tierra, mientras me apartaba de él. Levantó el hacha en el aire y me rozó el muslo. Un estallido de dolor se disparó por mi pierna mientras una fina hendidura aparecía en la pierna de mi pantalón. El hombre de tierra rugió, agitando el hacha como un vikingo salido directamente de Valhalla.

Convocando el aire, lancé al hijo de puta por hacia arriba, golpeándose con el Hummer al caer. Me puse de pie y corrí tras él, eliminándolo. A través del humo y las nubes de polvo, vi a Aiden enfrentándose a un autómata. Como los Spartoi, había que quitarles la cabeza.

Uno de los autómatas brilló de un color azul, como si le estuvieran haciendo una radiografía, antes de estallar en una lluvia de chispas.

O Seth podía usar akasha. Eso también podía funcionar.

Con los autómatas cada vez más cerca, nuestro grupo se dispersó. Perses los estaba conteniendo bastante bien, pero las llamas que iban cayendo dificultaban el prestar atención a otra cosa.

Una ráfaga de llamas salió disparada desde donde estaban Aiden y Deacon, chocando con el autómata más cercano. Saltando las llamas que coronaban el suelo, di un brinco y atrapé al hombre de tierra antes de que le lanzara el hacha a Luke.

Perses golpeó el mentón del autómata con la punta de su arma. Sangre plateada roció al Titán en la cara y en el pecho. Ni siquiera pestañeo cuando apartó la espada. Se giró y pude ver su sonrisa en un rostro lleno de sangre.

En aquel momento entendí la aversión de los Olímpicos hacia Perses. Disfrutar de la batalla y la guerra era una cosa. Retorcida, sí, pero había mucha gente agresiva por ahí. Perses no solo la disfrutaba. El Titán disfrutaba con la violencia y el

derramamiento de sangre.

Por un momento, me trastocó. La manera en que despachó al enemigo con ese nivel de alegría convertiría a los asesinos en serie de todo el país, en niños entusiasmados.

Un poco enferma, me uní a Seth, accediendo a la energía más pura y primitiva. El poder me recorrió, y mi piel se estremeció con la aparición de las marcas. Usando akasha, una intensa luz azul brotó de mí. Recorriendo el aire hasta golpear su objetivo, reducido entonces a una pila de polvo brillante.

Por el rabillo del ojo vi a Olivia lanzándose hacia un lado para evitar una bola de fuego. Mi corazón se aceleró cuando un hombre de tierra lanzó su hacha. Le grité, o pensé que lo había hecho, mientras me dirigía corriendo hacia ella. En mi cabeza gritaba, pero no estaba segura de que ningún sonido saliera de mis labios. Una horrible y aterradora sensación de *déjà vu* se asentó en mi estómago. En una fracción de segundo, vi a Lea, pero ya no era ella.

No, no, no, no. No podía estar ocurriendo de nuevo.

Un destello de reconocimiento se disparó en el rostro de Olivia un segundo antes de que el hacha del hombre de tierra le golpeará en el pecho. Ni siquiera intentó moverse. En aquel momento, supo que era demasiado tarde.

—¡No! —grité una y otra vez.

Olivia retrocedió un paso. La capa roja se extendió desde su pecho, deslizándose rápidamente por encima de ella. En lo que dura un latido, se había ido.

Otro grito ronco salió de mí, rasgándome la garganta y ensombreciendo una parte de mi alma. Olivia se había ido. Se había ido. Sin más. No quedaba nada de ella en aquel mundo.

Luke gritó mientras se giraba frente a su hombre de tierra, despachándolo, antes de dirigirse hacia donde estaba Olivia. Repetía la misma palabra una y otra vez, la misma palabra que se repetía en mi cabeza.

No. No. No. No.

Deacon se precipitó hacia adelante, pero Aiden lo atrapó por la cintura. Las lágrimas corrían por el rostro del más joven de los St. Delphi mientras luchaba contra el abrazo de Aiden. Decía su nombre, o más bien lo gritaba.

Mi corazón se quebró mientras mi mirada regresaba al lugar en el que había estado. Aquello no era justo. Dolía. ¿Cómo alguien podía estar allí un segundo y al siguiente haberse ido? No importaba cuántas veces la gente muriera. Seguía sin comprender lo rápida y fugaz que era la existencia.

Y no quedó nada de ella. Ni una pizca de piel o ropa. Ningún un arma. Ningún cuerpo al que enterrar o llorar.

Golpeé la tierra quemada con mis rodillas, sacudiendo lentamente la cabeza. A nuestro alrededor, la lucha continuaba con Seth y Perses y el resto de autómatas. Las llamas estallaron a pocos metros de mí, pero no me estremecí ni me moví.

Olivia se había ido.

Capítulo 21

Las cosas fueron un borrón después de eso. Seth y Perses destruyeron los autómatas y, cuando regresaron, el Titán no nos dejó ni respirar aun habiendo perdido a alguien.

Habíamos perdido a Olivia.

—No tenemos tiempo para esto. Hay que moverse.

Lo miré, buscando un rastro de pena, o de compasión, o cualquier cosa, pero no había nada. Caminó hacia adelante, pasando por donde Olivia había estado.

Luke se giró hacia el Titán, con las manos cerradas en puños, pero Aiden lo agarró, sacudiendo la cabeza hacia nosotros, mientras se llevaba al mestizo hacia el coche.

—Entra —le ordenó Aiden.

Sus ojos seguían fijos en Perses, y no se movió.

—Luke —le advirtió Aiden.

Fue Deacon quien logró convencerlo.

—Vamos. Entra conmigo. ¿Por favor?

Luke parpadeó, y la ira, el dolor y docenas de otras emociones recorrieron su rostro, pero se metió en el asiento trasero con Deacon.

¿Álex?

No podía responderle a Seth. Me giré, abriendo la puerta del copiloto.

Lo siento, dijo él.

Mi aliento se quedó atrapado mientras me introducía en el coche.

Lo sé.

Nadie dijo nada mientras los vehículos se ponían en marcha, a excepción de Aiden que iba hablando con Solos. Le contó lo que había pasado en voz baja. Yo me mantuve sentada, de forma poco natural, con la mejilla apoyada en la ventana mientras miraba los árboles. Sentía el corazón pesado, y los ojos me ardían. El dolor se adueñó de mi mandíbula de lo duro que estaba apretando los dientes. Intentaba mantenerme de una sola pieza, pero sabía que tenía que aguantar. Teníamos que hacerlo, pero no parecía lo correcto. Quería gritar «¡parad!», y que todos, incluso el Titán, reconocieran que habíamos perdido a alguien importante para nosotros, alguien que era muy joven para morir.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla, y miré el monedero en el que llevábamos unas cuantas monedas, en caso de que... en caso de que nos tocara enterrar a alguien. No podíamos enterrar a Olivia, pero ella llevaba unas cuantas encima. Para entonces ya estaría en el Inframundo.

Olivia podría estar con Caleb. Él la encontraría y estarían bien, pues podrían estar reunidos de nuevo. Podrían pasar juntos la eternidad, algo que me alegraba, pues

Olivia no llegó a superar nunca la muerte de Caleb. Saber eso no lo hacía más sencillo de soportar. En algún punto, Aiden se acercó y cogió mi mano, dándome un apretón.

Se lo devolví.

Llegamos a las afueras de las montañas Catskills justo antes del anochecer. Aparcamos el polvoriento coche frente a una casa en la base de las montañas; Solos se dirigía hacia nosotros, por lo que asumimos que aquello estaba lleno de aliados. Estiré mis músculos tensos y abrí la puerta.

Detrás de nosotros, Seth y Perses salían de su coche y se acercaban a nosotros. Más adelante pude ver una masa de Centinelas y varias luces encendidas. Parecía que eran bastantes más de los que habíamos enviado y un dulce alivio me recorrió. De alguna forma habían pasado por las autómatas. Quizá solo estuvieron esperando a los Apollyon y al Titán.

—Ares debe de saberlo —dije bajándome y caminando hacia la pared de piedra que separaba la grava del patio.

Seth dio un paso a mi lado, cruzándose de brazos.

—Estoy seguro de que sí, pero este tipo de guerra le recuerda sus días de gloria.

—Tiene razón. —Aiden levantó la bolsa que contenía las armas—. No hay forma de que dos enemigos modernos puedan estar tan cerca el uno del otro y no suceda nada... —Señaló a la horda de Centinelas y Guardas—. Esto es como la guerra de trincheras.

En la secundaria, antes de que volviera al Covenant de la isla Deity, leí algo al respecto. Hablaba de la guerra y cómo llevarla a cabo.

No podía soportar perder a nadie más.

Perses dio varias zancadas pasando por delante de nosotros, alto y silencioso. Lo miré un momento. Había disfrutado con la pelea que le había costado la vida a Olivia. El Titán se enriquecía del derramamiento de sangre y de la muerte. No quería odiarle, porque eso es lo que era, pero seguía habiendo cero rastros de remordimiento o pena por las vidas perdidas y eso dolía.

Deacon apareció delante de nosotros, frotándose los ojos enrojecidos por el cansancio.

—No quiero volver a entrar en otro coche mientras viva.

—Te lo recordaré la próxima vez que tengas que caminar cualquier distancia y estés lloriqueando —replicó Luke. Aquellas palabras fueron una broma, pero la mirada en su cara seguía siendo grave.

Era amigo de Olivia, mucho más que yo. Sentí una punzada en el pecho mientras entraba dentro. Lo único que me consolaba era que sabía que estaría con Caleb. Estaría con el chico al que había amado con tanta fuerza que no fue capaz de olvidarlo aún muerto.

Necesitaba pensar en eso como si mi vida dependiera de ello.

Solos recorrió el claro, pero frenó al ver a Perses. Echó un vistazo al Titán

mientras continuaba hacia nosotros. Se paró frente a Luke, colocando su mano en el hombro del mestizo.

—Lo siento. —Esas dos palabras cargaban con demasiado peso.

Luke asintió mientras decía algo en voz baja. La mano de Deacon recorrió su espalda, y una pequeña sonrisa apareció en mis labios cuando Luke se acercó aún más a él mientras seguían a Perses.

Aiden le estrechó la mano a Solos.

—¿Cómo van las cosas por aquí?

—Mucho mejor de lo que os han ido a vosotros —replicó Solos—. Yo debería...

—No hay nada que pudieras haber hecho —interrumpí. Quería una almohada—. Parece que aquí hay más Centinelas de los que estaban con nosotros.

—Así es. —Sus ojos brillaron de emoción—. Vamos. Estoy seguro de que necesitáis comer algo. Os lo explicaré por el camino.

Mi estómago rugió en respuesta, y Aiden me sonrió. Estaba muy casada como para avergonzarme.

—Cuéntanos.

—Nuestros exploradores conocieron a un grupo de cincuenta Centinelas que se escondían en la ciudad. Son del Covenant de Nueva York y están más allá de la línea de las autómatas. Nos mostraron un camino alternativo. Tuvimos un pequeño altercado con unos cuantos autómatas, pero no perdimos a nadie.

Vivían todos, cero pérdidas.

Lo sé.

La voz de Seth me sorprendió. No me había dado cuenta de que había proyectado ese pensamiento.

Míralos, siguen con la mente bastante clara.

Supongo, respondí sin mucha convicción.

—Nos trajeron y aquí hay al menos un centenar más. Han estado aquí desde que Ares se hizo cargo. Saben bastante de los movimientos de Ares, lo han estado vigilando.

Todo aquello era un conocimiento valioso y muy necesario. Aiden estaba diciéndoselo a Solos, y luego comenzaron a hablar sobre cosas más importantes. Pero en todo lo que podía pensar era en lo que acababa de explicar, y si allí había Centinelas que habían escapado cuando Ares se puso al cargo, ¿estaría mi padre entre ellos? Solos no lo sabría, pero Seth y Laadan me habían dicho que mi padre estaba dentro, con los sirvientes.

—¿Los sirvientes siguen allí? —pregunté, interrumpiéndolos.

Solos me miró.

—Sí. Hay unos cuantos. Algunos ya no están bajo el efecto del Elixir.

Mi corazón se disparó en mi pecho y mis ojos se encontraron con los de Aiden. Había esperanza en su mirada. Sabía que quería que mi padre estuviera en algún lugar, pero tenía miedo de la desilusión que podría venir si no era así.

Estaba allí dentro cuando fui la última vez. Las palabras de Seth pesaron tanto como la disculpa de Solos. Podría haber escapado desde entonces, pero...

Pero Ares sabía que mi padre estaba allí. Suspiré. Era estúpido tener esperanza, ¿no?

—Nunca —dijo Seth en voz alta.

Aiden lo miró con el ceño fruncido. Pero luego se volvió hacia Solos.

Piedras se asentaron en mi estómago. Hombre, la decepción no se quedó atrás. Traté de sacudírmela de encima, pero teníamos muchas más cosas sobre las que preocuparnos. Podríamos pasar a Ares silenciosamente, probablemente poco después del anochecer, pero quería ver a mi padre. Necesitaba saber eso, necesitaba saber quién era.

Si tan solo las cosas se fueran al sur más rápido, quería verlo antes de...

No pude terminar el pensamiento. Tendría que confiar en que Apolo encontrara una manera de detener a los Olímpicos y de que me mataran de una vez que me convirtiera en la mata-dioses. Él dijo que podría cuidar de mí. Él lo había jurado y se supone que los dioses mantienen sus promesas.

Excepto en el caso de Solos, y casi todas las historias que se me ocurrían.

Suspiré.

Mientras cruzábamos el césped, los Centinelas que se habían sorprendido al ver a Perses hicieron lo mismo mientras Seth y yo nos acercábamos. Varias maldiciones se escucharon cuando ellos vieron al Primero.

—¿Amigos tuyos? —pregunté, mirando a uno que apretaba un arma.

Seth se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que hubiéramos podido intercambiar unas cuantas palabras antes de que...

—¿Antes de que dejaras de pensar con la cabeza y lo hicieras con el culo?

Se le escapó una risita.

—Exacto.

—Deberías descansar esta noche.

Evitó una bolsa que al parecer iba cargada de rifles.

—Dudo que ninguno de vosotros vaya a dormir esta noche.

Reconocí algunos rostros del Covenant, sin embargo, había muchos extraños que no conocía y parecían de mi edad. Jóvenes. No me sentía joven, ya no, pero técnicamente todavía lo era, igual que ellos.

Solos nos presentó a los Centinelas a cargo del grupo que venía desde dentro del Covenant. Parecían maltratados, pero esperanzados mientras veían con sus propios ojos lo que Solos les había dicho.

Los Apollyons se habían unido para combatir y tenían a un Titán con ellos.

Sonaba súper guay, pero claro: era a Ares a quien nos íbamos a enfrentar.

Nos dirigimos a la casa, o más bien la mansión. Alguien comentó que pertenecía a un político mortal que la había abandonado cuando Ares atrajo a un ejército de

mortales. Nos dieron comida mientras Aiden conversaba con diferentes Centinelas. No quería saber dónde estaban Luke y Deacon, pero fuera donde fuera, esperaba que Luke estuviera bien.

A pesar de tener el estómago hecho un nudo por los nervios, mordisqueé mi sándwich. Me preocupaba estar enviándole a Seth demasiadas emociones, sin embargo empezaba a creer que me estaba bloqueando. Después de todo, era mucho mejor que yo haciéndolo.

Rindiéndome con la comida, aparté mi plato y me levanté. Dejé atrás la gran sala y me puse a investigar la casa. Perdí la cuenta de cuántas habitaciones había, una vez entré en lo que parecía una tercera sala de estar. ¿Quién necesitaba tantas habitaciones? Y, ¿por qué tantos pasillos? Parecía un laberinto.

Suspirando, me aparté varios mechones de la cara. Debería volver a la habitación en la que estaban Aiden y Solos, estaban hablando de los planes del día siguiente. Debería estar dirigiendo esas conversaciones, o al menos estar prestando atención. O fingir estar escuchando mientras estaba en la misma habitación que ellos, cualquiera valía.

—No deberías sentirte culpable.

Brinqué al escuchar el sonido de la voz de Seth, sorprendiéndome de lo sigilosamente que se podía mover. Girándome hacia él, lo encontré bajo el arco. Al parecer, no estaba bloqueando mis sentimientos.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí.

—¿No deberías estar siguiendo a Perses?

—¿Por qué? —Inclinó la cabeza hacia un lado mientras un mechón de su pelo rubio se escapaba de su agarre—. Se está comportando ahora mismo. Está fuera con los otros Centinelas, preguntando.

Me senté en el borde de un antiguo sofá con los cojines más duros que había probado nunca.

—¿Crees que es buena idea?

—Creo que sí. Estará listo para la batalla. Necesitamos todo lo que podamos conseguir para pasar lo que el ejército de Ares tenga preparado dentro de esas paredes.

Asentí lentamente.

—¿Crees que podemos conseguirlo?

—Definitivamente. —Un lado de sus labios se alzó.

—¿Crees que podemos luchar contra Ares?

—Lo creo. —Seth se acercó al sofá y se sentó a mi lado. Mi reacción inicial fue levantarme, especialmente desde que me contó que tenía problemas cuando estaba cerca de mí—. Perses se asegurará de atraparlo y debilitarlo, dándonos tiempo para hacer la transferencia. ¿Recuerdas cómo hacerlo?

—Sí. —Me llevé las manos al regazo y me acerqué a él. El color ámbar de sus

ojos era profundo. Decidí probar con un nuevo argumento—. Esperar hasta el último minuto es muy arriesgado.

—Hacerlo ahora es arriesgado, Álex. Tú no lo sabes, pero yo sí.

—Te creo —dije, y realmente lo hacía. El poder había corrompido a Seth, y él era el Primero. Convertirme en el Asesino de Dioses me iba a convertir en un Terminator al parecer—. Si no puedo controlarme después de matar a Ares, tienes que alejarte de mí. Rápidamente.

Su ceño no disimuló su belleza.

—No creo que lo haga.

Mis cejas se levantaron.

Su ceño se profundizó.

—Tú podrás manejarlo.

Ahora estaba confundida.

—Eso no es lo que me has dicho hasta ahora.

—Como yo te he dicho, lo estoy diciendo mal. —Seth se giró hacia mí—. Y no estoy siendo honesto.

El nudo en mi estómago se tensó y sentí la urgencia de golpearlo antes de que hablara porque imaginaba que lo que iba decirme se merecía un buen porrazo.

—Álex...

—¿Qué demonios? ¿Podrías ser honesto ahora? —demandé mientras la adrenalina corría dentro de mí—. ¿Qué es lo que estas ocultando hasta dentro de unas treinta horas?

Seth desvió la mirada.

—Podrías calmarte.

Lo intenté.

Se le escapó una risita.

—Vale. ¿Debería pensar que te vas a volver un poco loca por el poder? Es probable. Ya lo estás.

Mis ojos se estrecharon.

—Pero lo controlarás. Siempre lo haces, y yo... —Se interrumpió, sacudiendo su cabeza—. Tenemos que esperar hasta el último minuto porque no estoy seguro de que no intente detenerte. No estoy seguro de que al final, no sea yo el que coja el poder.

Me quedé mirándole. Mi ceño, ya fruncido, se pronunció un poco más ante sus palabras. Santos dioses. Quería creer en Seth. Pero Apolo tenía razón.

Dos pequeñas manchas aparecieron en sus mejillas.

—Me estás mirando como... como si hubiera dicho algo horrible.

—Bueno, eso es muy... um, bueno, algo es algo. —Negué—. Seth, si crees que vas a detenerme y llevarte el poder tú, ¿cómo demonios crees que esperar hasta el último minuto es buena idea?

No respondió. En su lugar, miró hacia otro lado, enfocándose en una espeluznante cabeza de ciervo que había colgada en la pared.

¿Seth?

Ladeando su barbilla, se pasó una mano por la mejilla.

Sé que cuando llegue el momento lo haré. En ese momento seré capaz.

—¿Cómo...? ¿Qué pasa si tú no...? ¿Qué pasa si...?

—Lo haré —espetó levantando la cabeza. Sus ojos brillaban de intensidad—. Sé que lo conseguiré.

—¡Perdóname si eso no me tranquiliza! —Fui a ponerme de pie, pero me agarró del brazo. Se me erizó todo el vello del cuerpo.

—Sé que lo haré, porque no permitiré que nada te pase.

¿Me estaba diciendo que trabajaba mejor bajo presión? ¿Que estar en plena lucha era un seguro para que no cogiera todo mi poder? ¿Qué demonios significaba eso? Intenté apartar el brazo, pero mantuvo su agarre.

—Creo que deberíamos hacerlo ahora.

Cerró los ojos.

—De verdad. Podríamos hacerlo ahora. —Mi corazón intentaba salirse de mi pecho—. Traeré a Aiden, y lo haremos. Después se asegurará de que nos separemos y...

—No voy a dejar que te vayas con otra persona, ni estar sola. No de nuevo. Lo haremos después, como hemos planeado.

—Seth...

Las marcas del Apollyon se volvieron locas, girando y recorriendo mi piel, reaccionando a él. Su cara se contrajo, y sentí algo dentro de mí. Mi pulso se aceleró, mientras la advertencia ante la situación aparecía. En el cementerio me dijo...

De repente, una daga del Covenant apareció en la barbilla de Seth, rozando la delicada piel de su garganta. Mi mirada se deslizó hacia donde estaba la mano Seth sujetando mi antebrazo y la daga se apretó más. De alguna manera le estaba diciendo «suéltala». Seth me soltó lentamente.

Miré hacia arriba y mi mirada se topó con unos ojos cálidos color chocolate.

Me quedé sin aire. Con la voz quebrada por la emoción, solo una palabra salió.

—¿Papá?

Capítulo 22

El potencial problema que suponía el que Seth cogiera mi poder y se convirtiera en el Asesino de dioses en el último momento, se había convertido en algo insignificante.

Estaba mirando a mi padre.

Mi padre.

Era como lo recordaba; un rostro de belleza clásica envejecido por el tiempo y sus vivencias, pero sus ojos marrones seguían vivos, llenos de inteligencia y conciencia. Estaba delgado, mucho más que antes.

Y llevaba un uniforme de Centinela.

Algo en mi pecho enloqueció, como si una puerta se hubiera abierto demasiado rápido y demasiado fuerte. Las lágrimas se derramaron sin control alguno.

Llevaba un uniforme de Centinela.

Mi padre mantuvo la daga contra la garganta de Seth.

—Está bien —le dije, con la voz ronca. Miré a Seth, que parecía tan sorprendido como yo—. ¿Seth?

Poniéndose de pie lentamente, levantó las manos. Su mirada ámbar puesta en mi padre.

—No voy a hacerle daño.

Mi padre no parecía muy convencido. Sus labios se curvaron en una mueca mientras mantenía la hoja contra sobre su garganta, pero permitiéndole retroceder. Primero se dirigió a la puerta, parando una vez para mirar hacia a nosotros, y luego desapareció a través del arco.

Me quedé mirando a mi padre, demasiado asustada para mirar hacia otro lado, pues temía que desapareciera, demasiado asustada como para mantenerme de pie. La emoción me embargaba y su cara se veía borrosa. Todo este tiempo, desde que recibí la carta de Laadan, había tenido la esperanza de volver a verlo, pero nunca pensé que lo consiguiera.

Y allí estaba, la noche antes de la batalla, de pie delante de mí.

—¿Papá? —dije con voz ronca. Era todo lo que podía decir. Era como si hubiera perdido mi capacidad para juntar más de dos palabras.

Expertamente, envainó la daga como nos habían enseñado en el Covenant. Durante un minuto, no se movió ni apartó la vista. Su mirada recorrió mi rostro, y las líneas alrededor de sus ojos se hicieron más profundas, igual que el surco entre sus cejas. Supe que veía las cicatrices, y aunque no habíamos estado juntos nunca, debían afectarle.

Dejando escapar un suspiro que parecía haber estado guardando desde hacía años, se sentó a mi lado en el sofá. No sabía qué decir. Sentía una fuerte presión en el

pecho y la garganta.

Alargó una mano y acarició mi mejilla. Su mano estaba fría, pero no me importó. Cerré los ojos con fuerza intentando detener las lágrimas. La presión aumentó, llegando a límites insospechados. Mi padre no dijo nada, porque no podía, pero su toque... fue mejor que cualquier palabra que pudiera decir.

Luché para reponerme, esperando hasta estar más segura de que no empezaría a sollozar sobre él, antes de hablar. Y, por supuesto, dije lo más estúpido que podía decir.

—¿Realmente eres tú?

Él asintió, sonriendo levemente.

Con un suspiro tembloroso, parpadeé un par de veces.

—¿Tú... tú recibiste mi carta?

Otro gesto de asentimiento.

—Vale. —Cogí aire de nuevo—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Levantó un dedo, y luego se echó hacia atrás. Metió la mano en el bolsillo lateral de los pantalones tácticos, sacó una pequeña libreta y un bolígrafo. Escribió algo rápidamente y me lo entregó. Su letra era pulcra y pequeña, muy diferente a la mía.

—¿Dos días? —Leí en voz alta y luego esperé mientras escribía algo—. Oíste que un grupo de Centinelas había llegado. —Mi corazón tropezó mientras le miraba fijamente—. ¿Dejaste el Covenant para ver si yo estaba entre ellos?

Él asintió.

—¿Cómo?

Mi padre escribió:

«Eliminé al Guardia que puso sobre mí. Cree que yo no sé qué sabe quién soy».

Me eché a reír, y sus labios se torcieron en otra pequeña sonrisa.

—Dioses —le dije, suavizando el agarre sobre mis muslos. Quería abrazarlo, pero no estaba segura de cómo reaccionaría—. Cuando estuve en el Covenant, no sabía que eras tú. Si lo hubiera sabido, habría hecho algo. Te juro que lo habría hecho.

Su pluma voló sobre su pequeña libreta. Dos oraciones.

«Lo sé. No era tu problema».

—Pero tú eres mi padre. Es mi problema.

Él negó con la cabeza, y luego escribió rápidamente.

«Te pareces mucho a tu madre».

Sonreí ampliamente, parpadeando para evitar otra oleada de lágrimas.

—Gracias.

Hubo una pausa mientras me miraba, y luego empezó a garabatear algo, esta vez más rápido que antes.

«A tu madre y a mí no nos hubiera gustado este tipo de vida para ti».

—Yo...

Levantó un dedo y terminó de escribir.

«Laadan me ha mantenido al día, me ha contado todo lo que ha podido. Hubiera

deseado cualquier cosa menos esto, pero estoy muy orgulloso de ti».

Cogí aire mientras las lágrimas brotaban de nuevo. Estaba orgulloso de mí. ¿Cuántas veces me había preguntado si lo estaría? Había hecho tantas estupideces en el pasado, me había metido en tantos problemas, y los dioses sabían que era así, pero mi padre estaba orgulloso de mí, y eso era todo lo que me importaba. La presión se expandió hasta que fue demasiado.

Saltando hacia adelante, lo abracé como si fuera a desaparecer en cualquier momento. Dejó caer la pluma y el bloc de notas, envolviéndome fuerte. Era el tipo de abrazo que nunca había tenido. Un abrazo que no llegaba tarde si no a tiempo.

Las lágrimas brotaron con más fuerza, no había nada que pudiese pararlas, pero eran lágrimas de felicidad.



Me quedé con mi padre durante horas, yo hablando y haciendo preguntas y él contestándome con un movimiento de cabeza o con su bloc de notas. Seguía pensando que aquello era un sueño, pero cuanto más tiempo pasaba, más me daba cuenta de que aquello era real.

Tras unas horas de charla, sucedió algo increíble. Algo que nunca hubiera pensado que sucedería.

Mi padre conoció al hombre más importante de mi vida junto a él.

Conoció a Aiden, que había venido a buscarme, y tuve la oportunidad de ver lo que significaba tener un padre en mi vida. Observaba a Aiden con una mirada fría; parecía a punto de usar la daga de la misma forma que lo había hecho con Seth.

Aiden fue educado, como siempre, dispuesto a irse para darnos algo de privacidad, pero le detuve. Nuestros ojos se encontraron y él asintió. Le quería allí, para compartir aquello conmigo, pues ninguno de nosotros sabía cuánto tiempo nos quedaba y no quería perder una oportunidad como aquella. Aiden se sentó en el suelo, a mis pies, con la mano y el pulgar sobre la parte posterior de mi pantorrilla.

Me hubiera encantado haber conocido a mi padre en mejores circunstancias. Donde los tres pudiéramos ir a cenar como la gente normal, pero aquello... aquello era perfecto a su manera.

Mi padre había dejado atrás a muchos para ver si estaba entre los Centinelas que habían llegado, y luché contra el dolor y el pánico cuando me enseñó el mensaje que había estado temiendo.

«Tengo que volver con ellos. No tienen a nadie más».

Mi corazón dio un vuelco.

—Pero Ares sabe que eres mi padre.

«No voy a dar un paseo hasta la puerta principal», escribió. «Conozco cada recoveco, y me mantendré fuera de su alcance. Si Ares quisiera utilizarme, lo hubiera hecho ya».

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Aiden me tranquilizó.

—Puede que tenga razón. Quizás Ares tiene algún tipo de código de honor o algo así.

Lo dudaba. La idea de que cayera en manos de Ares me atormentaba.

Mi padre inclinó la barbilla hacia abajo mientras escribía en el bloc.

«Yo no quiero que hagas lo que vas a hacer».

Abrí la boca, pero él siguió escribiendo.

«Pero sé que tienes que hacerlo. Igual que yo tengo que hacer esto».

Tenía razón. Maldecía a mi padre por ser un padre lógico. Al parecer mi salvajismo venía de mi madre, lo único que había heredado del carácter de mi padre era la terquedad.

Cuando faltaban pocas horas para el amanecer, mi padre me dio un abrazo de despedida, y supe que se dirigía de regreso al Covenant. No quería dejarle marchar, y no se lo permití durante varios minutos. Me aferré a él, apretando tan fuerte como pude, y cuando nos separamos, un dolor agudo se apoderó de mi pecho. Verlo marcharse fue una de las cosas más dolorosas que jamás he experimentado.

Me quedé en una pequeña habitación con una cama llena de mantas. Al mirar por la ventana, veía el campamento.

—Deberías descansar un poco. Empezará todo por la noche.

Mi cabeza no estaba en la batalla que se avecinaba.

—¿Y si no lo vuelvo a ver nunca más?

Aiden se colocó detrás de mí, deslizándolo sus brazos alrededor de mi cintura, envolviéndome en el calor de su cuerpo.

—Lo verás de nuevo.

Aferrándome a eso, me incliné hacia atrás y cerré los ojos.

—Cuando todo esto termine, quiero que los tres vayamos a cenar.

Me besó en la frente.

—Escoge un sitio.

—Cualquier lugar normal. Un sitio como... como Applebee.

Aiden rio entre dientes.

—Creo que podemos hacer que funcione.

Girando en sus brazos, descansé mi mejilla contra su pecho. Me abrazó mientras yo divagaba sobre mi padre. Luego pasamos a temas menos felices. No quería hablarle de Seth, pero lo necesitaba.

—No me gusta cómo suena eso —dijo, apoyando las manos a ambos lados de mi cabeza—. Si él no te autoriza a transferir el poder o hace cualquier tontería como las que ha hecho antes, serás un blanco fácil para Ares.

El enfrentamiento con Ares era un constante zumbido de bajo nivel cargado de adrenalina que no desaparecía, como si llevara una molesta piedra en el zapato. Era algo molesto, pero tolerable. La posibilidad de que la adición de Seth cambiara las

cosas en el último minuto era una piedra del tamaño de un diente de tiburón.

—Lo intentaré de nuevo, pero no creo que funcione. Cuando Seth se empeña en algo, no lo sacas de ello.

—Pero eso no es aceptable. —Aiden dejó caer las manos y se giró para coger una manta—. Es demasiado arriesgado. Si...

—No tenemos otra opción —proseguí—. Y creo que... creo que necesita hacerlo de esa manera, cuando el riesgo sea mayor. Al igual que un...

—¿Igual que un adicto deja de consumir drogas cuando están encerrados en la cárcel?

Arrugué la nariz.

—Um, ¿tú crees?

—Los presos siguen pudiendo adquirir drogas —se quejó, bajando los brazos y tirando de la camiseta hasta sacársela por la cabeza. Los músculos se tensaron.

—No voy a seguir esta conversación. —Por varias razones. Me guardaba la última para mí misma.

Aiden se enfrentó a mí.

—Sé que el plan es que tú y Seth vayáis con Perses a buscar a Ares, pero...

—No vamos a cambiar el plan, no importa lo loco que esté Seth.

Mi corazón enloquecía ante la idea de que Aiden viniera con nosotros.

—No puedes estar allí cuando nos enfrentamos con Ares. Te usará...

—Solo puede usarme si soy incapaz de defenderme, Álex. —Frunció el ceño con los ojos brillando de un color plata intenso. Oh, oh—. Yo no soy tu debilidad.

—No lo eres. Eres lo contrario a eso, Aiden, pero sé que Ares irá directamente a por ti. Él sabe que estaré distraída. Es lo que yo haría si fuera él.

Aiden miró hacia otro lado mientras se pasaba una mano por el pelo. Varios segundos pasaron, antes de soltar el aire apesadumbrado.

—Sé que tienes que hacerlo, Álex, pero va en contra de todos mis principios el no estar contigo.

Mordiéndome el labio, asentí. Sabía que iba a requerir un acto divino el que Aiden no nos siguiera.

—Si me pidieran que no estuviera contigo, no me gustaría escucharlo de ti.

Dejó escapar una risa.

—No me escucharías, Álex. Irías contra mí, y encontrarías una forma de estar allí conmigo.

—Lo haría —dije con una sonrisa triste—. Lo haría aun sabiendo que conseguiría distraerte, porque soy egoísta. Tú no lo eres.

—Puedo ser muy egoísta. —Su mirada se posó en mí una vez más, y colocó la punta de los dedos a ambos lados de mis mejillas—. He sido mucho más que egoísta contigo.

Confundida, frunci el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Fui egoísta al quererte, sabiendo lo que podría significar para ti. Fui egoísta la primera vez que te besé, que te toqué. —El temblor que sus palabras me produjeron no pasó desapercibido para él. Un hoyuelo apareció—. Yo fui egoísta la noche que me metí en tu cama cuando estabas en casa de mis padres, y he sido egoísta todos los días desde entonces. La única vez que no he sido egoísta fue cuando te rechacé, y ese es el día del que más me arrepiento.

Mi estómago se agitó como si hubiera una liebre dentro.

—Aiden...

—Mañana vas a separarte de mí, y una parte de mí se romperá al saber que vas a enfrentarte a Ares sin mí, así que voy a ser muy egoísta en este momento. —Su dedo se recorrió mi mejilla, hasta llegar a mis labios, ya entreabiertos—. Porque es la única forma en la que puedes conseguir que mañana no sea egoísta.

Los labios de Aiden reemplazaron sus dedos, y el beso no fue lento o suave. Fue feroz, consumiéndonos. Sabía a anhelo y a desesperación. Nuestra ropa se desprendió con una rapidez bastante impresionante, y nuestros cuerpos se fundieron bajo las mantas gruesas. Detrás de cada roce y cada beso existía el conocimiento de lo que ninguno de nosotros queríamos exponer en palabras. Usamos nuestra boca, nuestras manos y nuestros cuerpos para decir lo que ambos estábamos demasiados aterrorizados para decir.

Aquella podría ser nuestra última vez juntos.

Capítulo 23

Una fría y suave brisa disminuía el calor provocado por el fuerte sol de la tarde, que caía sobre nosotros mientras nos adentrábamos en el bosque que rodeaba el Covenant. El cielo era de un azul brillante, con solo unas pocas nubes parecidas al algodón.

Precioso día para una guerra.

Llevaba las dagas del Covenant atadas a mis caderas, y una Glock cargada con balas de titanio en el muslo. Con el pelo recogido en un moño y un cosquilleo en la piel provocado por las marcas del Apollyon, me sentí bastante ruda.

De pie, uno a cada lado, estaban Aiden y Seth. Detrás de nosotros, Perses y nuestro ejército estaban listos. Deacon se quedaba atrás, y después de lo sucedido con Olivia, deseaba aún más que se hubiera quedado con Marcus.

No había visto a mi padre, y ni siquiera sabía por qué estaba buscándolo. Había vuelto a entrar, sin embargo tenía la esperanza de que hubiera dejado todo atrás.

—Los guerreros no conocen el miedo, no muestran ningún temor. —La profunda voz de Perses retumbó, subiendo la adrenalina en mi sistema—. Muchos caeréis hoy.

Levanté las cejas. Menuda motivación.

—Pero caeréis como guerreros, la única muerte honorable.

Continuó, pero le ignoré. Los discursos de motivación sobre la muerte con honor durante la batalla, no eran lo mío. ¿Qué tal un discurso en el que de forma milagrosa todos terminábamos vivos? Podía creerlo.

Además, nos quedaba una buena caminata por delante. Usé ese tiempo para pensar en todo lo que había sucedido las últimas semanas. Tenía tanto en mi cabeza; Olivia, mi padre, Aiden, y Seth, y donde demonios estaba Apolo, aparte de otras cosas. Necesitaba centrarme.

Todos esos momentos nos conducían hasta el aquí y el ahora, y para cuando amaneciera, la sangre cubriría el suelo en un río carmesí. Nuestra sangre. La de nuestros enemigos. Y sangre de quienes habían sido manipulados.

Ramitas crujieron y se rompieron bajo nuestras botas mientras subíamos la segunda colina. Quedaba una más y veríamos los muros. Mientras estuviéramos arriba tendríamos la ventaja, pero cuando empezáramos a bajar, podrían vernos desde los muros.

—Recordad el plan —dijo Perses, mirando hacia atrás.

Asentí, porque mis cuerdas vocales se habían congelado. El plan se había puesto en marcha antes incluso de dejar Dakota del Sur. Había tenido tiempo suficiente para acostumbrarme a él, pero no lo había conseguido.

En la última colina, Perses, Seth, y yo nos separamos de nuestro grupo, dejando a Aiden, Solos y Luke atrás, con el ejército. Carne de cañón. Nadie lo dijo, sin

embargo, Perses había dicho que sería la distracción necesaria para que nosotros entráramos, por lo que al fin y al cabo eso es lo que eran. Los muros estaban protegidos por los autómatas y estos iban a llevarse a los nuestros por delante, de cuatro en cuatro. Y luego, cuando consiguieran cruzar la puerta de entrada, encontrarían el ejército de mortales... y solo los dioses sabían qué más.

¿Y dónde diablos estaba Apolo?

Los Centinelas que habían estado dentro del Covenant nos habían dado la información necesaria para poder entrar. El muro oriental estaba expuesta y era una forma de entrar y salir. Habría Guardias, pero nada como lo que habría en la parte delantera. Mi corazón me decía que tanto Aiden como solos y Luke lo lograrían. Tenían que hacerlo, pero el penetrante olor del miedo se adueñaba de mis sentidos.

¿Álex?

La voz de Seth en mi cabeza casi me hizo tropezar.

¿Qué?

Estas sintiendo muchas cosas en este momento.

Lo miré, caminando frente a mí junto a Aiden.

¿Acaso tú no?

Tienes miedo, fue su sencilla respuesta. Pensé en tirarlo por la colina llena de rocas, pero no me servía magullado.

Se produjo una pausa.

Tener miedo no es el problema, Ángel.

Deja de llamarme así.

No me hizo caso.

Utiliza ese miedo. Mirando por encima de su hombro, me guiño un ojo. Aiden maldijo por lo bajo y Seth sonrió. *Utiliza la ira. No dejes que ninguno de los dos te consuma.*

Sí, sensei.

Seth soltó un bufido.

—No me gusta cuando hacéis eso —murmuró Aiden.

—¿Lo siento?

Me miró detenidamente, pero no había ira en sus acerados ojos grises. Ambos habíamos sido inteligentes la noche anterior. Habíamos dormido un par de preciosas horas después de grabarnos a fuego en la memoria del otro de varias formas que podrían encender mis mejillas en cualquier momento a pesar del viento helado.

Ninguno quiso admitir que ambos temíamos que aquella fuera nuestra última noche juntos. No podía centrarme en eso, pero era una realidad que no podía ignorar.

Pasamos por la valla exterior y, rápidamente, llegamos a la última colina. Miré por encima de mi hombro, vagando sobre la multitud reunida allí. Todos estaban listos. Era el momento de hacerlo y poner fin a todo aquello. Todo se reducía a aquella batalla, y no solo para nosotros, sino para los mortales ignorantes. Si fracasábamos, el reino de los mortales caería a los pies de Ares, y el Olimpo sería lo

siguiente en su lista de cosas por conquistar. Los Centinelas y los Guardias detrás nuestro también lo sabían. Aquella situación era más grande que cualquiera de nosotros.

—Es la hora —dijo Perses. La emoción emanaba del Titán.

Seth asintió y se giró hacia mí. Una parte de mí quería retrasar aquel momento, sin embargo era uno de esos momentos en los que tenía que ponerme los pantalones de chica mayor. Lo que quería hacer y lo que tenía que hacer eran dos cosas muy diferentes.

Juré en ese momento que esta sería la última vez que tendría que elegir entre querer y necesitar. Me di la vuelta y abrace a Luke y luego Solos.

—Sed fuertes —les dije a ambos—. Prometédmelo. Si no, bajaré al Inframundo a por vosotros y os patear el trasero. Lo juro.

Luke se echó a reír.

—Seguro que lo harías. Prometido.

—Yo también —añadió Solos, inclinando la cabeza y presionando sus labios en mi mejilla—. Haz tú lo mismo.

Asentí y me alejé antes de que me emocionara, quedando cara-a-cara con Aiden. Agarre su camiseta con una mano, acercando su cabeza a la mía y lo besé. No fue un beso casto. O tierno. Nuestros labios se estrellaron; nuestros cuerpos se fundieron con el roce. Me lo llevé conmigo en ese beso igual que él a mí.

Algunos silbidos me trajeron de vuelta a la realidad. Lo solté, balanceándome sobre los talones, pero sin soltarle. Los ojos de Aiden eran plata líquida.

—Te quiero —le dije—. Te quiero mucho.

Sus labios rozaron los míos.

—*Agapi mou*. Estaré contigo en poco tiempo.

Asintiendo lentamente, dejé escapar un largo suspiro y me deshice de su abrazo.

Dirigiéndome hacia donde me esperaban Seth y Perses, no fui capaz de mirar atrás. Ni siquiera cuando los tres nos dirigimos hacia el este, pues si lo hacía, correría de nuevo hacia él y no podíamos perder más tiempo.

Habíamos recorrido unos ochocientos metros cuando Perses levantó la mano para que paráramos. Inclinó la cabeza, concentrado y una sonrisa lobuna apareció en su rostro. Un segundo después, un poderoso rugido atravesó los altos abetos y los olmos que nos rodeaban, mientras las aves salían volando en bandada. Era el sonido de la rabia y la determinación, un grito de guerra.

Me giré hacia el oeste. El cielo oscuro se iluminó en tonos naranja y rojos, intensificándose cada dos segundos.

—Esto ha comenzado. —La sonrisa de Perses se extendió como si le acabaran de servir su festín favorito—. Hay que darse prisa.

Con el corazón acelerado, busqué en lo más profundo de mí, aferrándome al sentido del deber y a la necesidad de salvar mi vida. Corrí colinas abajo junto a Seth y Perses aunque mi corazón estuviera con Aiden y con mis amigos, frente a los

muros.

Nos deslizamos por la pendiente rocosa hasta que los seis metros de pared de mármol blanco quedaron a la vista, mientras el sonido de la batalla crecía a lo lejos.

Perses corrió más hacia el este, atravesando la colina y dirigiéndose a la parte este del muro de protección. Varias bolas de fuego volaron por el aire, golpeando de nuevo la explanada junto a la puerta. Hice una mueca ante el impacto, sabiendo que, cuando las llamas habían aterrizado, se había llevado varias vidas por delante.

Llegamos a la parte inferior de la colina y sentí lo que todo mestizo siente en algún momento. Todo el vello de mi cuerpo se levantó, y varios temblores recorrieron mi espalda.

—Daimons —dije, derrapando para parar mientras sacaba las dagas y las desplegabam. A cada extremo apareció una cuchilla.

Seth hizo lo mismo, pero Perses al parecer quería usar las manos y quedar lleno de sangre y suciedad. Giramos en la esquina, corriendo hacia un grupo de daimons. Sus bocas se abrieron, dejando salir espeluznantes aullidos. Sus ojos, negros y sin fondo, destacaban en contraste con su pálida piel. Entre ellos había daimons mestizos, los más mortales de su especie.

Me lance hacia la lucha, eliminando al primer daimon con un golpe brutal de la hoja de la hoz, separando su cabeza de su cuerpo de forma limpia. Seth golpeo a un mestizo en el pecho con una patada, lanzándolo contra el suelo antes de que dirigiera la punta de su arma hacia abajo hasta adentrarla en su pecho. Como sospechaba, Perses era práctico, rompiendo cuellos y arrancaba partes importantes del cuerpo.

Una mujer daimon se lanzó hacia mí y giré, lanzándole una patada en el estómago. Conoció la punta de mi daga antes de que cayera al suelo. Otro vino hacia mí y me empujó. Aterrizando en cuclillas, deslicé la hoja de hoz hasta llegar a él y le apuñalé en el estómago.

Me levanté rápidamente, sacudiendo la sangre y vísceras de mi daga, y me giré. Órganos de daimons mestizos cubrían el suelo, pero aún había muchos más, por lo menos una docena. Moviéndome rápido, apuñalé en la espalda a uno que estaba acechando a Seth. A diferencia de los mestizos, estalló en una explosión de polvo brillante justo en mi cara.

Mierda.

Perses le dio una patada un daimon mestizo y lo agarró por las piernas, levantándolo en el aire. La cosa gritó con furia, pero Perses lo balanceó como si fuera un bate de béisbol, estampándolo contra el mármol. Aparté la vista antes sin ser capaz de ver ese nivel de agresividad. Había cosas que no quería ver y esta era una de ellas.

¡Alex!

El sonido de la voz de Seth en mi cabeza me hizo girar.

—Dioses.

Un daimon mestizo corría hacia mi aullando, y a los pocos segundos se le unieron varios. Todo el éter que teníamos debía estar volviéndolos locos. Se habían unido,

haciendo más difícil luchar como nos habían enseñado.

Un fuerte viento sopló desde donde estaba Seth, enviando al trío malvado lejos.

Metiendo la hoja hoz en su funda, levanté la mano, invocando el elemento del fuego. Calor recorrió mis venas, calentando mi piel. Chispas emanaron de mis palmas, seguidas de una erupción de fuego. Dio en el daimon del centro, extendiéndose hacia los que estaban a su lado.

Los tres daimons cayeron al suelo, gritando, mientras rodaban y se retorcían. El olor a ropa y a carne quemada se mezcló con el olor metálico de la sangre.

Cuando todos los daimons estuvieron muertos o hechos polvo, no perdimos más tiempo. Corriendo a lo largo del muro este, encontramos la brecha. El hueco en el muro era de apenas un metro. Atravesarlo fue fácil para mí, pero a Perses y a Seth les costó un poco más pasar a través de él.

No habíamos dado unos cuantos pasos cuando nos encontramos un par de autómatas.

No teníamos tiempo para eso.

Seth pasó junto a mí y levantó la mano. Las marcas del Apollyon recorrieron su piel. La energía fluyó en el aire que nos rodeaba. En un estallido de luz, el Akasha salió de él y golpeó al primer autómata, iluminándolo. Uniéndome, convoqué el quinto y más poderoso elemento, golpeando mi objetivo.

Ya no existían.

—Eso nos vendría muy bien. —Perses vigilaba detrás nuestro; la sangre goteaba de su cara. No era suya. Quería preguntarle si necesitaba un pañuelo—. Deberíais utilizarlo más a menudo, nos haría las cosas más fáciles.

Mis ojos se estrecharon.

—Tienes poderes propios de un dios. ¿Por qué no los usas?

—Prefiero usar las manos en la batalla. Tiene más valor.

Ni siquiera merecía una respuesta. Sacudiendo la cabeza, miré a Seth.

Este tío está loco.

Pero es bueno.

Corrimos por el césped del Covenant, pasando las destruidas estatuas de los dioses. Las únicas que quedaban en pie eran las de Ares. Al parecer no tenía intención de ocultar su arrogancia.

De repente, Seth extendió la mano, cogiendo la mía y obligándome girar bruscamente a la izquierda. Miré hacía allí, viendo lo que acababa de confundir con ramas secas.

Los palos blancos no eran palos.

—Oh, mis dioses...

Los restos de las estatuas, una vez maravillosamente hechas, eran los únicos no eran los únicos que yacían en el suelo olvidados. Cada varios pasos, había... cuerpos sobre la hierba. Algunos viejos y casi completamente descompuestos. Otros eran más frescos, con la piel llena de moretones y los cuerpos hinchados.

—Ten cuidado con donde pisas —dijo.

Cuando Seth soltó mi mano, levanté la vista y vi que Perses ni siquiera se había detenido, simplemente se abrió paso entre los cuerpos. La bilis me subió hasta la garganta y tuve que esforzarme por enviarla de nuevo hacia abajo. Perses era un mal necesario, pero a veces odiaba a ese bastardo.

Los sonidos de la batalla en la puerta principal rugían mientras nos acercábamos al edificio principal del Covenant. Los gritos de dolor se mezclaban con gritos de victoria y el sonido de las armas de fuego. La lucha había dado un paso adelante, llegando hasta la fila de estatuas destruidas de los doce olímpicos, de las que solo quedaba uno. Pude ver a muchos Centinelas y soldados de ambos bandos, enfrentándose en un combate cuerpo a cuerpo. Al parecer, habían reducido a los autómatas, pero estábamos demasiado cerca de la lucha como para llamar la atención.

Varios soldados gritaron, y un grupo grande se separó, corriendo hacia nosotros.

—La puerta de servicio. —Seth señaló el lateral del edificio, cuyas puertas y ventanas estaban rotas—. No tenemos tiempo para esto. Tenemos que llegar hasta él...

Una suave risa nos detuvo a los tres y mi corazón dio un vuelco en el pecho. Conocía ese sonido. El aire tembló delante de nosotros, tomando forma, y forzando incluso a Perses a dar un paso atrás.

La suave risa sonó de nuevo.

—Tiene que ser una broma —me lamenté—. ¿En serio?

Dos furias aparecieron delante de nosotros; sus alas translúcidas moviéndose, sin emitir sonido alguno, en el aire. Rubias y delicadamente pálidas, eran terriblemente hermosas de una manera engañosa. Esas criaturas eran feas en su verdadera forma. Y sanguinarias. Muy sanguinarias.

Se acercaron más, con el pelo flotando a su alrededor.

—No estamos aquí por ti.

—Esta vez —terminó la otra.

La sonrisa de la furia más cercana se ensanchó, mostrando una crueldad inimaginable.

—Los dioses han escuchado las súplicas de Apolo y han respondido.

Vaya, eso me había sorprendido. Estaba en *shock*.

La estática crujió por el aire, y un zumbido de bajo nivel se escuchó. Dándome la vuelta, abrí los ojos de par en par.

—Mierda —exclamó Perses—. No puede ser cierto.

Al otro lado del césped, a medio camino entre el grupo de soldados y nosotros, una niebla apareció, cubriendo el césped. Dentro de ella, nueve formas aparecieron. En cuestión de segundos, nueve dioses del Olimpo estaban allí.

Artemisa cogió el arco de su espalda y miró por encima del hombro, apuntándonos. Guiñó un ojo, y luego se giró, soltando una flecha plateada.

Las furias se elevaron en el aire, perdiendo sus preciosos rostros. Su piel y las alas

se volvieron de color gris y escamoso y varias serpientes reemplazaron su pelo. Volaron por encima de los dioses, y bajaron, capturando a un hombre entre sus garras. La sangre salió a borbotones y algo —oh dioses—, rojo y pegajoso se derramó por el suelo.

Había partido al soldado por la mitad.

Inclinando su cabeza hacia atrás, la risa de la furia tintineó en el viento, poniéndome los pelos de punta.

Las cejas de Perses se elevaron.

—Son tan sanguinarias como lo recordaba.

Lo miré.

—Y espeluznantes.

Sonrió.

—Creo que son magníficas.

Por supuesto que sí. Una de ellas tenía la cabeza de un mortal en sus manos, y parecía a punto de jugar al voleibol con ella. Perses y la furia seguro que conectaban bien, pensé con amargura.

—Vamos —gritó Seth, señalándonos. Estaba junto a las puertas destrozadas—. Lo tienen bajo control.

Así era. Una última mirada por encima del hombro lo confirmó. Apolo había eliminado a los soldados, y los dioses se unían a la lucha cuerpo a cuerpo que había más adelante. Corriendo tras Seth y Perses, entramos en el Covenant, seguramente, a pocos pasos de Ares.

Deteniéndose frente de nosotros, Perses ladeó la cabeza hacia un lado y luego volvió a mirar a Seth y a mí, secándose la sangre que goteaba de su mejilla. Una lenta y calculada sonrisa apareció en su rostro.

Y desapareció.

Poof.

Se había ido.

Se había desvanecido.

Seth abrió la boca, sorprendido.

—¡Mierda!

Capítulo 24

Estábamos de pie justo en la entrada para los sirvientes. Manchas grises teñían las paredes, como si hubiera habido un pequeño incendio.

No pude moverme o hablar durante varios segundos.

—¡No puedo creerlo! —exclamé—. Ese hijo de...

Varios soldados se colaron por la entrada. Sus uniformes de camuflaje eran notablemente mortales, pero los brazaletes con el símbolo de Ares eran cualquier cosa menos mortal. Llevaban las armas en alza, preparados para disparar.

Mierda.

Levantando las manos, aproveché el elemento aire. El viento sopló por detrás de los soldados y las armas temblaron en sus manos. Seth entró en juego y varios soldados cayeron. Las armas salieron volando de sus manos, deslizándose por el suelo. Los soldados se incorporaron cuando el viento se calmó.

—¿Podemos dejarlos marchar? —pregunté.

Seth negó y dio un paso adelante, cogiendo sus dagas.

Están bajo compulsión.

Quería discutir, pero el soldado más cercano a Seth lo atrapó, envolviendo su cuello con el brazo. Llevaba un cuchillo de aspecto horrible en la mano, el tipo de cuchillo que cualquier asesino en serie codiciaría. Cualquier persona en su sano juicio hubiera huido de nosotros, pero aquellos que estaban bajo compulsión lucharían hasta la muerte.

No podíamos hacer nada.

Seth se metió bajo el brazo del atacante y se levantó, golpeando con la empuñadura de una daga en la espalda de un soldado mientras golpeaba a otro en el pecho. Saltando sobre el cuerpo del soldado caído, me agaché y giré, barriendo los pies de otro. Cayó, empalándose a sí mismo en la daga.

Tiré de ella liberándola, y un sonido horrible salió de él. Haciendo una mueca, ignoré los indicios de culpabilidad y me lancé al combate.

Aquellos soldados estaban altamente entrenados, y sin duda los mantenían estratégicamente dentro del Covenant para ser la última línea de defensa por si alguien lograba entrar. Dando una patada, le di la bienvenida al intenso dolor, luego me levanté y arqueé la daga para coger al soldado por debajo de la barbilla. Girando, vi a Seth cogiendo a uno por la cabeza y girarle el cuello. El crujido se perdió en el aire, mientras alguien me golpeaba. Me agaché, capturando al atacante por el estómago.

Sin previo aviso, sentí que me barrían, tumbándome. Dejándome caer, giré en el último segundo y rodé, atrayendo al soldado hacia mí, hasta dejarlo debajo de mi cuerpo.

Vi su cara un segundo. Era joven, muy joven. Apenas recién salido del colegio y con toda una vida por delante. Un dolor profundo, más intenso que cualquier patada o puñetazo, destrozó mi corazón cuando clavé la daga en su pecho, poniendo fin a su vida en cuestión de segundos. Un líquido caliente me cayó en la cara. Sangre.

Levantándome, cogí aire con fuerza mientras restregaba el dorso de la camiseta por mi cara una y otra vez. No quería sangre de ese chico en mí. Me giré mientras Seth atrapaba al último soldado por el cuello, y lo estrellaba contra el suelo con la fuerza suficiente para romper los azulejos y la columna vertebral del hombre. Su último aliento se escapó un momento después.

Seth levantó la mirada, sus ojos encontrándose con los míos. Lentamente, se metió las dagas en los muslos y me hizo un gesto para que siguiéramos.

Manteniendo la mirada en el suelo, seguí a Seth por el pasillo a nuestra derecha. Tan cerca, el éter en nosotros actuaba como un guía silencioso, tirando de nosotros hacia donde se encontraba Ares. Recorrimos el amplio pasillo, en silencio y prestando atención a cualquier otro ataque sorpresa. Era la misma sala en la que Seth y yo habíamos estado hacía tiempo, excepto que esa vez no se encontraba llena de cadáveres. Me sentía inquietantemente vacía, pero había marcas de rasguños en los una vez vírgenes pisos y paredes y manchas de color óxido cada varios metros.

Seth me vio mirando las manchas.

—Cuando Ares ocupó el Covenant, fue bastante horrible. Mucha gente se resistió. Levanté la mirada, preguntándome cómo podía dormir Seth por la noche.

Pareció leer la pregunta porque miró hacia otro lado, mientras un espasmo muscular recorría su mandíbula.

—Yo no duermo, Álex. No duermo bien ni tampoco mucho tiempo.

Una parte de mí quería decirle algo tranquilizador pero ¿qué podía decirle? ¿Quién sabía cuántas personas inocentes había eliminado Seth? ¿Y para qué? No tenía ni idea de cómo podía reparar eso. O si alguna vez encontrara el perdón en otras personas, ¿se perdonaría el mismo? Respirando profundamente, le seguí.

Habíamos dado unos cuantos pasos más cuando una voz recorrió el pasillo, haciendo eco. Era familiar.

Escuché la voz profunda de Perses burlándose de Ares, y casi me caí de rodillas y comencé a alabar a todos los dioses que existían, tal vez incluso algunas celebridades al azar. El alivio fue palpable en el aire.

No nos ha abandonado.

Seth asintió.

Nunca he creído que lo hubiera hecho.

Puse los ojos en blanco.

Ha habido un momento en que si lo has creído. Admítelo.

Lo que sea.

Acercándonos, me pegué a la pared. Estaban el salón de baile, el mismo donde me había enfrentado a las furias y había matado al puro.

Qué apropiado, comentó Seth.

Le lancé una mirada mortífera, y sonrió, con aquella sonrisa insufriblemente arrogante que llevaba ausente varias semanas. Mis labios se movieron en respuesta.

Me alegraba de que Seth hubiera recuperado su humor o lo que sea, pero no teníamos tiempo para que le diera una palmadita en la espalda.

Cinco puertas, todas abiertas, daban paso a varias habitaciones entre ellas el salón de baile. Con las puntas de los dedos hormigueando, me asomé en la primera. Nada. Me moví un poco hacia adelante, resistiendo la tentación de correr por el pasillo.

—No puedes ganarme, Olímpico. —La voz de Perses me detuvo un segundo.

Ares se rio, pero sonaba apagado. Luego bramó:

—¿Necesito recordarte que fui yo quien cerró las cadenas alrededor de tus muñecas?

—Solo con la ayuda de tus hermanos —respondió Perses—. Los mismos que están fuera, librando una guerra contra tu ejército. Dudo que te ayuden en esta ocasión. —Hizo una pausa—. Eres tonto, Ares. Un idiota arrogante. Haces la guerra por puro placer, pero nunca haces la guerra con el fin de conseguir el control.

¿Qué?

Miré hacia Seth, que se encogió de hombros. Al parecer Perses se había escapado solo para darle una charla a Ares, por qué se me escapaba. Al parecer, quería tener la última palabra o algo así. Con los dioses, todo era una incógnita.

En aquel momento, a dos puertas del salón de baile, a punto de revisar la siguiente habitación, un Centinela entró inesperadamente, sobresaltándome.

Abrió la boca, a punto de dar a conocer nuestra ubicación. No me detuve a pensar. Saltando hacia adelante, cogí la daga en mi pierna con una mano y puse la otra sobre su boca. Nuestros ojos se encontraron un breve momento. Sus ojos azules estaban desenfocados, nebulosos, un signo de la compulsión. El remordimiento recorrió mi pecho, pero hundí la daga en su pecho, sobre el corazón, hasta la empuñadura.

Seth cogió el cuerpo, depositándolo en el suelo mientras enfundaba la daga. Rápidamente, inspeccionó la habitación y me hizo una seña para que continuáramos. Me acerqué con cuidado rodeando el cuerpo, inhalando profundamente.

Tenías que hacerlo, dijo Seth.

Lo sé.

Eché un vistazo por encima del hombro, arqueó una ceja como si no me creyera, y tenía razón. Matar a un Centinela bajo coacción era tan malo como matar a los mortales que permanecían bajo el control de Ares.

De acuerdo, me moriré por dentro cuando todo pase, pero por ahora, estoy bien.

Esa es mi chica.

Fruncí el ceño. *Eso es retorcido.*

Dejando que Seth comprobara la habitación de al lado, me acerqué a él. Mi corazón bombeaba rápido. El salón de baile era el siguiente. En algún lugar, el reloj imaginario seguía corriendo.

Seth cogió mi mano, haciéndome girar y entrar en una habitación oscura y vacía. Me puso de espaldas contra la pared, su cálido aliento contra mi frente. Levantando mi mano libre, estaba a punto de darle un puñetazo en la cara cuando su voz en mi cabeza me detuvo.

Hazlo. Transfiere el poder ahora.

Estaría mintiendo si dijera que no me había preocupado por ese momento desde el instante en que Seth lo sugirió. Incluso antes, cuando Apolo dijo que era la única forma, me había preocupado. Al ver cómo Seth luchaba contra la atracción; contra la necesidad que existía entre nosotros, estaba dispuesta a todo.

Inclinó la cabeza, besando mi frente.

Hazlo, Alex.

Sorprendida, vacilé, mientras miraba fijamente a los ojos que eran idénticos a los míos.

No te fallaré, dijo, y no mintió al respecto.

Ahora, dijo, cerrando los ojos mientras me soltaba.

Mi mano temblaba cuando eliminé la distancia entre nosotros, agarrando su mano izquierda.

—Θάρρος. Coraje.

Un oleada recorrió mi mano, disparándose por mi brazo, seguido de una gran cantidad de calor. Seth se sacudió, pero se quedó allí, con los ojos cerrados. El hormigueo terminó en mi hombro, y entonces lo sentí.

El estallido de miedo fue sustituido por una determinación ardiente. Aquello era justo. Nadie podía detenerme.

Ahuequé mi mano alrededor de su mano derecha, apretándolo.

—Δύναμη. Fuerza.

Un temblor sacudió a Seth, y otra sacudida recorrió mi brazo derecho, más rápido que la anterior. El calor volvió a encenderse, extendiéndose a través de mis hombros. Mi cuerpo vibraba. Un millar de pequeños pulsos golpeaban mis músculos, derribándolos y reconstruyéndolos. Me sentí como imaginé que se sentía Aiden, pues era la persona más sana que conocía, ya que vivía a base de una dieta sana y mucho ejercicio.

Levanté su camiseta y puse la mano sobre la marca en su plano y duro estómago, y susurré:

—«απόλυτη εξουσία». Poder absoluto.

Seth abrió la boca y los ojos de par en par. La tonalidad ámbar de sus ojos brillaba estridente, fijos en los míos como rayos láser. La oleada de puro poder casi me lanza contra la pared. Cada célula de mi cuerpo se exaltó y las marcas sobre mi piel quemaron.

—Uno más —dijo Seth, en voz baja y ronca.

Todo mi cuerpo tembló cuando me estiré, ahuecando la palma de mi mano contra la parte posterior de su cuello.

—Αήττητο. Invencibilidad.

El aire salió de mis pulmones en el mismo momento en que salió de los de Seth, y entonces sucedió. La estática cargó la habitación cuando el lazo ámbar apareció alrededor del brazo de Seth. Formando una espiral descendiente, entrelazándose sobre su piel, hasta llegar a mi brazo. Mi lazo azul crujió, más brillante y más intenso que el suyo. Los dos giraron, superponiéndose, zumbando y escupiendo chispas azules y ámbar. Aparté la mano de su cuello, pero no fui capaz de moverme.

Dentro de mí, en la base del vínculo, algo cambió y palpité. Detrás de mis ojos, una luz cegadora estalló en una gama de colores vibrantes.

Bajo mis pies, el suelo se movió. Mis pulmones se detuvieron cuando la cabeza de Seth cayó hacia atrás, con las venas de su cuello hinchadas. Un fuego me inundó desde dentro, corriendo por mis venas a velocidades vertiginosas.

Quemándome dulcemente, entre frío y caliente. La energía se derramó en mi pecho, haciendo que mi corazón se parara y luego acelerara.

Las sombras danzaron sobre las paredes mientras los lazos se dilataban, retorciéndose, hasta convertirse en uno, brillante y de un color blanco intenso. Aparté la otra mano de él, dejando caer los brazos a ambos lados mientras las marcas sobre mi piel reaparecían con más fuerza. El ahora cable blanco, vibró una vez más y luego se rompió, volviendo hacia mí. Seth bajó la barbilla, sus ojos eran de un color ámbar brillante cuando se encontró con mi mirada, antes de cerrarlos de nuevo.

No sentía los pies en el suelo.

¡No!

Estaba flotando de nuevo.

Existía una distancia de por lo menos un metro entre mis zapatos y el suelo, y era increíble.

—Guau —le dije, sonriendo.

La garganta de Seth se movió.

—Sí. Guau.

Moviendo las manos delante mío, vi los símbolos deslizándose sobre mi piel. El color parecía más nítido.

¿Vas a bajar? Alzó la mano, cogiendo la mía.

Extrañamente, el cable dentro de mí no dijo nada. Me obligué a bajar.

¿Cómo te sientes?

Inclinó la cabeza hacia un lado.

Bien. No me siento diferente, la verdad.

Lo que significaba que era muy probable que siguiera anhelando el Akasha, pero al menos no estaba herido. Por un momento, me tranquilicé.

¿Y tú?

Era difícil de describir... el poder. Quería correr directamente contra una pared, pues me sentía lo bastante segura de poder empujarla, pero no sentí que estuviera descontrolada, pues no estaba corriendo contra esa pared.

Me siento... muy bien. Me siento...

No existía el miedo en mi corazón, al menos no el que paraliza. La fuerza había fortalecido mis músculos, y me sentía lista de una manera que no conocía hasta ese momento. Unas horas antes, sabía que debía asumir el poder del Asesino de Dioses. Sabía que debía enfrentarme a Ares y destruirlo, pero ¿estaba realmente lista? No. Simplemente era algo que sabía que debía hacer.

Ahora estaba lista de verdad.

Le sonreí a Seth, cerrando mis manos en puños.

—Lo conseguiremos.

Capítulo 25

Con cada paso que daba, la determinación se volvía acero puro. Mis manos pedían a gritos una pelea, pero mi sangre reclamaba que lanzara el Akasha que recorría mi cuerpo.

Ares estaba a punto de ser derrotado.

En el fondo, me di cuenta de que así era como Seth debía haberse sentido la mayor parte del tiempo; chulería, saber que nada en ese mundo era más poderoso que el primero.

Hasta ahora.

Me detuve frente a las puertas del salón de baile, ahora cerradas y levanté las manos, convocando Akasha. Apenas tardó nada en salir. La energía fluía sin problemas. Derribé las puertas de titanio arrancando las bisagras, lanzándolas a través de la sala.

—Dioses —murmuró Seth.

Ares y Perses se giraron. Varios metros los separaban. Los ojos del Titán se agrandaron. Una de las puertas cayó al suelo, rompiendo el mármol. La otra se estrelló en Ares, lanzándolo contra la pared.

Mis labios se curvaron en una amplia sonrisa cuando entré en la habitación.

—Vaya, no te había visto.

Perses rio mientras inclinaba la cabeza hacia atrás.

—Y aquí está el Asesino de Dioses.

Con un rugido de batalla, Ares se quitó la puerta de encima. Esta voló por los aires, golpeando a Perses en la espalda, estrellándole en la pared opuesta. El mármol se agrietó, y la mitad de la pared cayó, enterrando al titán.

No me preocupaba. Perses era mayorcito. Conseguiría levantarse de nuevo, al menos en algún momento.

Ares se limpió la boca y frunció el ceño; en esa fracción de segundo, pudo sentir la inquietud que desprendía. La presencia de Perses había servido, dejándolo fuera de juego.

—Vaya, mira por dónde. La chica es el Asesino de Dioses. —Sus ojos blancos rezumaban electricidad—. Siempre supe que eras débil, Seth.

Seth se giró hacia él, con una mirada arrogante clavada en el rostro y su característica sonrisa burlona.

El dios rio mientras movía su cabeza de lado a lado, crujiendo los huesos.

—Wow, voy a disfrutar matándote, niño bonito.

—El sentimiento es mutuo. —Seth dio un paso adelante hasta estar de pie junto a mí.

—Estás preciosa —comentó Ares, girándose hacia mí—, pero... ¡Oh! Tu cara y

tu cuerpo parecen un mapa de carreteras. Que sexy.

Seth se tensó, pero yo me reí.

—Palos y piedras, Ares. Pensaba que eras más maduro. Y más inteligente. Me decepcionas.

—¿Decepcionarte? —Ares me sonrió, pero no tan seguro de sí mismo como ese día en la oficina del Decano—. Oh, pequeña. Asesino de Dioses o no, no puedes derrotarme. Este mundo será mío.

—¿En serio? —Di un paso hacia adelante, mi piel hormigueando—. ¿Hay algo más que quieras decir? Sé que te gusta dar largos y aburridos discursos de villano, llenos de clichés. ¿Podemos saltarnos eso y dirigirnos al momento en el que te matamos?

Él gruñó y levantó la mano. Lanzó un haz de energía directo hacia mí. Gire, moviéndome más rápido, evitando el rayo del dios. Le disparó otro a Seth, pero él también fue más rápido.

Durante la charla, mis músculos se habían tensado. Cargué contra el dios. Evité mi ataque en el último minuto, pero Seth también fue a por él. Desvió el golpe de Seth, empujándolo hacia atrás mientras daba un salto en dirección al Ares, dándole una patada en medio de la espalda. Ese tipo de patada hubiera eliminado a un semidiós o un mortal, pero con Ares, él simplemente tropezó y se giró.

La expresión de su cara gritaba un «perra».

Dio un giro y me agaché, pero lo hice un instante demasiado tarde. Su puño golpeó mi mandíbula, echándome la cabeza hacia un lado. Un dolor pulsante recorrió mi cara. Maldita sea. Golpeaba duro, no me había olvidado de eso aún.

—Ouch —le dije—. Pegarle a una chica no está bien.

—Pero Ares no lo sabe, ¿verdad? —Seth se giró, dándole una patada brutal en la pierna. El dios tropezó—. Después de todo, estoy seguro de que solo ha tenido suerte con Afrodita, y todo el mundo tiene suerte con ella.

Ares lanzó sus brazos hacia delante. No nos tocó a ninguno, pero un segundo después estaba volando por los aires. Pude ver la expresión sorprendida de Seth un segundo antes de estrellarme contra la pared.

Golpeé el suelo de rodillas, quedándome sin aliento. Antes de poder siquiera recuperarme, la rodilla de Ares chocó contra mi barbilla, tirándome sobre mi espalda. La cabeza me daba vueltas mientras me incorporaba.

—Ya no eres tan dura, ¿eh? ¿Por qué será? —Se detuvo, interceptando el ataque de Seth.

Un relámpago surgió de la palma de Ares, y mi corazón se estremeció al sentir el miedo por primera vez desde que me había convertido en el Asesino de Dioses. Ares podía matar a Seth, igual que Apolo podía matarme a mí. Un grito se congeló en mi garganta mientras Seth se detenía; ese conocimiento brilló en sus ojos color ámbar. Se lanzó a un lado en el último segundo, y el rayo le golpeó en el hombro, echándole hacia atrás.

Mi alivio fue efímero. Ares me agarró de la camiseta, arrastrándome por el suelo. Con un rostro completamente inhumano, me gruñó:

—Conseguiré el Olimpo y voy a gobernarlo todo.

Ares me dejó caer con un gruñido y caí de culo contra el suelo, demasiado aturdida en un primer momento para darme cuenta de lo que había sucedido. Entonces, lo vi.

Perses se había recuperado y se había lanzado contra el dios. Rodaron por el suelo, arrancando trozos de mármol como si fuera papel. Los puños del Titán caían con fuerza, golpeando a Ares una y otra vez. Eran más rápidos de lo que el ojo humano podía ver.

Sacúdelo, Titán.

Cuando me levanté, Ares puso sus palmas en el centro del pecho de la Titán y gritó. El aire se rompió con el poder, y un momento después Perses estaba a varios metros de distancia, tumbado en un charco sangriento con espasmos recorriendo su cuerpo.

Mientras estaba en el suelo, me dirigí hacia Ares, sabiendo que necesitaba un tiro limpio, una ráfaga de Akasha puro mientras él estuviera débil, para terminar con todo aquello. Estaba a medio camino cuando mis sentidos se dispararon.

Seth gritó mientras luchaba por ponerse en pie.

De la nada, un maldito daimon vino hacia mí, dientes expuestos y venas como diminutas serpientes negras. No tenía tiempo para eso. Levantando la hoja de hoz, arqueé mi brazo rebanándole el cuello.

No me hizo falta más.

Seth se echó hacia delante, golpeando a Ares en la cintura mientras este disparaba un rayo divino hacia mí. Perdiendo el equilibrio, su puntería dejó bastante que desear. El rayo me dio en la pierna, y el dolor estalló en una oleada de calor húmedo.

Santo Hades, eso dolía...

Me tambaleé y caí mientras el dolor recorría mi pierna. Se quitó a Seth de encima como si fuera un mero disco y se puso de pie rápidamente.

Ares estaba cien por cien centrado en mí mientras se acercaba. Mantuve la mirada fija en él mientras me levantaba, escupiendo sangre. El rojo manchó su pecho desnudo, y sentí una oleada de satisfacción.

—Solo te necesito a ti —se burló—. Y tú, vas a someterte a mi voluntad.

Y todo lo que yo necesitaba era mantener sus ojos en mí, que siguiera hablando de sus sueños todo lo que quisiera.

—¿Eso crees? Ya sabemos lo que opino de la sumisión.

—También sabemos cómo terminó la última vez que te negaste. —Ares lanzó una mirada rápida al cuerpo de Perses, aún boca abajo. Se echó a reír—. Esta vez sé cómo conseguir lo que quiero de ti.

—Dilo. —Di un deliberado paso atrás, aprovechando el Akasha una vez más. Recorrió mis venas, hirviendo mi sangre y quemando desde el interior. La necesidad

de dar rienda suelta era casi demasiado difícil para negarme, pero no era el momento.

Los labios de Ares se curvaron en una mueca de desprecio.

—Vas a hacer cualquier cosa para proteger a las personas que quieres. Podría ir por ese puro. ¿O qué tal tu padre? Ambos están fuera, ¿no?

Mis dedos se tensaron. Detrás de él, Seth se puso de pie, con una daga del Covenant en su mano derecha.

—Si fueras a utilizarlos, habrías sacado ese as ya, lo que me demuestra que no sabes dónde está mi padre. Y no has podido coger a Aiden aún.

—Lo conseguiré —prometió—. Solo es cuestión de tiempo. Ambos vendrán a ayudarte, y sé... sé que vas a hacer cualquier cosa para mantenerlos a salvo —dijo Ares—, y voy a matar a uno de ellos, tendrás que elegir. Solo tengo que esperar.

Seth casi había llegado hasta nosotros.

Me permití sonreír.

—Eso es lo divertido sobre el tiempo. Nunca tienes todo el que piensas que tienes.

Ares abrió la boca, pero sus palabras fueron interrumpidas por la daga de Seth. Clavo la daga en su espalda. El dios se levantó y lanzó un grito:

—¡Voy a matarte!

—Un poco tarde para eso —dijo Seth, arrancando la hoja de la espalda de Ares.

Lo hizo en el mismo momento en que Ares le daba un puñetazo, enviando a Seth lejos.

Este golpeó una columna, emitiendo un crujido bastante desagradable, pero no podía permitirme una distracción. El Akasha se intensificó mientras mi visión se volvía de un blanco brillante.

Ares se giró hacia mí, balanceándose mientras yo desataba el poder más puro que había dentro de mí. Levantando el brazo, el Akasha salió de mí, igual que lo hizo en su momento el lazo que me unía a Seth. Rodeando mi brazo con espirales de luz, hasta explotar. Ares intentó moverse, pero no fue lo suficientemente rápido...

El rayo de Akasha lo golpeó en el centro del pecho. Mantuve la corriente de energía, concentrándola toda en el ataque. La luz crepitaba y se retorció en el aire. Jirones de humo irradiaban de mi brazo.

Dando un paso adelante, me acerque a él, sin darle oportunidad a escapar. Podía sentir la energía en mí menguando con cada segundo que pasaba, pero apreté los dientes. Aquello era todo. No habría una segunda oportunidad. Cuando el Akasha se terminara —y lo haría—, estaría fuera de combate.

Pero Ares... se retorció. Todavía era capaz de caminar y yo me debilitaba rápidamente. No tenía ni idea de cuánto más poder quedaba en mí o lo que haría falta para matar realmente a un Olímpico. Pero la corriente de Akasha latía, hasta que la luz se debilitó. Solté el aire contenido, mientras un dolor agudo se formaba detrás de los ojos.

Al momento, Seth estuvo a mi lado, cogiéndome la mano libre y apretando fuerte.

El vínculo entre nosotros reapareció, envolviéndose alrededor de nuestras manos. En ese momento lo entendí. Respiré, y Seth tiro de mí como si fuera un titiritero. La luz del Akasha brilló más intensa, creciendo hasta que fue demasiado brillante para mirar directamente. Cogiendo de los dos, la explosión de energía se convirtió en un fuego blanco.

La furia que salía de Ares se convirtió en un grito lleno de terror. Un ruido seco, como si un centenar de armas de fuego se apagara al mismo tiempo. El Akasha se desvaneció, sin romperse, simplemente desapareciendo como unos fuegos artificiales en el cielo.

Aún cogida a la mano de Seth, seguía temblando cuando pude ver a Ares.

Los ojos del dios estaban abiertos de par en par con los brazos abiertos en cruz. Incliné la barbilla hacia abajo, abriendo la boca, pero no salió ningún sonido. Una bola de luz blanca se había incrustado en su pecho, expandiéndose en una intrincada red de venas hasta explotar.

Cogí aire, pero se atascó.

Ares levantó la cabeza cuando las líneas blancas alcanzaron su cara, cubriéndola por completo en unos segundos, hasta desaparecer bajo una luz blanca.

El sonido de un trueno ensordecedor se apoderó de la habitación. El aire se distorsionó y onduló, pero no lo vi venir a tiempo. La onda expansiva recorrió la habitación a una velocidad aterradora, chocando contra Seth y contra mí. Rompiendo el agarre hasta dividirnos antes de lanzarnos hacia atrás. A ello, le siguieron varias explosiones.

Y entonces se hizo el silencio.

Con las manos y los brazos temblando, me puse de lado y me incorporé un poco. La pared frente a mí había desaparecido. Un agujero ocupaba su lugar, dejando al descubierto las vigas y la luz del sol.

Miré por encima de mi hombro y dejé escapar el aire.

El lugar en el que Ares había estado de pie estaba vacío. En el suelo, el azulejo ennegrecido formaba un círculo perfecto, como una marca. Sabía a ciencia cierta que Ares había desaparecido. La explosión era la constatación de que había sido devuelto a donde pertenecía.

Sentándome, me estremecí ante el dolor que recorría mi cuerpo mientras escaneaba la habitación buscando a Seth. El polvo blanco había cubierto todo como si de una fina capa de nieve se tratara. Cerca de la entrada del salón de baile, Seth yacía boca abajo.

Lo miré un momento, mientras iba siendo consciente de todo, y cuando lo fui, mi corazón casi estalló en mi pecho.

Seth no se movía.

Oh, dioses...

Me tambaleé hasta ponerme de pie y corrí hacia él, ignorando la debilidad en mis miembros.

—No. No. No.

Dejándome caer a su lado, agarre sus hombros y le di la vuelta sobre su espalda.

—Seth —susurre, sacudiéndolo—. Seth, vamos.

Sus ojos estaban cerrados. Sus pestañas doradas abanicaron sus mejillas. Una desgarradora sensación se apoderó de mí, rompiéndome.

No se movía.

Agarré sus mejillas. Las marcas del Apollyon, las hermosas marcas azules, brillaron bajo mis dedos. No. No. No. Intenté llegar a él a través de nuestro vínculo. ¿Seth? Pero no hubo respuesta, solo un leve zumbido. Presa del pánico, le sacudí de nuevo, y cuando no respondió, un sollozo roto salió de mí mientras dejaba caer su cabeza sobre mis piernas.

Un dolor agudo me recorrió, era algo que no sabía que pudiera volver a sentir, pues era igual al sentimiento que me embargó cuando Caleb murió. No importaba lo que Seth hubiera hecho, las cosas que había empezado, al final había hecho lo correcto. Y, aunque no lo hubiera hecho, si hubiera sido mi mano la que hubiera terminado con todo, el dolor habría estado presente. Seth era una parte de mí, mi otra mitad. Y yo estaba perdiendo esa parte. Para siempre.

No puedo respirar.

—Yo tampoco, me estás aplastando.

Sacudiéndome, dejé escapar un grito ahogado. Seth me miraba; sus ojos color ámbar ligeramente desenfocados, pero respiraba. Estaba vivo.

Le di una bofetada fuerte.

—¡Ay! —Seth rodó, apartándose de mí—. ¿Qué demonios ha sido eso?

—No vuelvas a hacerme esto de nuevo, ¡idiota! —Le pegué de nuevo en la cadera—. ¡Pensaba que estabas muerto!

Seth rio con voz ronca mientras se ponía de rodillas.

—Estaba noqueado, Ángel. Por favor, no vuelvas a hacer eso.

Me quedé mirándolo, atrapada entre el deseo de pegarle de nuevo y darle un abrazo.

—Te odio.

—Voy a tener que oponerme a eso. —Levantando la barbilla, entrecerró los ojos mientras miraba a nuestro alrededor—. Lo has hecho, ¿no? Ares ha desaparecido.

Sentándome, seguí su mirada. Las columnas estaban agrietadas y las paredes destruidas.

Asentí lentamente.

—Lo hemos hecho.

Nuestras miradas se encontraron, y una sonrisa tonta apareció en el rostro de Seth mientras extendía su mano. La cogí y nos levantamos.

Entonces recordé algo muy importante: el Titán. Dejé caer la mano de Seth y me di la vuelta, examinando la habitación. Nada. Y Perses era un poco difícil de perder, lo que significaba que se había marchado. Los dioses no iban a estar contentos.

—Mierda —dije—. Se ha recuperado.

—No podemos hacer nada. —Seth apretó la mano contra sus costillas. Una mueca apareció en su cara—. Ahora es su problema.

No era cierto.

—Él es nuestro...

El aire se espesó a nuestro alrededor, llenándose de estática.

—No creo que ese sea su primer problema —dije, con la respiración entrecortada, mientras el latido se aceleraba en mi pecho.

Frente al enorme agujero en la pared, varias formas relucientes aparecieron como rayos de sol, uno tras otro tras otro. Conté las figuras brillantes una vez y luego dos.

—Oh, mierda.

Seth pasó un brazo alrededor de mi cintura.

—Voy a admitirlo. Tengo la vista algo borrosa, pero hay once cosas brillantes que nos rodean, ¿verdad?

Prácticamente me pegue a él, asintiendo. Había once cosas brillantes formando un amplio círculo a nuestro alrededor. Los doce... em... once Olímpicos. Hubieran sido doce si Ares no hubiera desaparecido. Me quedé sin aire.

Dos de ellos dieron un paso al frente, cada vez más sólido. Levantando el brazo, me protegí los ojos. Su luz era tan brillante y tan hermosa. Por un momento, todo lo que pude hacer fue sentir miedo por lo que estaba viendo.

—Deberías haber esperado antes de pegarme, creo que me has roto algo —susurró Seth.

—Um... estarás bien —le dije, y los músculos de Seth se tensaron a mi alrededor.

—¿Crees que están aquí para felicitarnos?

Bajé el brazo, mirando las luces que iban adquiriendo forma humana. Un hombre y mujer aparecieron ante nosotros. No se distinguían sus características, pero sabía que no eran Apolo o Artemisa.

—No lo creo —susurré.

—Tal vez han enloquecido porque te has acostado con un puro —bromeó Seth, pero su voz estaba mezclada con inquietud.

Miré por encima del hombro.

—¿En serio? ¿Tú crees? ¿No puede ser que sea porque te llevaras por delante a todo el consejo de puros?

Una sonrisa irónica se formó en los labios de Seth.

—Estas buscándole tres pies al gato, Álex.

—Dioses, eres tan molesto.

Dio un paso adelante, protegiéndome de los dos dioses más cercanos. Poniendo los ojos en blanco, me moví hasta quedar hombro con hombro.

Seth me miró.

—Si te digo corre, corres.

—No. —Cogí su mano y la apreté. No tuve el valor suficiente para decirle que no

estaban aquí por él—. Nos enfrentaremos a esto juntos.

La luz brillante se desvaneció, revelando los dioses que nos rodeaban, permitiéndonos ver solo a los que estaban frente a nosotros. Un millón de años podrían haber pasado y nunca, en mi vida, pensé que sería capaz de verle.

Zeus no era como me imaginaba.

Siempre me lo había imaginado como un hombre mayor con barriga y tupida barba gris, pero no era el caso. Ni se acercaba.

Iba vestido con una especie de pantalones blancos de lino y sin nada más. Tenía unos abdominales que podrían servir para limpiar ropa a mano sin problema. La curva de su mandíbula no tenía vello alguno. Era sublimemente hermoso, con los labios y los ojos con marcados rasgos exóticos.

Había algo de Titán en él.

La única cosa que mi imaginación había acertado; tenía el pelo sorprendentemente blanco.

—Lo habéis hecho bien —habló; su voz tan profunda y dominante como la de Perses. No había rabia en su tono. Supe en ese momento, antes de que Zeus hablara de nuevo, que Apolo no lo había logrado. Sentí las rodillas repentinamente débiles. Si no hubiera estado cogida a Seth, me hubiera hundido—. Se os recompensará en la medida de lo posible.

Un estremecimiento me recorrió, pero Seth... no lo entendió. No entendió que Zeus no había cambiado de parecer.

—Bueno, eso sí que es una sorpresa —murmuró.

Mi mirada se dirigió a los dioses, encontrando a Apolo de pie junto a una sombría Artemisa. Apolo negó con la cabeza, y mi corazón se hundió hasta el fondo. Di un paso desigual hacia atrás mientras mi piel se enfriaba.

—No —dijo Zeus, con voz calmada—. Es la única manera.

El agarre de Seth se tensó.

—¿Qué es la única manera?

Zeus le ignora.

—Sabes que debe hacerse. No podemos permitir que un Asesino de Dioses exista. La amenaza es demasiado grande, incluso más grande de lo que era Ares.

En ese momento, consideré brevemente intentar matar a Zeus, pero había drenado todo el poder que había en mí y en Seth para matar a Ares. No funcionaría. No me importaría infringirle unos cuantos moretones, pero al final, no podríamos vencerle. Todo lo que tenía era a Apolo en una esquina. Podía decir que no, rechazar la oferta de Zeus, pues era el único que podía matarme, aparte de un Titán, y nuestro Titán se había desvanecido.

Pero Apolo no iba a desobedecer a su padre.

Oh, mis dioses...

Otro escalofrío sacudió mi cuerpo, pues estaba comprendiéndolo. Aquello era todo. Quería correr. Quería pelear, pero mientras miraba hacia los dioses, vi que sería

inútil. Si luchaba, Seth saldría herido. Muy herido. Y, ¿quién me decía a mí que Zeus no iría a por Aiden y mi padre para hacerlo más fácil? No podía arriesgarme. No podía poner en peligro a nadie como ya había hecho con Caleb, Lea, Olivia, y muchos más.

Era... ahora era mi turno.

La cabeza de Seth se movió como si hubiera recibido una bofetada.

—No. No puedes hacerlo. ¡Te hemos ayudado! ¡Ella ha hecho todo lo que queríais que hiciera! —Me soltó la mano, preparando los puños—. ¡No podéis hacerle esto!

Cogí aire con fuerza. No había visto a Seth en este estado desde hacía mucho tiempo. Mi corazón intentaba salirse de mi pecho.

—Seth...

—¡No! —Dio un paso hacia Zeus, pero adelanté, agarrándolo del brazo. Sus grandes ojos encontraron los míos—. Álex, no puedes...

—No hay nada que ninguno de los dos pueda hacer —dijo Zeus, dando un paso atrás para estar al lado de Hera.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, y varios mechones de pelo de color rojizo se soltaron de su elegante peinado.

—Esto es lo mejor para todos.

Un rubor inundó las mejillas de Seth.

—¿Hablas en serio?

—¡Seth! —Tiré de su brazo.

—¿Qué? —espetó, girándose hacia mí. Me agarró por los hombros—. No puedes estar de acuerdo con esto. ¡No vas a rendirte!

¿Me estaba rindiendo? Miré a Apolo y leí la tristeza en su expresión.

—No me estoy rindiendo, Seth, pero no van a permitir que el Asesino de Dioses viva.

Seth no respondió de inmediato, pero cuando lo hizo, maldijo y palideció.

—¡Tú lo sabías! Sabías que esto iba a pasar.

Negué con la cabeza y le susurre:

—Podía suceder. Sabía que esto podía suceder.

—¿Poder contra saber? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Sabías que esto podía suceder, y me dejaste que permitiera ponerte en esta situación? —Me sacudió con fuerza mientras la sangre abandonaba su rostro—. ¿Cómo has podido, Álex?

Parpadeando para contener las lágrimas, negué de nuevo. ¿Cómo podía decirle que él no habría sido capaz de manejar el poder del Asesino de Dioses sin hacer que se sintiera peor?

—Que dulce —dijo Hera, dando un paso atrás para unirse a los otros olímpicos—. Él se preocupa por ella tan profundamente, y sin embargo ella ama a otro. Que trágico.

¿En serio? Mi mirada se deslizó hacia ella, pero en ese momento Apolo dio un

paso adelante, rompiendo filas. Cada paso que daba era lento, premeditado. Un nudo se formó en mi garganta. No quedaba tiempo. Me di cuenta de eso. La misma fuerza que había roto a Ares ahora se volvía contra mí.

El karma era un asco.

Y también el destino, pues aquel era mi destino, ¿no? De cualquier forma, quería ver a Marcus una vez más y compartir un abrazo incómodo con él. Quería ver a mi padre una vez más y tal vez cenar con él. Quería ver Deacon y a Luke reír, y ver la sonrisa de Solos.

Y, oh dioses, quería besar a Aiden, una sola vez más.

Pero no había tiempo. Aquello iba a suceder. Todos esos instantes, desde el momento en que mi madre me había sacado del Covenant, me habían llevado hasta allí. Ella intentaba evitar esto, incluso siendo un daimon, lo intentó.

La abuela Piperi me había dicho que mataría a los que amaba.

Se había olvidado de decirme que yo iba a morir también, cuando todo terminara.

Dioses, odiaba todo eso de la predicción. Pero Solaris lo sabía, ¿verdad? Habló como si fuera a verme pronto.

Aquello era tan injusto.

—Alexandria —dijo Apolo suavemente—. Ha llegado el momento.

Me giré hacia Seth, con el corazón acelerado.

—Por favor...

—¡No! —gritó, luchando contra lo inevitable—. Esto no está bien.

No pueden hacerte esto. Tú no te lo mereces. Qué hago. Ellos...

—No van a hacerte nada —le dije con lágrimas en los ojos—. Escúchame, Seth. No harán nada. No pueden matarte. Ares se ha marchado y yo soy el Asesino de Dioses. No hay nada que podamos hacer.

El horror de la situación apareció en el expresivo rostro de Seth. Puso sus manos en mis mejillas, presionando su frente contra la mía.

—Oh dioses, Álex, no quiero que esto suceda. Álex...

Agarré sus brazos, obligándome a respirar.

—Por favor cuida de Aiden. Sé que no os lleváis bien, pero por favor... Va a necesitar a alguien. Así que por favor cuida de él. Prométemelo, Seth. Prométemelo.

Hubo una pausa larga. Creí sentir sus lágrimas mezclarse con las mías.

—Lo prometo.

Esas dos palabras, bueno... ayudaron un poco, pero Asesino de Dioses o no, estaba asustada y no quería estar sola.

—No me dejes sola —dije en voz baja, cerrando los ojos.

—No lo haré. —Juró, sus labios rozando mi mejilla—. Nunca te dejaré sola.

Empecé a temblar. No quería tener miedo. ¿Dónde estaba la fuerza y el coraje que había sentido momentos antes? Quería ser la que se enfrentaba al destino con la cabeza alta, pero estaba asustada. Sabía que no había vuelta atrás. Nunca volvería a ver a mi padre, a mis amigos, o Aiden. Me quedé de nuevo sin aire, temiendo que

cada vez que respirara fuera la última vez.

—No me dejes. Por favor. No quiero estar sola.

—No lo estas. —Seth deslizó sus brazos alrededor mío, acercándose a él—. No estás sola. —Sus lágrimas se mezclaban con las mías—. No estás sola.

Nunca estarás sola, Ángel. Te lo prometo. Nunca...

Cogí aire, pero no escuché sus palabras. Escuché maldecir a Seth, y luego el mundo terminó para mí, inmediatamente después de una hermosa explosión hecha de una brillante luz del sol.

Capítulo 26

Morir por segunda vez no fue nada comparado con la primera. Cuando abrí los ojos, sabía que estaba en el Inframundo y sabía que estaba muerta, no como cuando Linard me apuñaló.

Estaba tan muerta como todos los que me rodeaban.

Tampoco terminé en las orillas del Estigia esperando a Caronte con el resto de muertos; seguramente había muchos tras la batalla.

Mi muerte fue ante todo especial.

Cuando abrí los ojos, estaba de pie en medio del palacio de Hades. No había habido dolor, ni sensación de asfixia; en un abrir y cerrar de ojos mi vida se había terminado y estaba viendo el vestido translucido de Perséfone.

Lo primero que vi al morir fueron los pechos y los pezones de Perséfone. O al menos uno de sus pezones.

Algo iba mal si aquello era lo primero que veía en el más allá.

Estaba demasiado estupefacta por todo el tema de morir como para hacer o decir algo. Hades había vuelto, y cuando Perséfone dejó caer su brazo sobre mis hombros, no me asusté; estaba demasiado fuera de sí.

—¿Dónde está Apolo? —pregunté. Quería verlo, necesitaba verlo.

La arrogancia tan típica en el rostro de Hades se había esfumado. Negó lentamente.

—Vendrá cuando pueda.

No me gustó esa respuesta. Apolo debería estar aquí, no Hades. Apolo me había prometido que cuidaría de mí, pero allí estaba, muerta y en el palacio de Hades, viendo los pezones de Perséfone. Aquello no era lo que esperaba cuando él me había jurado que cuidaría de mí.

Hades se acercó a mí colocando sus manos en mis mejillas. Me estremecí por costumbre.

—Has hecho algo increíble hoy. Estaremos en deuda contigo, eternamente.

Me sorprendí.

—Entonces devuélvanme a la vida.

Sacudió la cabeza y sonrió con tristeza.

—No puedo conceder tal cosa.

Me sorprendí de nuevo.

—Entonces libera a Aiden de su promesa.

Movió la cabeza una vez más.

—Lamento no poder hacer eso tampoco, amor.

—¿No puedes hacer nada? —demandé—. Eres un dios, tú eres...

—Todo está hecho, Alexandria. Se ha terminado. —Mirando a su esposa, asintió

—. Llévate a su lugar de descanso final.

¿Su lugar de descanso final?

Me estremecí.

Sí, aquello sonaba tan inquietante como parecía.

Perséfone me llevó a la parte trasera del palacio. Me asombré por lo que estaba viendo. No se parecía en nada a cualquier parte del Inframundo que hubiera visto.

—Es hermoso, ¿no crees? —preguntó Perséfone—. Esto es el comienzo de los Campos Elíseos, y va más allá de lo que la vista alcanza. Al igual que el Tártaro, está en constante cambio, encajando con la versión del paraíso de cada persona.

Los Campos Elíseos eran... eran sorprendentes, y parecían tan reales, tan normales que me dolía el corazón de verlos. El cielo era hermoso; azul sin nubes y brillante. El aire era cálido, y el ligero aroma a jazmín me recordó...

No me permití terminar ese pensamiento.

—Tu paraíso será el que tú decidas Alexandria, y puedes compartirlo con los demás —explicó Perséfone mientras miraba hacia las colinas exuberantes y los tejados de varios hogares. En el valle, las puntas de los exóticos árboles se mecían con la brisa, jugando al escondite con las aguas cristalinas que había bajo ellos—. Será tu elección.

¿Mi elección?

Mi elección era no morir.

Perséfone cogió mi mano y fue como si aquello nos tragara. Un segundo más tarde, estábamos de pie en un campo abarrotado de margaritas blancas y amarillas.

—Este será tu paraíso —dijo y se desvaneció.

Y eso fue... todo. Me había dejado en un campo vacío.

Me quedé allí un bastante tiempo, hasta que el cielo sobre mi cabeza empezó a oscurecerse y pequeñas y brillantes estrellas aparecían para cubrir al azul profundo de la noche. Aprendí varias cosas sobre estar muerto durante ese tiempo.

Mis pulmones se movían como cuando estaba viva y seguía sintiendo el aire en mi garganta. Todavía podía llorar, pues lágrimas silenciosas surcaban mis mejillas. Siempre pensé que sollozar, con el cuerpo temblando por las lágrimas era lo peor, pero estaba equivocada. Tranquilas lágrimas cayeron marcando mi alma y parecían nunca acabar.

También había aprendido que, al morir, aún se podía sentir la soledad.

Sin embargo, después de lo que pareció una eternidad, encontré mi paraíso. Cerré los ojos, dispuesta a parar las lágrimas y por alguna razón pensé en la Isla Deity, en las olas y la arena limpia y templada. En mi cabeza, escuché a las gaviotas y sentí el rocío húmedo del océano contra mis mejillas. Pensé en la casita pequeña pero perfecta en la que me había sentado, al borde del pantano.

Abriendo los ojos, lancé un pequeño grito de sorpresa.

Estaba en Carolina del Norte. Tenía que serlo, porque el océano se mecía tranquilamente delante de mí, con sus olas de un azul profundo y oscuro, durante la

noche y sentí la arena bajo mis pies. Pude oler el pantano y sentir la humedad en mis mejillas. Me di la vuelta y grité cuando vi la casa; había una luz encendida, brillando en un amarillo suave. Me moví, corriendo por la arena a una velocidad vertiginosa. La puerta estaba abierta, y la madera era cálida y real, tan real que pude sentirla al tocarla. Abrí la puerta y me di cuenta de que, incluso muerta, mi corazón latía en mi pecho como si hubiera bebido tres litros de bebida energética.

Tras ver la sala de estar, puse una mano sobre mi pecho. Era exactamente como lo recordaba: una cocina pequeña y eficiente a la derecha, un gran sofá y una televisión, y un diseño muy minimalista. Todavía aturdida, caminé por el estrecho y corto pasillo, pasando un cuarto de baño, hasta llegar a un amplio dormitorio.

Era su cama: las sábanas negras, las almohadas y el olor a mar, a algo terroso, a hombre.

Pero él no estaba aquí.

Él estaba vivo y yo... bueno, yo estaba muerta.

Pasé horas en ese cuarto, absorbiendo su olor, antes de salir. Abrí la puerta del final del pasillo y vi el jardín, una réplica exacta del de la isla Deity, el mismo en el que conocí a la abuela Piperi.

Fruta madura y suelos fértiles, los árboles que no podía ni siquiera nombrar y suficientes flores como para empezar un jardín botánico. Había incluso un viejo banco de piedra.

Me di la vuelta, mirando la casa de campo.

Una vez que encontré mi paraíso y que el sol volvió salió al día siguiente, lo demás a mi alrededor se volvió visible; casas y edificios de todos los tamaños, granjas y ciudades en expansión. Palmeras y montañas cubiertas de nieve. Era una mezcla heterogénea de todos los lugares del mundo.

Pero eso no era todo.

El paraíso era simplista, centrado en torno a las necesidades y no los caprichos. Con el paso del tiempo se parecía más a las noches y los días normales. Aprendí cómo funcionaba el paraíso.

Lo que necesitabas, lo conseguías. Era tan simple como eso.

Si lo que tenía era hambre, hambre aplacaba. Y si necesitaba un jugoso bistec, simplemente aparecía después de cerrar los ojos. Si no tuviera que comer, tampoco había dolor de estómago. Si necesitaba llevar vaqueros o un vestido, todo lo que tenía que hacer era abrir el armario y allí estarían.

Había algo más.

Al parecer, cuando mueres, si en vida estaba llena de cicatrices como yo, consigues un cambio de imagen.

Llevaba el pelo largo de nuevo; tan largo como lo llevaba antes de que Ares realizara su corte de pelo especial. Me llegaba a la mitad de la espalda, con las puntas saneadas y de un tono brillante y suave. Al principio, me había obsesionado con mi pelo, tocándolo para asegurarme de que seguía allí.

Cuando estás muerto, tampoco es que tengas muchas cosas que hacer.

Hasta ese momento, seguía sorprendiéndome lo que veía. Inclinandome hacia delante hasta que mis ojos casi se cruzaron, estudio mi reflejo en el espejo. La fina red de cicatrices rosadas había desaparecido. También las que recorrían mi cuerpo. Me habían arreglado, pero el cambio de imagen iba más allá. Las marcas de daimon que me hicieron cuando estaba en Gatlinburg, también habían desaparecido. Y si me quitara la camiseta, la cicatriz que había dejado el cuchillo de Linard, seguramente tampoco estaría.

El Inframundo era como un quita cicatrices.

Me balanceé sobre mis talones con los pies descalzos y suspiré.

Curiosamente, lo que me llevó más tiempo fue acostumbrarme a mis ojos. Eran diferentes. Los iris eran de color marrón, igual que lo habían sido antes de despertar, pero había una fina línea de color ámbar alrededor de las pupilas. No sabía lo que significaba, o porque estaban así.

Él... él hubiera sido feliz al ver mis ojos marrones de vuelta.

Apreté los ojos con fuerza. No iba a llorar. No iba a llorar. El llanto era algo malo en el Inframundo, lo había descubierto. Cuando empezabas, era difícil de parar y podía convertirse en un billete de ida para el Valle del Luto. Aquello no parecía divertido.

Las lágrimas escocían.

Sabía que no debía llorar, pero era difícil, pues echaba de menos a mi tío y a mi padre. Había perdido a Luke, a Deacon y a Solos. Había perdido a Seth y lo fácil que me enfurecía. Pero anhelaba a Aiden ferozmente. Con cada segundo que pasaba sola, se hacía más fuerte y más intenso. Mi anhelo de él no se desvanecía, al parecer nunca lo haría.

—¿Álex?

Mirando a través del espejo, vi a un chico acostado en mi cama. Cabello rubio hasta los hombros que recogido en una cola de caballo.

Todos los días, desde el primero después de morir, Caleb había estado conmigo. Había pasado tiempo con mi madre, con Olivia e incluso con Lea, pero la mayoría del tiempo había estado con él. Me sentía mal por quitarle tanto tiempo, pues estaba segura de que él y Olivia intentaban descubrir si se puede tener un bebé en el Inframundo, pero no sabía que haría sin él.

—Ven aquí —dijo, acariciando el lugar junto a él.

Me arrastré y me senté a su lado.

—Olivia me va a cortar en dos si sigues pasando tanto tiempo en mi cama.

Caleb rio. Cada vez que lo hacía, yo sonreía. Había echado de menos esa risa tanto como ahora echaba de menos la vida.

—No lo hará.

—Estoy quitándote tiempo.

—No, no lo haces. —Alargó su brazo, rozando el dobladillo de mis vaqueros—.

Ella lo entiende. Morir no es fácil, Álex. No lo es para nadie, y definitivamente no lo es para ti.

Arqueé una ceja.

Caleb tiró otra vez del dobladillo.

—¿Por qué no vienes conmigo esta noche? Yo. Tú. Olivia. Hay un club que encontré hace unas semanas, cerca de las palmas. Creo que pertenece a una pura cuya idea de un «felices para siempre», era una fiesta sin fin.

Los Campos Elíseos era lo más cercano a vivir que podías tener. Había un montón de cosas por hacer, gente que conocer y todo eso. Lea ya había conocido en el sentido bíblico de la palabra, a algún mestizo y a uno de los Guardias de Hades.

Me encogí de hombros.

—Creo que sería bueno para ti, Álex. Lo digo en serio.

—Lo sé. —Sabía hacia donde se dirigía aquella conversación.

Caleb no se desilusionó.

—Necesitas salir y ser feliz. Sé que es difícil, pero estoy preocupado. Estoy asustado. Podrías terminar en el Valle, y no hay vuelta atrás para eso.

—No quiero que estés asustado —digo, mirándome las uñas. Nunca habían estado tan lisas y pulidas en toda mi vida—, pero Apolo me mintió. Me dijo que iba a cuidar de mí.

Caleb no dijo nada pues no era la primera vez que se lo había dicho. Se lo había dicho todos los días.

—¿Y dónde ha estado? —pregunté, levantando la vista. Simpatía cruzó por el rostro infantilmente guapo de Caleb—. Ni una sola vez me ha visitado. Me siento como si me hubiera utilizado, lo que es una estupidez, pues es un dios y eso es todo lo que sé, pero yo... —Me callé, sacudiendo la cabeza—. Lo siento. Es el canal de Álex gimiendo las veinticuatro horas.

—No pasa nada. No te disculpes. —Me acarició de nuevo—. Acuéstate conmigo.

Estirándome a su lado me quede mirando el techo.

—Esto me recuerda a nuestra...

—¿Última vez juntos? —Completó y luego se echó a reír cuando me encogí—. Por lo menos no apestas como en esa ocasión.

Me reí mientras lo miraba.

—Idiota. Yo no apestaba.

—Vaya que no. No te habías bañado en días. —Rodó sobre su costado, sonriendo. Sus ojos azules brillaban—. Apestabas.

—Argh.

—Te quiero —respondió.

Mi sonrisa se extendió, y honestamente, si pudiera pasar la eternidad con Caleb, me parecería bien. No podía entrar en el Valle, no era justo para él. Se había construido una vida... en el más allá. Me acurruque aún más cerca y cerré los ojos.

—Será más fácil —me prometió, apoyando su frente contra la mía—. Lo será, ya

verás.

Quería creerle, pero quería a Aiden y quería vivir. El paraíso no podía darme esas dos cosas.

Capítulo 27

No pasaba mucho tiempo en el jardín del Covenant cuando estaba viva, pero seguí viniendo ahora que estaba allí. Había algo calmante y pacífico entre las rosas y peonías. Especialmente por las mañanas, cuando me sentaba en el banco. Tal vez pensaba que la Abuela Piperi aparecería por arte de magia y me soltaría otra profecía horrible por los viejos tiempos. Eso sería divertido.

O no.

Caminando por el sendero de mármol, mi mirada se centró en los diseños intrincados del suelo. No me había dado cuenta antes, pero los grabados, eran las marcas del Apollyon. Era interesante.

Rodeé el grueso arbusto de hierba mora y levanté la mirada. Frene en seco, con los ojos muy abiertos.

El banco no estaba esa mañana.

Apolo estaba sentado allí, con las manos sobre sus rodillas.

—Ya era hora —dijo—. Llevo más de una hora esperando.

Lo miré fijamente, abriendo la boca.

—Yo... yo estaba dentro durmiendo.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—He oído que has estado durmiendo mucho.

—¿Dónde has estado? —Espeté en respuesta.

—He estado muy ocupado. —Se puso de pie—. He venido tan pronto como he podido.

—¿Tan pronto como has podido? —repetí en silencio—. ¡Ha pasado más de una semana!

Apolo se cruzó de brazos.

—El tiempo corre de manera diferente aquí, Alexandria. Una hora o dos aquí es un segundo en el reino de los mortales. No ha pasado tanto tiempo...

—¿Desde que he muerto? —Crucé los brazos, imitando su postura—. Pensé que ibas a cuidar de mí.

—Lo he hecho.

Mis ojos se estrecharon.

—Estoy muerta. No estoy muy segura de que eso sea cuidar de mí.

Apolo desplegó sus brazos dirigiéndose hacia mí.

—Tienes que superar ese diminuto detalle. —Entonces, me dio unas palmaditas en la cabeza. Sí, me estaba dando unas palmadita en la maldita cabeza—. Vamos. Tenemos algo que hacer.

Me giré, tentada de darle una patada. Estaba segura de que podía sorprenderle con algunos de los movimientos, pero ya no tenía mis geniales superpoderes de Apollyon,

por lo que seguramente no iba a terminar bien para mí.

Apolo miró por encima del hombro, exasperado.

—¿Vienes o qué? El tiempo corre.

—Oh vaya, creo que tengo... algo así como una eternidad de tiempo. —Quería quedarme donde estaba, pues me estaba sintiendo bastante infantil, pero gemí y lo seguí—. ¿A dónde vamos?

—Ya lo veras.

Le hice una mueca mientras me esforzaba por seguir el ritmo de sus largas piernas. Enfadada como estaba con él, permanecí hoscamente tranquila mientras caminábamos. Llegamos hasta el borde del jardín y no pude contener más las preguntas.

—¿Cómo están todos?

Me miró de reojo.

—¿Tu qué crees?

La ira recorrió mis mejillas.

—Una parte de mí sabía que este sería el resultado, pero esperaba que fuera diferente. Lo esperaba por lo que habías dicho y lo que yo había pedido. Me dejaste atrás, Apolo. Así que, por lo menos puedes darme una respuesta directa y clara.

Sus ojos azules se volvieron más profundos, volviéndose del color del cielo antes de una tormenta. Sabía que había tocado la fibra sensible, pero no me importaba. ¿Qué podía hacer? ¿Matarme? Una voz tranquila me susurró que podía llevarme directamente al Tártaro, pero dudaba que lo hiciera, no importaba lo mucho que lo enfadara.

Apolo suspiró.

—No están contentos. Tu tío se encerró en una habitación y bebió hasta caer. ¿Tus amigos? Inconsolables. Creo que ya sabes cómo se siente Seth. Tal vez no completamente, pero casi. ¿Y Aiden? —Hizo una pausa, y la parte de atrás de mis ojos empezó a arder—. Nunca he visto a un hombre romperse de la forma en que él lo hizo. Y lo hizo. Incendió la mitad del maldito Covenant. Si su hermano no hubiera aparecido cuando lo hizo, estoy seguro de que se hubiera quedado en el edificio en llamas. ¿Es eso lo que quieres saber? ¿Te hace sentir mejor, Alexandria?

—No —susurré. Me dolía el pecho como si alguien me lo hubiera partido en dos. Las lágrimas brotaron y rodaron por mis mejillas. Me las limpié apresuradamente—. Eso no me hace sentir mejor para nada.

—No pensé que lo hiciera, pero has insistido. —Se dirigió hacia el frente de la casa; la casa de campo que parecía no ser capaz de ver en ese momento—. La gente te quería, todavía te quieren. El luto nunca es fácil. Pero van a sanar, y seguirán viviendo.

Y yo quería que... quería que siguieran adelante. Aunque quisiera verlos con desesperación, no quería verlos aquí. Se merecían vivir.

—El Elixir ya no existe —dijo Apolo—. He pensado que te gustaría saberlo.

Miré a Apolo mientras cruzábamos la playa, sintiendo la cálida arena bajo mis pies descalzos. Desde que había muerto, le había hecho un boicot los zapatos.

—Gracias.

—Algunos de los sirvientes tendrán efectos secundarios, tras haber estado bajo el Elixir durante tanto tiempo, pero muchos lo están llevando bien. Muchos de ellos tienen opciones que nunca antes habían tenido. —Se detuvo, a varios metros del borde de las olas—. Tras la derrota de Ares, se hizo una reunión de emergencia del Consejo. Solos ha conseguido un puesto en él.

Abrí la boca sorprendida.

—¿Hablas en serio? ¿Un mestizo en el Consejo? Oh mis dioses, eso es... guau, eso es impresionante. ¿Cómo ha ocurrido?

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Han pasado muy pocos días, pero han sucedido muchas cosas. Aiden también ha ocupado su puesto en el consejo.

Cogí aire con fuerza mientras el orgullo se apoderaba de mí.

—¿Lo ha hecho? Sus padres...

—Sí, lo ha hecho. Con su voto, entre otros, se revocó oficialmente el Orden de Razas y dieron los derechos que te prometí a los mestizos.

Oh, mis dioses, sentí que necesitaba sentarme. Aquello era importante.

—Luego renunció a su puesto y se lo dio a Solos.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Que hizo qué? Quiero decir, es bueno para Solos, pero ¿por qué iba a hacer eso? —Entonces el miedo se vertió en mi pecho como el estacas de hielo—. Oh dioses, estará bien, ¿verdad? No hará nada estúpido...

—No va a hacer nada estúpido. Estará bien. —Respondió Apolo—. Un cambio se avecina en nuestra sociedad, Alexandria. Llevará algo de tiempo, pero sucederá. Igual que tú llegaras a aceptar tu nuevo camino.

Cogiendo esa última afirmación, di un paso atrás, alejándome de Apolo.

—¿Mi nuevo camino?

—Sí, ya es hora de que comiences a avanzar.

Lo mire boquiabierto.

—¡Acabo de morir!

—Y aparentemente, ha pasado suficiente tiempo como para que te enfadaras porque no he venido a verte. —Apolo sonrió cuando le lancé una mirada peligrosa—. ¿Recuerdas lo que hiciste con Caleb para honrar a tu madre y los que murieron el verano pasado?

—¿Qué? —El cambio de tema me dejó perpleja.

—Cuando utilizasteis barcos espíritu como una forma de seguir adelante, ¿recuerdas?

Fruncí el ceño.

—¿Me espiabas, Apolo?

Hizo caso omiso de eso.

—Creo que necesitas hacer lo mismo para ti.

—¿Que qué? —Me quedé mirándolo, inmóvil ante aquella estupidez—. ¿Quieres que lance al mar un barco espíritu que me represente a mí?

Apolo asintió una vez más.

—Creo que es la una gran idea. Será simbólico y es de esperar que sea un nuevo comienzo para ti.

Pasaron varios segundos mientras esperaba que gritara «es broma», y me diera una palmada en el hombro, pero no lo hizo.

—Hablas en serio.

—¿Parece que este bromeando?

En realidad, parecía que quería pegarme.

—Pero eso es tan... raro.

—No es raro. —Su mirada cayó sobre mí—. Pero debes vestir algo más bonito que esto, igual que cuando lo hiciste en esa ocasión.

Abrí la boca, pero antes de que pudiera decir una palabra, Apolo chasqueó los dedos, y mi ropa cambió. Los pantalones y la camiseta, mi elección para el más allá, se convirtió en el vestido de tubo negro que llevé el día que Caleb y yo lanzamos esos barcos.

Pasando las manos sobre él, levanté mi mirada.

—Eso es... es espeluznante, pues al menos ha habido una fracción de segundo en el que he estado desnuda, así que no lo hagas de nuevo.

Se encogió de hombros y luego tendió la palma de la mano. Ya no estaba vacía. Un barco espíritu estaba en ella.

Dudé.

—¿De verdad vas a obligarme a hacer esto?

—Sí.

Luchando contra el impulso de poner los ojos en blanco, me di cuenta de que Apolo no iba a dejarse llevar por nada que dijera. Y fue extraño. Teniendo en cuenta que Apolo me había matado, me había imaginado cientos de veces golpeándole, pero ahora que lo tenía allí, no era capaz ni de pensarlo.

Tal vez había aceptado ser el Asesino de Dioses aun sabiendo que iba a terminar así.

Sacudiendo la cabeza, lo cogí. Nada más cogerlo, una chispa encendió la llamarada de la vela. Sostuve el frágil barco espíritu en mis manos.

—Sabes que esto es retorcido y enfermizo, ¿verdad?

—Lo necesitas para dejar a un lado tu antigua vida, Alexandria.

—Mi única vida —murmuré.

Apolo no respondió.

Exhalando con dureza, me giré hacia el océano. El sol se reflejaba en las olas. Sabía que el agua estaría caliente y espumosa, pues así era como me gustaba. Pero

adentrarme en ella, con un barco espíritu entre las manos, no era tan fácil como parecía.

Me quedé allí durante varios segundos, con cientos de pensamientos corriendo por mi cabeza mientras una brisa suave azotaba mi pelo. ¿Podría hacer esto sin reír o llorar? Pues no estaba segura de sí era divertido o simplemente muy triste. Y... ¿estaba lista para eso? Contrariamente a la opinión molesta de Apolo, había muerto. ¿Estaba lista para seguir adelante? ¿Quería?

Era una pregunta difícil.

El dolor, la nostalgia y el anhelo se habían convertido en algo familiar para mí. Dejarlo marchar no me parecía bien. Incluso en mis peores momentos, sabía que no era así, que no quería seguir así para siempre. No quería estar así durante más tiempo. Y estaba segura de que no quería terminar en el valle.

No estaba segura de que un barco de espíritu fuera la respuesta, pero no estaba de más intentarlo. ¿A quién le importaba si me sentía un poco estúpida por hacerlo? Estaba muerta. Como si alguien fuera a juzgarme.

Cogiendo aire, me obligué a andar. La arena cedió bajo mis pies, y el agua le hizo cosquillas a mis dedos. Seguí adelante hasta que el agua me llegó bajo las rodillas. Me detuve, mirando el barco. Lo había hecho antes. ¿Había dicho que mi madre estaba en un lugar mejor? Y así era, la había visto el día anterior. Habíamos quitado las malezas del jardín juntas. ¿No me encontraba yo en un lugar mejor? Ya no había amenaza de muerte o desmembramiento. Ya no existía el destino o el deber. Tampoco la pérdida.

No se trataba solo de la pérdida que yo había sufrido.

Tal vez esa sensación se desvanecería algún día. Me gustaría ver a mis amigos y familia de nuevo. Cierto. Y tal vez cuando fuera la hora de Aiden, Hades se apiadaría de nosotros. Después de todo nos lo debía. Me lo debía a mí.

Dejando escapar un suspiro, me agaché y puse el barco espíritu en el océano. Mis dedos se detuvieron un segundo, y dije lo único que se me ocurrió.

—Adiós.

Y lo solté.

Enderezándome, vi que las olas se lo llevaban, más y más hondo hasta que ya no lo pude ver. No me sentía mejor, pero me pareció que era un paso en la dirección correcta. Era algo que, según mi propio lema personal era mejor que nada.

Me di la vuelta, a punto de gritarle de nuevo a Apolo y preguntarle si estaba feliz con eso, pero cuando mi mirada se dirigió al dios, algo más llamó mi atención.

Mi corazón se detuvo.

Muerta o no, era posible.

El aire se congeló en mis pulmones. No podía parpadear, pues me aterrorizaba el hecho de que si lo hacía, lo que estaba viendo se desvanecería, pues no podía ser real.

Él no podía ser real.

Aiden estaba de pie en la orilla, con el agua alrededor de sus tobillos,

humedeciendo el dobladillo de los pantalones que llevaba. La brisa movía los bordes de su camisa blanca, levantándola ligeramente, y jugaba con varios mechones de cabello oscuro y ondulado. Los rayos del sol besaron sus anchos pómulos, y desde esa distancia, pude ver que sus ojos eran de un impresionante y feroz plateado. Estaba sonriendo.

Me sonreía.

—Hola —dijo, y oh mis dioses, era su voz. Una voz que había pensado que no oiría de nuevo en mucho tiempo o tal vez nunca más.

Puse mi mano sobre mi pecho mientras mi garganta volvía a la vida.

—¿Esto es... es real?

Su sonrisa se extendió, revelando los profundos hoyuelos en sus mejillas.

—Esto es real, *Agapi mou*.

No podía moverme.

—Álex —llamó, riendo suavemente.

—¿Cómo es que estás aquí? Oh mis dioses... —Mi mirada se dirigió a Apolo—. ¿Está muerto? ¡Dijiste que estaría bien! Que él no iba a hacer ninguna...

—No estoy muerto —interrumpió Aiden, dando un paso adelante. Las olas rozaban sus pantorrillas—. Sal del agua y te lo explicaremos. Vamos, *Agapi mou*.

Me mantuve inmóvil durante un segundo o dos, y luego me pareció a asimilarlo. Aiden estaba allí. Un grito salió de mí mientras entraba en acción. Apartándome el pelo de la cara, medio tropecé, medio corrí hacia la playa. Él se adelantó un poco más, reuniéndonos a mitad de camino.

Tirándome sobre él, casi lo derribé, pero recuperó el equilibrio, envolviendo sus brazos alrededor de mi cintura mientras me apretaba contra su pecho. La sensación cálida y real, contra mi pecho fue maravillosa. Un escalofrío me recorrió. Su aroma; la mezcla de mar y jabón, me llenó.

Me rompí por dentro.

Las lágrimas cayeron con fuerza mientras me acurrucaba contra su pecho, apretándolo con tanta fuerza que me sorprendió no hacerle daño. Sin embargo, él me sostenía de la misma forma, susurrándome palabras que no podía entender debido a mis sollozos. Intenté hablar pero las palabras no tenían mucho sentido.

Finalmente, su mano se deslizó hasta mi mejilla, dejando una estela de fuego a su paso, e hizo ese sonido profundo, típico de él, un segundo antes de que sus labios rozaran los míos. Otro grito salió de lo más profundo de mi alma, y el beso se profundizó. Le devolví el beso, saboreando la sal de mis lágrimas, y del mar en sus labios.

Apolo se aclaró la garganta.

Lentamente, como si nosotros tuviéramos todo el tiempo del mundo y no tuviéramos una audiencia, Aiden desaceleró el beso bajando a su propio ritmo, mordiendo mi labio inferior, mientras levantaba mi cabeza. Estaba sin aliento cuando abrí los ojos.

Me dio un beso en la frente y me puso de nuevo sobre mis pies, manteniendo su brazo alrededor de mi cintura y acurrucándose contra su cuerpo. Nos giró hacia Apolo y nos llevó de vuelta a la arena.

El dios sonreía. No la espeluznante sonrisa que usualmente mostraba al mundo, aquella era una real.

—¿Cómo? —Pregunte, agarrándome a la camisa Aiden, como si planeara retenerlo allí—. ¿Cómo es esto posible? ¿Está de visita? ¿Esta...?

Aiden río entre dientes mientras ponía su mano libre debajo de mi barbilla.

—No estoy de visita.

Mi corazón casi se derrumbó; no entendía nada.

Apolo se apiado de mí.

—¿Recuerdas cuando te dije que cuidaría de ti? Eso era una promesa. Yo no la voy a romper, pero esto, esto no es todo obra mía.

—¿No lo es? —Seguía aferrada a la camisa de Aiden.

—Sabía que este podría ser el resultado, mucho antes de que tú lo aceptaras —explicó—. Muchas cosas en la vida no son justas, y hay lecciones que debemos aprender, pero no hay ninguna lección que se pueda obtener de tu muerte, así que cuando te traje al Olimpo después de tu primera pelea con Ares, me aseguré de que pasara lo que pasara, fueras recompensada.

—¿Dándome a Aiden? —le pregunté. Aunque apreciaba eso, no lo encontraba justo para Aiden. Los campos Elíseos eran agradables, de verdad, pero seguía siendo el Inframundo.

—No. —Dijo Apolo—. Le di a tu madre una bebida para que te la diera. ¿Lo recuerdas? Le dije que te ayudaría a sanar.

Lo recordaba.

—Sabía bien, pero... era extraña.

Aquella sonrisa volvió, curvando sus labios hacia arriba.

—No era una bebida normal. Era ambrosía.

Mis labios se abrieron lentamente mientras lo miraba. ¿Ambrosía? ¿El néctar de los dioses? Aquellos que la bebían se convertían en inmortales.

—No lo entiendo. Estoy muerta. Eso no es...

—Tuviste una muerte mortal, Alexandria, pero tú no estás realmente muerta, no como los que te rodean. Al lanzar el barco de espíritu, has pasado a la siguiente etapa de tu existencia. Eres inmortal. Técnicamente, ahora eres un semidiós.

Mi mandíbula casi toca la arena. No tenía palabras.

—Pero por cada regalo, tiene que haber un intercambio —continuó Apolo—. Tuviste una muerte mortal, y mis hermanos no eran conscientes de lo que yo había hecho. Dicen que molestas a los hilos del destino si no hay un intercambio, ¿sabes?

Um no, pero asentí.

—Tendrás que pasar seis meses en el Inframundo, seis meses en el tiempo del Inframundo y luego se te permitirá pasar seis meses, seis meses en tiempo mortal, en

el reino de los mortales.

—¿Cómo Perséfone? —sacudí la cabeza cuando él asintió—. Santos dioses, no sé qué decir. Gracias y... ¡espera! —Mi corazón vibró mientras miraba a Aiden—. Si soy inmortal, entonces... ¿qué pasa con Aiden? Él no puede quedarse en el Inframundo seis meses. No lo entiendo. —No es que fuera una ingrata. Si podía verle a él, a mi padre y a mis amigos, durante seis meses, lo aceptaría, pero estaba muy confundida. Aiden me había dicho que no estaba de visita, y supe que me estaba perdiendo algo—. Que alguien se explique.

—Esa es una parte —dijo Aiden, dejando caer su mentón y besando la parte superior de mi cabeza.

—La otra no tiene nada que ver conmigo —dijo Apolo—. Yo me aseguré de que Aiden pudiera visitarte cuando quisiera y pudiera estar aquí ahora, pero lo otro... todo lo demás es obra de Seth.

Parpadee.

—¿Seth?

—Si tú estas sorprendida, imagínate yo. —El brazo de Aiden se apretó a mi alrededor—. Seth hizo un trato con Apolo y Hades antes de que yo supiera que estabas aquí.

—¿Que trato? —Miré a Apolo—. ¿Qué trato hizo Seth?

—Primero, debes entender que Seth nunca debió haber sido el primero, Alexandria. Tú estuviste destinada a ser el Apollyon, y Seth lo sabía. Según él, debería haber muerto, y no podía vivir con eso —explicó Apolo—. Cuando vino a mí, le dije que estarías bien, le dije que te había dado ambrosía, y le explique el intercambio. Incluso le dije que verías a Aiden de nuevo, y que serías feliz, pero eso no era suficiente para él.

—Él sabía que cuando Aiden muriera, su alma iría a Hades, y quien sabe que humor tendría Hades, el día que eso ocurriera. Además, tendrías que vivir con Aiden, tendrías que verlo envejecer y morir, mientras tú te mantendrías igual. Seth no quería eso para ti.

La mano de Aiden se deslizo por mi cadera mientras continuaba él con la explicación.

—Seth ofreció un intercambio. Ofreció su servidumbre a los dioses, necesaria, ya que nadie puede encontrar a Perses, y ninguno Olímpico puede matar a Seth.

—Lo necesitábamos de nuestra parte, así que estábamos dispuestos a negociar —confirmó Apolo—, él ofreció su servicio y su obediencia a cambio de la ambrosía para Aiden. Y luego él se ofreció a Hades para ocupar el lugar de Aiden cuando muriera. Y como era de suponer, Hades adoró la idea, así que aceptamos.

Abrí los ojos de par en par. No sabía que decir. Seth... oh dioses, ese pequeño loco... ese maravilloso loco.

—¿Él ha dado su vida a los dioses? Podréis llamarlo cada vez que queráis. —Y conociendo a Seth, eso iba a volverle loco—. ¿Y cuando muera? —Sacudí la cabeza,

sin palabras.

Lo que Seth había hecho era increíble. Se había sacrificado. Mi corazón latía apresurado. Quería llorar de nuevo. Probablemente lo haría. Y quería reír, quería encontrar a Seth y sacudirlo pues no había necesidad de que hiciera eso. No debería haberlo hecho. Mi futuro con Aiden no era más importante que su futuro, no importaba lo mucho que lo deseara.

Me quedé impresionada.

—Seth no quería que supieras que era obra suya, y aunque he respetado la mayoría de sus peticiones, sentí que necesitabas saber lo que había hecho por ti. Te ha dado esto, Alexandria. Te ha dado a Aiden. Y sé que para ti es difícil de aceptar. También lo fue para Aiden —añadió Apolo—. Pero fue la decisión que él tomó, y no se puede deshacer. Cuando vuelvas dentro de seis meses, deberías encontrarlo y darle las gracias.

Iba a abrazarle y quererlo aún más. Luego le daría una buena tunda y lo volvería a abrazar y querer de nuevo.

—No estamos seguros de lo que ha pasado con vuestra conexión. Ya no eres el Asesino de Dioses, ya que has muerto como mortal, pero esto no ha sucedido nunca antes. —Se encogió de hombros—. Es posible que aún estéis conectados cuando estés en el reino mortal. O tal vez no. No lo sabemos.

Había tantas cosas que quería decirle. Mi cabeza giraba a una velocidad aterradora. No esperaba nada de aquello, sobre todo, no lo que Seth había hecho. Él nos lo había dado todo. No podía imaginar cómo podía pagarle, pero encontraría la manera algún día.

La sonrisa de Apolo era suave, lo cosa más humana que había visto del dios.

—Su viaje no ha terminado Alexandria. Y tampoco el tuyo, o el de Aiden. Recuérdalo.

Con un nudo en la garganta, asentí y luego, sin previo aviso, Apolo se desvaneció. Me quede mirando el lugar en el que había estado, durante un largo rato y luego me giré dentro del abrazo de Aiden.

Una comisura se elevó, y un hoyuelo apareció en su mejilla.

—Le debemos mucho a Seth.

—Todo. —Estuve de acuerdo, mis dedos seguían firmes sobre su camisa—. Se lo debemos todo.

Aiden bajo su cabeza, rozando sus labios con los míos. Mi boca inmediatamente se abrió a la suya. Me hundí en él, lista...

—Oh, casi se me olvida.

Di un salto ante el sonido de la voz de Apolo, justo detrás nuestro.

—Oh, mis dioses, ¿nunca dejarás de hacer eso?

—No. Asegúrate de darle el coñazo a Hades mientras estas aquí. —Él me guiñó el ojo, y desapareció otra vez.

Aiden miró el lugar en el que había estado Apolo un segundo antes, luego a mí, y

entonces rio.

—¿Tenéis campanas en los campos Elíseos?

Una risa burbujeó en mi garganta.

—Sí. Estoy segura que tienen. No sé cómo, si necesita algo, aparece. Como si quieres comer langostinos de coco, estos aparecen.

—¿En serio? —Rio de nuevo, colocando su brazo alrededor de mi cintura—. ¿Que hay de los Big Mac's?

—Sí. Incluso Big Mac's.

—Guau. Esto debe ser el paraíso para ti.

El nudo emocionado volvió a mi garganta.

—Es... realmente no lo es. Te he echado de menos, terriblemente. Yo... —me detuve.

Cerró la boca mientras deslizaba su pulgar a lo largo de su mandíbula. Luego miró por encima de su hombro.

—¿Es lo que creo que es?

Me mordí el labio, esperando que no parecer una tonta.

—Me hizo feliz, y sentí... me sentí como contigo, así que pasó a formar parte de mi paraíso.

La mano de Aiden se deslizó por mi brazo, entrelazando sus dedos con los míos. Cuando hablo, su voz estaba ronca por la emoción.

—Enséñamela.

Lo guie hacia la casita de campo y, mientras observaba la sala de estar familiar y la cocina, su mano se apretó alrededor de la mía. Sentí que mis mejillas se sonrojaban.

—Tiene una habitación y un baño, como la tuya, pero no hay un jardín en la parte de atrás. Sé que no es...

—Es perfecta. Tú eres perfecta. —Su mirada plateada cayó sobre mí—. Lo siento, no he podido venir antes. Se...

—No —dije, poniendo mis dedos sobre sus labios—. No tienes nada de que disculparte. Apolo me contó lo del Consejo y lo de la Orden de Razas. Es increíble. Solos en el Consejo, la Orden revocada y...

Aiden se precipitó, silenciándome con un beso que me dejó sin aliento mientras levantaba la cabeza.

—Nada de lo que hice fue verdaderamente increíble, Álex. Era justo lo que había que hacer. Ojalá no me hubiera llevado tanto tiempo desde tu perspectiva.

Me dijo entonces que Seth le había hecho su oferta a los dioses antes de la reunión del Consejo, a pocas horas de mi muerte, y sin embargo Aiden se había ocupado de la sede del Consejo y había hablado con su hermano antes de irse con Apolo.

—Deacon —jadeé—. Oh dioses, no lo verás durante seis meses. Y será aún más largo para él teniendo en cuenta que el tiempo se mueve de forma diferente aquí.

—Estará bien.

Negué.

—Pero él es tu familia y sé que lo es todo para ti.

—Él significa el mundo para mí, y voy a echarle de menos, pero me hubiera dado fuerte si no hubiera venido. —Aiden sonrió—. Sabe cómo me siento respecto a ti. Vio cómo estaba... después. Lo entiende y es feliz. Además, volveremos a verle.

Entonces se me ocurrió. Emocionada, casi empecé a saltar.

—¡Oh, Aiden! Tendrás la oportunidad de ver a tus padres. No los he visto, pero están aquí. En algún lugar.

—Lo sé, pero tan terrible como esto suena, y créeme lo es, ahora mismo, no me importa. —Usando mi mano, me dio la vuelta y me acercó a su pecho—. Eso no es lo que quiero ahora mismo, o lo que necesito.

Las palabras proféticas de la abuela Piperi volvieron a mí. Esta el querer y está el necesitar... Para ella, esas dos cosas hubieran sido diferentes, pero en ese momento, eran una y la misma.

Colocó la punta de sus dedos en mis mejillas, desgarradoramente tierno mientras su mirada recorría mi cara.

—Mírate —dijo—. Tus ojos...

Me quedé quieta, dejando que sus dedos trazaran un camino invisible a través de mi cara.

—Estoy más guapa medio muerta o lo que sea que esté, ¿eh?

—Tú siempre has sido hermosa para mí, Álex. —Arrostró sus dedos sobre la línea de mi mandíbula y bajo por mi cuello. Sus manos temblaban mientras las deslizaba por mis hombros—. Dioses, Álex, pensé que después de lo sucedido con Linard, no me enfrentaría a perderte de nuevo. Aun estando conectada a Seth, seguías viva. Y aunque no quisieras estar conmigo, vivías, y eso era todo lo que importaba.

Aiden respiró hondo.

—Pero cuando entré en la habitación y vi a Seth y Apolo, pero no te vi, mi corazón se detuvo. Eso me destrozó —admitió con tranquila sinceridad—, porque todo lo que quería era un futuro contigo y me lo habían arrebatado de nuevo.

Cerré los ojos intentando parar el torrente de lágrimas.

—Pero aquí estamos —murmuró.

—Aquí estamos. —Parpadeé, mi pecho henchido de la emoción que vi en su mirada. Teníamos un futuro que vivir gracias a Apolo y a Seth. Y no iba a deshonorar ese regalo dejando de vivir cada segundo de ese futuro—. Te quiero.

—*Agapi mou*, tú eres mi todo.

Aiden me besó. Las palabras ya no eran necesarias. Él había experimentado cada momento de la pérdida, cada segundo de la desesperación, y eso estaba reflejado en cada roce, cada caricia de sus labios, y cada suave gemido. Estábamos centrados el uno en el otro, encontrándonos a nosotros mismos en aquella habitación. En poco tiempo, nuestros brazos y piernas estaban enredados, y cuando nuestros cuerpos se

unieron, todo fue más lento. Nuestro deseo del uno por el otro consumía todo, pero por primera vez desde que lo había visto en Georgia, teníamos tenido todo el tiempo del mundo para disfrutar de nuestro amor. Y lo hicimos.

Mucho tiempo después, cuando nuestra respiración volvió a la normalidad, Aiden me miró, su mano trazando lentamente la línea de mi mandíbula. Sonreí, y entonces se me ocurrió algo.

—Somos semidioses ahora —reí mientras la emoción se apoderaba de mi pecho—. Somos semidioses.

Sus labios respondieron, curvándose hacia arriba y expandiéndose hasta que sus profundos hoyuelos aparecieron, mi corazón se derritió.

—Sí, lo somos —dijo.

—¿Sabes lo que eso significa? —Miré esos ojos del color de la plata. Tenía un número infinito de momentos como este por delante para compartir con Aiden.

—Contarán historias sobre nosotros.

Aiden bajó su cabeza, besándome suavemente y con tanto amor que las lágrimas crecieron en mis ojos.

—Ya lo hacen.

Agradecimientos

Los agradecimientos nunca son fáciles de escribir. Siempre me estreso cuando llega el momento de escribirlos, porque tengo miedo de olvidarme de alguien. Pero los agradecimientos de este libro son muy importantes para mí. Es el fin de Álex y he tenido mucha gente que ha estado ahí desde el principio, desde finales de 2007 y principios de 2008, que me han ayudado a moldearla como la Álex que todos hemos terminado amando... o odiando.

La saga Covenant ha tenido un montón de lectores cero en el tiempo que han ido dejando sus sugerencias y conocimiento.

Chu-Won Martin fue la primera persona en leer Mestiza. Ella tiene el título de primera lectora porque no se rio en mi cara después de leerlo, por eso estamos hoy donde estamos. Un gran agradecimiento a Lesa Rodrigues por estar siempre dispuesta a sumergirse en el mundo de Covenant y leer los manuscritos cuando todavía no eran nada. Gracias a Carissa Thomas, Julie Fedderson, y Cindy Thomas por leer los libros antes de que llegasen a manos de los lectores. Gracias a la gente de Query Tracker por ayudarme a darle forma a la carta que acabaría siendo contrato en 2010. Un agradecimiento especial a Molly McAdams, que probablemente haya leído los últimos libros de la saga Covenant meses y meses antes de que saliese y por hacerme sentir bien con la historia. Muchas gracias a Stacey Morgan por criticar Centinela y muchos otros libros capítulo por capítulo y sufrir todos los cambios que acabé haciendo sin avisarla. Por supuesto, un gran agradecimiento a Kate Kaynak por dar una oportunidad a Mestiza y al equipo de Spencer Hill Press por darle forma, a Kevan Lyon por siempre ser la genial agente que es, a Rebecca Mancini por introducir la saga Covenant a los mercados extranjeros y a Brandy River por, bueno, por ser genial en general.

Ahora viene lo difícil, porque inevitablemente voy a olvidarme a gente, pero quiero nombrar a todos los que me vengán primero a la mente. Esos son los bloggers que han hecho cosas GENIALES por la saga Covenant y han estado ahí desde el principio. Gracias a Vee (y sí, voy a escribir tu nombre como lo digo. O Vi. O Vivian), Valery de Stuck in Books, Momo de Books over Boys, a todo el equipo de Books Complete Me, Mundie Moms, Good Choice Reading, todas las hermanas de la YA Sisterhood, Kayleigh de K-Books, todos los que han formado parte de la lectura conjunta de Covenant, a la familia Greer —especialmente a Papa Greer— Reading Angel, Amanda de Canadá, y oh dios mío, mi cerebro no se ha quedado sin nombre porque están echando Ghost Adventures por la tele y estoy embobada con la estupid-fantasticidad de todo.

Por supuesto, nada en este mundo sería posible sin mi familia y amigos, que se

han acostumbrado a que esté más tiempo escribiendo que hablándoles en la vida real. Y finalmente, a todos los lectores, nunca podré agradeceréroslo lo suficiente. Es un honor haber hecho este viaje con vosotros. Puede que esto sea todo para Álex, pero ya sabéis... las historias, realmente, nunca acaban.



JENNIFER L. ARMENTROUT. Nació en Martinsburg, Virginia Occidental en 1980.

Jennifer L. Armentrout es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental (EEUU) con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes. Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.